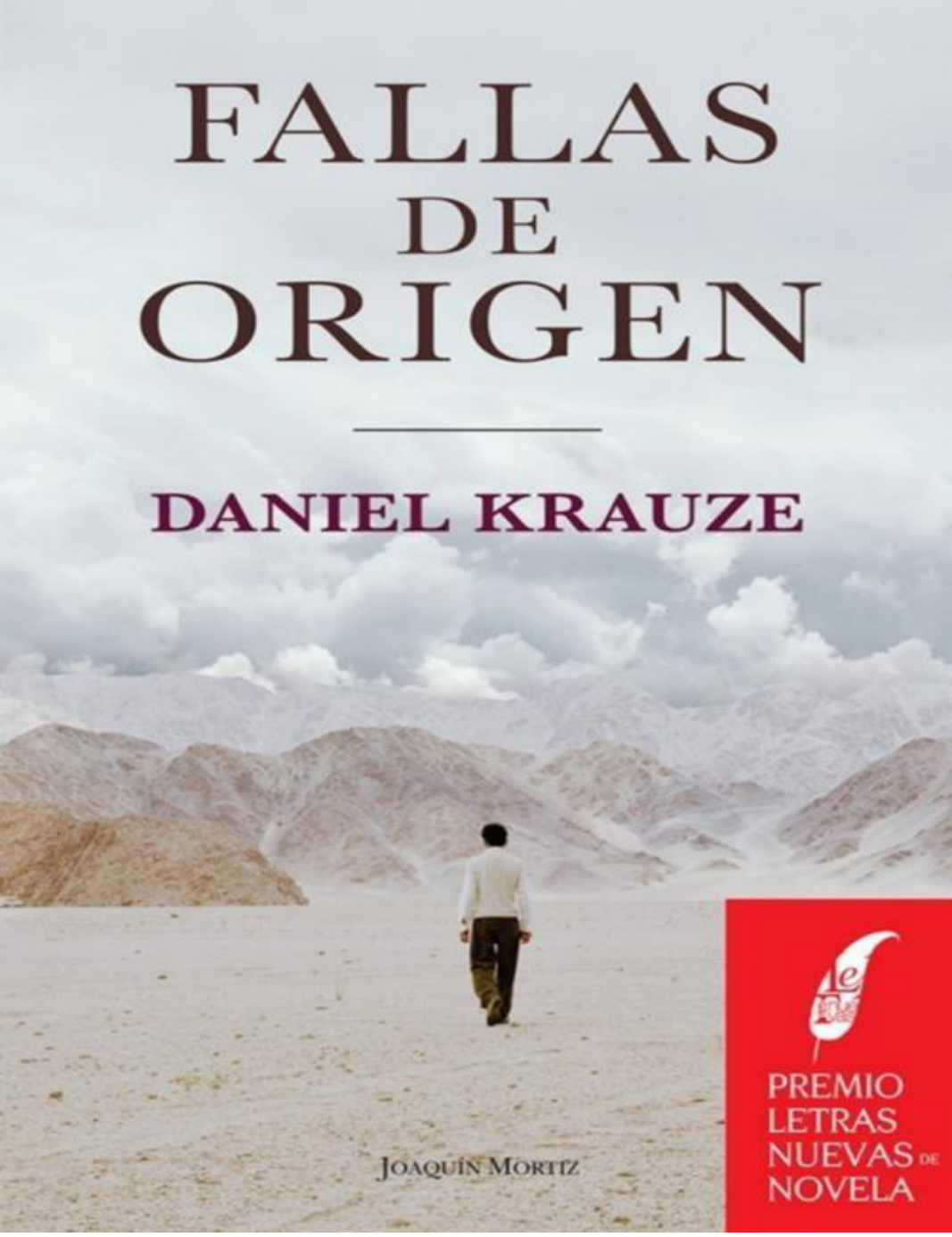
FALLAS DE ORIGEN

DANIEL KRAUZE



JOAQUÍN MORTIZ

PREMIO LETRAS NUEVAS DE NOVELA

FALLAS DE ORIGEN

DANIEL KRAUZE

JOAQUÍN MORTIZ

PREMIO LETRAS NUEVAS DE NOVELA

Bordes

Índice

Acerca del autor
Todos traicionamos la promesa
Jueves
Viernes
Sábado
Domingo
Créditos

Acerca del autor

Daniel Krauze (Ciudad de México, 1982) es escritor y guionista, ha publicado dos colecciones de cuentos: *Cuervos* (Planeta, 2007) y *Fiebre* (Planeta, 2010). Con su novela *Fallas de origen* (Joaquín Mortiz, 2012) ganó el Premio Letras Nuevas 2012.

Para Mateo, con los pies en el norte
y el corazón en el sur.

When there is nothing left to burn,
you have to set yourself on fire.

STARS

Cuando no queda nada más por quemar,
tienes que prenderte fuego.

STARS

Todos traicionamos la promesa de nuestro mejor destino.

Solo una vez escuché a mi papá decirme esa frase, fuera de contexto, de forma espontánea, como una canción de cuna que en ese instante le vino a la mente sin motivo. Me la dijo con la vista clavada en el cielo, asintiendo con la cabeza; no tanto un rezo sino la invocación de un recuerdo atávico, una verdad sabida desde hace tiempo, vuelta a confirmar en ese momento, quién sabe por qué. Estábamos parados frente a un volcán nevado, que yo insistí en visitar. Quería ver la nieve, salir de la ciudad y estar a solas con él. Hacía frío, y mi papá me había disfrazado como esquimal. En mi recuerdo, su frase y el volcán huelen a azufre.

Dieciocho años después, dentro del departamento que compartía en el East Village de Nueva York, sentado en un sofá mullido pero tan cómodo que parecía abrazarme, justo después de abrir una Corona helada a las doce del día, recibí una llamada de mi mamá.

—Tu papá se enfermó hoy en la mañana. Lo tuvimos que llevar al hospital —me dijo.

Me tranquilicé: mi papá se enfermaba todo el tiempo, a todas horas, sin importar el mes o la circunstancia. Siempre que me hablaba, sufría por algo: su tos de fumador empedernido, la migraña que no lo dejaba dormir, una vieja lesión en el hombro izquierdo y, por supuesto, la gastritis que, como yo, a duras penas podía controlar. Solamente en el último año, me mandó *mails* comunicándome que le habían diagnosticado esófago de Barrett, bronconeumonía y parásitos intestinales.

—¿Qué tiene?

—Le dio un derrame cerebral —me dijo, como si se tratara de un desmayo. Mi pecho pareció oírlo antes que mis oídos: se contrajo, sofocado por una presión externa e invisible, revolcándome el corazón. Me llevé el dedo índice a la boca y caí en la cuenta de que estaba temblando. En busca de un paliativo insuficiente, mis deseos repararon en la cerveza a mi lado, como si un trago de Corona fría pudiera aplacar el impacto de la noticia.

Tras empacar con prisa la mitad de mi ropa y dejar mi celular sobre la mesa del comedor, como los policías deshonrados dejan placa y pistola en las películas, le escribí una nota a David, mi compañero de departamento por cinco de los seis años que viví en Nueva York, y esa misma tarde tomé un vuelo a la Ciudad de México.

Una semana después, mi papá murió en el hospital en la madrugada mientras mi hermana Tania, mi mamá y yo dormíamos en la casa, sin nadie que le tomara la mano y escuchara su último aliento.

Pude haber regresado a Nueva York, pero mi mamá me convenció de quedarme en México. Me pidió que supervisara lo del testamento, apoyara a mi hermana e intentara estar a gusto en el país en el que crecí. Pensé en lo que mi papá habría querido que hiciera y, tras meditarlo por un par de días, le avisé a mi mamá que no regresaría a Estados Unidos.

—Me voy a ir a vivir al consultorio de mi papá. El licenciado Valverde me acaba de avisar que me lo dejó.

—Y qué, Matías, ¿vas a dormir en el diván donde atendía a sus pacientes?

—No te preocupes. Me voy a llevar el colchón de mi cuarto.

Aunque me mudé, jamás me llevé mi vieja cama. Arrojé mi ropa en un cajón vacío, compré dos cobertores en el súper y de ese momento en adelante dormí en el sillón de superficie sintética del vestíbulo, aquel donde los pacientes se sentaban a esperar que los atendiera el doctor Lavalle. Desde ese lúgubre departamento de la colonia Nápoles comencé a reordenar mi vida.

Seis años antes, tras haberme recibido de la carrera de Comunicación, le pedí permiso a mi papá para vivir en Nueva York por un plazo no mayor a seis meses. Acababa de publicar un libro con tintes autobiográficos; una especie de diatriba contra la burguesía chilanga en la que incluía anécdotas personales de mis amigos más cercanos. Prefería no estar en México cuando lo leyeran. Quizá desde entonces ya les tenía demasiada confianza: de los tres, solo Pablo, mi mejor amigo, lo hizo. Felipe hojeó el primer capítulo —una especie de recopilación abstracta de todos mis desagradables sueños recurrentes —, me dijo que le daba güeva y me regresó la copia que le dediqué, como si no le hubiera regalado un libro sino unos zapatos número nueve y medio en vez de diez. Adrián lo puso encima de su librero y ni siquiera se fijó en la dedicatoria. Quizá fue mejor así. Después de todo, mi amigo y sus escapadas habían sido la inspiración directa para muchos de los relatos que poblaban la novela. Le cambié el nombre, pero apenas si modifiqué las anécdotas.

Me enteré de que Adrián no leyó mi libro hasta que regresé a

México por la muerte de mi papá y un día, en una de las múltiples, idénticas e intercambiables pedas que nos acomodamos en esas primeras semanas, me aseguró que no vio ni la solapa. Me molestó, claro, pero no por motivos evidentes. No lo pensé mientras lo escribía y, sin embargo, el hecho es que escribí la novela para vengarme de él. Nunca tuve los güevos para partirle la cara o siquiera recriminarle que durante años me sometiera a doscientas madrizas en antros, a pasar mis noches intentando calmarlo en el baño de un bar y quitándole botellas de las manos para que no se las arrojara a los tipos de la mesa de junto. Esa obra era mi única, sonora y final mentada de madre a todo ese mundo sórdido que Adrián representaba, y si no la leía, mi revancha perdía potencia. También era mi emancipación. La llevé a una editorial durante mi último semestre de la carrera, recibí el dictamen positivo, le di el visto bueno a la portada y salí rumbo a Estados Unidos tres semanas después de su publicación, apenas acabé de promocionarla. Mis padres y mi hermana ignoraban que no tenía planeado volver en seis meses, ni en doce ni en veinticuatro. Quería irme para no regresar nunca.

De todos mis conocidos, solo Inés (mi novia) y Pablo sabían mis verdaderas intenciones. A Pablo se lo dije durante mi primera, maravillosa tacha, con el coche estacionado en algún meandro de la carretera que rodea el Ajusco mientras escuchábamos nuestra canción favorita, con un amanecer caleidoscópico y sublime del otro lado del parabrisas, decorado por las siluetas negras del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. No sé si fueron las tachas, nuestra amistad o una mezcla de ambas, pero Pablo pareció entenderme. Él también estaba hasta la madre de Adrián, y de Felipe, acólito del protagonista de mi libro: su compinche obeso, su sombra mononeuronal. Pablo escuchó mi confesión y me dijo:

—Yo también me quiero ir, cabrón. ¿Tú crees que quiero ser como mis papás? No mames. Estoy hasta la madre de este puto país.

—Pues vente. Aplica para una maestría, una chamba, lo que sea.

—¿Y qué hago con mi vieja? Ni modo que corte con Natalia.

No insistí más. Le subí el volumen a la música y ambos volteamos a ver el amanecer que poco a poco se azulaba frente a nosotros.

Las confesiones fueron menos sencillas con Inés. Un día antes de que mi novela saliera al mercado me pidió que la visitara en su casa, tomé mi coche y manejé rumbo a avenida Toluca para verla. Me estacioné en el lugar de siempre, en los cajones para visitas, a un costado de los columpios y las resbaladillas donde jugaban los niños de su escueta privada. Toqué el timbre de su casa y ella me abrió la puerta, vestida con unos *jeans* anticuados y una sudadera del tamaño

de una carpa. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Me preparé para escuchar la peor de las noticias. Se murió mi papá. Atropellaron a mi perro. Me enteré de que me pusiste el cuerno hace un año con Denisse.

La abracé.

—¿Qué onda contigo?

Inés se dio la vuelta, caminó al baño y regresó con una barra de plástico que a lo lejos se veía del tamaño de una pluma fuente. La puso en mis manos y señaló dos orificios en un extremo del cilindro. Ambos contaban con una raya de color rosáceo.

Llevaba cuatro años con ella, desde el final de nuestro último año de prepa hasta ese día lluvioso de junio de 2006. Por lo tanto, tener un hijo ya no era una irresponsabilidad adolescente, de esas que te arruinan la vida. Yo acababa de terminar la carrera y podía entrar a trabajar para hacerme cargo de ellos. Y conocía lo suficientemente bien a Inés como para saber qué me esperaba. Además de todo, la quería. Sí, claro que la quería. Pero no di pie a que siquiera jugueteáramos con la posibilidad de tenerlo. Un hijo me anclaría a México y estaba harto de vivir aquí. No quería pasar ni un minuto más metido en casa de mis papás, con sus putos silencios como crucigramas en arameo, durmiendo en el cuarto contiguo al de mi hermana, con sus pedas hasta las cinco de la mañana y los gemidos que le arrancaba un adolescente distinto cada sábado y que invariablemente me despertaban. No quería volver a salir ni a la esquina con Adrián y sus puños hiperactivos, ni con Felipe y su jodida lambisconería, ni con Pablo y Natalia, su soporífera novia, cuya única ambición en la vida era casarse y tener hijos igual de soporíferos que ella. Así que me senté con Inés en un café por su casa y, a sabiendas de que mi decisión terminaría con nuestro noviazgo, le pedí que abortara.

—Yo consigo al doctor, lo pago y me encargo de todo —le dije, como si el proceso de extirpación se centrara en un lunar amorfo en vez de en un feto.

Me preguntó por qué no quería tenerlo:

—No sé si quiero tener un hijo ahorita, pero quiero saber por qué tú no quieres.

Le dije que ya había comprado mi boleto para Nueva York y no tenía fecha de regreso. Ojalá se me hubieran llenado los ojos de lágrimas, para darle autenticidad a mi confesión. No pude mentir. Le dije que estaba deprimido, que por las noches salía a perderme por la ciudad, como buscando una salida, sin saber adónde dirigirme, ni con quién hablar. Le dije que nada de mi futuro en México me llamaba la

atención. Ni mis prospectos laborales, ni mi libro ni mis amigos.

—¿Ni nosotros? —preguntó con la voz entrecortada, y yo, como buen cobarde, le tomé la mano intentando que el tacto, un mentiroso más hábil que cualquier otro sentido, la reconfortara. No sirvió de nada. Inés buscaba palabras de aliento, promesas. Y de nuevo, como buen cobarde, le cumplí.

—Tenemos veintidós años, Inés. Te prometo que tendremos otras chances.

Así fue la promoción de mi novela: por las mañanas hablaba de mi libro, despotricaba contra la burguesía chilanga, bordaba diatribas contra las revistas de sociales, hablaba mierda de mi país con la comodidad de un expatriado en ciernes, y después, por las tardes, acompañaba a Inés a ginecólogos para hacerse pruebas de sangre que confirmaran el embarazo, practicarse ultrasonidos durante los que le preguntaban si quería escuchar el latido de ese diminuto corazón, conseguir a un doctor que estuviera dispuesto a practicar el aborto y, finalmente, a abortar, un viernes a las once de la mañana, ella con las piernas abiertas y flexionadas, como dos columnas caídas, sobre una pequeña camita de hospital en la que apenas cabía su cuerpo (la superficie de la cama era plástica, de un tono café opaco y deprimente), y yo frente a ella, crujiendo los dientes cada vez que el doctor introducía una jeringa o un algodón entre sus piernas.

—Ya habrá otras, ya habrá otras —le repetí mientras la llevaba de vuelta a su casa, sin saber a qué me refería con exactitud. ¿Otras oportunidades?, ¿otras hijas?, ¿otras mentiras?, ¿otras relaciones que acaben como la nuestra: con un abandono furtivo, en un trámite de hospital, con el futuro posible canjeado por un boleto de avión a otro país, sin regreso programado? Ahora fue ella la que se guardó todas las palabras y solo se limitó a estrechar mi mano. Intenté traducir su tacto, pero únicamente obtuve lo que quise obtener: Gracias, Matías. Yo tampoco quería tener un hijo tuyo. Fue la mejor decisión. Estoy tranquila. Ve a Nueva York. Sé feliz. Y aquí te espero si quieres regresar.

A los tres años de mi estancia en Nueva York, y tras intercambiar cuatro correos, de los cuales tres fueron en el día de su cumpleaños, Inés se casó con un tipo cinco años mayor que ella, gerente de alguna marca en alguna central de medios dentro de algún edificio de Santa Fe, y cuatro o tres o dos meses antes de que mi papá muriera, tuvo a su primer hijo. Así que sí había querido embarazarse, no estaba tranquila y mucho menos quería que me fuera a Nueva York ni que fuera feliz. Y por supuesto: tampoco me esperó.

De nuevo, nadie se enteró del aborto más que Pablo. Contarle no

estaba en mis planes, pero en mi primera —y penúltima— visita a México, a un año de haberme ido a Nueva York, mientras me llevaba a mi casa después de una peda prescindible y maratónica en un bar de la Condesa, me eché a llorar adentro de su sedán del año del caldo. Nos topamos con unas amigas de Inés, quienes me ignoraron mientras le platicaban a Pablo chismes de nuestros compañeros de prepa. Quizá fue eso lo que me empujó a confesar el aborto. O quizá fue mi primer, incomodísimo, regreso a México. Días enteros de leer solo en mi cuarto, de acabar en jornadas nocturnas de *zapping* televisivo (¿hay algún ocio más indigno?), de hablar con mi hermana de nada, con mi mamá de nada y con mi papá de mi futuro (o sea: de nada), siempre con angustia, como si regresar a Nueva York fuera el equivalente a volver a ser reclutado para la guerra.

Pablo escuchó el relato del aborto, despegó la lengua de su paladar emitiendo un desagradable chasquido y cerró los ojos, como si meditara.

—Qué horror —me dijo mientras negaba con la cabeza. Fue lo único que necesitó decir; lo único que yo, su mejor amigo, esperaba que dijera. Me limpié los mocos con la manga de mi suéter, le di las gracias por escucharme y arrancamos de vuelta rumbo a mi casa. Antes de llegar le pedí que se detuviera y vomité en el carril de alta del Periférico, a las cinco de la mañana.

Regresé a Nueva York a intentar hacer lo que en México le prometí a mi papá: leer y escribir como loco, gastar menos de su dinero y aplicar para un par de maestrías. Lo hice. Me rechazaron. Y entré en un periodo de sequía creativa que duraría cinco años. Me volví un escritor compulsivo de ocurrencias, retazos de poemas, primeros párrafos, premisas, vagas ideas. Para quitarme a mi papá de encima, conseguí un trabajo. Y después me mudé con mi mejor amigo estadounidense a un departamento en el East Village y, básicamente, me drogué y bebí hasta el borde de la inconsciencia semana con semana. Salimos a todos los bares y todos los antros: *dive bars* cutres por Midtown, megadiscotecas en Chelsea donde un *gin and tonic* tamaño duende costaba dieciocho dólares, lugarcitos *hipsters* en Brooklyn, *speakeasies* en el Lower East Side y el East Village, cuevas de música electrónica en Williamsburg, departamentos de meros conocidos, *rooftops* de dizque cuates. Así se fueron los años: entre la borrasca de la coca, los ácidos, las tachas, los chupes, y las mañanas y las tardes de trabajar en chocolaterías en Soho, restaurantes de tapas en el West Village, fondas en Park Slope y puestos de frutas en Union Square. Lentamente olvidé la textura de mi cama en México, el olor de la cocina de mi mamá, la imagen de mi papá leyendo en su estudio y

todos los sonidos que componen el zoológico chilango: el chiflido del afilador, las grabaciones de «tamales oaxaqueños», el lamento arrítmico del organillero y los cláxones desaforados en las calles.

Llevaba casi un año de relativa sobriedad cuando recibí la llamada de mi mamá. Había hecho lo posible por llevar una vida más sana: correr en el East Park por las mañanas, beber solo cerveza, no meterme nada, leer más y escribir algo que rebasara dos cuartillas. Paradójicamente, solo la muerte de mi papá liberó mi creatividad. Regresé a México y un día después del velorio en Gayosso comencé a escribir lo que sería mi segunda novela.

En ella, de nuevo, estaba mi vida salvo la muerte de mi papá (en la historia el padre vive, como personaje tangencial): mi vuelo de vuelta a México, mis intentos por volver a conectarme con mi familia, pero, sobre todo, mis amigos y las pedas y nuestras noches tiradas a la mierda. Porque, tal como sucede en todas las historias similares, regresé para toparme con ellos, y no los encontré iguales sino peores. Felipe, cuyo papá dedicó su existencia entera al periodismo deportivo, y al que mi gordo amigo siempre odió, ahora trabajaba en Televisa como reportero, en cancha, de la liga nacional. Acababa de cortar con su novia y lo único que hacía era entrevistar a futbolistas del Atlante y el Puebla, intentar cogerse a la que daba el clima en Canal 4 y empinarse cuatro botellas de ron cada fin de semana. A simple vista, Adrián parecía estar mejor que nunca. Atrás había quedado el madreador. Ahora mi amigo parecía discípulo de Deepak Chopra. Me preguntaba por mi estado de ánimo, me marcaba todos los días, me abrazaba en las pedas y parecía genuinamente contento al lado de su nueva novia, Mica: más *hipster* que Coachella. Se dedicaba a organizar eventos y de allí sacaba suficiente dinero como para pagar la renta de un departamento estilo *loft* en la Condesa que parecía la casa de un adinerado diseñador de interiores. No obstante, un mes después de llegar me enteré de que en realidad seguía siendo el mismo de siempre: que su espíritu amoral se había graduado de la escuela de las madrizas en antretes para entrar a la universidad de algo bastante más siniestro. Pero esa es otra historia.

El único reencuentro que me sorprendió de manera decepcionante fue Pablo. Mi mejor amigo, el tipo que quería ser músico, paciente, gran conversador, medio tacaño y lacra pero indudablemente bueno, se convirtió en un burócrata autista, obsesionado con sueldos, comisiones y aguinaldos; hampón de poca monta, recogiendo las migajas del pastel que sus jefes cortaban. Conversar con él era misión imposible. Fue al sepelio de mi papá, pero jamás me volvió a preguntar cómo me sentía ni se ofreció para llevarme a comer en una

de las muchas tardes desempleadas en que yo no tenía nada que hacer más que sestear en mi casa. Vivía para dos cosas: conseguir una beca para la maestría a la que lo habían aceptado en Londres y ganar dinero. Ni siquiera le importaba Natalia, su novia de siempre, a la que trataba como si fuera un estorbo. Al vernos, nadie hubiera pensado que éramos amigos siquiera; no nos dirigíamos la palabra. Al principio intenté acercarme a él hasta que un incidente en una fiesta que armó antes de irse de maestría, para la que rentó una gigantesca *suite* de un motel y la llenó de putas y drogas, me obligó a tirar la toalla. Pero esa también es otra historia.

Escribí este segundo libro en cinco meses. Hablé poco de mi papá y nada sobre mi infancia a su lado: las tardes que pasaba en su consultorio mientras él atendía pacientes, los viajes que hacíamos a provincia cuando Tania y yo éramos niños; las heladerías, jugueterías y ferias que frecuentábamos y que ahora ya no existen en el mapa de la Ciudad de México. No dediqué ni una sola parte de la difusa narrativa de mi novela a mi duelo. Resistí la tentación de escribir una crónica de lo que su muerte despertó dentro de mí: el insomnio que solo pude remediar con ansiolíticos, la culpa de no haber estado a su lado antes del derrame cerebral, los recuerdos arbitrarios que me atacaban en los momentos más inesperados y esa tortura, autoimpuesta, de vivir en su viejo consultorio, rodeado de sus tiliches y sus libros, entre pasillos en los que aún podía escuchar su voz. Preferí, en cambio, revivirlo a través de las páginas e imaginarlo en casa, como un personaje distante que solo me reprochaba los años que pasé lejos. La más cómoda de todas las mentiras.

Acabé el libro hace un mes, justo después de haber cumplido medio año de vuelta en México, y lo llevé a mi editorial. Aún no recibo noticias de su publicación, pero me gustaría que me dieran el sí. De esa manera, la muerte de mi papá quizá tendrá una pequeñísima justificación: el hombre que muere para regresarle la creatividad a su hijo, para darle algo de qué hablar. Porque nada quería con más fuerza que verme florecer como escritor. Siempre quiso ser poeta. Leía poesía en castellano de manera obsesiva: declamaba a López Velarde, a Gorostiza, a Vallejo, a Salinas, a Cernuda y a Paz de memoria. Pero nunca pudo escribir. Ahora podría hacerlo, de manera póstuma, a través de su hijo. Esa novela era el pago de mi deuda con él; la prueba de que no había tirado más de la mitad de mis veinte a la basura. Y lo más importante: en esa historia, mi papá sigue vivo.

¿Qué sería de mí sin esa obra publicada? O, más bien, ¿qué sería yo, a los ojos de mi papá, sin ese libro en los estantes? Otro tipo que pasa la vida contando los martes y los miércoles y los jueves en busca

del fin de semana, otro embajador del ron y el desmadre, un pez que aletea en la arena sin encontrar el agua, un hombre que no pudo despedirse de su padre, otro amigo mediocre, otro comunicólogo sin rumbo. Además, fuera de esa novela, mi regreso a México había sido desastroso. Independientemente de la muerte de mi papá, me sentía ajeno a todos mis conocidos, lejos de mi hermana, a millas de distancia de mi mamá; aturdido, confuso, siempre extraviado, como si mi vida se me hubiera perdido y solo pudiera hallarla si encontrara una manera de regresar el tiempo y tomar otro camino. ¿Qué había hecho desde mi regreso? Meterme suficiente cocaína en dos bodas como para llenar una bolsa Ziploc jumbo, empezar una dizque relación romántica con la mejor amiga de Mica (una tal Daniela, a la que no soporto), ponerme pedo todos los fines de semana y —aquí viene lo mejor— empezar a trabajar en *Kapital*, la revista de sociales que edita mi primo Mario. Tenía que ganar dinero haciendo algo, y como lo único que sé hacer es escribir, decidí tomar el trabajo de redactor y ocasional reportero en esa *tan* renombrada publicación.

De buscar con un poco más de ahínco tal vez hubiera encontrado una mejor chamba; en una revista más afín a mis gustos o una editorial, por ejemplo. Pero me pareció que trabajar en *Kapital* le iba bien a mi regreso al pantano. Tener un trabajo más enriquecedor habría resultado disonante con el resto de mi vida. Qué adecuado que el autor de un tratado en contra de la frivolidad chilanga terminara formando parte de una revista de sociales. Me merecía la penitencia. No puedes traicionar a la persona que más quieres en el mundo y esperar que la vida no te lo cobre. Trabajar ahí y redactar notas sobre partidos de polo, desfiles de moda, inauguraciones de tiendas de ropa y fiestas en antros era el castigo que ameritaba mi desaparición por tanto tiempo.

Pero todo eso cambiará con la publicación del nuevo libro. Tengo la confianza de que me darán el sí definitivo. Por lo tanto, hace una semana decidí despedirme de *Kapital* en forma. Desde el primer día, cuando corregí la nota sobre el noviazgo entre una cantante y un futbolista, supe que me iría por la puerta grande. Suficientes humillaciones viví sentado frente a ese horroroso armatoste que tenía por computadora, en un cubículo más pequeño que una caja de zapatos, como cronista oficial de la nada. Así que hace una semana me acerqué a Mario, le pedí que me dejara llevar la revista a imprenta y, para mi enorme sorpresa, mi primo, que a duras penas me prestaba un bolígrafo, me dio el USB con el archivo para que me encargara de la impresión. Esperé paciente a que la oficina se vaciara y después entré a la oficina de Mario, prendí su computadora, abrí las galeras y

reemplacé un archivo que yo había redactado con otro también de mi autoría. El original era una crónica sosa de una fiesta de disfraces en Acapulco que escribí sin haber atendido a tan inolvidable *soirée*. El nuevo, que aparecería en el número de junio, era una crónica sobre el mismo acontecimiento, contada, digamos, con autenticidad, sin maquillaje ni eufemismos.

La bromita me valdría la chamba, de eso estaba seguro. Y le costaría uno que otro anunciante a Mario, quien probablemente no me volvería a dirigir la palabra en su vida. No me importó. Mi novela saldrá a la venta y publicar ese texto, en el que exhibo a una revista tan miserable como *Kapital*, me independizará para siempre del desliz que implica haber trabajado para ellos por casi cinco meses.

A pesar de que la novela está lista y en manos de los dictaminadores, no he dejado de pensar en mi papá. Pienso mucho en si estaría orgulloso de mí o no. Últimamente despierto y me toma varias horas caer en la cuenta de que ya no se encuentra aquí, cuando antes, justo después de su muerte, vivía con un yunque sobre los hombros: la certeza ineludible de que se había ido y que jamás volvería. Quizá tiene que ver con que, tras haberlo pospuesto por unos meses, Tania se casa este fin de semana en Cuernavaca. Es el primer momento significativo en el que él no estará, y es eso lo que propicia la enumeración de otros instantes similares. Intento digerir el hecho de que no lo veré cuando Tania tenga un hijo, ni cuando me case o publique algo que de verdad valga la pena (odió mi primer libro, al que llamaba «una bola de historias desagradables sobre gente desagradable contada de manera desagradable»). Los muertos deberían poder regresar de vez en cuando para hacer acto de presencia, como un último acto de generosidad con los vivos que dejaron. Pero esto supone que mi papá —o su alma o su esencia— sigue vivo en algún lugar, arriba o debajo de mí, y esa sensación siempre me inquieta. ¿Sabrá todas las cosas que pienso y me callo? Peor aún: ¿podrá ver las cosas que hago?

No puedo asegurarlo, pero creo que siempre me quiso por sobre todas las cosas. Me quiso así a pesar de que no soy hijo suyo. Me enteré de esto a cuentagotas, a lo largo de los años, recopilando datos entre cartas y fotos, discusiones de mis padres y comentarios inoportunos de mis tíos borrachos. Finalmente, a los dieciocho años, por esa época en que empecé a andar con Inés, mi papá se sentó conmigo en un Sanborns del sur de la ciudad y, con un café tibio entre las manos, me confirmó lo que yo sospechaba desde niño. Mis padres se habían separado a principios de los ochenta, mientras vivían en Nueva York y mi papá estudiaba una maestría. Durante esa

separación, mi mamá entabló una relación con un gringo casado, quien le prometió que dejaría a su esposa para irse con ella. Sin embargo, al enterarse de que esperaba un hijo suyo, el hombre la cortó y regresó con su mujer. Mi mamá volvió a tocar la puerta de su marido y le pidió que la aceptara de vuelta a pesar de que estaba embarazada de otro. Y él, que la adoró hasta el día en que dejó de respirar, así lo hizo y crio al niño como si fuera suyo, a pesar de que claramente no tenía sus genes. Nací rubio, de ojos claros, con la tez pálida: facciones que conservo hasta el día de hoy y que contrastan de forma marcada con el rostro moreno, de ojos negros y cabello oscuro de mi papá. Tres años después, ya de vuelta en México, nació Tania, su hija biológica, una copia calca del físico de nuestro padre.

Mi papá acabó su historia, le dio el último sorbo a su espantoso café y me confesó que de la manera más extraña yo, el hijo de John Doe, salvé su matrimonio. Mi mamá regresó con él por mí, porque mi padre biológico me rechazó y ella no quiso criarme sola.

—Tania nació gracias a ti, güero. Tu mamá y yo estamos juntos gracias a ti. Por eso te queremos como te queremos.

Esta inusitada expresión de cariño no vino acompañada de una palmada en el hombro ni de una lágrima furtiva o un guiño del ojo. Mi papá solo me observó fijamente, sin parpadear, para que quedara claro que esto que me había dicho no era una fantasía que él mismo urdió para justificar sus decisiones, ni una mentira para reconfortarme. Era la verdad. O, en todo caso, su verdad. Después pidió un *cheesecake* de mermelada sintética y fresas recién descongeladas y se lo comió como si se tratara de la más fina repostería. Así era mi papá: poco exigente, feliz en casi cualquier circunstancia, optimista aun frente a un pastel sabor celofán. Ahora fui yo quien lo observó mientras comía sin quejarse. Nunca se quejaba de nada que no tuviera que ver con su salud. Y a pesar del bonito corolario de su confesión, odié su capacidad para tragar mierda y seguir viendo de frente. Fue esa epifanía —saber que su vida entera estaba fincada en aprender a tolerar los tragos amargos— la que me distanció de él, quizá para siempre.

(Y ni qué decir de ese plural. «Queremos» en vez de «quiero», como si mi mamá me tuviera cariño porque salvé su matrimonio. Hay veces en las que pienso todo lo contrario: que no me aguanta porque, si no fuera por mí, jamás habrían vuelto a estar juntos.)

En un acto que mi papá quizá consideró elocuente desde un punto de vista psicológico, mi primera novela contenía un capítulo profético en el que un personaje llamado Matías (igual que yo) se enteraba de la enfermedad terminal de su padre mientras vivía en el extranjero e

intentaba, sin éxito, regresar a tiempo para verlo, quedándose varado en un aeropuerto. Al igual que yo, Matías no había hecho gran cosa durante su exilio. Un poco menos drogadicto, un poco más promiscuo, pero igualmente a la deriva, manteniéndose lejos para batallar con la alergia que México le causaba. Al final del capítulo, el Matías ficticio volvía después de enterarse de la muerte de su padre por medio de una llamada telefónica mucho más dramática que aquella que recibí de mi mamá mientras vivía en Nueva York. Puse el punto final a la historia, dejé implícita la llegada de mi personaje y después imaginé su vida en México, consolando a su madre y a su hermana menor. El porvenir que pensé para aquel Matías era esperanzador. Lo vi sentar cabeza en el DF, resarcir sus errores, alejarse de amistades nocivas, conciliar la herencia vital de su padre, conseguir una novia, casarse, tener hijos y ser un hombre de bien. Por medio de este álter ego homónimo exploré mi propio destino, teoricé sobre mi eventual despedida y deposité esperanzas en mi futuro. Muy adentro sabía que, como él, también perdería el tiempo en Nueva York; que, como él, también regresaría a México para hacer las paces con mi familia.

De saber lo que me ocurriría seis años después y de haber podido prever las circunstancias de mi retorno, ¿lo habría publicado? No sé. Tal vez debí dejar ese relato fuera del libro. No puedo ni imaginar lo que mi papá pensó al leerlo. Como psicoanalista, como padre, ¿a qué conclusiones lo habrá llevado encontrar una historia prácticamente parricida, escrita por su único hijo varón?

¿Por qué no cambié los nombres?, ¿por qué el personaje de ese capítulo se llama igual que yo? Quizás esa novela no era solo una mentada de madre para Adrián y todo el mundito de mierda que representaba. Quizás era también un corte de mangas para mi papá. Y así, en mis últimos meses en México, vendí las más desagradables anécdotas de mis mejores amigos a cambio de un libro publicado, forcé a mi novia de cuatro años a abortar un hijo nuestro y entre las páginas, pero con los mismos nombres y el mismo esquema familiar, acabé con mi papá.

Regresé sin querer regresar. Encontré a Inés con un hijo en brazos en doscientas fotos de Facebook, a mi papá inconsciente sobre una cama, con un tubo respirando por él, y a mis amigos zozobrando en un miasma de transas y ron. Ese es el país donde tengo que vivir, contra mi voluntad, por segunda vez. Me queda claro que no le debo nada a esas decepciones andantes que son mis amigos, ni tampoco a Inés, que no tiene ni voz ni voto en mi vida. Con el único con el que estoy en deuda es con mi papá. Y, cuando se publique, mi nuevo libro saldará todas las cuentas pendientes entre nosotros.

Jueves

Despierto a las diez y media de la mañana, ignorando los mensajes de texto que me llegan de la oficina de *Kapital* y de mi primo Mario en específico, y manejo rumbo a Perisur para comprar el nuevo número de la revista, que salió a la venta ayer. Van dos noches que duermo en casa de mi mamá, porque ella me lo pidió. *Horacio*, nuestro pequeño schnauzer, ese anciano adolescente que ha estado con nosotros desde que Tania tenía nueve años y yo doce, lleva una semana gimiendo de dolor, sin poder moverse, acostado al lado de la cama donde mi papá durmió durante los últimos diez años de su precioso matrimonio, en un cuarto separado del de mi mamá. Curioso que el perro haya escogido ese lugar para tumbarse y no volver a ponerse de pie, como si esa cama fuera el hoyo negro sobre o alrededor del cual toda mi pequeña familia peregrinará para morir. Allí encontró Tania a mi papá, bocabajo, hace seis meses, con un brazo sacudido por espasmos y el cráneo inundado por su propia sangre. Ahora, *Horacio*, famélico, a punto de evanescerse, gimotea con dos tumores en los güevos, del tamaño de una guayaba (cuando deberían tener el tamaño de un tejocote). Me gustaría decir que me entristece su muerte, que con él se va mi adolescencia, mi infancia y mi blablablá, pero la realidad es que me despedí de *Horacio* hace tiempo. Jamás pensé que seguiría vivo para cuando volviera de Nueva York. Cuando finalmente regresé, ya no era mi perro el que me dio la bienvenida, si es que a olisquear mi zapato por medio segundo y después gruñir de manera inconforme se le puede llamar «dar la bienvenida». En 2006 dejé a un perro inquieto, protector y curioso; en 2012 me reencontré con un animal que ni siquiera respondía a su nombre.

Tengo la impresión de que mi mamá me pidió que volviera para que yo, por mis pistolas, sin preguntarle, me lo lleve al veterinario y lo duerma antes de la boda de Tania. Así como no podía entrar a ver a su marido moribundo en el hospital, tampoco quiere hacerse cargo de su pinche perro.

Me estaciono en Perisur y troto ansioso hacia el Sanborns, zigzagueando entre la gente, con la vista cegada por el sol que rebota

en los cristales de la entrada y los cofres de los automóviles. Entro a la tienda y camino hacia las revistas acompañado por la voz neoflamenca de Luis Miguel, quien canta alguno de sus viejos éxitos con una entonación tan intensa y dolorida que cualquiera pensaría que la letra narra la muerte de su madre. De quince personas, quince leen ejemplares de revistas del corazón. Y junto a ellas, están las de sociales. Una conductora en la portada de esta, un futbolista en la portada de aquella. Y en la de *Kapital*, un *socialité* y su esposa *socialité*. A la mitad del ejemplar encuentro mi artículo.

MIDNIGHT MONSTERS MAY PARTY IN ACAPULCO
por Matías Lavalle

Antes de leer el artículo publicado, recuerdo la crónica original:

MIDNIGHT MONSTERS HALLOWEEN PARTY IN ACAPULCO
por Matías Lavalle

> Batichicas, guasones, vaqueros del viejo oeste, diablitos, diablitas, libélulas y hasta un invitado disfrazado de cajetilla de cigarros desfilaron por el fabuloso chalet de Tony Rivero en el puerto de Acapulco.
>
> «Me encantan estas fiestas porque todos tenemos la oportunidad de ser alguien más por una noche», compartió Tony en entrevista exclusiva para *Kapital*. «Tenemos la mejor música, la gente más linda y el mar a dos pasos, ¿qué más podemos pedir?»
>
> Los invitados disfrutaron de una deliciosa degustación de vinos californianos, con maridaje escogido especialmente para la velada por el chef Manuel Olavarrieta, quien preparó una selección de aperitivos y canapés, fusión de comida mediterránea y japonesa.
>
> Acompañado de su flamante novia, Marlene Bustamante, Tony departió con todos sus invitados hasta altas horas de la madrugada en una fiesta que incluyó un concurso de disfraces con una bolsa de diez mil pesos para el ganador y que contó con la música de DJ Lokomotiv, uno de los más versátiles de México.

Qué prosa, qué vocabulario. Cuánto eufemismo *chic* (*chalet*); cuánto elogio políticamente correcto (flamante, fabuloso, versátil). Meses de escribir esta mierda habían comenzado a convencerme. De tanto hablar de *socialités*, hasta empezaba a creer en las descripciones que se me ocurrían. Después de todo, fui yo el autor de célebres encabezados

como:

«Luigi Terán le puso el *mood* a la velada con una mezcla de salsa y hip-hop…»

«Los invitados disfrutaron de una deliciosa mariscada, cortesía del chef Carlos Hagsater…»

«Chabela y Lili Marcos estuvieron presentes en el *brunch* organizado por la galería de Pepe Lizaldi…»

«Gente *cool*, buena vibra y mucha fiesta fueron los ingredientes para el megarreventón de Memo Kuri…»

«Las diseñadoras de moda Mireille Macías y Casilda Becker, echándose un *break* con un rico tinto en la terraza del Habita.»

Cinco meses pasé entre los *breaks* y los *moods* y los *brunchs* y los chefs y la gente *cool* y la buena vibra. Cinco meses en los que, por ocho horas al día, mi vida fue una digestión de banalidades sin freno. Atado a ese cúmulo de nada por veinte mil pesos menos impuestos al mes.

El artículo que tengo enfrente acaba con eso de una vez por todas. Leo la nota que inserté sin el consentimiento de Mario, con las manos sudando de la emoción, escondido en una esquina del Sanborns, como si estuviera cometiendo un delito:

> Batichicas, guasones, vaqueros del viejo oeste, diablitas, diablitos, libélulas y hasta un imbécil disfrazado de cajetilla de cigarros desfilaron por la casa acapulqueña de Tony Rivero, el actor más naco de todo México.
>
> «Me encantan estas fiestas porque tengo la oportunidad de ser alguien más por una noche», compartió Rivero sin darse cuenta de que, siendo actor, ser otra persona es exactamente lo que hace todos los días. «Tenemos la misma música que en todos los antros, la gente más ridícula y el mar a dos pasos, ¿qué más podemos pedir?»
>
> Los invitados disfrutaron de unos vinos comprados al mayoreo en el Sam's Club, junto con comida preparada por uno de los veinte mil chefs mexicanos que se creen franceses por haber estudiado en el Cordon Bleu, quien montó una selección de bocadillos horrorosos de dizque procedencia mediterránea (por llevar aceite de oliva) y dizque influencia japonesa (por usar pescado crudo).
>
> Acompañado de su novia Marlene Bustamante (aunque cualquiera que tenga dos dedos de frente sabe que Rivero es más gay que Liberace), Tony departió con todos sus invitados hasta altas horas de la madrugada, en una fiesta que incluyó un concurso con una bolsa de cinco salarios mínimos para el ganador y que

contó con la música del DJ Lokomotiv, al que no conocen ni en su puta casa.

Suelto una risilla nerviosa. Ahí están las mismas fotos que acompañaban la nota original: Jaime, Lisa, Paty, Marcos y Billy, todos disfrazados de pies a cabeza. En junio. En Acapulco. Y Tony, por supuesto, vestido de Linterna Verde junto a su novia Marlene, disfrazada de contenedor de silicón, o bien de conejillo de Indias para experimentos extremos de bótox. Todas con el pie de foto íntegro, sin cambio alguno. No las respeté por buena onda sino porque no tenía la menor idea de cómo manipular las galeras para cambiar esos textos. Cierro la revista y la llevo a la caja listo para comprarla, sonriendo como imbécil, incapaz de contener mi entusiasmo frente a tan maravillosa travesura.

Saco el celular y la cartera, en busca de mi tarjeta de crédito. Tengo cinco mensajes del celular de Mario («hablame en este instante, Matias», «se puede saber en que estabas pensando cuando hiciste esto???»), uno de Daniela, la chica de veintidós años con la que salgo y a la que odio («marcame amor… quiero saber a que hora llegas en la noche!») y, finalmente, tres mensajes de otra chica con la que llevo más de dos semanas postergando un encuentro en nuestro motel predilecto, por Revolución («a ver si hoy ya me levantas el castigo, no???») No tengo ganas de contestarle a ninguno de los tres. Pago mi revista y cuando me la entregan, escondida dentro de una bolsa, juro que se siente como si acabara de recibir un trofeo.

Mi mamá me consiguió el trabajo en *Kapital*. Después de verme buscar chamba por un par de semanas, se sentó a hablar conmigo en la sala de la casa y me dijo que, después de una larga charla, había convencido a Mario de que me contratara a pesar de mi poca experiencia laboral. ¿Poca experiencia laboral?, pensé. ¿Cuántos de sus pinches colaboradores tenían una novela publicada? Le dije que prefería echarme un maratón de comedias románticas al lado de Tania que trabajar para una revista de sociales y no volví a tocar el tema hasta que pasaron dos semanas más: muerto de aburrimiento y harto de no tener nada que me distrajera entre semana, decidí aceptar la oferta. Económicamente podría haber dejado de trabajar en *Kapital* desde hacía meses, cuando recibí el medio millón de pesos y el departamento en la Nápoles que me dejó mi papá, pero, como ya dije, trabajar para Mario —con su oficina marca Apple y su vestimenta de catálogo de J. Crew— era el precio que tenía que pagar por haber huido a Estados Unidos seis años. Además, Mario siempre ha sido el

sobrino predilecto de mi mamá. El niño bueno, que se casó con una niña buena en una bonita boda y que ahora tiene dos niñas muy lindas; con un buen trabajo, un buen sueldo y que vive en un departamento bien bonito en Santa Fe. A mí siempre me ha caído peor que una patada en el culo. Me parece más falso que el ratón de los dientes, más plástico que un *burbupack* y tan idiota como su revista.

Antes de subirme al coche suena mi celular. No tengo el número guardado, pero aun así lo reconozco. Es de mi editorial.

Dejo caer la revista sobre el pavimento. Contesto y pongo la palma de la mano derecha sobre la frente, cubriéndome del sol inclemente de junio. El corazón amenaza con romperme las costillas. De un solo golpe siento todas las venas del cuerpo hincharse de sangre, disparada por el susto.

—¿Bueno?, ¿Matías?

—Hola, Gaby. ¿Qué tal?, ¿cómo estás? —pregunto con la voz aguda, casi afeminada, haciendo lo posible por sonar casual.

—Bien, bien —me responde—. Oye, te hablo porque me acaba de llegar el último dictamen de tu novela…

Me recargo en el coche y cierro los ojos, en espera de la conclusión. Atrás de mí, una señora camina de la mano de su hija pequeña, quien llora desconsolada con la impudicia con que lloran los niños pequeños. Gaby continúa:

—Sí. Fíjate que no fueron enteramente positivos. Lo hablé con Ricardo y preferimos no publicarla.

Los llantos de la niña me perforan los oídos. El nerviosismo que sentí al ver el número de mi editorial en la pantalla del celular poco a poco le abre paso a un sudor frío, cuyas gotas se escurren lento por la espalda, las axilas y las sienes.

—Ah. Okey —respondo, después de una aparente eternidad.

—Sí. Pues así son estas cosas, Matías. Pero, ¿por qué no nos hablas la próxima semana y te das una vuelta para que platiquemos? Seguro se nos ocurre algo más que podamos hacer.

Colgamos cinco segundos después. Me agacho para recoger la revista del suelo. La tomo entre mis manos, pero ahora ya no se siente como un trofeo.

No le pego al parabrisas, no miento madres, no pongo canciones de Sepultura para gritar dentro del coche. No me echo a llorar, no maldigo mi suerte, no vuelvo a marcarle a Gaby para rogarle una segunda oportunidad. Lo único que hago es hablarle a Felipe, que desde hace semanas está desempleado por mi culpa, para pasar a verlo

a su departamento en la Condesa. Podría ir a casa de mi mamá, recoger a *Horacio* y llevarlo al veterinario para que lo duerman, pero suficiente tengo con una noticia de mierda para un día. Si hago eso, en la noche voy a tener que mezclar un lexapro con mi rivotril. Podría ir a mi departamento, que sigue siendo el consultorio de mi papá, y leer un rato.

Prefiero no estar solo. Son las doce y media del día, y mi llamada despierta a Felipe. Ayer se durmió tardísimo.

—¿Haciendo qué, güey? —le pregunto.

—Jugué Uncharted hasta las tres y después me puse a ver *Jerry Maguire*.

—Ah.

—Entonces, ¿vienes para acá?

Colgamos y me enfilo rumbo a la Condesa intentando no pensar en mi novela, o más bien contemplando alternativas para publicarla. Podría llevarla a otra editorial. Pero mejor no. Si mi propia casa la rechazó, ¿qué puedo esperar de otros que no conocen mi trabajo y no me han publicado antes? Tal vez puedo hablar con Gaby para ver si me deja reescribirla y volver a someterla a dictamen.

Lo habló con Ricardo, el director editorial, y él decidió que no debían publicarla. No hay manera de que me editen este libro.

Me estaciono afuera del departamento de Felipe, quien vive en un pequeño edificio cuya fachada recién remozada apenas si logra disimular la precariedad de sus espacios internos: el elevador es una caja de madera en la que hay que martillar cada botón para que te lleve de piso en piso, las escaleras son de un mármol cuarteado y cochambroso, y los departamentos son cubículos de alfombras polvorientas, con humedad en las esquinas de los cuartos y viejos focos en el techo que titilan antes de encenderse. Jamás le he preguntado por qué vive aquí y no en la casa en la que creció. Me queda claro: Felipe preferiría vivir dentro de un bote de basura que depender del cobijo de su papá. Suficiente orgullo tuvo que tragar cuando, un año antes de que yo volviera de Nueva York, y después de que su cuenta de ahorros se quedara en cero por culpa de una inversión francamente imbécil, se acercó a su papá, comentarista deportivo *extraordinaire*, as en el análisis de la liga nacional y dueño, junto con el Perro Bermúdez, de las más molestas metáforas futbolísticas, para pedirle chamba en Televisa. La respuesta fue un sí a medias. Un «sí, pero no». Al mes siguiente, Felipe entró al equipo de cobertura deportiva, encargado de viajar a Tijuana para entrevistar al lateral derecho de la banca de la banca de la banca de los Xolos. Le tomó más de un año ganarse el respeto del equipo y obtener una

invitación para algo más significativo que un partido de segunda división. Desgraciadamente, una noche antes de que volara a cubrir un partido de la Libertadores o la Concachampions o uno de esos torneos de mierda, a Felipe se le ocurrió contestar mi llamada mientras yo estaba con Daniela y dos amigas suyas en un bar en la Roma. Lo que empezó como tres tragos acabó en una noche en la que nos metimos dos tachas cada uno y nos dormimos a las ocho de la mañana, después de que le disolviera un rivotril en su cuba sin que él se enterara. Su vuelo a Bogotá salía a las diez. Felipe se despertó a mediodía. Adiós oportunidad de oro. Adiós carrera como comentarista de futbol. A los tótems del periodismo deportivo les importó un cacahuate que Felipe se apellidara Palacios y que fuera hijo del gran Joaquín. En cinco minutos mi amigo estaba en la banqueta de Televisa Chapultepec, deprimido después de tanta tacha, con su gafetito aún colgando de su gordo cuello. Y me prometí entonces que le ayudaría a conseguir un trabajo que reemplazara a aquel que perdió por mi culpa.

Entro a su departamento y eso es lo primero que me pregunta.

—¿Qué onda, güey?, ¿ya hablaste con tu tío?

—Ya, cabrón. Desde el lunes. Le mandé tu currículum y todo. Hasta le dije a mi jefa que le eche un grito para que te ayude.

—Vientos —responde Felipe acostado en su colchón a ras del suelo, con un submarino en la boca y el control remoto de su tele en la mano: la viva imagen del estereotipo del amigo obeso y desempleado. Me acerco a él y tomo dos empaques vacíos de ese pan dulce para tirarlos al basurero.

—¿Submarinos? ¿Así de mal estás, cabrón?

—Si tanto te molesta, ahí está la cocina para que me prepares unos apios con queso panela.

—No, gracias —le digo, porque me da güeva cocinarle y porque nadie que se quiera entraría a esa cocina, antesala del infierno, cultivo viviente de todas las bacterias del Distrito Federal.

Felipe apaga la tele y se sienta con la espalda recargada en la pared, viéndome de frente. Su boca aún mastica el submarino de vainilla y un testículo, moreno y velludo, se asoma entre su pierna y sus bóxers. Con los ojos entrecerrados le pido que lo guarde y mi amigo obedece de buena gana, arrojándome una sonrisa que es mitad pan con relleno cremoso y mitad dientes.

—¿Qué traes? Parece que alguien se te murió —pregunta, y hago caso omiso de su finísimo tacto. Aunque han pasado cinco meses desde la muerte de mi papá, no me parece el comentario más atinado.

—Nada, carnal. Me rechazaron la novela.

—Qué mal pedo.

Nos rodea ese silencio incómodo del que suelen pender preguntas. Siento que Felipe quiere que le pregunte por él, que le platique lo que dijo mi tío o que hablemos de Luisa, su exnovia, con la que sigue obsesionado a pesar de que cortó meses antes de que yo regresara.

—¿Y cuál era? —me pregunta—. ¿La que escribiste allá, o qué?

—No escribí ninguna novela allá —le respondo y tomo asiento en una esquina de su colchón, casi dándole la espalda.

—Ah. Pues qué mamada. ¿Y no la puedes llevar a otro lado?

De nada serviría explicarle mis problemas a detalle, así que me conformo con habérselo confesado y cambio el tema. Le pregunto si ya tiene listo el traje para la boda.

—A güevo. Lo compré hace dos semanas, con lo que sobró de mi último sueldo. ¿Tú ya compraste todo?

—Nel. Tengo que hablarle a ese güey hoy. Si no me contesta, le tengo que marcar al contacto de Pablo.

No quiero marcarle al contacto de Pablo. La última vez que le compré me vendió unas tachas que me cayeron como ácido sulfúrico al estómago y nunca me pegaron. El tipo me da mala espina. Cita en lugares extrañísimos; nunca puede verme cerca de mi departamento. Y, además, siempre tiene el buen gusto de decirme «puto». ¿Cuántas quieres, puto? No, así déjalo, puto. Te van a encantar, puto. Por otra parte, la fiesta del sábado es la boda de mi hermana y si en la historia de la humanidad ha habido una en la que se necesite de algo extra para pasarla bien, sin lugar a dudas es esta. Tan solo pensar que de ese día en adelante mi hermana dormirá con el imbécil de José Luis es suficiente como para darme epilepsia. Así que si no me queda de otra tendré que marcarle. Le aseguro a Felipe que así será.

—Venga. Llévate cuanta madre puedas —me pide.

—Échate al erizo.

—¿Qué, güey? La última vez que se armó la fiesta con Patricio ni me hablaste.

—Te la quise ahorrar. Ese güey no es de los buenos.

—Si no lo quiero ver a él.

—No te preocupes, Pipe. Yo compro todo.

Hace seis años, Felipe se enojaba si cualquiera de nosotros —menos su exaltadísimo líder, Adrián— fumaba marihuana. Hoy en día es el más intenso de todos. Más que el nariz pronta de Pablo, más que yo y, claro, mucho más que Adrián, quien desde que anda con Mica se las da de *rockstar* reformado (en seis meses no lo he visto pedo ni una sola vez). Entiendo que Felipe haya empezado a pegarle al perico y a otras madres. Después de todo, la vida le pasó por encima en poco más de medio año. Si yo viviera en este departamento, si una vieja

como Luisa me hubiera puesto el cuerno quinientas veces y, sobre todo, si me corrieran de mi trabajo como corresponsal deportivo en Televisa, también viviría pedo o puesto o ambas al mismo tiempo.

Felipe se levanta rumbo al baño, pisando el control de su PlayStation en el proceso y musitando unas cuantas groserías. Lo escucho levantar solo una de las tapas y después orinar el borde del escusado: el chorro en busca de agua. Una pila de cajas, marcadas con un plumón, aún se encuentran cerradas en la esquina de su recámara. Lleva meses aquí y todavía no termina de mudarse.

—¿Te llegó el *mail* de Pablo? —me pregunta desde el baño y mi corazón se contrae, angustiado.

Prendo un cigarrillo.

—¿Cuál *mail*?

—No mames que no lo leíste…

—¿Qué decía, cabrón?

—Tranquilo. Ahorita te digo.

Felipe acaba de mear y me sorprende escuchar que le jala al baño. Regresa a su recámara, caminando tan lento que parece como si su alfombra fuera arena movediza, y arroja su inmensa carrocería sobre el colchón.

—¿Qué chingados decía el *mail* de Pablo? —pregunto, esta vez con mucha menos paciencia.

—Que viene a la boda de Tania. Llega mañana.

Escuchar esta información no me tranquiliza. Estoy harto de vivir ansioso, de tener que dormir con ayuda de ansiolíticos, de digerir con espasmos, escalofríos y sobresaltos toda la información que me sueltan. Pienso, miserablemente, que si la vida dejara de soltarme patadas quizás aprendería a recibir noticias como alguna vez lo hice: con calma y con la cabeza fría. Pero una vez que deja en claro que una de esas malas noticias puede ser la muerte de un padre, uno aprende a entrar en estado de pánico cada vez que alguien abre la boca.

—No mames, Matías. Y yo que pensé que te iba a emocionar lo de Pablo.

—¿Qué? No, no. Me emociona cabrón. Está chingoncísimo que venga. Ya quiero verlo.

—Y a ver si namás viene para la boda, eh —me dice Felipe y extiende la garra de panda que tiene por mano derecha para pedirme una fumada de mi Camel.

Se lo entrego, no sin antes jalar un poquito de cáncer para adentro, y le pregunto a qué se refiere.

—En una de esas viene a darle el anillo a Natalia.

—Pues qué pendejo.

—¿Y por qué va a ser una pendejada? Llevan como diez años juntos.

—Namás.

—Yo ya quería comprometerme con Luisa —dice y me regresa el cigarro.

—No empieces, Pipe.

Mi amigo se encoge de hombros. Nos vuelve a amarrar ese silencio incómodo y esta vez Felipe prefiere darle la vuelta prendiendo la televisión. Aprovecho este paréntesis para meterme al baño y contestar algunos de los mensajes de texto que recibí mientras compraba el ejemplar de *Kapital* en Sanborns.

A la chica que me invitó al motel le escribo: «Puedes en dos horas??»

A Daniela le respondo: «Te veo en tu casa a las diez».

Regreso a la recámara para despedirme de Felipe. Mi teléfono vibra dos veces, casi consecutivas.

La primera me responde un sí entusiasmado.

La segunda me pide que no llegue tarde a su fiesta.

Antes de irme, Felipe me pide que le platique más de mi tío. Me dice que necesita un trabajo para pagar la renta o tendrá que regresar a casa de su papá. Le reitero que hice lo correcto, que mi tío está enterado de su interés y que muy pronto tendrá una respuesta. Me despido de él sin siquiera darle la mano y le aseguro que pronto le confirmaré cuando consiga todo lo que quiere para la fiesta. Él me sonríe. Creo que me sonríe. Su cara está casi a oscuras. Sus ojos fijos en la televisión. Sus brazos firmemente cruzados, como si pretendiera abrazarse a sí mismo.

Mi tío Mario, papá de Mario (mi exjefe, ahora enemigo jurado y director de ese estandarte del periodismo de altura llamado *Kapital*), es director de la empresa que mi abuelo fundara en los cincuenta, una pujante acerera de la que Mario, mi mamá y sus otras cuatro hermanas, tres de las cuales no viven en el país, han mamado siempre. ¿Esa casa impersonal y gélida del Pedregal a la que nos mudamos cuando cumplí veintiuno, y que Tania y mi mamá aún habitan? Comprada con la herencia que dejó mi abuelo. ¿Esos cruceros multitudinarios, esos viajes a Houston y a Miami, esos fines de semana de comprar ropa y bolsas en Estados Unidos hasta llenar veinte maletas? Financiados por la acerera. Nunca lo he hablado con mi mamá, ni jamás lo platiqué con mi papá, pero calculo que la fortuna de cada uno de los seis hermanos debe estar por arriba de los tres

millones de dólares y es muy posible que mi tío tenga aún más lana, ya que desde hace once años está a cargo de la compañía. Mi papá jamás permitió que mi mamá le pagara nada. Si por él hubiera sido, la familia aún viviría en esa casita sobre Desierto de los Leones en la que crecí, pero mi mamá lo obligó a mudarse. Sé que nunca fue feliz en esa nueva casa. Yo tampoco.

Por lo tanto, después de que Felipe perdió su trabajo por mi culpa, lo primero que se me ocurrió fue pedirle a mi tío que lo ayudara. Mi amigo estudió Administración de Empresas y probablemente lo haría bien en un puesto de medio pelo en la acerera. Pero en realidad se me ha olvidado llamarle a mi tío, y ahora, después de que me cagué en la revista de su retoño, es poco probable que me haga un favor. Tal vez le marque hoy o mañana, o hable con él en la boda, para darle una disculpa, explicarle que la inclusión de mi texto en la revista fue un error y mencionarle a mi amigo desempleado, al que una buena chamba le caería inmejorable.

Salgo del departamento de Felipe y me enfilo rumbo al Palace: el motelito donde quedé de verme con esta chica. El lugar tiene paredes color rosa mexicano y el nombre del establecimiento en letras color plata, con la segunda «A» colgando chueca, como un diente de leche, arriba de las puertas de cristal de la entrada. Sin embargo, sus instalaciones son bastante decentes para ser un motel con nombre de putero que cobra cuatrocientos pesos la hora. Entro al estacionamiento, voy al *lobby*, le pido un cuarto al conserje (un chico que a fe mía no rebasa los doce años) y me da mi llave. Camino por los pasillos mientras le mando un mensaje de texto a la chica con el número de nuestra recámara.

Intento dormir un rato en lo que llega mi invitada. No puedo. Cierro los ojos y despierto cinco minutos después, casi ridículamente agitado, como si en mi brevísimo sueño me hubieran dicho que me tienen que cortar ambas piernas. Hoy debió haber sido un día distinto. Un día para festejar la publicación de mi segundo libro y mi triunfal salida de la revista. En cambio, aquí estoy, acostado sobre estas sábanas de poliéster verdoso que quién sabe cuánta mierda han visto y recibido, esperando a alguien a quien no debería de esperar.

Recibo un mensaje de ella en el que me avisa que está entrando al motel, me meto un chicle a la boca y me recuesto sobre la cama. Una erección, dolorosa y palpitante como aquellas que me atacaban antes de nuestros primeros encuentros, se yergue debajo de mis *jeans*. No tengo idea de por qué ahora, tras semanas de no querer verla ni desearla, tengo esta necesidad de cogérmela. ¿Será que siento que muy pronto me la van a quitar?, ¿que volverá a ser prohibida?

Natalia toca la puerta, le digo que está abierta y entra, vestida con pantalones grises, un suéter de cuello de tortuga desafortunado para la temporada de calor y un collar encima que entre sombras parece de piedras redondas y equidistantes. Le he enseñado todo, le he arrancado el pudor a base de cogérmela en todas las posiciones y por todos los huecos posibles, y aun así se sigue vistiendo como monja. Su indumentaria contrasta con la idea que tengo de ella en mi cabeza. Cuando la sueño, siempre la imagino desnuda o prácticamente encuerada, caminando por este u otro de los cuartos del motel, sudorosa, con el pelo recogido en una apresurada cola de caballo. Años de verla al lado de mi mejor amigo me impidieron pensar en qué había detrás de tan recatados atuendos. Y si durante casi una década me pregunté qué diablos le veía Pablo, me bastó con desnudarla una vez en mi departamento de la Nápoles para salir de dudas. Si bien su cara no es particularmente agraciada, con una nariz de mazo que desbalancea el resto de sus finas facciones, el cuerpo de Natalia parece sacado de un personaje de libro vaquero: curvilíneo, con la piel ajustada al hueso y al músculo, de piernas carnosas y nalgas discretas pero firmes. Su figura fue una linda sorpresa, que sirvió para atenuar el remordimiento y atizar mi fijación por ella. Pablo se fue, la invité a tomar un café por semana y, tras un mes de coqueteo, un día nos besamos en el estacionamiento de un centro comercial de Polanco. De ahí en adelante cogimos durante meses, en mi departamento y en este motel, hasta que llevé la novela a la editorial y decidí que era mejor alejarme de ella y regresársela a mi amigo. Hoy es la primera vez que nos vemos en todo junio.

Se sienta a mi lado, me lanza una sonrisa que es más amor que lujuria, y la beso en los labios. Me toma de la barbilla y me aparta.

—Ya te extrañaba —me dice, mientras yo guardo silencio y me enfilo rumbo a sus labios de nueva cuenta.

Otra vez me detiene:

—¿Por qué no contestabas mis mensajes, eh?

Tanto la confesión como la pregunta vienen acompañadas de una cálida sonrisa, como si ella, que me ha conocido de toda la vida y por lo tanto sabe que no soy un hombre iracundo, quisiera evitar molestarme. No le veo sentido a mentirle o inventarle una excusa. No pierdo nada si se levanta y se va.

—Se me fue la onda —le digo—. ¿Me perdonas?

Natalia me acepta entre sus brazos. Nos besamos, esta vez con más fuerza, y encaramo mi entrepierna a su muslo, haciendo lo posible por recostarla sobre las sábanas. No cede, y después de un instante vuelve a separarme de ella.

—Estás saliendo con alguien, ¿verdad?

La calentura me gana. Sé que no debo mentirle, pero también que necesito coger con ella. Pienso en Daniela, en la fiesta a la que tengo que ir en la noche, y decido ocultar su existencia.

—No estoy saliendo con nadie.

Natalia pega su frente a la mía. Puedo oler su aliento, que huele fresco, a yerbabuena sintética, mientras me habla:

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Cogemos como cogíamos las primeras veces: con prisa y con furia; un acto salvaje en cámara rápida, como si nuestros cuerpos fueran agua, y un desierto el tiempo que pasamos lejos. Nos desnudamos sin despegar los labios y, aún embrocados, ella me frota los güevos mientras yo deslizo mi mano por su coño recién depilado. No gemimos, ni exclamamos nada: gruñimos, hambrientos, como animales desahuciados. No sé qué nos une así, qué propicia estos choques atómicos, ni quiero saberlo. Prefiero mantener ese misterio bajo tierra (o bajo piel), sin analizar nuestra mutua necesidad, simplemente disfrutando que esto ocurra. La he lamido, besado, penetrado decenas de veces y todavía se siente ilegal, casi sucio, como el encuentro a escondidas entre dos personas infelizmente casadas con otros y que se han amado en secreto por una vida entera. Así fue desde el principio, cuando aún no había sentimientos involucrados, y así sigue siendo ahora, tras semanas de no vernos, cuando es evidente que Natalia siente algo por mí. No sé si es amor o un simple enamoramiento pasajero, pero ahí está, claro como el agua, en sus párpados bien cerrados, en el gusto con el que me la mama, en el líquido que fluye por los bordes de su coño desde antes que yo dé el primer, certero lengüetazo desde el borde de su ano hasta el monte de su pubis. Amo cómo huele, cómo besa, cómo se mueve, pero sé que no la amo a ella. Por eso me la cojo de espaldas, sin verla a la cara, en busca de concederle el más breve anonimato, para pretender que todo lo que me da no proviene de la novia de Pablo sino de otra chica, a la que conocí en un bar a las dos de la mañana.

Me vengo, salgo, tomo el condón desde la punta y tiro de él como si se tratara de una gasa que cubre una herida. Lo arrojo al suelo, prendo un cigarro y me acuesto al lado de Natalia, cuyo pecho se alza y desciende, con la respiración agitada después de coger. Paso mi mano derecha por su torso, abrazándola de lado, y beso la ladera de sus tetas, subiendo hasta su pezón, al que beso de manera juguetona. Natalia rodea mi nuca con sus dedos y me aprieta contra su piel.

—Ya nos hacía falta —le digo en secreto, como si alguien pudiera

escucharnos, y ella voltea al techo y exhala en señal de asombro. Recojo mi brazo derecho, le doy una fumada a mi cigarrillo y después bajo hasta su pelvis, con sus pocos vellos púbicos de frente, hablando directo con su coño mientras ella me hace piojito.

Natalia recibe una llamada y aleja el celular de mí, para que no sepa quién le llama. Antes de que lo aparte veo que en la pantalla aparece una foto de su mamá. Aún vive con sus padres, que le marcan cada hora para ver dónde se encuentra, con quién está y cuáles son sus planes. Natalia deja que la llamada se vaya al buzón, mientras yo apago mi cigarro y vuelvo a recostarme en el mismo lugar. El cuarto huele a sexo, las sábanas están húmedas y mis piernas emiten desagradables chasquidos mojados cada vez que las separo de mi escroto. No estoy cómodo.

—Matías… ¿De veras no estás saliendo con nadie? —Su tono ya no es el mismo de cuando entró a la recámara. Parece mucho más grave, mucho más serio, como si yo fuera su hijo y no su amante.

—De veras —replico cansado.

—Te vi con una tal Daniela en Facebook. Una amiga de la novia de Adrián.

—Ajá.

—Le estabas dando un beso.

Natalia quita sus manos de mi cabeza y se cruza de brazos, comprimiendo la carne de sus senos. Los veo y mi erección regresa súbitamente, como por arte de viagra.

—Puedes salir con quien tú quieras. No somos novios —me explica.

—Hablando de novios… —le digo mientras mis dedos reposan sobre su vello púbico—. ¿Sabías que Pablo llega mañana?

Natalia tarda un instante en contestarme. Finalmente me dice que no sabía nada y vuelvo a arrastrarme por las sábanas hasta llegar a la altura de su rostro. Ciño mi verga contra su muslo derecho. Primera llamada.

—¿Viene a la boda de tu hermana? —me pregunta.

—Dice Felipe que igual y viene a darte el anillo.

Natalia no contesta. Se mantiene con los ojos clavados en el techo, mordiendo su escueto labio inferior. No creo que ni ella sepa lo que está pensando.

—¿Le vas a decir que sí?

Ignoro por qué le pregunto esto o qué respuesta espero. Quizá quiero demostrarle que es mejor cuando no hablamos, porque todo lo que no sea coger amenaza con disolver nuestro frágil simulacro de relación. Ni su cuerpo ni el mío saben nombrar a Pablo. Solo las

palabras lo invocan.

—No sé. Igual y sí. No sé —me responde.

—Y qué, ¿me vas a invitar cuando se casen?

Natalia reacciona como una serpiente acorralada. En cuestión de milésimas de segundo aparta mis manos de su cuerpo y se levanta de la cama, lista para vestirse, sin responder a ninguna de mis preguntas. Yo llevo a cabo algunos pueriles intentos por detenerla. Recojo sus zapatos y los arrojo a una esquina, me prenso de sus pantalones antes de que se los ponga y escondo su celular debajo de una almohada.

—Quédatelo. Al rato me compro uno nuevo.

—Tranquila. ¿Qué dije?

Me avergüenza admitirlo, pero mi erección no desaparece a pesar de nuestra pelea. Sigo queriendo coger con ella, en busca del segundo *round*, como si todos mis impulsos fueran un embudo que terminara en su cuerpo.

—Namás me estás jode y jode con Pablo. ¿Para qué tenías que contarme lo del anillo?, ¿qué chingados ganas mencionándome eso? Y además de todo me dices mentiras.

—¿Cuáles mentiras? —pregunto y le devuelvo su BlackBerry de oficinista.

—Estás saliendo con esta vieja, Matías. ¿Por qué no me dices la verdad?

—No estoy saliendo con nadie. Tú tienes novio y no te digo nada.

—Lo mío es diferente.

—¿Por qué?

Natalia termina de ponerse los zapatos, se levanta, abre la puerta y antes de azotarla me espeta:

—Porque sí.

Me quedo solo, en calzones, con la verga tiesa. Lo único que queda de Natalia es la cuenca yerma de su nuca sobre la almohada y su collar de piedras redondas sobre un taburete. Sin pensarlo dos veces lo tomo y lo arrojo a la basura, esperando que haya sido un regalo de Pablo.

Salgo del motel diez minutos después, sin haberme dado un baño. Se me antoja una cerveza, como si fuera viernes en la noche y no jueves a las dos de la tarde, pero no tengo ganas de invitar a Felipe a comer, ni de buscar a Adrián y mucho menos a Daniela. Faltan ocho horas para su cena. Ocho horas que parecen una eternidad.

Decido regresar a la Condesa, al Starbucks de Nuevo León, para comerme un sándwich y tomarme un café mientras leo el libro que

traigo en la cajuela. Vacío las bolsas de mis pantalones y arrojo mis cigarros, mi cartera y mi celular en el asiento del copiloto. El recibo del motel lo hago bolita y lo pongo hasta abajo del portavasos.

Es la primera vez que Natalia se enoja conmigo y me deja solo en el motel tras azotar la puerta, sin beso ni abrazo para suavizar el impacto de la despedida. Necesito esos besos aunque no la ame. Me hacen falta porque cuando se va me quedo solo, sintiéndome mierda, y solo un adiós tierno es capaz de asegurarme que lo que hicimos estuvo más cerca del romance que de la agresión, y porque ese abrazo, antes de salir, me confirma que volveremos a vernos. Sirve, pues, para bordar la ilusión de que nuestros encuentros construyen algo en vez de destruirlo.

Es curioso pensar que Natalia, Adrián, Felipe, Pablo, Inés y yo nos conocemos desde que teníamos trece, y a pesar de todos esos años que hemos pasado juntos, nuestras vidas jamás han estado más enredadas que ahora. Durante la secundaria y la prepa hubo bandera blanca. Después vino la colisión, cuando chocamos entre nosotros, desviándonos para siempre. Quizás Inés no estaría casada si no fuera por mí. Yo tal vez habría visitado Nueva York por una temporada —tenía que hacerlo—, pero sin la presencia de Adrián nunca hubiera huido de México como lo hice, ni jamás habría escrito mi único libro publicado. Y si nunca hubiera regresado de Estados Unidos, Felipe tendría un trabajo, y Pablo y Natalia seguramente festejarían su compromiso mañana. De haber sabido todo esto, ¿nos hubiéramos sentado juntos, en las mismas bancas, en primero de secundaria? Tal vez yo sí lo haría. Sin Adrián y Pablo jamás habría sobrevivido la secundaria, cuando todos los chicos mayores se burlaban de mi pelo rubio y mi corte de bacinica a la inversa, insultándome cada vez que me veían en los pasillos. Adrián, que desde los trece tenía cuerpo de luchador de la WWF, y Pablo, que por más de diez años me quiso como el hermano que nunca tuvo, me cargaron sobre sus hombros y me ayudaron a salir adelante hasta que fui capaz de defenderme por mi cuenta. Pero todo eso también fue antes. Antes de la muerte de mi papá, de mi fuga y del aborto de Inés. Antes de que viera a Adrián romperle el cráneo a un elemento de seguridad de una privada con una llave de tuercas, tan fácilmente como cualquier otra persona abriría la cáscara de una nuez. Antes de que a mí me quebraran una botella de Bacardí en la cabeza porque él insistió en agarrarse a madrazos con los dueños de un antro al que fuimos. Antes de que presenciara cómo él y Felipe tramaban un plan para bajarle la novia a un pobre cabrón de nuestra prepa que, sin saberlo, la llevó a casa de Adrián en Acapulco y regresó soltero, en autobús, con los pantalones

orinados, mientras su ex dormía cómodamente entre los cuerpos desnudos de mis dos amigos. Antes de que me volviera testigo del pantano. Antes de que viera a todos mis amigos convertirse en una mierda.

Todos salvo Pablo, quien siguió siendo mi apoyo a lo largo de la prepa y la universidad. Siempre respetó que durante años no quisiera probar nada más que la marihuana e incluso le bajó a su consumo cuando entabló una relación con Natalia, que no podía ver un gallo de mota ni en pintura. Lo acompañé en todos esos años en los que quiso ser músico, visitándolo en su privada (la misma donde Adrián atacó al policía) para echarnos una cerveza y acabarnos media cajetilla mientras veíamos la programación insulsa de MTV o escuchábamos a Radiohead, Live o, ya entrados en la melancolía, Travis. Estudiamos en distintas universidades pero nos seguimos viendo al menos tres veces por semana, casi siempre en su casa porque yo prefería salirme de la mía. No me importaba que Natalia me cayera mal, ni que me pareciera el tipo más aburrido de chica mexicana: obsesionada con el matrimonio y con el futuro de los cuatro hijos que quería procrear. Pablo y yo éramos hermanos porque así lo decidimos desde que platicamos en nuestro primer día de clases en secundaria, y no fue hasta que regresé de Nueva York que las cosas cambiaron. El hombre que me recibió en México no tenía nada que ver con el amigo al que dejé seis años antes. Áspero, desatento, avaro, el Pablo que volví a ver después de la muerte de mi papá era irreconocible. Reencontrarme con él y constatar este cambio de ciento ochenta grados fue de las cosas más tristes de mi muy jodido retorno a México.

Dejo de pensar en Pablo y mis amigos en el instante en que le doy un trago a mi café y me siento en la terraza del Starbucks para fumarme un cigarrillo mientras leo mi novela. El día sigue soleado: ni una nube mancha el domo azul de la Ciudad de México. Me quito el suéter, con el sol golpeándome la frente, y disfruto este breve paréntesis de tranquilidad en un día que no ha tenido uno solo de esos hasta ahora. El café me dura menos de diez páginas, y antes de que pueda entrar en el libro y verdaderamente poner atención en la trama, me dan ganas de mear. La terraza está llena: hombres trajeados hablan de negocios con sus *laptops* abiertas en presentaciones de PowerPoint, grupos de amigas chismorrean alrededor de las mesas redondas y unas cuantas parejas comparten bebidas con crema batida. No quiero pararme al baño y perder mi lugar (y hoy, en el día de la mala suerte, bastaría con pararme cinco segundos para que alguien más se sentara en mi silla). Pero no tengo de otra: o voy al baño o destapo el vaso vacío de mi café del día y orino ahí dentro, frente a las parejitas y sus

frapuccinos. Decido dejar mi libro sobre el asiento y corro a cambiarle el agua a las aceitunas.

Salgo del baño y en el piso de abajo, haciendo fila para ordenar, veo a una chica delgada, de cabello castaño y corto, con una carriola negra frente a ella, observando los pasteles, sándwiches y panes detrás de la vitrina de la barra. Me detengo, intrigado por esta figura que, por lo menos de espaldas, me resulta familiar. La chica empuja y jala la carriola, en un movimiento rítmico, quizás inconsciente, y después yergue el cuerpo y avanza rumbo a la caja para pedir un café. La veo de perfil, y con eso basta para saber quién es. Llevo seis años sin verla, desde esa mañana en que salí rumbo a Nueva York y ella me visitó en casa de mis papás para darme un beso de despedida en la puerta y regalarme algo de comida que su mamá preparó para mí (no recuerdo qué era; solo sé que tuve que tirarla a la basura, por cuestión de espacio en mi equipaje, antes de entrar a las salas de abordaje). A pesar del matrimonio y el hijo, Inés se ve prácticamente idéntica. Trae el mismo corte de pelo y viste de manera más o menos similar a como lo hacía cuando la dejé: *jeans* entallados, zapatillas sin tacón, camiseta holgada y una sarta de pulseras decorando solo una de sus muñecas. Me da la espalda para ordenar e intento verle las nalgas, pero un mostrador lleno de bolsas de café en grano me tapa la vista. El cliente atrás de ella, un tipo de mi edad, de bermudas kaki, camisa a cuadros y lentes de pasta gruesa, me observa con mirada molesta, quizá creyendo que estoy allí, parado detrás del barandal del segundo piso, espiándolo a él. Le arrojo una sonrisa idiota y después troto rumbo a la terraza sin saber qué hacer, aterrado ante la posibilidad de que Inés se quede aquí para tomarse su café.

Salgo y me asomo por la barda que da al cruce entre Tlaxcala y Nuevo León, en espera de ver a Inés caminar rumbo al *valet parking*. No la quiero ver a ella, pero sobre todo no quiero ver a su hijo. Es más, si viniera sola probablemente la saludaría. Lo que me da miedo es tener que platicar sobre el bebé e inventar algún piropo idiota (qué mono está, tiene tus ojos) para demostrar que no hay agravios entre nosotros, que me da alegría verla con un niño y que siempre la recuerdo con afecto. No. Lo mejor sería no toparnos frente a frente. Ya habrá otros momentos para el reencuentro.

Me agacho y avisto la punta de la carriola pisar la banqueta y después a Inés, con un café en la mano, caminando rumbo a la sombrilla que esconde a los dos encargados del *valet parking*. Aunque mi corazón vuelve a acelerarse, esta vez no le presto atención. Es la cuarta (¿o quinta?) sorpresa en menos de cinco horas y creo que me estoy acostumbrando. Así, la observo caminar, con mi raída camiseta

azul agitándose al compás del tambor en mi pecho, sin quitarle los ojos de encima. Qué lindo el ritmo de sus pasos, como dictados por un metrónomo, y qué linda su figura, la misma que veía alejarse de mí cuando nos despedíamos en la entrada de su fraccionamiento, tan compacta, discreta y agradable a la vista. La observo sin añoranza, como quien mira una vieja fotografía o una postal y simplemente se acuerda de que en ese momento, en ese lugar, la pasó bien.

En el momento en que Inés sube a su coche recibo una llamada de Felipe. Contesto a regañadientes: prefiero escuchar el escape de una Harley Davidson que su voz gangosa.

—Güey. ¿Dónde andas?

—En la Condesa. En un Starbucks. ¿Qué pedo? —le digo sin quitarle la vista a la camioneta negra, recién comprada, en la que Inés arranca y desaparece.

—Güey, güey, güey. Tienes que oír esto.

Felipe toma aire. De su lado, escucho el ruido de la televisión encendida: las voces de uno o dos actores, indescifrables, como si estuvieran hablando debajo del agua.

—Te fuiste del depa y me fui a casa de mi jefe para recoger unos zapatos para la boda de tu hermana. Estoy parado en un alto de Revolución y, cala esto, ¿a quién crees que veo salir del pinche motelito ese, el Palace, todavía medio poniéndose los pantalones y arreglándose el pelo, cabrón?

Ya sé la respuesta. Me doy media vuelta, de cara a la terraza, y prendo otro cigarrillo.

—¿A quién viste? —le pregunto.

—A Natalia, güey.

Tengo el cigarro en la boca y estoy intentando prenderlo, así que no puedo opinar mucho más que murmullos con los labios apretados.

—¿Matías?

Por fin logro prender mi cigarro y quitarlo de mi boca para fingir que estoy impresionado:

—No mames. ¿Natalia?, ¿en serio? —Me basta un segundo para caer en la cuenta de que no reaccioné como Felipe esperaba. Me arrepiento. Quiero añadir otro «no mames», alguna expresión más que denote mi supuesta indignación, pero presiento que es demasiado tarde. O quizás es puro pensamiento mágico. Después de todo, no hay manera de que Felipe sepa que Natalia y yo tenemos algo que ver. Nadie nos ha visto en público y nadie, más que el policía de mi edificio, al que apodo el Koala porque duerme veintidós horas al día, sabe que me visita.

—Claro que es en serio, cabrón.

—¿Estás seguro de que era ella? —pregunto, y esta vez me basta una milésima de segundo para saber que estoy diciendo y preguntando puras pendejadas. Estoy nervioso, con la cabeza demasiado fresca con las imágenes de Inés y su carriola y su bebé y su camioneta del año, para poder actuar de manera convincente.

—No, Matías. No estoy seguro. Te estoy inventando que vi a la vieja de nuestro mejor amigo saliendo de un motel porque no tengo nada mejor que hacer —me dice, con demasiado énfasis en su tono sarcástico.

Esta vez medito mi respuesta. Le doy un par de fumadas a mi cigarrillo, me rasco la nuca y decido que esto es lo más inteligente:

—Hay que decirle a Pablo, Pipe. ¿Qué tal que viene a darle el anillo y su vieja está cogiendo con otro?

—No, no mames, güey. ¿Te cae? —pregunta Felipe muy lentamente, como si su voz fuera reproducida por una grabadora con la función *slow* activada.

—Es nuestro amigo, ¿no?

—Puta madre. No sé. Está muy cabrón este pedo.

—Bueno, pues platiquémoslo al rato. Hay que ver qué hacemos —le sugiero, más tranquilo.

—Venga. Un abrazo.

Cuelgo y camino rumbo a mi lugar. Mi libro está en el piso, bocabajo. En la silla donde estaba sentado hace apenas diez minutos está una señora, leyendo *Kapital*.

Media hora después llego a la Nápoles, al departamento que hace un año seguía siendo el consultorio de mi papá, con toda la intención de no hacer nada de aquí a que tenga que regresar a la Condesa, al *penthouse* donde vive Daniela con sus padres, para su fiesta de cumpleaños. No le dedico ni un minuto más a pensar en lo que Felipe vio sobre Revolución ni mucho menos pienso en Inés: hacerlo es tirar el tiempo a la basura. Entro al estacionamiento del edificio, una especie de catacumba de pilares de concreto, coladeras y señalizaciones pintadas en los ochenta, e intento recordar, como si fuera un examen, lo que Inés traía puesto hace una hora, cuando la vi en el Starbucks. No me acuerdo de una sola prenda. Así de inconsecuente es.

Estaciono mi Jetta prehistórico y camino rumbo al vestíbulo del edificio, a través de una portezuela que gime como bebé con cólico cada vez que la empujo o la cierro. El Koala me escucha entrar y despierta detrás del mostrador de seguridad, exaltadísimo, como si yo

acabara de disparar una escopeta. Con la voz amodorrada, el viejo policía me pide que me detenga antes de subir al elevador porque tiene un paquete para mí.

—Llegó hoy en la mañana para usté, joven.

—Gracias, jefe —le respondo mientras tomo entre mis manos la caja de cartón, momificada con *masking tape*.

Entro al departamento y un sonoro chiflón de aire que se cuela por la puerta me da la bienvenida, como si el departamento estuviera desahuciado y este fuera su último aliento. Dejo caer la caja de cartón sobre la mesita del comedor, alrededor de la cual se sentaban los pacientes de mi papá a esperar que los recibiera, y voy a la cocina por un cuchillo que pueda acabar con el mazacote de cinta adhesiva que la cubre. No encuentro más que uno de punta roma, parte de una vajilla ancestral, con manchas de óxido alrededor del mango. Batallo durante una eternidad para cortar la *masking tape* y abrir la caja. Finalmente lo logro y observo los contenidos.

Es el último paquete que me envía David, mi viejo compañero de cuarto en Nueva York, con todas mis pertenencias. Le dio güeva hacerlo de un sentón, así que me ha enviado una caja cada dos semanas, a veces con calcetines y zapatos, a veces con libros y películas, a veces con tiliches inservibles. Es normal que esta sea la última, porque sus contenidos estaban escondidos en el último clóset de mi recámara: todas las cartas y los paquetes, muchísimos aún cerrados, que me mandó mi papá durante mi estancia en Nueva York (¿por qué chingados me mandaba más cartas que *mails*? Me da la impresión de que era un hombre del siglo diecinueve hasta en asuntos de comunicación). «Para Matías» dicen todos, con su casi ilegible caligrafía de niño de primaria. Más que entusiasmarme, el prospecto de abrir los sobres y las envolturas me incomoda. Tanto, que hubiera preferido que David no me enviara nada y que todas estas cartas se quedaran allá en Nueva York, como mensajes en una botella que jamás encontrarán una costa. Meto mi mano en la caja y revuelvo los contenidos con apatía. Hay envolturas pesadas que claramente no contienen hojas de papel ni fotografías, como muchas veces me enviaba. Palpo la consistencia de dos de estos sobres y estoy seguro de que adentro hay casetes VHS. ¿Para qué me habría mandado una película a Nueva York?

No me interesa averiguarlo. ¿De qué sirve? Esas cartas, esas fotos y esos videos son parte de una conversación, jamás iniciada propiamente, con alguien que está muerto. ¿De qué me sirve escuchar lo que tiene que decirme si ahora es él quien no puede oír? Mi papá ya no escucha, pero habla todo el tiempo. No como dice Hollywood que

se comunican los muertos, con la voz viva en el inconsciente, aconsejando como una especie de guía espectral, a la Obi Wan Kenobi. Mi papá me habla a través de la ausencia, de los sillones donde ya no se sienta, las camas donde ya no duerme, los cuartos donde ya no atiende a sus pacientes; los costados de sus libros, aún apilados en el librero, deslucidos por el sol que entra por el ventanal del departamento; los renglones de polvo que atraviesan las recámaras en las que antes caminaba. Y si guardo los libros, tiro la cama y cierro el departamento, entonces me hablará el vacío. Lo extrañaré con el extrañamiento confuso del que ha perdido todo. La ausencia del objeto me obligará a imaginarlo. A recordar cómo lo recordaba cuando podía recordarlo con facilidad. Hoy todos esos lugares y esos objetos me hablan y me dicen una sola cosa, repetida hasta el hartazgo, como una cacofonía interminable: estás solo.

Las horas que restan para la fiesta de Daniela las gasto sentado en la pequeña recámara, en una esquina del departamento, donde hace veinte años me encerraba a jugar mientras mi papá acababa de dar consulta y nos íbamos rumbo a la casa. Pasé gran parte de mi infancia aquí, en esta habitación que él arregló y convirtió en un cuarto de juegos para su hijo. Tenía una televisión y un Nintendo, mi colección de tortugas ninja y un estante lleno de los libros que me compraba los fines de semana. Tania estudiaba en el Americano, un colegio con servicio de camiones, y por lo tanto no necesitaba que la recogieran a la salida. Sin embargo, yo había empezado tres años antes en una escuela al sur de la ciudad, cerca de donde vivíamos. Aunque en teoría mi papá solo debía pasar por mí los martes y los jueves, la agenda social de su mujer era tan apretada (desayuno a media mañana con sus primas, comida con mis abuelos) y estaba sujeta a cambios tan «impredecibles», que iba por mí tres o cuatro veces por semana. Supongo que cualquier otro niño hubiera detestado vivir de esa manera, pero yo disfrutaba esas tardes. Salía del colegio, íbamos a comer a algún restaurante de la Condesa —mi favorito era el Daikoku, de comida japonesa— o a alguna fonda de la Nápoles y regresábamos a su consultorio a las cinco, para que pudiera atender a sus últimos pacientes del día. Me visitaba entre consulta y consulta para preguntarme cómo estaba, para pedirme que le bajara el volumen a la televisión y para descansar en el sofá café que compramos juntos en Perisur. Las reglas eran pocas y claras. No podía hacer mucho ruido, no debía salir a la sala si había algún paciente en espera de ser atendido y no podía usar el teléfono. Así transcurrió toda mi infancia y parte de mi adolescencia, hasta que me compraron mi coche al cumplir dieciséis. Tan acostumbrado estaba a la rutina que, aun

pudiendo irme a casa para comer con mi mamá y mi hermana, visitaba a mi papá en la Nápoles y lo invitaba a cualquier lugar. Ahora solo queda ese sofá. Mis juguetes, el Nintendo, la televisión y los libros deben estar arrumbados en alguna bodega o en una caja en la esquina del garaje. Mi papá limpió la recámara en algún momento de los seis años que pasé en Nueva York. No sé por qué. Quizá le dolía entrar a este cuarto y sentir la presencia de su hijo pequeño ahí dentro. Tal vez era lo mismo que siento cuando entro a su consultorio o al estudio que él mismo se mandó construir, para la infinita molestia de mi mamá, en una esquina del jardín de la nueva casa: esa ausencia que palpita, que no se calla.

Empiezo a imaginar ese día cuando sacó todas mis cosas, pero me interrumpe un coro de voces femeninas en el departamento de abajo; las escucho gritar y poner música pop a todo volumen. Antes vivía allí una familia con dos hijos pequeños. Hoy lo habitan un trío de putas ambulantes cuyas identidades cambian cada tres meses, y a las que me topo en el elevador y en el estacionamiento cuando llego en la madrugada. Están ahí aun cuando no están: desde la cocina puedo oler sus guisados y, desde que llegaron, el elevador se aferra a ese perfume, pertinaz y empalagoso, con el que las de su oficio se bañan el cuerpo. He cruzado un par de palabras con ellas: todas extremadamente cordiales, como si fueran embajadoras en vez de prostitutas. Hasta la fecha no he conocido a una sola que no sea sudamericana o centroamericana. Tampoco he conocido a una sola que no tenga tetas siliconadas del tamaño de sandías. Felipe dice que eso le está pasando a la Nápoles: su cercanía con el corredor de puteros en Insurgentes la ha convertido en la zona predilecta para prostitutas y padrotes. Los aromas de mi infancia, mandados a la chingada por perfumes que huelen a pulparindos rancios. A toda madre.

Suena mi celular y contesto. Una voz femenina, acaso más desagradable que la del trío de putas, me grita del otro lado.

—¿Me puedes decir qué carajos hiciste con la revista de tu primo? —pregunta mi mamá, y tengo que apartar el teléfono de mi oído para no quedarme sordo.

Con toda calma, como si estuviera explicando la lógica que me llevó a deducir el resultado de una ecuación matemática, le cuento. Después prendo un cigarrillo (¿el décimo de la tarde?) y me siento frente a la ventana, a ver pasar a los peatones sobre la avenida Pennsylvania mientras mi mamá derrama bilis telefónica.

—No es un chiste, Matías. Dice que lo pueden demandar, que podría perder a la mitad de sus anunciantes.

—La revista vende miles y miles de ejemplares al mes, ma'. Te aseguro que no le van a hacer falta.

—Mario es tu familia.

—Mi familia eres tú y Tania. Ese güey no es mi familia.

—Ese güey es tu primo —añade mi mamá en tono conciliador.

Abro la ventana y me asomo hacia abajo. A lo lejos escucho el silbido de un vendedor de camotes. Y más allá, como ruido de fondo, el aullido espiral de una ambulancia.

—Ese cabrón me caga desde que teníamos cinco años. Es un asno. Y su revista es una porquería.

Mi mamá vuelve a alzar la voz:

—Te contrató. Trabajaste ahí por seis meses. Te pagó…

—Una mierda…

—¡Te pagó, Matías! Lo que hiciste es una grosería no solo con tu primo sino con tu tío y tu tía que tanto te quieren.

—¿Qué tanto me quieren? —pregunto a sabiendas de que hay muebles en sus casas a los que mis tíos millonetas quieren más que a mí.

—Te pido que les hables, a los tres, y les ofrezcas una disculpa hoy mismo.

—La veo difícil —le digo, y arrojo la colilla a la calle.

—Hazlo por la boda de tu hermana. Para que todos la pasemos bien y ella esté tranquila. Tus tíos podrían cancelar.

—Uy. ¿Y qué diría la sociedad?

—Te ruego que les marques.

La conversación me está dando dolor de cabeza y discutir con mi mamá es como hacerlo con la perilla de una puerta, así que decido portarme buena onda:

—Mándame su teléfono por mensaje y ahorita les marco.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Colgamos y levanto la mirada. Afuera anochece. Las ventanas de los edificios vecinos se tiñen del fulgor ambarino del atardecer. Arriba, el cielo congrega a unas cuantas nubes grises y delgadas, como listones perdidos en el agua. Voy a la cocina, me tomo dos aspirinas, me pongo una camisa y un par de zapatos, y salgo del departamento dejando abierta la caja que David me envió, con sus contenidos al aire libre, intactos, de regreso al lugar del que salieron.

—Hola —me dice Daniela en el instante en que me abre la puerta de su *penthouse*, vestida de negro de pies a cabeza, como si su fiesta fuera

un velorio. Le doy un beso en el cachete y camino un par de pasos detrás de ella, a lo largo del pasillo de la entrada, rumbo a la terraza.

—¿Vienes solo? —me pregunta agobiada, y yo le arrojo un vistazo a la puerta y después vuelvo a plantar los ojos en ella.

—¿A quién esperabas que trajera?

—No sé. Pensé que Mica iba a venir contigo, o alguien.

Soy el quinto en llegar a la fiesta. Idiota. Debí ver una película antes de salir. Ahora voy a tener que platicar con Daniela hasta que lleguen otros invitados que la distraigan.

—¿No tienes frío? —le pregunto a sabiendas de que hablar del clima es prueba inequívoca de que no tienes ningún otro tema de conversación en la chistera. Daniela ni siquiera me ve a la cara. Su atención sigue fija en la puerta de su departamento. Pasa lo que se siente como un siglo sin que nos dirijamos la palabra, hasta que vuelvo a abordarla con preguntas:

—¿A quién esperas?

—Es mi fiesta. ¿Cómo que a quién espero?

—Apenas son las diez. Seguro ahorita llegan los demás.

—Benji y Deborah quedaron de llegar hace horas para ayudarme con el *catering*.

No tengo la menor idea de quiénes son Benji y Deborah. Prendo un cigarrillo y camino hacia el barandal que separa su balcón de avenida México.

—¿Quieres una copa de vino? —me pregunta, aún sin voltear a verme—. Es de Baja. No tienes idea. Está deli.

Estoy dispuesto a hacer lo que sea para que Daniela se aleje por treinta segundos, así que acepto su oferta. Me cuesta trabajo explicar qué tan mal me cae. Supongo que salimos, nos vemos y cogemos porque me cae mal. Y precisamente por eso sé que somos algo pasajero. Mi creciente antipatía funciona como vacuna: me asegura que nunca seremos nada más que esa pareja que una o dos veces por semana revuelve las carnes en el sofá de mi departamento, ella empecinada en demostrarme que tiene experiencia cogiendo, y yo intentando que por favor deje de «seducirme» y se quede quieta por diez segundos para poder eyacular. La pregunta pertinente es por qué le parezco atractivo, cuando traigo el pelo hasta la barbilla (al conocerme me describió como un «*wannabe de oso* de Kurt Cobain»), no hablo de arte o literatura a no ser que me pongan una pistola en la cabeza y no he cambiado de tenis desde 2007. Quizás es mi libro, pero lo dudo: sé que sus amigos ven mi novela como un remedo dizque sórdido de novelita gringa; un panfletucho en el que no vale la pena gastar el tiempo cuando hay *playlists* que armar, galerías que visitar,

fiestas que planear y DJ que escuchar (la mitad de los amigos de Daniela son DJ). Supongo que tener veintiocho años no afecta. Dudo que cualquier otro tipo de mi edad fuera capaz de aguantarla por más de dos citas al hilo.

La fiesta comienza a llenarse. Adrián y Mica no han llegado y no tengo más remedio que entablar una conversación con los amigos de Daniela. Ella está, pero no está; se sienta a mi lado, me toma de la mano con desidia y después se levanta en busca de otros interlocutores. La veo deambular por su sala, entrar y salir de círculos de conversación, y sé que no ha escuchado una sola palabra en horas.

Frente a mí, una pareja de gays, ambos vestidos con camisa y corbata de moño, hablan con una rubia —divina aunque su rostro parece incapaz de gesticular— sobre un museo; a mi derecha está un primo de Daniela, vestido como comercial de Nautica, platicando con Patricio Vergara, artista conceptual, becario del Fonca, proveedor de extraordinaria cocaína durante la fiesta y peso pesado del equipo de los ojetes. Es a ellos a quienes me acerco justo antes de recibir un mensaje en mi celular.

Es Felipe: «Estas en lo de Daniela wey??»

Me acerco a Patricio y al primo sosteniendo la copa de vino a la altura del pecho, como si se tratara de un escudo, mientras ellos hablan de una exposición de arte que se va a llevar a cabo en la playa y, más adelante, de un actor que puso su marca de mezcal.

«Vivimos en la espuma de los días —me dijo mi papá antes de que me fuera a vivir a Nueva York—. Nos preocupa todo lo que está en la superficie y nunca nos metemos a nadar ni a ver qué hay en el fondo.»

Para él, los libros, la poesía y el cine eran una puerta de entrada a esas profundidades. Y su trabajo, que siempre lo apasionó: entender al ser humano desde adentro. Aunque a mí el psicoanálisis siempre me ha parecido una mamada, entiendo el impulso que lo llevó a estudiar eso en vez de hacer una carrera como pediatra (su otra especialidad). Mi papá fue discípulo de un grupo de psicoanalistas que, en la década de los cincuenta, creyó poder entender a México, conocer su psique, como una perpetuación de *El laberinto de la soledad*: un intento por entender el corazón de un país entero. Y cuando esto no funcionó, mi papá se limitó a entender el corazón de un puñado de mexicanos. Parecía bastarle. Nunca he conocido a nadie más contento con su profesión que él. Quizá su afecto por los locos venía desde su infancia, cuando iba con su papá al hospital de La Castañeda —donde mi abuelo trabajó al llegar de provincia— tal como yo lo acompañé durante años a su consultorio. A mí me tocó ver a unas cuantas señoras taciturnas, adolescentes traídos a terapia a la fuerza, señores

de traje gris con ojeras como medias lunas opacas pendiendo de sus párpados, mientras que él creció rodeado de orates, entre alaridos y risas maniáticas, colchas cagadas y cubetas con vómito. El día que me enteré de esto, a los quince años, entendí por qué soportaba a mi mamá, sus ataques de ira y sus días dentro del capullo de persianas cerradas de su cuarto: frente a lo que vio en su infancia, mi mamá y sus desplantes eran nada.

Otro mensaje de Felipe me espabila, alejando el estambre de recuerdos con el que empezaba a juguetear: «Voy para alla o que???», me pregunta.

«Ven», tecleo, y devuelvo mi atención a Patricio y el primo justo cuando Daniela pasa a mi lado acariciando mi antebrazo, rumbo al iPod, para cambiar la *playlist*. Patricio habla de Ai Weiwei y la muerte de Lucian Freud.

—El retratista más verga del siglo veinte.

—Me tocó su retrospectiva en el Tate.

—En el MOMA.

Patricio deposita su tétrica mirada azul en la mía, posa una mano teatral en mi hombro y, acompañado de esa sonrisa de dientes perfectos, obra maestra de la odontología, me pregunta por mi estado de ánimo:

—¿Tú cómo vas, mano?

—Ahí la llevo.

—¿Sigues trabajando para la revista?

—Nel. Renuncié hace una semana —le respondo, viendo al piso.

—¿Dónde trabajabas? —me pregunta el primo al tiempo que sus pulgares juguetean con el teclado virtual de su iPhone.

—En una mierda ahí. No creo que la conozcas —le digo, esquivo, y da lo mismo porque el tipo no me hubiera hecho caso aunque le respondiera que se trataba de la *New Yorker*.

Patricio voltea a ver al primo y suelta mi hombro.

—No tienes idea lo que le pasó a este güey. Acaba de regresar hace seis meses de vivir en Nueva York, ¿cuánto tiempo? —me pregunta, de refilón.

—Seis años.

El primo deja su celular, atento a la historia de Patricio, quien le da un trago a su vino, sorbe mocos y vuelve a sonreír.

—Seis años, cabrón. Y un día le habla su jefa, le dice que su papá está muy enfermo, se retacha para acá y en una semana se muere su jefe.

—No mames —añade el primo, aunque su frase no denota mayor asombro. Imagino que así podría haber respondido si Patricio le

avisara de un abultado marcador en contra del Barcelona. Asiento con la cabeza, esbozando la más escueta de todas las sonrisas, listo para moverme a otro sitio de la sala.

—Y ahora está escribiendo un libro sobre eso —dice Patricio.

—Órale —responde el primo, con la cabeza y el cuello de nuevo fijos en otro punto de la fiesta.

Patricio me voltea a ver. Aún sonríe, como si el dato de mi biografía que acaba de revelar hubiera sido cualquier cosa: un tropezón en la vía pública, un pleito en la chamba.

—Te ves bien, güey. Mejor. La última vez que te vi estabas frito.

Esa última vez a la que se refiere es una boda en Cuernavaca, a la que fui como pareja de Felipe: uno de los mejores amigos de Patricio, Lalo Antoni, se cogió a la novia detrás de un árbol, y yo, tras acabarme la mitad de la barra y meterme polvo como si mi nariz fuera una trompa de elefante, vomité sobre una de las mesas que colindaban con la pista. Bonitos recuerdos.

No sé qué responderle y gracias a Dios no tengo que pensar demasiado porque una mano familiar me toca la espalda, rescatándome de la plática. Es Mica, acompañada por Adrián, quien me abraza y me levanta del piso con efusividad, como si no me hubiera visto en diez años.

—¿Ya puesto? —me pregunta entusiasmado mi viejo amigo, mientras yo aún levito entre sus brazos de fisicoculturista.

—¿Para qué? —reviro, sin aire en los pulmones.

Adrián me deja caer y la duela del piso suena como tambor al recibir el impacto de mis zapatos. Viene disfrazado de novio de Mica. Para pertenecer a su nuevo círculo, se ha dejado crecer un ridículo bigotito, trae un corte de pelo rarísimo que es largo arriba y al ras a los lados, y siempre combina mocasines con *jeans* de colores chillantes: rojos, verdes y anaranjados. Hoy tocan los verdes.

—Para la boda de tu hermana.

—Listísimo —le digo mientras saludo a Mica y ella, para variar, me deja un rastro de saliva en el cachete. Hay dos características inmutables de la novia de Adrián. Primero: siempre está de buenas. Y segundo: ninguna mujer blanca en el mundo, salvo Angelina Jolie, tiene labios más abundantes que ella. Sin embargo, a pesar de su tamaño, su boca siempre me ha parecido torpe en vez de *sexy*. Cuando la veo hablar me da la impresión de que no sabe manejar tanta carne, como si hubiera pasado la mayor parte de su vida comiendo a través del pico de una codorniz y esta boca nueva, tan generosa y tan humana, fuera un estorbo.

Como buena anfitriona, Daniela se acerca rápidamente para

saludar a Adrián y a Mica. Le da un beso a su amiga en la mejilla mientras le pregunta:

—¿Qué pedo, güey?, ¿por qué se tardaron tanto?

—Estábamos cenando con Sergio, Alex y Fede —le responde Mica.

—¿Cómo está Fede?, ¿que cortó con Raúl? —pregunta Daniela.

—Sí, güey. Que igual y al rato viene. Tenía que pasar un rato a casa de Pato.

—Ay, no, güey. Dile que venga. ¿Le hablo?

Suena mi celular. Otro mensaje salvador. Meto mi mano a la bolsa, listo para responder otra pregunta idiota de Felipe, y me topo con un mensaje de Natalia: «Perdon por hoy pero neta no se que me pasa. Siento que no deberia haberte visto, como que hay cosas que no nos hemos dicho».

El mensaje acaba ahí. No le pongo más atención y rápidamente guardo mi celular. Mica y Daniela siguen hablando de personas que no conozco y que, sospecho, por el bostezo que a duras penas logra contener, Adrián tampoco.

—También salimos ayer —dice Mica, feliz por ningún motivo en específico.

—¿A dónde? —pregunta Daniela.

—A una fiesta en casa de Alexis.

—¿Ves? —me reclama Daniela—. Te dije que fuéramos.

—Ya sé —le digo, fingiendo desilusión y encogiéndome de hombros, aunque no tengo ni la menor idea de qué está hablando: no recuerdo que me haya mencionado la fiesta de ese (¿o esa?) tal Alexis.

Vuelve a sonar mi celular y esta vez Daniela se percata cuando lo saco. Es Natalia, de nuevo: «Y neta no te entiendo Matias. No se si quieres conmigo. Por que me buscas tanto y luego me dejas de buscar?»

No respondo.

—¿Quién era? —me pregunta Daniela.

—Pipe. Que viene para acá en un rato.

—¿Ya le ayudaste a encontrar chamba? —me pregunta Adrián. Niego con la cabeza y le doy un sorbo a mi vino. Mi celular vuelve a sonar. No sé si leer el mensaje o no. Mica y Daniela me ven fijamente, en espera de que lea lo que me acaba de llegar. Lo saco y reviso el último mensaje de Natalia.

«En fin. Ya no te molesto. Muchos bss!!»

Y en ese instante se abre la puerta de la sala y entra Felipe, con su abultada barriga apenas contenida detrás de una camisa azul. Daniela me voltea a ver con una mirada que no se decide entre la más franca sospecha y el más abierto aborrecimiento mientras Felipe se acerca a

nosotros, caminando como pingüino, con las manos adentro de su anticuada mezclilla.

Antes de saludarlo, Daniela me espeta:

—¿No que llegaba en un rato?

Evidentemente molesta por mi mentira, Daniela me esquiva por dos horas seguidas, reacia a hablar del tema y preguntarme quién me envió esos mensajes. Ese tiempo lo utilizo para planear un pretexto verosímil con ayuda de Felipe, quien se bebe cuatro cubas en una hora mientras me asegura que él se echará la culpa y, si es necesario, le dirá a Daniela que todo fue un error suyo.

—A ver si te cree —le digo.

—A ver —me responde, ya borracho.

—Si no, me vale madres. Que se encabrone y ya.

Felipe me voltea a ver de soslayo. Ahora es él quien me observa con mirada sospechosa.

—Y a todo esto, ¿con quién te estabas mensajeando?

—Con tu jefa. Le dije que al rato la veo.

—¿Vas a ir a San Diego?

—A echármela.

—Pendejo —me dice y suelta una risilla ebria, aguda, que vagamente suena como un caballo relinchando.

Adrián y Mica platican en el sillón, tomados de las manos, como si se acabaran de conocer ayer. Alrededor de ellos, en la terraza y en el resto de la sala, tríos y cuartetos de *hipsters* mueven las caderas al ritmo de la música mientras platican entre sí. No veo a Daniela por ningún lugar.

—No, ya, en serio, ¿quién te mandó esos mensajes? —me pregunta Felipe.

—Una vieja de la revista. No la conoces. Estoy viendo qué onda con ella.

Satisfecho con mi respuesta, Felipe asiente y se lleva su vaso de cuba a la boca, tragando ron, Coca-Cola y dos hielos enteros en un mismo, sediento bocado.

—Hoy me voy a mandar a la verga —me confiesa, y no sé si lo dice como advertencia o con resignación.

—La suerte de los que no tienen nada que hacer el viernes en la mañana.

—Muérdete la lengua, cabrón.

Felipe sirve dos cubas más, una para él y otra para mí, y después vuelve a sentarse a mi lado para platicar de Natalia, el motel del que la vio salir y la inminente llegada de Pablo. Está seguro de que mañana le dará el anillo y no sabe si decirle o no sobre aquello de lo

que fue testigo hoy al mediodía. Yo, obviamente, no sé qué pensar. Quizá sería mejor que las cosas volvieran a su orden natural, al curso que llevaban antes de que Pablo se fuera a Londres, con ellos dos juntos, y Natalia y yo como meros conocidos de la prepa. Ultimadamente, el problema está fuera de mi control. Felipe fue el que la descubrió y la responsabilidad de contarle a Pablo es toda suya. Yo no puedo abrir la boca porque Natalia no puede enterarse de que fui yo quien impidió que él le diera el anillo.

Pienso en el registro del motel. ¿Di mi nombre completo? No, pero pagué con tarjeta. Bah. No creo que el lugar sea capaz de dar el nombre de un huésped a un desconocido que busca viejos recibos. No hay manera de que sepan que estuve ahí con Natalia.

—Dile tú si quieres. No es mi pedo —le digo.

Felipe acaricia el vaso de su cuba con la mano derecha, la vista perdida en un lugar de la fiesta pero aún interesado en nuestra plática. Lo veo mientras trama una respuesta, algo que decirme. Y es así que agrega, sin verme a los ojos:

—No sé por qué, cabrón, pero estoy seguro de que si esto hubiera pasado hace seis años tú habrías sido el primero en decirle a Pablo.

—La gente crece, Pipe.

—¿Crece? —Siento que no es un insulto sino una pregunta al aire, como si acabara de escuchar una palabra en un idioma desconocido.

El resto de la fiesta transcurre entre conversaciones que se me olvidan al segundo de haberlas escuchado, todas ellas interrumpidas por interlocutores más interesados en revisar sus cuentas de Instagram, Twitter y Facebook que en entablar una plática por lo menos llevadera. Yo tiendo a estar en desventaja porque nunca he abierto una cuenta de Twitter y jamás he tomado una sola fotografía con mi celular. En México siento que todas estas reuniones, y las charlas que en ellas intento entablar, son como versiones del sobado *speed dating* gringo en el que un grupo de mujeres y hombres tienen cinco minutos, cronometrados, para presentarse, hablar de sí mismos y decidir si quieren darse sus números telefónicos. La diferencia es que aquí suelen ser diez segundos en vez de cinco minutos y, fuera de buscar una llamada al día siguiente, lo único que espero es poder hablar sin que la otra persona revise su teléfono, se dirija a alguien más o me responda con algo que no tiene nada que ver con lo que acabo de decirle. Cualquiera diría que yo tengo la culpa, que soy yo el que no es suficientemente interesante. Es posible que no les falte razón, pero a la hora de la hora eso importa poco. Una plática entre Patricio, Felipe, Alfonso y yo se escucha como un diálogo de las primeras temporadas de *Seinfeld*, cuando todos hablaban de un tema

sin escuchar al otro.

—Cabrón el *line-up* de Coachella de este año. Lo chequé hoy. Te cagas —dice Alfonso.

—Yo quedé de ir a Vegas este año. Me mata de güeva —añade Patricio.

—Nunca he ido —digo al aire.

—¿Eh? —pregunta Felipe, más pedo que un diputado en día de asueto.

Busco a Daniela para estar con ella un rato, pero apenas me ve acercarme se aleja, aún molesta por mi mentira blanca, como si a un mes de salir, nuestro compromiso fuera tan sólido como el de una pareja festejando sus bodas de oro. Daniela se indigna como mocosa preparatoriana: no oye razones, todo es el fin del mundo, nada nunca ha sido más grave que esto de hoy. La envidio. Envidio la claridad, los decibeles y la duración de su encono. Ojalá pudiera odiar con la nitidez de la adolescencia, antes de que mis sentimientos olvidaran el blanco y el negro y aprendieran a habitar los grises. Hace solo diez días me dejó de hablar por un fin de semana porque me negué a ir a una exposición organizada (perdón: curada) por unos amigos suyos. Qué maravilla que sus agravios provengan de pendejadas de ese tamaño.

La décima cuba se lleva las neuronas restantes de Felipe, quien termina sentado en un sillón con los ojos entrecerrados, su pecho sacudido intermitentemente por un feroz ataque de hipo, y me obliga a buscar otras personas con las que estar, en lo que Daniela —que al fin y al cabo es la festejada— se digna a hablar conmigo. He tenido suficiente de Patricio y su visión de cosmopolita *light*, una especie de Notimex del arte moderno, y del resto de los invitados, a los que apenas si conozco y, más importante, me vale verga conocer. Reparo en Adrián y Mica, quienes —quizá conmovidos por mi reciente mala fortuna— son siempre interlocutores atentísimos, de esos que no despegan la mirada y te bombardean con preguntas de toda índole. Él me pregunta por mi estado de ánimo, mi trabajo en *Kapital*, la boda de mi hermana y mi relación con mi próximo cuñado. Le respondo, en orden: ahí voy, ahí va, a ver qué tal, me caga. Quizá sería más cálido si no me hubiera enterado de lo que me enteré hace poco más de tres meses, cuando me escapé de un evento que fui a cubrir para *Kapital* y me encontré a su papá, pedísimo en el bar de un hotel en el Centro Histórico. Pero ahorita no quiero pensar en eso.

Adrián va al baño y de regreso se topa con Lalo Antoni, el Brad Pitt de la prepa, la Ibero y el mejor amigo de Patricio; el tipo al que vi cogiéndose a una recién casada, el día de su boda, detrás de un árbol

en un jardín en Cuernavaca, así que prefiero quedarme con Mica, quien me mira con ojos traviesos y una enorme, casi grotesca sonrisa en el rostro.

—¿Te cuento un secreto? —me pregunta, y súbitamente siento que acabamos de cumplir siete años y estamos en el recreo de la primaria.

—Cuéntame —le digo, fingiendo entusiasmo.

—Encontré tu libro en El Péndulo de la Condesa…

—Qué horror —le digo, y esta vez mi consternación no tiene nada de fingida.

—Y me lo compré.

—Ay, güey.

—Lo leí en cuatro horas ayer. No lo pude soltar.

—¿Neta?

—Neta.

Me doy cuenta de que, por vigesimosexta vez en el día, estoy nervioso, y no encuentro cómo ocultarlo. Siento claramente cómo mi entrepierna se humedece con sudor, mi escroto se adhiere al interior de mis muslos y mis axilas mojan la camisa. Me ataca la sensación de que apesto y echo un paso atrás, alejándome de ella.

—Oye, dime algo —me pide y se acerca a mí con curiosidad, sin atisbo alguno de coquetería—. ¿De dónde sacaste tantas cosas?

—¿Cómo? —le respondo en voz baja, como si estuviéramos tramando una conspiración. Apenas dejo de hablar, le arrojo un vistazo a Adrián y a Lalo, para cerciorarme de que no vienen para acá.

—Sí. Todo eso que cuentas, neta se lee como si te hubiera pasado a ti, ¿sabes? O sea, hay cosas que no me gustaron y de repente no me fascinó cómo está escrito, pero creo que no se lee como un libro de literatura.

—¿Ficción?

—Exacto. Tipo, la historia de la niñita esa a la que este cuate se echa y la graba y así, como que está llena de detalles súper explícitos. ¿Fuiste tú?

Echo la cabeza hacia atrás sintiéndome genuinamente agredido, como si me hubieran tildado de priista.

—¿Por eso te fuiste a Nueva York? —me pregunta.

—No, claro que no. No fui yo.

—¿Entonces?, ¿quién fue? Es que neta me sacó muchísimo de onda. No me dejó dormir. O sea, me imagino que si eso me pasara a mí, neta voy y mato al tipo ese… ¿cómo se llama en el libro?

—¿Santiago? —le respondo, preguntando para que no parezca que tengo fresco el contenido de algo que escribí hace siete años.

—Exacto. ¿Quién te platicó todo eso?, ¿de dónde lo sacaste?

Pienso en decirle la verdad.

Pues fíjate que me basé en tu novio, Mica. Así como lo ves de cariñoso, trabajador y tierno, cinco años antes de conocerte, mi amigo Adrián era un verdadero psicópata. En mi libro están todas sus aventuras.

¿Ese cuento en el que un tipo de veintiún años se graba cogiendo con la hija de un político influyente, distribuye copias del video en la universidad, se vuelve una especie de leyenda en su facultad y meses después lo intercepta un coche lleno de guaruras pagados que le rompen la cara, las costillas y las piernas a batazos?

Adrián.

¿Esa viñeta donde un adolescente le roba un cachorro a un pordiosero y amenaza con arrojar al animal por las escaleras del metro?

Adrián.

¿Ese relato en el que un personaje planea cómo bajarle la novia a uno de sus compañeros de la prepa y termina invitándolos a su casa de Acapulco, donde lentamente humilla al novio y, por supuesto, se coge a la vieja?

Adrián.

¿Esa historia donde el mismo tipo se enfrenta con el vigilante de una caseta afuera de un residencial y le revienta la cuenca ocular con una llave de tuercas?

Fue Adrián quien se grabó quitándole la virginidad a María Fernanda de Haro, esa rubia de cuerpo compacto de apenas dieciséis años, sobre las sábanas de su cama (que aún eran de cochecitos a pesar de que él tenía más de veinte años). Y fue quien le dio una copia del video a Lalo Antoni, tácitamente dándole permiso para que hiciera más copias y las distribuyera con el resto de los administradores. Fue él quien se tuvo que ir a Boston por un año después de que su papá —¡su papá!, ¡otro político de mierda!— recibiera amenazas de muerte para ambos y luego de que tres hombres, clichés de matones a sueldo con chamarras de cuero, pantalones y botas negras, lo mandaran al hospital por un mes entero a punta de batazos. Fue él quien se cogió a Ana, la novia de David, en su casa en Acapulco, después de abandonar al novio —madreado y meado, a una gota de la congestión alcohólica — en un motelucho en la Costera. En pocas palabras, Adrián era el monstruo que alarmó a todas las amigas de mi mamá que leyeron mi novela y me escribieron correos electrónicos a Nueva York, casi pidiéndome que les asegurara que el tal Santiago Hernández —álter ego literario de Adrián, mi amigo— era un invento de mi puerca imaginación.

Claro que no podrías haberlo sabido mientras leías mi libro, Mica. Fui suficientemente inteligente como para esconder la identidad de Adrián detrás de ciertas máscaras. Por ejemplo: en vez de que en la novela fuera un *junior*, convertí a su personaje en dueño de antros, como esos que iban conmigo en la prepa y a los que a duras penas conocí. Me pareció más cabrón y más elocuente, como símbolo generacional, que Santiago fuera propietario de una de esas mazmorras de música y alcohol a las que ustedes todavía van y donde yo tiré a la basura mi adolescencia y todo mi paso por la universidad. Pero que no te quepa duda de que ese güey es Adrián Serna —hijo del señor Serna, uno de los encargados de la seguridad nacional desde los noventa—, ahora organizador de eventos para gente bien, asiduo en revistas de sociales, íntimo de todos tus amigos *hipsters* y, según lo que tú me has dicho, próximo padre de tus hijos.

Titubeante, respondo:

—Pues… los saqué de muchos lados, la neta. Todos los personajes son como monstruos de Frankenstein. Cositas mías por acá, anécdotas de cuates por ahí y algunos inventos. Mucho es choro, eh. Mucho me lo inventé.

—*Cool* —me dice Mica, satisfecha con mi explicación.

—Pero gracias por leerlo —agrego, como si fuera una entrevistadora que acaba de apagar la cámara.

—No. A ti. Lo voy a recomendar.

Pánico. No quiero que Adrián lo lea. Prefiero que no haya problemas entre nosotros. Nunca volveremos a ser amigos, y mucho menos después de lo que me confesó su papá, pero no me enorgullezco de lo que dice mi libro ni de haberlo expuesto así.

Suelto una risilla que pretende salpicar mi siguiente pregunta de un tono casual:

—Qué, ¿se lo vas a prestar a Adrián?

—¿No lo ha leído? —me pregunta sorprendida.

—Creo que no.

—Pues, ¿para qué se lo doy? No lee ni las cajas de cereal.

—Sí, ¿verdad? —le digo y vuelvo a soltar la misma risa, ya más tranquilo.

Otro mensaje en mi celular me interrumpe y le ruego al cielo que no venga de Natalia. Me preocupa que pueda empezar a ponerse (más) obsesiva conmigo. Le ofrezco una disculpa a Mica y saco el celular de la bolsa del pantalón. Lo que leo me sorprende, pero no para bien.

Viene de mi mamá: «*Horacio* ya está muy enfermo. Te pido por favor que vengas mañana a primera hora para llevarlo al veterinario y que lo duerman. Ni tu hermana ni yo podemos por obvias razones. Es

lo mínimo que puedes hacer después de lo que le hiciste a tu primo».

Y yo que pensé que la jornada maldita iba a estar limitada únicamente a este día. Ahora sé que mañana tengo que despertarme, ir directo a casa de mi mamá, recoger al perro que mi papá me regaló y llevarlo al veterinario para que lo duerman. Así que el viernes, que pensé sería un oasis entre la retahíla de malas noticias de hoy y la trágica boda de mi hermana con ese idiota, pinta para ser otro día de mierda. Siento que debería irme de la fiesta en este instante y esconderme en la recámara del departamento, solo para estar lejos de todos y evitarme otra racha de malas nuevas.

Adrián deja a Lalo y regresa con su novia, a la que abraza mientras le planta un sonoro beso sobre esas mejillas acolchonadas, un tanto rojizas, como las de los bebés.

—¿Qué onda, flaco?, ¿todo bien? —me pregunta, con sus brazos aún rodeando la espalda de Mica.

—¿Qué pasó? —reviro despistado, con la mente ocupada en mi perro y en lo que tendré que hacer mañana.

—Estás pálido.

Me llevo las manos a la frente, palpándola en busca de indicios de fiebre. Solo eso me falta.

—No, nada. Estoy bien. No he comido nada en todo el día más que un pinche sandwichito de Starbucks, de esos que saben a cartón. Igual y es eso —le digo.

—Pues cómete algo —me sugiere Adrián—. Allá afuera hay canapés. ¿Te traigo unos?

—Nel. No te preocupes, carnal. Ahorita con una cuba se me quita.

Me empino tres cubas más. No ayudan. Siento como si estuviera a punto de ir a la guerra. ¿Cómo puede cambiar todo de un día para otro? Ayer me dormí arrullado por los gemidos de mi perro viejo, pero vivo, esperando que mi editorial le diera el sí a lo más importante que he escrito en la vida, feliz de saber que en la mañana compraría el nuevo número de *Kapital* con mi atómica mentada de madre adentro. Hoy me dormiré peleado con Daniela y Natalia, con la novela rechazada y con la duda de si Mica le platicará a Adrián del libro que leyó. Ah, y lo de Inés. Años de no verla tenían que culminar hoy. Pero eso es lo que menos me importa. Nunca pienso en ella.

Me despido, no sin antes intentar arreglar las cosas con Daniela, quien no me dice nada más que mañana tenemos que comer para hablar de nuestra relación. Intento explicarle que no me mensajeaba con nadie más que con Felipe, pero después me pide ver mi celular y cuando me niego, pretextando que eso sería invadir mi privacidad, Daniela me espeta que haga lo que yo quiera y desaparece, lista para

seguir atendiendo a sus invitados.

Antes de salir, Felipe trota y me alcanza en la puerta.

—¿Ya compraste todo para la boda? —me pregunta susurrando con los ojos desorbitados.

—Mañana, pinche erizo.

—Chido. No se te olvide —me dice y después se va con la camisa completamente desfajada, listo para acabarse otra botella de ron.

Antes de tomar el elevador que me llevará del *penthouse* a la calle, recibo un último mensaje de Natalia.

«Perdon por hoy. Te extraño mucho.»

Lo leo y me da una mezcla de tristeza y hambre. Mi piel y mi corazón reaccionan al unísono. Quiero buscarla, pedirle que salga de su casa, a pesar de la hora, rumbo a mi departamento para coger de nuevo, con prisa, como si mañana se acabara el mundo. Y quiero abrazarla. Pedirle perdón por esto y por todo. Regresar el tiempo y arrancarme de ahí adentro. Desaparecer.

Al final, las dos sensaciones cotejan fuerzas, se anulan y me dejan aquí, parado en la banqueta de avenida México con la nariz llena del olor a orines del parque, temblando como si fuera enero y no junio, con la verga tiesa, confusa como una pistola sin mira, listo para llegar a mi casa, echarme un rivotril y dormir ese sueño oscuro, sin vida, que propician los ansiolíticos.

Llego al departamento a sentarme en el sofá sintético que tengo por cama, sin quitarle la vista de encima a la caja que me envió David desde Nueva York. No vuelvo a inspeccionar sus contenidos ni arrojo un vistazo hacia adentro, pero no puedo dejar de verla. Me debato entre leer las cartas de mi papá, reproducir sus VHS en la tele de su consultorio, dejándome llevar por la culpa, o recoger la caja, bajar hasta donde duerme el Koala y dejarla allí para que mañana se la lleve el camión de la basura. Aquí, a un metro de mí, está todo lo que no pudo decirme en vida, y en vez de enfocarme en eso, decido permanecer sentado y pensar en todo lo que no le confesé. Uno por uno enumero los secretos que guardé en mi infancia, el tesoro que solo yo sabía encontrar, tal y como solo mi papá y mi mamá sabían los motivos detrás de sus silencios, su distancia y sus rostros afligidos. Nadie en esa casa sabía de mis sueños recurrentes, de la otra familia que los protagonizaba. Dos padres nuevos y dos hermanos nuevos. Una chica de la edad de Tania y un gemelo mío. Todos se parecían a mí. Tenían mi piel, mis ojos, mi boca, hasta mi lamentable corte de pelo. A veces, cuando estaba solo, invitaba a mi hermano ficticio para

que jugara conmigo y hablábamos en un idioma secreto, sentados en el balcón de mi recámara. En sueños me pedía que fuera con él, que saliera de esa privada, esa ciudad y ese país, de vuelta hacia nuestra casa. Nadie sabía, tampoco, lo que hacía los fines de semana por la madrugada cuando todos aún dormían. Nadie supo de las horas que pasaba en la terraza, de pie junto al tanque de gas, con la vista fija en el horizonte; no podía ver los volcanes, solo pequeñas callejuelas de San Ángel y un par de edificios descollando sobre el gris citadino como piedras en un estanque. Nadie sabía que los domingos por la noche me desnudaba y tomaba asiento en mi balcón, en espera de que al día siguiente amaneciera con gripe. Y jamás hablé con mi papá sobre aquella lagartija que atrapé detrás de una maceta en el patio, cómo la coloqué dentro de un refractario de vidrio y, una por una, le corté las patas y la cola con una cuchara, observándola moverse desesperada sobre el cristal, agitando su amputado cuerpecillo, dando tumbos alrededor del recipiente, batiéndose la piel verdusca con su propia sangre. La llevé a mi cuarto, la guardé detrás de mis camisetas por un fin de semana y esperé a que sus extremidades volvieran a germinar por arte de magia. La encontré muerta un lunes antes de ir a la escuela, bocabajo, con los ojos bien abiertos. Ninguna de sus patas se había regenerado un ápice. Le pedí perdón, la tiré en el basurero de mi recámara y después arranqué unas cuantas hojas de mi cuaderno para esconderla.

Hay cosas que nunca podemos recuperar, pensé de ida a la escuela.

—¿Qué te pasa, Matías?, ¿estás llorando? —me preguntó mi mamá, harta de verme decaído y con los ojos llorosos.

—Nada —le respondí, seguro detrás de la frontera de mis rincones secretos—. Creo que desayuné mucho.

Mi papá jamás se enteró. Aunque supo de las drogas, del aborto de Inés, de mis depresiones y de lo incómodo que me sentía en el país que me obligó a pisar al aceptarme como su hijo, nunca le confesé cuánto me molestaba que mintiera cuando, al comparar nuestro color de piel, desconocidos le preguntaran si yo era su hijo y él respondiera que sí sin titubear. Nunca pude decirle qué tanto detestaba sus fantasías, los sueños de opio que nutría con respecto a mi futuro, su disposición conciliadora frente a las agresiones de mi mamá y sus ideales bienintencionados con respecto a México y a su familia. Siempre era «vamos a estar mejor», nunca «vamos de la chingada». Optimismo venenoso, infértil, ciego y sordo. Años de examinar la psique de «su pueblo», de intentar encontrarle el lado positivo a cada esquina miserable, de leer historia y poesía, de visitar el interior del país y hablar con la gente humilde. ¿Para qué?, ¿para acabar tumbado

en una cama de hospital, abandonado por el hijo al que quisiste salvar, con una esposa indolente y una hija frívola, ajena a todos los valores que durante una vida entera le inculcaste? Quizás es mejor que mi libro no se publicara, para que ni el papel te reviviera. Quizás estás mejor ahí; ahí que no es ningún lugar, que no existe. Ausente en todos lados. Y lo que queda de ti se irá en tres pasos, uno cada día. Hoy, mi libro. Mañana, el perro que me compraste cuando cumplí doce años. Y el sábado Tania, la única de los dos que es tuya, se casará con ese novio al que detestabas: *junior* de quinta, yerno adorado de tu esposa, un hombre que no conoce a ninguno de tus putos poetas, que vive para el golf, la apuesta y el despilfarro. Este fin de semana es tu segundo entierro, mano. Ni modo. Así es la muerte.

Viernes

Nunca sueño cuando tomo ansiolíticos, pero hoy desperté sacudido por una sarta de imágenes que, como muchas pesadillas, tienen un contexto amenazante solo para el que las sueña y pierden cualquier sensación de peligro cuando se relatan. Soñé que caminaba en la estrecha cuna entre el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl, con el Pico de Orizaba a escasos kilómetros, sin vestigio alguno de ciudades a lo lejos, como si mi imaginación hubiese contraído el cinturón volcánico y limpiado los alrededores de vida humana; soñé que escalaba las laderas del Popocatépetl, y en vez de ceniza, su superficie estaba cubierta por un bosque ralo, con árboles de colores; me vi en la cima del Izta y desde allí avisté la punta de decenas de volcanes nevados, con bufandas de neblina alrededor de sus cráteres: una manada de solemnes equiláteros. Con esa certeza que habita en los sueños, supe que algo o alguien le había robado sonido al mundo. Todo era bruma y silencio, como si el tiempo se hubiera detenido. La pausa no tenía tranquilidad; daba, más bien, la impresión de abandono. En algún momento del sueño encontré rastros de pisadas sobre la nieve. De nuevo no tuve que preguntarme nada para saber a quién pertenecían. Eran de mi padre. Aquí había estado, como yo, perdido en el lugar donde alguna vez, hace casi dos décadas, me dijo que todos traicionamos la promesa de nuestro mejor destino.

Me levanté y, sin meterme a bañar, me vestí y alisté para ir a casa de mi mamá y recoger a mi perro. El perfume de las putas en el elevador ahuyentó los últimos vestigios del sueño y los volcanes. Regresé a la realidad de la mano del olor a coño apenas enmascarado por rastros empalagosos de vainilla y *tutti frutti*. Bajé al vestíbulo, pasé al lado del Koala, que roncaba como si tuviera una matraca atorada en la garganta, y fui al estacionamiento por mi coche. Ahí, frente a mi Jetta, estaba el viejo Mustang de mi papá, ese que se negó a vender, comprado en los ochenta, cuando mi mamá y él acababan de regresar a México conmigo en brazos. Desde que regresé de Nueva York no lo he sacado del garaje ni una sola vez.

Llego con mi mamá al filo de las diez de la mañana y me estaciono

en la calle, como si fuera un invitado más y no el hijo de la señora de la casa. Toco el timbre y la muchacha —nueva, como los sillones, la decoración, la vajilla y los coches— me abre la puerta.

Horacio, mi perro, está parado con las patas trémulas, observando el costado de uno de los sofás de la sala con total concentración. El veterinario le diagnosticó demencia senil aguda cuando empezó a dar vueltas por el jardín sin ningún motivo, a aullar sin freno por las noches y Tania comenzó a encontrarlo tiritando debajo de los automóviles o escondido en una esquina de la alacena, detrás de cartones de leche. Dicen que los animales se esconden para morir, por pudor, para que la gente que los quiere no los vea en ese trance. Ojalá los seres humanos tuviéramos esa cortesía.

Todo eso fue hace tres meses. Ahora el perro está mucho peor. No da vueltas ni aúlla ni se esconde porque ya no tiene fuerza para hacer ninguna de esas cosas. Ahora se queja dormido o gime mientras observa objetos inanimados por horas seguidas.

Me acerco a él y acarició su pequeño cráneo. El perro reacciona como si mi tacto quemara: agacha la cabeza y se aleja de mí.

—¿Ya se lo va a llevar, joven? —me pregunta la muchacha, preocupada.

—Ya —le respondo.

—Es que la señora me dijo que si por favor la esperaba para que se despidiera del perrito. Ni ella ni su hermana tardan mucho. Me dijo que regresaba antes de las diez y media.

Levanto al perro y, sin decir una sola palabra más, me lo llevo hacia el coche mientras la muchacha intenta detenerme, suplicándome que obedezca. Que se joda mi mamá. Si no tiene tiempo para darle una muerte digna al perro que la acompañó por dieciséis años, pues yo tampoco tengo tiempo para esperarla.

—Con permiso —le digo a la muchacha cuando se detiene, sin extender los brazos, frente a la puerta de la salida. Ella accede visiblemente nerviosa pero no más angustiada que *Horacio*, que no para de temblar entre mis brazos. Antes de depositarlo en el asiento de atrás, le beso el lomo y le aseguro que todo va a estar bien, tal como se lo dije a mi papá en una de esas noches en que lo visité en terapia intensiva, días antes de que muriera.

Durante todo el transcurso, *Horacio* está tranquilo. Ignora adónde lo llevo y me siento culpable por no poder explicárselo. Me gustaría que estuviera consciente de que hoy se va a morir, que nunca volverá a pisar la casa, ni ver a mi mamá ni entrar al estudio de mi papá, que hasta la fecha sigue siendo su rincón favorito.

Llegamos al hospital veterinario: una casa en la colonia Anzures

con dos sillones ajados en el vestíbulo de entrada que colindan con la puerta del consultorio principal. Hay solo dos personas más, con sus respectivas mascotas, dentro del consultorio: un viejo calvo, vestido de verde de pies a cabeza, sostiene una jaula con un gato blanco adentro, y un hombre de tez morena, de torso amplio y brazos gordos, con los codos ocultos entre grasa, quien sostiene una correa que lleva al cuello de un mastín napolitano que, dormido, babea el piso de mármol de la clínica. *Horacio* entra en mis brazos y ni se inmuta al observar al perro o al gato. Quién sabe qué ve o cómo percibe al mundo a través de sus ojos marchitos, su mente trastornada y sus oídos inservibles. Los seres humanos muchas veces saben qué les pasa: están conscientes del cáncer que se los come por dentro, el párkinson que atrofia sus músculos, el sida que lentamente los consume. La vejez de los perros es mucho peor porque ignoran todo lo que les afecta. Envejecen en cámara rápida y es imposible entender cómo se explican que lo que antes podían ver ahora esté a oscuras, que los cuerpos que reconocían ahora no sean nada, que las voces y los sonidos hayan huido del mapa de sus sentidos. Una muerte sin explicaciones. Qué solo se debe sentir *Horacio*. Qué confundido.

Pasa el señor y su gato, el hombre de tez morena deja a su mastín para que lo bañen en el piso de arriba y yo me quedo en espera de que el doctor me llame para dormir a mi perro. Aunque estoy triste, logro atenuar la melancolía recordándome que la muerte de un perro no es nada comparada con la de un padre. Quizás está mal pensarlo, quizá no le doy su lugar a *Horacio*, pero me importa poco: uno hace lo que tiene que hacer para sortear el dolor.

Daniela me manda un mensaje de texto: «Comemos?»

Me planteo decirle que no tengo tiempo para estar pensando en comidas porque estoy durmiendo al perro que vivió conmigo diez años de mi vida (y seis que estuve fuera). No lo hago. Es más: no creo siquiera decírselo cuando nos veamos para comer.

Le respondo: «Sí. Dnd?»

Me escribe de vuelta: «Pasa por mi. Aqui vemos».

Un minuto después salen el hombre y su gato, y el veterinario me pide que pasemos con él.

Me recibe con una sonrisa empática mientras trata a *Horacio* como si fuera un cachorro y esta su primera vez en la clínica para recibir vacunas. «Véngase para acá, viejito. Ande, ande, no llore. Véngase. Súbase aquí. No va a pasar nada. Shh. Shh. Tranquilo, viejo, tranquilo.» De nada sirve. Mi perro enloquece de nervios en el instante en que sus patitas tocan la plancha de metal (esa plancha que es, aquí y en China, un cadalso). Tirita, da vueltas, aúlla y el doctor me pide

que me acerque para tranquilizarlo y que él pueda hacer lo que tiene que hacer. Mi perro siente mi tacto, pero no lo calma. Sus ojos encuentran los míos y no logro distinguir qué hay en ese intercambio. ¿Miedo?, ¿una súplica de piedad? Todo menos agradecimiento. Hay kilómetros de distancia entre esta mirada y aquella que veía cuando lo acariciaba, acostados en mi cama. Más por agotamiento que por aceptación, *Horacio* se recuesta sobre el metal jadeando con su pequeña lengua rosácea, pálida como carne apenas cocida, asomándose entre su escasa dentadura. Todo ocurre tan rápido, empujado por un frenesí de tareas específicas («acuéstalo, tranquilízalo, deja preparo la jeringa»), que no tengo tiempo de pensar en mi perro. No en este perro, sino en la mascota que fue cuando era joven y recién llegó a la casa. Apenas si puedo mascullar un agradecimiento por tantos años de compañía, porque el veterinario se acerca a él y toma una de sus patas delanteras para propinar la inyección. *Horacio* contrae su pata, la aleja de la mano áspera del veterinario, batallando contra él, hasta que el hombre a mi lado, de ojos tristes como los de alguien que ha visto demasiada muerte, vestido con una bata blanca cuyo nombre, bordado en el pecho, ha empezado a deshilacharse, sostiene la extremidad de mi perro e introduce la jeringa.

Pensé que el instante sería eterno. Me equivoqué. *Horacio*, mi schnauzer negro de rasgos callejeros, el perro con la peor halitosis del planeta, obsesionado con orinar las esquinas de mi recámara, muere en cuestión de segundos. Dieciséis años se esfuman en un parpadeo, a cuenta de una inyección.

—Ya se fue —me dice el veterinario al tiempo que me da una palmada en el brazo, y me acerco al pobre de *Horacio*. Veo su pecho lleno de canas, su pelo enredado y polvoso, sus dos testículos henchidos de cáncer, su hocico casi chimuelo y sus ojos abiertos, opacos y llenos de cataratas. Intento cerrarlos pero sus párpados no se mantienen abajo. No lo intento por él sino por mí. Sé que mi perro ya no ve nada; lo que busco es dejar de verlo a él. No soporto que me vea sin verme.

Paso al consultorio del doctor y dejo a *Horacio* sobre la plancha.

—Tu mamá habló ayer para que lo cremáramos —me dice y toma asiento detrás de su escritorio, mientras me pide que haga lo mismo en una de las sillas frente a él.

—¿Dónde pago la cremación?, ¿ustedes la hacen? —pregunto.

—Sí. La pagas aquí afuera, con la secretaria. Te mandamos su collar, su correa, su placa, un acta de defunción y las cenizas de…

El veterinario toma el historial clínico frente a él, en busca del

nombre de mi mascota.

—*Horacio* —le digo.

—De tu *Horacio*.

Pondero la situación. ¿Por qué le voy a dar gusto a mi mamá? Es cierto que el perro vivió diez años en esa casona de mármol y pasillos fríos del Pedregal —esa casa que mi papá y yo odiábamos—, pero no creció ahí sino en nuestra pequeña casa en una privada sobre Desierto de los Leones, con un jardín del tamaño de dos mesas de *ping-pong*, de salas y recámaras alfombradas; vieja, no particularmente linda, pero acogedora. Allí lo trajo mi papá. Allí dormí con él, sobre el piso de mi cuarto cubierto con papel periódico, despertándome en la madrugada para acariciarlo y darle croquetas disueltas en agua, prometiéndole que siempre seríamos amigos. Más que eso: agradecido con mi papá, y con él, por haberme dado a mi primer amigo (el segundo sería Pablo, el tercero Adrián, el cuarto Felipe). ¿Por qué habría de enterrarlo en una casa en la que no tuvimos historia juntos?, ¿por qué *Horacio* habría de descansar en el lugar donde perdió la razón?

—¿Y si me lo quiero llevar ahorita, doctor?

—¿Ahorita? —me pregunta, sorprendido.

—Sí. Es que… fíjese que hoy hablé con mi mamá y me dijo que prefería enterrarlo en el jardín, sin cremarlo. Me dijo que le iba a llamar a usted para explicarle, pero mi hermana se casa mañana, y pues ya se imaginará… andan de arriba abajo con todos los preparativos.

El veterinario recarga los codos sobre el escritorio, se rasca la barba y levantando una ceja me dice:

—Pues es su perro. Nosotros siempre recomendamos cremarlos porque es más limpio. Pero como ustedes quieran.

—Me lo llevo entonces.

Salgo y pago la cuenta con mi tarjeta porque, por supuesto, mi mamá no dejó pagado nada, ni esto ni las tres citas con el veterinario del mes pasado. Detrás de mí, un chico de no más de diez años, quien probablemente se voló la escuela, acaricia a su cachorro de french poodle en brazos. Diez minutos después me ve salir con el cadáver de mi perro anciano, con su lengua pálida aún colgando entre los dientes y su cuerpo guango entre los brazos. Me pregunto si en ese breve instante el niño tiene una premonición, si ve su futuro en mí, cuando él sea quien salga de la clínica con ese cachorro que ahora acaricia, sin vida, con ojos que no ven, oídos que no escuchan y un corazón que una hora antes palpitaba con desgano.

Recuesto a mi perro en el asiento de atrás y rodeo su cuerpecillo inerte con todo lo que puedo encontrar para que no se caiga si es que

llegara a frenar en el coche: tres libros de pasta gruesa que tengo en el asiento de adelante, dos series de televisión que me prestó Felipe y el estuche de la cámara fotográfica de Daniela, que dejó en mi coche después de enseñarme pruebas de un dizque *fashion shoot* que le hicieron en la terraza de su *penthouse*. Manejo lento y en cada alto giro la mirada y volteo a ver a *Horacio*, escondido entre ese mugrero de películas y libros con el torso apenas encorvado, claramente sin vida, adaptándose a la forma del asiento como una toalla húmeda sobre el respaldo de una silla. Pasó lo de mi papá y aún sigo sin aprender a no hablarle a los muertos. «Ya casi llegamos, chaparro. Ahí vamos, ahí vamos», le digo mientras salgo de Anzures, tomo Revolución y me enfilo rumbo al Desierto de los Leones, a esa privada de camino empedrado donde viví por veintiún años.

No tengo idea de cómo voy a entrar, ni mucho menos sé cómo le voy a hacer para brincar la barda, pasar desapercibido, cavar un hoyo en un jardín que ahora probablemente le pertenece a otra familia y enterrar a *Horacio* allí. Me estaciono a una cuadra de la privada, saco dos sudaderas viejas de la cajuela y envuelvo a mi perro. En el camino rumbo a la entrada se me prende el foco. Alguno de mis viejos vecinos debe seguir viviendo ahí.

Me acerco a la caseta del policía, observando de soslayo las diversas cocheras de las casas en busca de un automóvil que me resulte familiar. Veo puros autos nuevos hasta que me topo con un Chrysler de los noventa, como los que usan los guardaespaldas, y recuerdo que fue el primer coche de Alan, el chico con el que mi hermana y yo jugábamos a las escondidillas en días feriados y durante las vacaciones. Siempre tenía catarro y escupía cuando hablaba, como el Pato Lucas.

—¿Con quién viene? —me pregunta el guardia de la entrada, de corta estatura y nariz afilada, con un delgadísimo bigote que decora el techo de su labio superior, mientras observa el bulto sobre mis brazos. De repente, viajo hacia adentro de mí y recuerdo con total nitidez al otro policía, el viejo que cuidaba la pluma que daba acceso a la privada donde vivía Pablo, y esa noche, saliendo de un bar, cuando después de que nos prohibiera el paso porque veníamos pedísimos, Adrián sacó una llave de tuercas de su cajuela, caminó hacia el vigilante e impactó el trozo de metal contra su sien a centímetros del ojo derecho, que más adelante perdería en el hospital de quinta al que, inconsciente y sangrando a borbotones, lo llevamos. Recuerdo que, para no ir a la cárcel, Adrián me pidió, con el apoyo de Felipe, que inventara que el policía lo insultó y golpeó previamente, y que él solo se había defendido de los ataques. Adrián llegó a su casa y, para

darle verosimilitud a su historia, azotó la frente contra la pared de su recámara mientras Felipe se comía las uñas y yo veía el piso, habiendo aceptado ya que le echaría la culpa al policía, sintiéndome mierda, preguntándome con qué ojos vería a Inés y a mi papá al día siguiente.

—¿Joven? —me pregunta el policía—. ¿A quién visita?

—Perdón, poli. Vengo con Alan. Casa A-6.

El policía se comunica con la casa A-6. Tardan en contestarle, hasta que finalmente escucho una voz conocida del otro lado.

—Que pase —dice el policía y me abre la puerta de la privada donde crecí, a la que no he visitado en casi diez años. Ni siquiera había pasado por esta calle desde que regresé a México. Son tantas las cosas que viví aquí que no vale la pena ni empezar a recordarlas. Por algún motivo que no comprendo, en lo único que pienso es que en esa casa de la esquina, en mi recámara, cuya ventana veía a la fuente que decora la rotonda del estacionamiento, con las persianas abajo, a las seis de la tarde, mientras llovía torrencialmente afuera, cogí con Inés por primera vez. Mis papás no estaban. Tania estaba en práctica de su grupo de porristas. La muchacha había salido a la privada a platicar con el policía. Qué torpe fue. Cómo le dolió. Qué distinta fue esa primera vez a como yo la imaginaba. Se sentía como una obligación, algo que teníamos que hacer para quitárnoslo de la cabeza, para decir que ya lo habíamos hecho. La lastimé tanto que tuve que parar cuando se le llenaron los ojos de lágrimas. Me acosté a su lado para asegurarle que todo estaba bien, que no había prisa. Le hablé al oído, con sus cabellos castaños rozando mis pómulos, metiéndose en mi nariz, haciéndome cosquillas. Y una gota de su sangre quedó sobre las sábanas, como una coma entre nosotros.

Hace más de diez años de eso. Ahora alzo la vista en busca de esa ventana y descubro, para mi fortuna y asombro, que la casa está en venta. Me basta con arrojar un vistazo adentro para saber que se encuentra abandonada. Veo una mesa desvencijada en el comedor y, al lado, un banquito de esos donde comen los bebés. Nada más.

A través de la fuente —sin agua— veo que Alan sale de su casa para buscarme. Sigue igual que como lo dejé: con sendas entradas en el cráneo, pero con la misma complexión de cuchara (tilico, jorobado y cabezón). Me agacho para que no me vea y me acerco a la reja que lleva al jardín de la casa. Podría ir hacia él, saludarlo como viejos amigos y pedirle que me ayude, pero lo que viene es un momento íntimo entre mi perro y yo, y no quiero la presencia de nadie más. Aparte: ¿quién quiere ir al entierro de una mascota ajena?

Veo que Alan y el policía intercambian miradas y que mi viejo amigo empieza a buscarme alrededor de la fuente, así que dejando la

reja abierta me escabullo a toda velocidad hacia el jardín con *Horacio* enredado en sudaderas bajo mi brazo derecho. Paso por el escueto pasillo al aire libre que lleva hacia el diminuto pedazo de verde al que llamábamos jardín, y aún encuentro algunas plantas que sembró mi papá: un rosal medio moribundo, un durazno poco más alto que yo y el pasto sin podar que me llega hasta las espinillas. Dejo a *Horacio* debajo del árbol y camino rumbo a la covacha que colinda con el jardín, donde antes guardábamos escobas, recogedores, instrumentos para levantar la caca del perro y herramientas de jardinería. El cuarto es frío y huele a concreto sellado. Prendo el solitario foco en el techo y en menos de un minuto doy con una pala herrumbrosa.

Escojo el lugar donde dejé a *Horacio* para enterrarlo: a la sombra del árbol, donde el pasto no abunda, rodeado de los huesos de la fruta que nadie recogió. Me toma poco cavar un hoyo donde quepa el cuerpo de mi pequeño perro. Lo deposito y de inmediato su lengua se mancha de tierra. El lodo cierra sus párpados. Su pelo negro se pierde entre la oscuridad del hueco y el color del suelo. No digo ni una palabra. No pienso en él ni en lo que me dio y vivimos. Nada. Lo rodeo y lo tapo de tierra, piso la tumba para suavizar la superficie revuelta de polvo, arrojo la pala en la covacha y salgo del jardín sin mirar hacia adentro de la casa ni fijarme en ningún otro detalle.

—¿Qué onda, güey? —me pregunta Alan, quien me espera parado en la entrada de la casa. Trae puestos unos *pants* rojos que le llegan arriba de los talones y una camiseta con un estampado del Guasón; arriba, en letras rojas, dice «*Why so serious?*»

—¿Qué onda, carnal? —contesto.

—¿Venías a verme a mí o te vas a mudar otra vez?

Intento sonreírle. No puedo. Por más que intento no puedo.

—Vine a enterrar al *Horacio*.

—¿Tu perro?, ¿el chiquito?

Asiento con la cabeza y me limpio las manos, sucias de tierra, en el pantalón de mezclilla.

—¿Se acaba de morir? No mames. Debe haber tenido como cien años.

—Dieciséis.

—No, pues sí estaba ruco —añade Alan, conteniendo un bostezo—. Y qué, ¿querías enterrarlo acá en la casa?

—Evidentemente.

—A nosotros se nos murieron la *Chispa* y el *López* hace como un año —me dice en alusión a sus dos yorkies, que ladraban sin cesar y medían apenas más que un hámster.

—¿Neta?

—Los atropelló un güey de la privada. Un güey que no conoces.

—Puta, qué mal pedo —le digo y me doy cuenta de que, más que el entierro, es esta conversación la que me está deprimiendo.

—Pues sí. La *Chispa* acabó como tortilla. El *López* sí sobrevivió un rato, pero luego lo dormimos. De hecho, todavía no recogemos sus cenizas. ¿Tú crees que las hayan tirado a la basura?

—No tengo idea, Alan.

Nos quedamos allí, de pie y en silencio por un rato. Desde los árboles de la privada, esos que decoran la entrada de cada una de las doce casas, se escucha el trinar de una parvada de pájaros e imagino que, sea lo que sea que se estén diciendo, hablan de cosas más interesantes que Alan y yo.

—Pues me dio gusto verte, güey. A ver cuándo vienes con tu hermana a visitar. Nos echamos unos pomos. ¿Juegas Texas?

—No soy bueno para la apuesta.

—Ni pedo —me dice y se va de vuelta hacia su casa, arrastrando la suela de sus zapatos por el adoquín de la privada. Y yo me voy sin voltear atrás, porque sé que no hay nada que valga la pena ver.

Regreso a casa de mi mamá con las canas que mi perro dejó sobre el asiento revoloteando adentro de mi coche como semillas de diente de león. Es casi la una. Podría regresar a mi departamento, a esperar a que den las tres para pasar por Daniela, pero tengo que recoger la ropa que dejé ahí esta semana, en los dos días que dormí en mi vieja recámara, para llevármela de vuelta a la Nápoles de una vez. Solo espero que ni Tania ni mi mamá estén en la casa.

Por supuesto que están. Es más: son ellas, juntas, las que me abren la puerta con los ojos llorosos. Y lo primero que sale de la boca de mi mamá es:

—¿Ya?

—Ya, ma' —le respondo cansado, como si en vez de dormir a un perro hubiera matado a un elefante a puñaladas.

Las dos se llevan las manos a la boca al unísono y después Tania se deja caer sobre el pecho de mi mamá, consolándose mutuamente. Puta, sí: seguro fue bien duro para ustedes ir de compras, arreglar pendejadas de la boda, mientras yo esperaba en la clínica, dormía al perro y después lo enterraba en un jardín. Las dejo abrazadas y entro a la casa, directo a la cocina en busca de un vaso de agua. Al cabo de un minuto me alcanzan y toman asiento frente al desayunador. Siguen llorando.

—¿Sufrió mucho? —me pregunta Tania.

—No, nada. Lo inyectaron y se quedó dormido en dos patadas.

—¿Te hicieron esperar? —pregunta mi mamá, sepa la chingada por qué.

—¿Que si me hicieron esperar?

—Sí. Es que a Amelia y a Luis siempre los hacen esperar horas —me explica, en referencia a la muchacha y al chofer, encargados de llevar a *Horacio* al veterinario cuando Matías, el santo, no está disponible.

—No, no me hicieron esperar —le digo y le doy un trago a mi vaso de agua tibia—. Todo fue muy rápido.

—Qué bueno —dice Tania a la vez que se aprieta la nariz con el dedo índice y el pulgar. Qué flaca se ve. Su dieta para la boda ha hecho que sus piernas sean popotes, que sus pómulos se afilen y su cuello se adhiera a su garganta. Puedo ver sus costillas a través del *top* blanco, de licra, que trae encima. Mi hermana está literalmente desapareciendo.

—Pues así fue —añado, listo para ir a la recámara, sacar mi ropa y regresar a mi departamento. Aunque no me caería mal recibir un agradecimiento por dormir al perro que vivió más tiempo con ellas que conmigo, sé que es pedirle peras al olmo. Termino el vaso de agua, me dirijo hacia la salida de la cocina y mi mamá me detiene.

—Pérate, Matías. Pérate. ¿Cuándo nos dan sus cenicitas?

—¿Sus cenizas? —pregunto, en lo que gano tiempo y pienso en una respuesta.

—Pedí que lo cremaran —me dice.

—Cuando lo creman te lo regresan con su acta de defunción, súper *cute,* con su nombre y todo —añade Tania.

—Me dijeron que ahorita no están cremando —digo estúpidamente, como si incinerar fuera una oferta de temporada.

Mi mamá sacude la cabeza, confundida, y me pregunta:

—¿Cómo está eso?

—Creo que se les descompuso el horno o la cosa esa en la que queman a los perros y los gatos.

Silencio. Mi hermana y mi mamá intercambian miradas sospechosas, no tan distintas a aquellas que recibí de Daniela en su fiesta y de Natalia en el motel. Para sobrevivir tengo que aprender a mentir de manera convincente. Mi mamá toma aire, como siempre toma aire antes de hablar o discutir conmigo, y me espeta:

—¿Qué hiciste con el perro, Matías?

—Nada. Nada. Lo dejé ahí para que ellos lo entierren.

—¿Cómo? —pregunta mi hermana mientras se levanta del banco donde estaba sentada y camina hacia mí—. ¿Dónde lo van a enterrar?

—Pues ahí, en el cementerio que tienen. Hay un lugar para enterrar perros.

—¿Una fosa común? —pregunta mi mamá, cada vez más alterada.

—No. Es una parcelita para mascotas. Tengo el *ticket* en el coche. Te lo puedo enseñar.

—A ver. Tráemelo —me pide mi mamá.

Arrojo los hombros hacia atrás y adopto un tono indignado:

—¿Cómo no confías en mí, ma'? Es en serio… los entierran en una parcelita que está allá por Santa Fe o Tecamachalco… por el norte. Compras el espacio, que te cuesta según el tamaño de tu perro, y hasta le ponen una lápida o una piedra ahí con su nombre —esto último lo digo viendo a Tania, que es a la que, por algún motivo, le importa que la muerte de *Horacio* quede grabada en algo, sea una hoja de papel o un pedazo de mármol.

Ninguna de las dos parece convencida.

—Es choro, ¿no? —pregunta mi hermana.

—Nunca he oído que exista algo así, Matías —dice mi mamá.

Me queda claro que no las voy a convencer, ni me interesa ahorrarme el inevitable pleito que vendrá cuando llamen a la veterinaria para pedir una explicación o vayan en busca de la parcelita —una de las mentiras más imbéciles que he inventado en mi vida— y no la encuentren. Decido soltarles la neta. A lo largo de mi recuento, sus rostros pasan de la curiosidad a la incredulidad, al asco, a la tristeza, a la molestia y finalmente a una mezcla tan irrepetible de todas las anteriores que casi amerita una nueva palabra que, si no me hubiera tomado dos rivotriles anoche, quizá podría inventar.

Mi mamá cierra los ojos, apretando los párpados como los actores hacen en las películas de guerra antes de que explote una bomba que recién activaron.

—Déjame entender. Déjame *entenderte*, Matías. ¿Dormiste a *Horacio*, te lo llevaste de la veterinaria, entraste a la privada de San Ángel y enterraste al perro en el jardín donde vive otra familia?

—No. Ya no vive nadie ahí. Está en venta.

—Chingón —dice mi hermana—. Enterraste a mi perro en una casa abandonada.

—Allí crecimos —le digo alzando los brazos como si me declarara inocente.

—No mames, güey. Neta tienes pedos —me espeta Tania, siempre cordial, justo antes de echarse a llorar y salir de la cocina, empujándome en el proceso.

—Matías, ¿no has pensado en ir a terapia?

—Ah, ¿ahora sí crees en eso? Porque cuando mi papá estaba vivo

decías que su profesión era una jalada.

Mi mamá sale de la cocina, sin intención alguna de culminar la plática. Ni siquiera hemos empezado a discutir en forma y ya me siento derrotado.

—Te estás portando como loquito. Primero le haces esa grosería a tu primo y ahora vas y entierras a mi perro, *mi perro*, en otra casa, sin mi consentimiento.

—Sí, tu perro, tu perro. Nunca en la vida te vi darle ni una pinche croqueta. Ni siquiera tuviste la decencia de estar aquí para despedirte. Me mandaste a dormirlo como si fuera tu mayordomo. Y encima te encabronas porque yo decido qué hacer con el perro que mi papá me regaló… *a mí*.

A lo lejos, en el piso de arriba, se escuchan los lamentos de mi hermana. La muchacha, que aspiraba la sala antes de que nosotros saliéramos de la cocina, huye por la puerta que da al jardín.

—Nada más escucha cómo pusiste a tu hermana un día antes de su boda —me grita.

—No te voy a dar una disculpa. Ni a ti ni a ella. Si tanto les importaba *Horacio*, hubieran ido a dormirlo conmigo.

—Mañana es la boda, ¿tienes idea de la cantidad de pendientes que hay que arreglar antes de salir a Cuernavaca?

Me cruzo de brazos y me recargo contra la pared de la sala mientras mi mamá da vueltas zigzagueando entre sus sillones nuevos, grises como banquetas, incómodos como asientos de avión. Sonriendo, le digo:

—No me puedo ni imaginar todas las cosas que tienen que hacer. Comprar flores, asegurar el *catering*, contratar un DJ… Uff, debe ser más complicado que coordinar un despegue de la NASA.

—Si te involucraras en algo…

—No tengo por qué involucrarme en la boda de Tania, así como no tengo que ir solo a dormir al perro porque a ti no se te pega la gana acompañarme.

Mi mamá se echa a llorar como siempre lo hace: con el rostro compungido en un puchero infantil, indigno de su edad.

—Ni siquiera me dejaste despedirme de él —me recrimina entre sollozos.

—Tuviste mucho tiempo para despedirte de él. Y preferías dejarlo afuera en el jardín que cuidarlo.

—Qué injusto eres, Matías.

—No soy injusto. Llevas meses en los que nada más me hablas para pedirme favores. Para que lleve tu coche a revisión si tu chofer está enfermo, para que instale tu computadora, para exigirme que venga a

sacar todas mis cosas porque quieres poner un cuarto para hacer ejercicio, y ahora para dormir al perro. No me has hablado ni una sola vez para que venga a comer ni a cenar contigo. Y lo peor es que no me sorprende. En seis años no me fuiste a visitar a Nueva York ni una sola vez.

Mi mamá se limpia las lágrimas y, en un acto digno de telenovela, entra a la cocina, recoge el cojín donde dormía *Horacio* y me lo avienta al pecho.

—Ve y tíralo a la basura. Nunca se puede hablar contigo.

Mi mamá trota hacia arriba de la casa y mientras la observo alejarse, le grito:

—¿No se puede hablar conmigo? Eso es precisamente lo que estoy intentando hacer, chingada madre.

Me quedo solo en la sala. La muchacha me observa del otro lado de la vitrina, a la vez que finge podar el jardín de mi mamá. Allá a lo lejos, detrás del verde se ve el pequeño estudio que mi papá se mandó construir para tener un lugar que sintiera como propio dentro de esta casona impersonal. Las persianas están abajo.

Abrazo el cojín sobre el que mi perro durmió durante dieciséis años, desde cachorrito hasta ayer. Huele a polvo.

Subo a mi cuarto a recoger mi ropa.

Llego por Daniela a las tres en punto, no por un afán de puntualidad sino porque estoy consciente de que mientras más rápido empiece esto, más pronto terminará. Estoy seguro de que quiere cortar conmigo y la expectativa me emociona. Prefiero hundir el rostro en una cubeta llena de chile habanero que salir con ella una semana más. Qué bueno que dará el primer paso.

Tarda veinte minutos en bajar. Por segundo día consecutivo viene vestida de negro, con una apretada minifalda y una blusa de seda arriba. Mientras camina hacia mí la veo tomar el borde de su falda y jalarla hacia abajo, con pudor, como si no se sintiera cómoda con su atuendo.

—Hola —me dice, igual que siempre: extendiendo la última vocal, más cansada que entusiasmada. Le doy un beso en el cachete y pregunto si prefiere buscar un lugar que esté cerca de su departamento o subirse a mi coche para ir a Polanco o la Roma.

—Uy, en la Roma acaban de abrir un restaurante italiano que está deli. La agencia de Luigi lleva todo el PR. Seguro nos dan mesa.

No tengo ganas de ir a ningún lugar que trabaje con la agencia de relaciones públicas de Luigi, al que no conozco pero me basta con que

sea amigo de Daniela para que me caiga mal.

—¿Por qué no vamos a algo más cerquita? ¿Unas tostaditas de atún?

—Al Contramar.

Primero muerto.

—¿Qué tal a uno de los que están sobre Nuevo León? —pregunto.

Daniela pone una cara como si le hubiera dicho que quiero ir a comer cachorritos muertos. Hay personas a las que corren de sus trabajos que no ponen gestos de decepción de este calibre. Generalmente cedo con ella y acabo en uno de esos lugares que le gustan, donde siempre me siento incómodo. Hoy no. No pienso esperar cuarenta minutos en la banqueta del Contramar para comer las mismas tostadas de atún que sirven en todos lados, ni voy a ir a la Roma a su restaurante «deli». Triste, preocupada, molesta por lo que está a punto de comer, Daniela camina tres pasos delante de mí hasta llegar al restaurante.

Nos sentamos afuera, en una de las mesas donde dejan fumar, y lo primero que me dice es:

—Este lugar es de ñores. Me deprime.

—Se come bien.

—Ni siquiera tengo hambre.

—Come pan entonces.

—Agh.

Nos traen el menú. Mientras decido qué comer, Daniela se levanta e intercepta, para saludarlo, a un chico de chamarra de mezclilla, lentes de sol y estrafalario corte de pelo, quien pasea a un pitbull mal encarado. No estoy seguro de que el chico la reconozca, pero parece genuinamente feliz de platicar con él en una banqueta de la Condesa. La veo mover las manos de forma animada, sin parar de hablar, y después agacharse, cuidando que no se le vean los calzones, para acariciar al pitbull, que inmediatamente le gruñe. Daniela se echa para atrás, asustadísima. Yo contengo la risa. Estoy seguro de que *Horacio* hubiera hecho lo mismo. Ese pitbull es mi nuevo mejor amigo.

Llamo al mesero y le pido dos tacos de pescado y unas tostadas de atún, mientras veo cómo el chico se despide de Daniela sin darle un beso en el cachete. Ella vuelve a la mesa.

—¿Ya ves? Por andar acariciando perros desconocidos —le digo.

Ella claramente no escucha mi comentario completo porque me responde, indignada:

—Marco no es ningún desconocido. Es súper amigo de mi exnovio. Me dijo que no me reconoció porque antes yo traía el pelo cortito. Es súper lindo. ¿Sabes con quién trabaja?

Niego con la cabeza, aunque lo que quiero decirle es: no, ni me importa.

—Con Chema y Magali. De hecho quedé de cenar con ellos la próxima semana. Deja lo apunto.

Daniela saca su celular, apunta la cena, y a través del cristal que colinda con nuestra mesa, veo que entra a revisar su Twitter, su Facebook y finalmente le da un vistazo a su Instagram. Se tarda tanto que me echo un cigarrillo y chiflo una canción entera antes de que guarde su teléfono y me vuelva a poner atención. Cuando voltea a verme no se disculpa. Las redes sociales no pueden esperar.

—Y, ¿qué onda? —le digo, ya con esas cosquillas en el pecho que avisan que me estoy poniendo de muy mal humor. Si hubiera un tercero sentado en esta mesa, seguro pensaría que Daniela está molesta conmigo y por eso se comporta así. Estaría equivocado. Se ha portado de la misma manera desde la primera cita, cuando me llevó a un restaurante de dos pisos en la Roma y, en total, platicó conmigo dos minutos. El resto del tiempo lo pasó buscando a quién saludar y señalando gente.

—No sabes… estoy muerta. Ayer que te fuiste salimos al Roy. Acabamos a las cinco de la mañana. De ahí querían ir a un *after* en casa de Patricio, pero neta yo ya no podía. Estuvo *heavy* —me dice.

Me traen mis tostadas de atún e inmediatamente me concentro en ellas. Lo que sea para no tener que prestarle atención a Daniela.

—Qué onda con tus mentiritas ayer, ¿eh? Como de niño chiquito, Matías.

—Ya te dije que fue un error de Felipe. No me dijo que estaba afuera de tu edificio.

—Me da la peor güeva tener una relación así. Es como de kínder —me dice con la mirada fija en la banqueta y la calle, quizás en espera de que pase otro cuate u otro conocido a quién saludar.

—Tú eres la que se encabronó —le digo.

Daniela guarda silencio mientras me acabo mis tostadas de atún. Le ofrezco, pero me dice que no con tal vehemencia que parecería que le estoy ofreciendo una lata de Whiskas.

—Tienes que comer algo —sugiero.

—Me urge ir a LA. Hay un lugar de pizzas que te mueres al que me llevaron unos amigos.

No tengo idea de cómo brincó de una tostada de atún en la Condesa a una pizza en Los Ángeles. Supongo que es porque las dos son redondas. ¿Qué le respondo?, ¿bien por ti?, ¿vamos?, ¿le pregunto qué ingredientes lleva esa mítica pizza californiana de la que habla?

—La mejor que he probado está en Nueva York —me dice—. Un

lugar chiquitito en Brooklyn. Roberta's.

—Lo conozco —le digo con la boca llena, pero le vale madre (por supuesto).

—Ahorita está la expo de Cindy Sherman en el MOMA. Neta tengo que ir. Le voy a decir a Patricio y a Mica para ver si me acompañan.

—Hoy dormí a mi perro.

—Voy al baño. Pídeme una copa de vino blanco.

No llamo al mesero ni le pido nada. Me como mis dos tacos de pescado de una mordida, listo para dar por terminada esta cita. Me gustaría dar por terminada esta relación también, pero algo tiene que existir para acabar y esto entre Daniela y yo no es ni un simulacro. Somos menos que dos extraños a los que les toca sentarse juntos en un avión. No solamente nos desconocemos sino que, mientras más sabemos cosas del otro, menos nos interesa conocernos, más huecos se abren y más preguntas se quedan flotando entre nosotros; preguntas cuyas respuestas no nos interesan. Es decir: vamos en reversa.

En lo que la espero me llega un mensaje de Felipe. Me dice que acaba de hablar con Pablo.

«Pablo le va a dar el anillo a Natalia wey!! Que hago?? Le digo o no?»

Mierda. Mi talón empieza a temblar de manera incontrolable.

«Cuándo?», pregunto y Felipe me responde en una milésima de segundo: «Hoy a las 8».

Medito mi respuesta. Pablo está en México con un anillo de compromiso, listo para proponerle matrimonio a una mujer con la que apenas ayer cogí como conejo. De nuevo me pregunto qué quiero que suceda y, por primera vez desde que Felipe me dijo que Pablo le pediría a Natalia casarse con él, una voz que viene de muy hondo me dice lo que yo ya sabía: no quiero que Natalia acepte. Quiero que lo mande a chingar a su madre, de vuelta a Londres con la cabeza agachada. Y apenas me lo confieso, mi corazón galopa, inexplicablemente entusiasmado. Pero no quiero que él no intente darle el anillo. Quiero que lo haga y que ella lo rechace. Que escuche ese «no» en el que se esconden todas nuestras cogidas en el motelito, todos los encuentros furtivos en mi departamento y todas las veces que me vine adentro de su novia. Ese «no» que aunque venga de Natalia es mío.

Le contesto a Felipe: «Haz lo que quieras, Pipe. Si quieres arruinarle la vida a Pablo basándote en una sospecha tonta, adelante».

Daniela regresa después de retocarse el maquillaje. Trae los labios pintados de un rojo intenso. Una sola ceja separa sus párpados de su frente y el delgado cordón de vello parece la sombra de un ave vista a

la distancia: una «v» marcada, así sonría o se enoje.

—¿Y mi vino? —me pregunta.

—Ahí viene —le miento, aún ansioso por la noticia que me dio Felipe. Daniela llama al mesero. Pide que le mencione los vinos que tiene por copeo. Finalmente escoge uno mexicano.

—Seguro sabe a aguarrás —dice mientras mete la mano dentro de su bolsa de piel y saca unos lentes de sol. Después se cruza de brazos y recarga la espalda sobre el respaldo de su silla, alejándose de mí. Le traen su copa de vino, yo acabo de comer y prendo un cigarrillo. La boca me sabe a tabaco, cebolla y pescado, y si esta cita fuera con cualquier persona menos con Daniela, probablemente correría a la tienda más cercana por unos chicles. Con ella prefiero que me huela a todo eso. Antes de despedirnos le voy a dar un beso tronado y pestilente.

—Vamos al Leonor hoy, ¿no? Toca Debbie —me sugiere.

—Vamos —le digo, sin importarme que mañana tengo que estar en Cuernavaca a las once de la mañana para ir a la ceremonia religiosa y acompañar a mi hermana.

—Me voy a ir con Adrián y Mica a la boda. Me dan súper güeva las misas —me dice Daniela.

Apago mi cigarro en el cenicero de vidrio entre nosotros. A lo lejos se escucha el estruendo de una decena de cláxones desesperados en alguno de los semáforos de la Condesa.

—¿No querías hablar de ayer? Pensé que a eso habíamos venido —le digo.

Daniela extiende su mano y toma la mía. Tiene dedos delgados y uñas largas, afiladas, pintadas de color rosa, como las de una anciana soltera. Su blusa anticuada, digna de una cuarentona, contrasta con el rojo violento de sus labios y sus zapatillas de chica universitaria. Quién sabe cuántas personas habitan dentro de esta mujer.

—Amor, ya lo hablamos. A mí no me digas mentiras. Neta no quiero otra escenita como la de ayer. Ya pasé por una relación así y no quiero que se repita. *I want us to work*, ¿me entiendes? —Todo esto me lo dice como si ya contara treinta años y acabara de salir de un divorcio, no como si tuviera veintidós y apenas hubiera salido de la carrera de Comunicación.

—Ayer no armé ninguna escenita —le digo exagerando mi rostro de absoluta confusión, como si acabara de ver a un chango volar.

—No quiero discutir. Neta no quiero. Me agota.

Pido la cuenta, la llevo a su casa, y al despedirnos es ella la que me planta un feroz beso en la boca, lleno de baba y exceso de lengua. Más que *sexy* me resulta invasivo. No la alejo, por miedo a que vuelva a

ofenderse y hoy en la noche tenga que tolerar su mal humor. Por fin se aleja de mí, me acaricia la barbilla y me comenta:

—Le voy a decir a Mica y a Adrián que vengan hoy en la noche.

—Chido.

—Están increíbles, ¿no? Neta nunca había visto a mi amiga tan feliz. Adrián la trata como reina —me dice, esta vez extendiendo las consonantes: Adrián la trata como rrrrrrrrrreina.

Si Mica supiera. Si Daniela supiera. Me despido de ella, subo a mi coche, me echo en reversa y enfilo rumbo a mi departamento, recordando esa noche en que me topé con el papá de Adrián en un hotel del centro. Yo había ido a cubrir un desfile de modas organizado por una revista. Mario habló conmigo antes:

—Quiero que llegues con los brazos abiertos, primo. *Open to new experiences*. Haz *eye contact* y preséntate. Todo el mundo va a querer hablar contigo si vienes de *Kapital*. Tú namás tranqui. Y nada de ir en esas fachas, ni pasar la noche todo tímido en un rincón. Este evento es súper importante para nosotros.

Así fui: tranqui, haciendo *eye contact* y disfrazado de *fashionista*. Hasta corbata me puse. Entrevisté con éxito a una famosa conductora de radio (de voz ronca y cuerpo despampanante), a una conductora de tele (que me sacaba una cabeza), a una actriz de telenovelas (guapa y cordial), a un estilista (que me trató como si yo fuera una cucaracha con micrófono) y a la editora de la revista que organizó el desfile (que casi me besa en la boca cuando le dije que iba de *Kapital* para cubrir el evento). A la mitad de la noche, el saldo era positivo y mentiría si dijera que no me empecé a sentir como parte de la banda, uno más dentro del grupo de los bellos, los frívolos, los dienteblanqueados y emperifollados VIP. Llevaba dos meses en la revista, suficientes como para conocer algunos nombres, y por primera vez fui yo quien dirigió al fotógrafo. Mira, ahí está Susana con Lili. Vamos a ver si nos da una foto. Ve con Eric y Paula antes de que se vayan. Montserrat acaba de llegar. Vas, vas, vas…

El sitio se empezó a vaciar y yo, que ya tenía unas copitas encima, decidí dejar al fotógrafo y bajar al *lobby*. Tenía todo lo que quería: entrevistas y entrevistas con las personas más importantes, suficientes como para armar un reportaje que, según me dijo Mario, iría en la portada (a la hora de la hora tuve que compartir crédito con otra chica de la oficina, favorita y probable amante de mi primo, porque me ayudó a redactar la entrada y me dio información técnica del evento). Guardé mi grabadora y el micrófono en la bolsa de cuero falso, de un solo tirante, que Mario me había prestado para la ocasión, y me senté en la barra del hotel para pedir una cuba.

Revolví el ron y la Coca-Cola, le di un trago y exhalé satisfecho.

Una voz cansada me llamó por mi apellido:

—¿Lavalle?

Volteé a mi lado. Ahí estaba el señor Serna, papá de Adrián, con los codos sobre la barra, observándome de refilón con un ojo abierto y otro cerrado: la caricatura de un borracho. Jamás lo había visto así. Nos conocimos cuando yo tenía trece años y empezaba a visitar a su hijo por las tardes. De los papás de mis amigos, el que menos platicaba con nosotros era él. Al papá de Felipe le encantaba ser el centro de atención. Se sentaba a comer a nuestro lado y nos platicaba chismes y anécdotas de futbolistas que, como buenos adolescentes, nos enloquecían. Todos teníamos un apodo. A mí me decía Dunga por ser el único güero del grupo, a Adrián le decía Tonelada porque eso pesaba de chico y a Pablo le decía Mojarra (quién sabe por qué). Por su parte, todo lo que Pablo tenía de avaro y bufón, su papá lo tenía de generoso y discreto. Era de esos señores que nos invitaban a la feria a nuestros dieciséis años y lo único en lo que pensábamos era en coños y fiestas. Nunca nos dejó de tratar como si fuéramos niños. El señor Serna era diferente. Asesor en materia de seguridad nacional desde tiempos del PRI, hombre con torso de barril y rostro de sicario, siempre lo saludamos diciéndole «señor», nunca usando su nombre de pila. Lo vi diez veces en diez años. Su esposa murió cuando Adrián tenía ocho o nueve, y desde entonces se la vivía viajando, cambiando de novias como de calcetines y trabajando hasta la medianoche. Su hijo le importaba tanto como a mí la botánica.

—¿Cómo está, señor? —le dije con las mejillas rojizas de alcohol y de vergüenza. Sentí que había invadido un momento íntimo de un hombre al que conocía poco, como si hubiera entrado al camerino de un actor después de una función, encontrándolo desnudo de pies a cabeza.

—Aquí, aquí namás… —me dijo, y el mesero le sirvió un tequila.

—Me da gusto verlo.

—Igualmente, igualmente. Qué chinga lo de tu papá. Una disculpa por no haber ido al velorio, cabrón.

—No se preocupe.

El señor Serna le dio un trago a su tequila, se levantó y caminó hacia mí. Nuestras rodillas chocaron cuando tomó asiento a mi lado. Me bastó con tenerlo a un metro de distancia para olerlo. No estaba borracho. Estaba pedísimo. Su aliento y su cuerpo exudaban un tufo a alcohol ingerido, digerido y sudado. Potente. Rancio.

—¿Qué haces aquí? —me dijo, y por un momento me sonó a amenaza. Intimidado, tragué saliva y respondí:

—Nada. Vine a cubrir un evento de moda para la revista para la que trabajo.

—¿Cómo se llama?

—*Kapital*.

—Esa chingadera —espetó sin reparos, y fuera de molestarme me cayó bien su comentario.

Volví a revolver el contenido de mi cuba, rehuyendo la vista del señor Serna, quien no me quitaba los ojos de encima.

—¿Quieres saber qué vine a hacer yo aquí? —me preguntó, y asentí. Había algo tétrico en la atmósfera. La fuente detrás de la barra estaba decorada con luces de neón; el pianista en una esquina tocaba canciones de Sinatra; las parejas de oficinistas infieles, escondidas entre la penumbra del bar, pasaban bocados de cacahuates y chicharrones con tragos de whisky; la barra olía a jerga húmeda. Y frente a mí, uno de los hombres más importantes en materia de seguridad nacional, un tipo que había pasado la vida entera viendo a criminales de frente, entre balas y tortura. Tuve miedo.

El señor Serna me arrojó una sonrisa boba —mostrándome su dentadura amarillenta—, estiró su brazo y me embarró el dedo medio y el pulgar en las fosas nasales.

—Pucha —me dijo, blandiendo el pulgar—. Y ano —añadió, moviendo el dedo medio—. Pucha y ano. El famoso candado, cabrón.

No supe qué responder. No quise pasarme la manga de la camisa por la nariz, para limpiarla, por miedo a ofenderlo, así que tomé mi vaso de cuba y me mojé los labios y el bigote con él. Sirvió de poco. Aún podía oler el coño y la mierda de la mujer con la que acababa de acostarse el papá de mi amigo.

—No tienes idea la cogida que le acabo de poner a esta perrita —me dijo y, para celebrar, se bebió su tequila de un trago. Yo me quedé en silencio, sin poder moverme. El vaso se me resbalaba de tan sudadas que tenía las manos.

—¿Tú has hecho eso, cabrón?, ¿has metido un dedo en la pucha y otro en el ano al mismo tiempo? —me preguntó.

No respondí.

—Deberías. Les encanta —repuso.

Me acabé mi cuba, listo para pedir la cuenta e irme, pero el señor Serna decidió ordenar otro tequila para que lo acompañara. Le rogué a Dios que apareciera el fotógrafo de *Kapital* para pedirme que nos fuéramos.

—¿Cómo ves a mi hijo, cabrón? —me preguntó el señor Serna, acariciando su nuevo caballito de tequila.

—Lo veo bien, señor. Contento.

—¿Y qué opinas de su noviecita?

—Me cae muy bien.

—Ta rica.

—Es bonita, sí.

—¿Bonita? ¿Eres joto, o qué?

De no tener tanto miedo, quizá me habría molestado. Me sentí cobarde y minúsculo.

—Pues parece contento, señor. Le gusta mucho su nuevo departamento. Y está muy a gusto con su nueva chamba.

—¿Cómo ves las fiestas que organiza? Están chingonas, ¿verdad? —me preguntó, con las comisuras de los labios manchadas de saliva seca. Sus ojos no parecían tener profundidad alguna: tan inanimados como los de una muñeca.

—Muy padres —le dije.

—¿Y sabes quién pone la lana para esas madres?, ¿sabes quién las paga, güey?

—No. No sé, señor.

El señor Serna irguió la espalda, orgulloso, y después plantó sus puños sobre su pecho, como un gorila.

—Es lana mía. Y tuya, y del mesero y el conserje, y de todos estos pinches asalariados.

—¿Del gobierno? —pregunté a tientas, con voz levísima.

—Es mía, cabrón. Qué, ¿crees que con sesenta mil pesos al mes te compras una casa como la que tengo en Acapulco?

Adrián nos había dicho que su papá compró esa casa con la herencia de su abuelo. Ahora todo caía en su lugar. El señor Serna se bebió su tequila, sacó la cartera y arrojó un billete de mil pesos a la barra.

—Deberías hablar con Adriancito para entrarle al negocio, cabrón. Seguro te iría mejor ahí que en tu pinche revista.

—Gracias, señor.

El señor Serna se fue caminando sin poder mantener una línea recta y yo me quedé solo, con el tequila enfrente, mientras el pianista comenzaba a entonar *Send in the Clowns*.

Llego al edificio de la Nápoles. A mediodía olvidé bajar el cojín de *Horacio* del asiento de atrás, así que ahora lo recojo y cargándolo con cuidado, como si se tratara de una reliquia, entro al vestíbulo y llamo el elevador. Antes, saludo al policía con el que el Koala intercala turnos: lo apodo Calderón, porque es igualito al presidente: mismos ojos medio adormilados, misma frente del tamaño de un pizarrón,

mismas proporciones de uva. Además de ese parecido, lo que distingue a este policía es que nunca entiendo una sola palabra de lo que dice. Siempre habla como ventrílocuo, entre dientes, de tal suerte que un «Buenos días, joven. ¿Cómo está?», se oye más o menos así: «Bensdis, joen. ¿Knstá?»

La puerta del elevador se abre.

—Buenas tardes, poli —lo saludo.

—¿Ktl, joen? Benstrs —me responde.

Entro al departamento y dejo el cojín de *Horacio* junto a la caja que me envió David. Me dirijo al baño para lavarme los dientes (la boca me sabe a una mezcla de jugos gástricos y cebolla) y el celular me interrumpe. Lo saco y veo quién llama. Es Pablo.

No sé si contestarle. Salvo por un par de *chats* en Facebook, no he hablado con él ni una vez desde que empecé a cogerme a Natalia. Temo que mi voz me delate, que sienta que hay algo extraño en mi tono. Pero sobre todo me aterra no saber qué responderle cuando me diga lo que está a punto de hacer hoy en la noche. Decido que no me queda de otra más que contestar:

—¿Bueno?

—Bueno. ¿Qué pedo, güey? Habla Pablo.

—¿Qué onda?, ¿ya llegaste de Londres?

—No, cabrón. Te estoy hablando desde Heathrow. No mames, Matías. Claro que ya llegué.

—Ah, qué chido, Pablo. Qué chido. ¿Ya listo pa mañana?

—Sí, puestísimo. Oye, ¿has hablado con Felipe hoy?

Mierda. ¿Le habrá dicho algo el imbécil de Felipe?, ¿habrá tenido los güevos para decirle que vio salir a su novia de diez años de un motelucho de Revolución? Y si así fue, ¿qué le digo?, ¿qué le sugiero?

—Me mandó un par de mensajitos en la tarde, pero nada más.

—No mames. ¿No te dijo nada de nada?

—¿De qué, güey? —le digo y camino rumbo a la ventana. Necesito un rivotril. Una cuba. Ambas.

—De lo de hoy en la noche.

¿Pretendo que no sabía nada? Si le digo que sí me acuerdo, quedo como un pendejo. O peor: un pendejo que esconde algo. Si le digo que no, me juego que cheque con Felipe, quien le va a decir la verdad: llevo más de un día sabiendo que le va a dar el anillo a Natalia. Me voy por la primera opción:

—Ah, claro. Lo del anillo, carnal. Qué chingón.

—¿Se te había olvidado?, ¿qué pedo contigo? —me pregunta Pablo, con su tono salpicado de indignación.

—Perdón, perdón. He estado en un chingo de madres. Me

corrieron de la chamba, me peleé con una vieja con la que estoy saliendo y hoy dormí a mi perro…

—Qué mal pedo. Oye, te hablaba para que le caigas al festejo después de que le dé el anillo a mi vieja. Vamos a estar en un bar en la Roma que acaban de abrir. Ya reservé mesa para veinte.

—A güevo. Yo le caigo —le digo mientras prendo un cigarrillo.

—Ya vas.

—Suerte, carnal. Qué bueno que ya estás aquí.

Colgamos. Y se me queda grabado cómo le valió verga cuando le dije de *Horacio*. Así fue cuando se murió mi papá. Igualito. ¿Un derrame cerebral? Chale, güey. No te preocupes, seguro sale de esta.

¿Y cuando se murió? Qué mal pedo, carnal. Igual y así es mejor. Que no sufriera. Todo va a estar bien. ¿Todo va a estar bien? Como si la muerte de un padre fuera un catarro, un hombro dislocado, una pierna rota. Como si la muerte fuera una nube pasajera, algo que no deja huella, y no un reajuste telúrico, total, el punto y aparte, el corte de caja, el instante que de un solo bocado engulle toda la luz y todos los planes.

Troto al baño, arrojo el cigarro al escusado, orino y saco mi celular. Tecleo un mensaje: «Te extraño. Mucho. Te necesito. Te quiero ver. Qué hacemos?»

Y aprieto el botón de enviar.

Son las cinco de la tarde. A diferencia de ayer, hoy el cielo está nublado, cubierto de nubes esponjosas como el manto de una oveja. Parece que va a caer una tormenta.

La respuesta de Natalia no tarda en llegar: «Estoy muy confundida Matias. No se que voy a hacer…»

Cierro la bandeja de mensajes y entre mis contactos busco a Octavio, el *dealer* de Pablo.

Es hora de conseguir dulces para mañana.

Octavio se apiada de mí y, por primera vez desde que soy su cliente, decide verme relativamente cerca de la Nápoles, en una calle muy poco transitada de la Escandón que desemboca en ese ejemplo de fluidez vial que es el Viaducto Miguel Alemán. Tomo mi coche, me estaciono a dos cuadras y camino hacia allá. Octavio siempre trae el mismo auto: un Cavalier rojo que invariablemente trae una llanta de repuesto, con el techo descarapelado por el sol.

Octavio me ve dar la vuelta por la esquina y prende las luces intermitentes apenas unos segundos. Son las seis y media de la tarde. Empieza a anochecer y el sol se asoma entre los edificios, vertiendo

sombras largas sobre el pavimento. Volteo alrededor. Salvo por una señora que camina con dos bolsas del súper y un perro callejero que dormita en la entrada de un edificio, estoy solo. Me acerco al Cavalier por la puerta del copiloto, toco la ventana con mis nudillos y la mano de Octavio me sube el seguro de la puerta.

Entro y lo primero que veo es a dos niñas, de no más de seis años, sentadas en el asiento de atrás, ambas con diademas sosteniendo sus cabelleras negras, una con un vestido azul y la otra con licras anaranjadas. Si generalmente me incomodan estas transacciones, ahora me siento peor. El coche huele a uno de esos detergentes con dizque aroma de pino. Es como el sabor a cereza artificial: quién sabe qué cerezas comían los que lo inventaron, porque así no saben.

—¿Qué pedo, puto? —me dice Octavio, que es tan alto que sus rodillas rozan el volante. Su rostro no denota cómo se gana la vida.

Me asomo al asiento de atrás y las niñas me saludan con un ademán, agitando sus manos como si fueran maracas. Ambas me regalan esas sonrisas obligadas que los niños esbozan cuando acaban de conocer a un extraño. Las dos están chimuelas. Fuerzo una sonrisa, y después volteo a ver a Octavio, negando con la cabeza, evidentemente confundido.

—¿Es neta? —le digo, y con un movimiento de la barbilla le indico que me refiero a las dos niñas.

—¿Neta qué? —me dice, serio.

Me acerco a él y susurrando le pregunto:

—¿Son tus hijas?

—Sí —me responde con desparpajo, y después me las presenta—. Ella es Brenda, la mayor, y Jenny, mi chiquita.

—Buenas tardes —les digo a las niñas.

Octavio ríe al escuchar mi saludo.

—Qué formal, güey. Ni que fueran policías.

—¿Nos vamos a salir del coche para que te pague o qué? —le pregunto en voz baja.

—No, no hay pedo, güey. Todo chido —me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Volteo hacia atrás. Las niñas no platican entre sí. Las dos parecen estar muy atentas a nuestra conversación.

—No me siento cómodo, Octavio.

—¿Con qué? —me pregunta.

—¿Cómo que con qué? —y vuelvo a indicar el asiento de atrás con mi cabeza.

—Pus sácate a la chingada, entonces. Todavía que te hago el favor de venir hasta acá…

Medito la situación. Octavio ya no sonríe. Me observa con una mirada torva, casi pegando el mentón sobre el pecho, y no tengo ni la menor idea de qué pueda pasar si decido salirme del coche sin pagarle. El motor sigue encendido. No tenemos ningún auto enfrente. Octavio bien podría arrancar y llevarme con él a no sé dónde. Me meto el pulgar a la boca y mordisqueo mi uña.

—Papi, tengo hambre —dice Brenda. O Jenny.

—Ahorita que me pague el cliente te llevo por algo de comer, nena —responde, sin dejar de verme a los ojos.

Pasa un coche con el estéreo a todo volumen, y los bajos de la música retumban adentro del Cavalier. En la lejanía, el sol se esconde detrás de los edificios y oculta el rostro de Octavio. No sé con qué cara me está viendo. No me gusta tener esa duda.

—¿Cuánto te debo? —le pregunto.

—Me dijiste que seis y seis, ¿no? —me responde, y saca una bolsita Ziploc que tiene seis tachas azules adentro; de un frasco de medicina vacío saca seis grapitas que coloca sobre su muslo, a plena vista de sus hijas.

—Está bien.

—Te voy a hacer un descuento. Mil doscientos por el perico y mil por las trakas. ¿Va o no va, puto?

—¿Están buenas?

—No mames —replica, como si le acabara de preguntar a Lionel Messi si es bueno jugando futbol.

Saco los dos mil doscientos pesos y se los entrego. Octavio los cuenta con la rapidez de una cajera de banco y los guarda en la bolsa trasera de su pantalón. Atrás, las niñas se ríen de algo, pero no sé de qué. Su padre se despide rozando la palma de mi mano con la suya, y después haciendo un puño que choca con el mío. Volteo a ver a sus hijas, les sonrío avergonzado y tomo la manija de la puerta, listo para salir con la compra escondida en la bolsa de mi pantalón.

—Oye —me llama y volteo con el corazón sobresaltado, ya con la puerta del Cavalier abierta, justo cuando estaba a punto de irme—. Toma. Un obsequio —dice y me da dos capsulitas rellenas de polvo blanco—. Ahí me dices qué tal.

Las tomo y las guardo con el resto de las tachas azules.

—Gracias, carnal.

—Chido, puto.

Me salgo del Cavalier y camino hacia mi coche. Octavio arranca, da la vuelta hacia Viaducto y desaparece. Yo regreso a mi departamento. Quiero leer, ver una película, aprovechar las horas que tengo entre las comidas y las fiestas, las cenas y las pedas, para hacer

algo útil. Pero no puedo. Me acuesto a leer en la recámara de la esquina, esa donde pasé tantas tardes durante mi infancia, y no logro entender una sola oración de la novela. Están a punto de dar las ocho de la noche y muy pronto sabré si Natalia le dijo que sí a Pablo. Quiero mandarle otro mensaje a ella, pero sé que no es buena idea. Es posible que ya estén juntos. Volverle a escribir es un riesgo innecesario. Solo espero que esté siendo inteligente y haya borrado todos mis mensajes.

Salgo de la recámara, saco de la bolsa de mi pantalón todo lo que le compré al *dealer* y lo pongo al lado del cojín de *Horacio*. Sobre esa mesa se encuentra el rastrojo de estos días: una caja llena de cartas cerradas de mi papá, el lugar donde dormía mi perro y una buena cantidad de droga. En el momento en que llegué a México llevaba más de un año sin probar nada que no fuera mota (que no cuenta y ni me gusta). Regresé, mi papá se murió a la semana y un mes después Pablo organizó una fiesta en un motel de Insurgentes, en una suite que llenó de putas gracias a todo el dinero que se embolsó de su trabajo en la Secretaría de Economía, para que lo despidiéramos antes de que se fuera a hacer la maestría. Fui con Felipe, quien en menos de una hora se emborrachó hasta quedar inconsciente sobre uno de los sofás del vestíbulo principal. Me quedé solo, rodeado de economistas, burócratas y putas siliconeadas mientras Pablo iba y venía de la recámara principal del brazo de una rubia de cabello oxigenado, con la nariz tan operada que parecía estar a media cirugía de convertirse en una especie de Voldemort travesti. Coqueteé con una puta argentina, de risa fácil y buen sentido del humor, pero volví a quedarme solo cuando otro de los invitados le pagó para llevársela a la segunda recámara. No tuve de otra más que pedirle a Pablo que me acompañara al baño y me compartiera una tacha que tardó en hacer efecto. Cuando finalmente la sentí, me mandó a otra galaxia. Me pegó como me gusta que me pegue: sin ansiedad, sin ganas de dar de brincos, con antojo de platicar y abrazar a la gente que quiero. Intenté sentarme con mi amigo, hablarle de mi vida, de lo que significaba mi regreso, de la muerte de mi padre, tal y como hicimos cuando me metí mi primera traka y nos fuimos al Ajusco a escuchar música mientras veíamos el amanecer a través del parabrisas de su coche. Pero, a pesar de que él no se había drogado, hablar con Pablo resultó prácticamente imposible. Me paré a bailar con él y sus amigos de la carrera, coreé sus canciones, me acerqué para abrazarlo y ni así pude entablar una conversación. Yo llevaba un mes en México y apenas si habíamos cruzado tres palabras. Pablo estaba obsesionado con una beca que necesitaba para irse a Londres con toda comodidad económica (su

familia tiene poco dinero), con un bono que le debían, con vender su coche al mejor postor, y era incapaz de hablar de otra cosa. En menos de una semana se iría a vivir fuera de México por un año —mi mejor amigo, el único con el que no tenía agravio alguno— y yo sentía que esa fiesta era mi última oportunidad para acercarme a él. Lo tomé del brazo y le pedí que se sentara conmigo en el sofá al lado de Felipe, quien dormía borracho y con la frente perlada de sudor.

—¿Te acuerdas de mi primera tacha? —le pregunté mientras mis pies tamborileaban sobre el piso del motel.

—En Valle de Bravo —aseveró Pablo equivocándose, con la vista clavada en dos amigos suyos de la carrera y otros dos de la oficina que bailaban con Voldemort travesti y la argentina simpática, todos puestísimos.

—¿Neta no te acuerdas? —le pregunté.

—¿Mmm?

—De mi primera tacha, carnal. Fuimos al Ajusco.

—¿Qué? No. No me acuerdo.

—No mames. ¿En serio?

—¡Deja esa rola, cabrón!, ¡trépale! —le gritó a uno de sus amigos.

—¿Pablo? —insistí, intentando retener su atención por un minuto.

—¿Sí?, ¿qué?

—El amanecer en el Ajusco, escuchando Comforting Sounds. ¿No?

—No sé de qué estás hablando —concluyó con un dejo de hastío en su voz.

Del otro lado de la sala, junto a la barra, los dos burócratas que se habían adueñado del iPod bailaban con una puta de bikini amarillo —que claramente también andaba en Júpiter—, uno de cada lado, con las manos sobre su cuerpo, peleándose por ver quién tenía acceso a sus tetas.

No me di por vencido. Le toqué el hombro a Pablo, para obligarlo a que me viera a los ojos.

—¿Cómo no, güey? Después del Ajusco fuimos a mi casa a jetear y nos encontramos a mi papá en la sala. Le tuvimos que inventar que Felipe había chocado para que no se emputara. ¿Neta no…?

—Güey, güey, güey, deja de estar chingando con lo de tu papá. Ya. Ta bien, se enfermó, se murió. Qué mal pedo. Pero deja de joderme. Es mi fiesta.

Se paró del sillón y caminó de vuelta hacia sus amigos, mientras yo me quedé sentado. Aún sonreía, químicamente incapaz de enojarme y partirle la madre por lo que me había dicho, a punto de entrar en cortocircuito, sintiéndome mucho más que agredido y traicionado. Una hora después me acerqué de vuelta a la chica argentina, le pagué

dos mil quinientos pesos, me la llevé a la recámara y no se me paró hasta que cerré los ojos e imaginé que, en vez de estarme cogiendo a esa puta, estaba penetrando a Natalia. El alivio fue inmediato, casi inenarrable de tan efectivo.

Dan las nueve de la noche y ni Pablo ni Felipe ni Natalia se comunican conmigo para darme el resultado de la propuesta matrimonial. La única que me habla es Daniela, pidiéndome que caiga en su casa a las diez para precopear antes de salir al antro. Abro mi cajetilla de cigarros, guardo adentro dos de las grapas y salgo del departamento.

Estamos una hora en casa de Daniela y a las once salimos rumbo al antro para escuchar a una DJ que es amiga suya y continuar el festejo de su cumpleaños, que empezó en la cena (¿o era fiesta?) que organizó ayer. Durante el precopeo hablamos brevemente de la elección presidencial, de una película mexicana que acaba de estrenarse en los cines, del rompimiento de un tal Fede con su novio, de algo que alguien puso en Twitter y de un caníbal en Miami que le comió el rostro a un transeúnte bajo los efectos de una nueva droga que nadie de los presentes conocía, pero que Patricio Vergara dijo querer probar para ver qué pedo, para ver qué tal.

No nos tardamos nada en entrar. Llegamos ocho y adentro nos multiplicamos. Quién sabe cuántos somos. Daniela señala personas al azar, me asegura que vienen con ella a festejarla y después los veo en otra mesa, platicando con otros más, así que es imposible saber si forman parte de nuestro grupo. Nos sentamos al lado de la cabina del DJ. Apenas van a dar las doce y el antro ya está más o menos lleno; todavía se puede caminar de la mesa al baño sin tener que empujar a nadie. Adrián y Mica deben estar en el bar de la Roma, festejando a Natalia y a Pablo o en espera de que lleguen, y por lo tanto no tengo a nadie con quien hablar. Lo único que puedo hacer para pasar el tiempo es revisar mi teléfono, en espera de alguna noticia sobre Natalia. Hasta ahora se me ocurre lo raro que se verá que no esté con todos ellos en el festejo del compromiso, si es que a Pablo le dan el sí. Pero siempre puedo decir que era el cumpleaños de Daniela y que no encontré manera de zafarme, aunque dudo que me crean. Todos, menos Pablo, con el que no he hablado en meses, saben que Daniela me importa menos que un cacahuate.

Súbitamente alarmado me levanto del sillón y, haciendo lo posible por pasar desapercibido, salgo del antro rumbo a la Roma. Aunque apenas me habré tomado tres cubas, no estoy pensando con claridad.

No sé si quiero ir al bar para enterarme de una vez si Natalia y Pablo se van a casar o me dirijo hacia allá para no dar la impresión de que hay algo extraño en mi comportamiento. Cualquiera diría que mi actitud raya en la paranoia. ¿Cómo podría saber Pablo que he cogido con su novia?, ¿cómo podrían saberlo Felipe o Adrián? No hay manera.

Salgo de la Condesa y empiezo a recibir una serie de frenéticos mensajes de texto de Daniela:

«Amor?»

«Dnd estaaaaaas?»

«Q pedo contigo Matias? Es neta????»

«Es mi cumpleaños y t vas?? No lo puedo creer!!!!!»

No contesto. Entro a Insurgentes, volanteo hacia la izquierda y luego llego a la Roma andando a menos de veinte kilómetros por hora, con las luces intermitentes encendidas, en busca del bar. Lo encuentro y me estaciono frente a la sombrilla del *valet parking*.

Comparado con el antro, el bar tiene atmósfera de monasterio budista. Los cantineros atienden con calma a los clientes, tomando órdenes y sirviendo cocteles de diversos colores en vasos de todos tamaños y formas. La música es electrónica y melodiosa, sin voces, de esas canciones que te obligan a pensar en un camastro en una playa. Veo que el lugar tiene una terraza abajo y otro nivel arriba, y decido peinar el primer piso antes de subir en busca de mis amigos. La gente platica en pares, sentada en cómodos sofás donde no caben más de tres personas. La iluminación es tan escasa que me cuesta trabajo distinguir los rostros; tengo que acercarme a distancias casi incómodas para cerciorarme de que no conozco a nadie.

Voy al piso de arriba y descubro que está semivacío. Un grupo de amigas intercambia martinis para ver cuál sabe mejor, y una pareja se besa en una esquina. Al lado de ellos, junto a un balcón que da a la avenida, veo una mesa con un tarjetón de *Reservado* asomándose detrás de un pequeño florero. Me acerco y veo que no tiene ningún nombre escrito. Cuento los lugares: son más de diez. No parece que haya habido nadie aquí. Sobre la mesa hay un vaso vacío, que bien le podría pertenecer a cualquiera de las personas que están alrededor. Me queda claro que esta era la mesa que Pablo reservó.

Decido enviarle un mensaje a Felipe, con mi mente disparada hacia las más preocupantes conjeturas. ¿Y si Natalia le habló de mí?, ¿y si todos me están esperando en el antro, listos para partirme la madre?

Escribo: «Güey! Estoy en la Roma. Qué pedo??»

No digo más por miedo a delatarme.

Exageras, Matías. Seguro llegaron, no cabían en esta mesa y se

fueron a otro lugar. Pero, ¿por qué no me avisaron?, ¿por qué nadie me ha mandado un mensaje para decirme qué pasó? ¿Natalia le dijo que sí?, ¿le dijo que no?

Puta madre.

Pago el *valet parking*, espero quince eternos minutos a que traigan mi coche y decido regresar al antro de la Condesa. Aprovecho el primer alto donde me detengo para mandarle un mensaje de texto a Adrián, en el que le pregunto más o menos lo mismo que a Felipe. Llego a la Condesa, dejo el coche con otro *valet* y reviso mi celular. Ninguno de los dos me ha respondido.

Digo que vengo con Daniela y entro sin mayor dificultad. En todo el antro no cabe ni un alfiler. Me toma un siglo caminar a empujones, metiéndome entre los huecos que deja la gente, de la entrada hasta el fondo del sitio, donde está la cabina del DJ. En la pista, debajo de una bola de cristal, veo a Daniela bailando con un chico delgadísimo, con corte de pelo a lo James Dean, y apenas me ve se secretea con él. Hago caso omiso y me acerco, dispuesto a hacer las paces y aclararle el motivo de mi salida, pero recula cuando la tomo del brazo y con James Dean entre nosotros me grita que la deje en paz.

—¡Ven tantito! Vamos afuera y te explico qué onda —le pido.

—¡Déjame! —vuelve a gritar, y tengo la suerte de que sea justo en el instante en que sube de volumen la canción que pone su amiga, porque nadie se percata del altercado. Tengo cosas más importantes en la cabeza que arreglar otro pleito más con Daniela, así que decido salir a la terraza a echarme un cigarro. Aunque podría irme a mi departamento, algo me mantiene aquí. Como tantas otras veces desde mi llegada a México, no sé con exactitud qué es lo que me impide irme, no pedir otra cuba y no ponerme pedo. Brevemente recuerdo la boda de Tania. Reconozco lo bien que me caería estar fresco mañana. Sé que me ahorraría un pleito con mi mamá. Pero no es suficiente para disuadirme de acercarme a la barra de la terraza, pedir una cuba y esperar como uno espera en los antros: a que pase todo o no pase nada.

Le doy un trago a mi cuba, a la que le pusieron demasiada agua mineral, y después camino hacia Patricio, al que encuentro con dos chicas y otro amigo suyo en la esquina de la terraza. Me inserto en su conversación y ninguno de los cuatro parece darse cuenta de que estoy allí. Patricio habla sobre la guerra contra el narcotráfico:

—Cien mil muertos por culpa de un solo pendejo —le dice a su amigo, quien recibe la cifra de Patricio como si su plática fuera un partido de tenis y devuelve otra cantidad, esta vez dirigida a las dos chicas que los escuchan con atención.

—Y eso es solo en los últimos diez años. Este pedo viene desde atrás, desde que el puto PRI empezó a tener tratos con el narco.

—Desde antes de lo de Colosio —asegura Patricio con autoridad.

—Otro pedo entre el narco y el PRI.

—Como todo, cabrón.

Las chicas asienten y después dan sorbos a sus tragos de mezcal con agua de jamaica, manchándose los labios con el chile piquín que rodea el borde de sus vasos. Patricio se da vuelta, encara a la pared y se agacha. Las chicas, el otro tipo y yo instintivamente cerramos filas, escondiéndolo, mientras vemos cómo Patricio arroja la cabeza hacia atrás y vuelve a levantarse, sorbiendo por la nariz. El grupo se mueve, de tal suerte que el otro tipo ocupa el lugar que antes tenía Vergara. Ambos intercambian algo entre manos. Patricio me voltea a ver y por primera vez se dirige a mí:

—¿Tú cómo ves todo este pinche desmadre, Matías? Como un güey que vivió fuera de México, un cabrón que vio las cosas desde afuera… que ve todo como lo ven los gringos, que nos lee desde lejos, que sabe cómo hablan de nosotros y de nuestro puto gobierno, ¿tú cómo lo ves?

El tipo repite el movimiento de Patricio: se da vuelta, se agacha, arroja la cabeza hacia atrás, se lleva las manos a la cara y después se levanta, aún dándonos la espalda.

—Pues no sé, carnal. Las noticias allá sí se centran mucho en el pedo del narco —le digo.

—Es que cómo no, cabrón. La cantidad de… la cantidad… la cantidad de errores, de malos manejos, de desmadre, de asesinatos, de corrupción… está de la verga —dice Patricio, y después prende un cigarrillo con prisa. Su amigo se da vuelta y se presenta conmigo.

—Gustavo —me dice y nos damos la mano.

No sé si debo advertirle que trae una pequeña franja de cocaína en el pómulo derecho, cual apache. Por fortuna, una de las chicas (¿su novia?) se encarga. Me hace a un lado, se acerca a él y, con ayuda de la manga de su camisa, tranquilamente le limpia la mejilla, como si la mancha hubiera sido de salsa Maggi. Patricio se aprieta la nariz entre el pulgar y el índice y vuelve a sorber con toda discreción, mientras sacude las piernas. Ahora le toca a una de las chicas —la que, supongo, es galana de Patricio— y todos nos movemos como las manecillas del reloj para que pueda esconderse en la esquina de la terraza. La muchedumbre se remueve alrededor y nos empuja, pero nos mantenemos firmes en nuestro pequeño círculo.

—Se tienen que hacer cambios de fondo, estratégicos, económicos… no mames con los pinches medios de comunicación… son una mamada… todos esos intereses controlados por… —aquí

Gustavo chasquea los dedos con los ojos cerrados, en busca de una conclusión. Su novia se levanta y le arroja una sonrisa a su amiga.

—No mames. Está buenísi… —le dice en referencia al polvo, pero Patricio la interrumpe y me señala de manera acusatoria:

—¿Cómo puede ser que habiendo vivido en el supuesto primer mundo, habiendo visto todo desde allá… toda, toda, toda esta mierda… cómo es posible que no estés más indignado? ¿De qué lado estás, cabrón? Te juro que a veces hablar contigo es como hablar con un pescado, con un flan… con una gelatina sin opiniones.

—Gracias —le digo, parco, y Patricio se ríe.

—De nada, güey. A mí siempre me gusta decir la verdad. De eso vivo. No se puede ser artista si no ves todo tal y como es… Si no ves el pinche fondo de las cosas.

Sigo aquí porque no tengo nada mejor que hacer y porque espero a que sea mi turno en el reloj. Prefiero meterme la coca de Patricio —que es sublime— a gastar lo que compré para la boda de mi hermana. Pero no me da tiempo. En el momento en que llego a la esquina veo a Adrián y a Mica entrar a la terraza con la cabeza bien erguida, en busca de alguien, y sé que ese alguien soy yo. Me alejo de Patricio y levanto la mano saludando a Adrián, quien me encuentra y sonríe claramente satisfecho de toparse conmigo. Por fin voy a saber qué pasó con Natalia y Pablo.

Saludo a Mica primero, quien me babea el cachete como de costumbre, y después me dirijo a Adrián. Le ofrezco de mi cuba, le da un trago apresurado y me la devuelve viendo hacia todos lados, no en busca de alguien más sino como un espía que teme ser descubierto. Deposita su mirada en la mía, da un paso adelante y extiende el cuello hacia mí como una tortuga sale de su caparazón.

—Güey —me dice consternado, y pienso lo peor. Ahí viene: Natalia le dijo todo a Pablo, cabrón. Sabe que te la estás cogiendo. Te quiere matar. Y, si así fuera, me mataría. Me saca una cabeza. Mide casi uno noventa de pura costilla y músculo correoso. Tiene cuerpo de galgo que camina en dos patas.

—¿Qué pedo? —pregunto y volteo a ver a Mica, buscando claves para entender lo que viene.

—No sabes lo que pasó —me dice Adrián.

—¿Qué, cabrón?

Mica intercede:

—Natalia cortó a Pablo.

—En el segundo en que le dio el anillo —añade Adrián.

—¿Cómo? —pregunto, a sabiendas de que es la pregunta incorrecta. Es la pregunta incorrecta porque delata morbo. Porque

queda claro que quiero saber exactamente cómo lo mandaron a chingar a su madre.

—Así, güey —me dice Adrián con los ojos bien abiertos, sacudiendo la cabeza—. Sacó el anillo, y antes de que pudiera echarle el choro de «cásate conmigo», Natalia le dijo que ya no quería andar con él.

—No mames. ¿Por qué?

—No le dijo.

Dos tipos borrachos pasan entre nosotros. Se tambalean. El hombro de uno de ellos golpea mi vaso y derrama cuba sobre mi camisa y mis tenis. Hace seis años, Adrián los hubiera destrozado. Hoy ni siquiera se inmuta. Los deja pasar y continúa:

—Y dice Pablo que él le empezó a gritar a medio restaurante, para ver qué onda. Le preguntó si ya no lo quería, si era por su culpa, si se había enterado de algo, si tenía otro güey…

Me acabo mi cuba y dejo el vaso sobre una maceta de la terraza.

—¿Y?

Adrián le ofrece un cigarrillo a Mica, saca un encendedor que no prende, y después toma otro cigarro para él.

—Y nada. No le dijo ni madres. Pidieron la cuenta y se fueron.

—Pipe se fue a ver a Pablo a su casa. Nosotros íbamos a ir, pero luego pensamos que era mejor dejarlo solo. La debe estar pasando fatal —me dice Mica, con énfasis añadido en la palabra «fatal».

—Pues igual y Natalia se enteró de alguna vieja con la que Pablo estuvo en Londres —sugiero, sin aparente malicia.

—No. Ese güey siempre ha sido súper cuidadoso y, la neta, Natalia no es una persona muy inteligente que digamos. Yo lo he visto meterse un montón de madres y ella ni en cuenta.

—La gente crece, Adrián.

—¿Qué? —me pregunta con la vista fija en su cigarro y el encendedor que, por más que intenta, no logra prender.

Me siento relativamente tranquilo y como festejo decido ir al baño, meterme al apartado, rascar una de las grapas con la llave de mi departamento y darme un pase. La noche es una incógnita y el enigma me hace cosquillas en el estómago. Habiendo sorteado la mayor amenaza (todo salió tal y como yo quería), ahora solo queda estar a la expectativa. Quizá pueda pasarla bien aquí. Rehuir a Daniela, que debe seguir enojada, y comparar producto con Patricio, brincar en la pista un rato y encontrarme a alguien con quién platicar de alguna pendejada. Lo que sea que me mantenga lejos de mi departamento. Lo que sea que me distraiga.

La coca me sienta magnífico. Me despierta de inmediato, y cuando

vuelvo a toparme con Patricio, Gustavo y sus dos amigas, hablo con mucha mayor soltura. Hasta decido platicar de literatura, explicándoles el proyecto que ayer me rechazaron:

—Es una novela que trata sobre regresar al lugar del que vienes y darte cuenta de que no lo reconoces. Que lo que pensabas que era tuyo, ya no lo es. Es como si pudiéramos regresar al vientre materno, intentar entrar otra vez y darnos cuenta de que ya no cabemos. Es eso, carnal. Es eso. Esa sensación de no poder volver aunque quieras. Esa incomodidad, ¿me entiendes?, ¿me explico? Es ese pedo. Ese pedo.

—¿Cuántas páginas tiene? —me pregunta una de las chicas, que creo se llama Mariana o María José, mientras la otra mueve las caderas al compás de la música que se escucha lejana aquí en la terraza.

—Puta, no sé. Muchas. Un chingo. Más de cuatrocientas. Es un libro denso… cabrón. Más guiado por la prosa que por la trama, ¿sí me explico?

—Como Murakami —dice la otra chica y Patricio intercede, apenas atento en la plática:

—Ese güey es otro pedo.

—¿Ya leyeron *El psicoanalista*? —pregunta Mariana/María José.

Gustavo dice que no con la cabeza. Patricio dice que cree que sí lo ha leído. Yo admito que no. Y Mariana simplemente levanta el pulgar, recomendándonos su lectura. Ahora soy yo el que cambia de tema sin mayores preámbulos. Decido platicarles a detalle lo que hice en *Kapital*. Al final de la anécdota me cago de risa, agitando la cuba que acabo de comprar y vertiendo la mitad de su contenido sobre el piso de la terraza. Ninguno de los cuatro parece entender el propósito de mi travesura.

—¿Para qué hiciste eso? —me pregunta Gustavo, sonriendo porque yo estoy sonriendo, sometido a una especie de mímesis sobre la que no tiene control alguno.

—No me chingues, Gustavo. No me chingues. ¿Has leído esa revista? Todo lo que está jodido de nuestro país está allí adentro. Todo, carnal. Esa puta gente que finge que la Condesa es Soho. *Socialités* de cagada que se la viven clavados en el opio de las pasarelas, las fiestas y las inauguraciones de antros… igualitos que los franceses que seguían yendo a la ópera mientras su país estaba ocupado por los pinches nazis.

Al parecer, mi plática se ha vuelto demasiado seria para el estado de ánimo de mis interlocutores. Patricio me tilda de «intenso», como si hubiera entrado a su recámara con tambores mientras él dormía. Interpreto sus gestos, y parece que lo que llama «intensidad» más bien

quiere decir psicosis. Acto seguido, Daniela llega, lo toma del brazo y pretendiendo que no estoy allí, le pregunta si quiere ir con ella adentro, a la pista. Él me voltea a ver y exclama, aliviado:

—Sí, por favor.

Gustavo y las dos chicas se esfuman como Batman: me acerco a la barra para dejar mi vaso vacío de cuba y cuando regreso ya no están. Necio, sintiendo la punzada del que está consciente de que no pertenece, me dirijo hacia adentro, rumbo a la pista de baile, para reencontrarme con Patricio, Daniela y Gustavo. No son mis amigos ni quiero que sean mis amigos, y aun así me aferro a su compañía.

Adrián y Mica están sentados en la mesa junto al DJ, tomados de las manos, como una pareja de cincuentones a los que obligaron a salir de antro. Patricio y James Dean bailan con Daniela bajo la esfera de cristal, moviéndose al ritmo de la música con los ojos cerrados. Estoy a punto de ir con ellos cuando una mano de uñas afiladas me toma del antebrazo, apretándolo con fuerza. Volteo. Entre la oscuridad y las luces estroboscópicas, tardo en darme cuenta de quién se trata. La mano me suelta el antebrazo y se desliza hasta mis dedos, los que sujeta con la misma urgencia. Es Natalia.

—Vente, vente —le digo sin soltar su mano, con temor a que Daniela, Adrián o Mica nos vean. ¿Cómo chingados se le ocurre venir aquí después de lo que hizo hoy?, ¿quién carajos le dijo dónde encontrarme? Qué ganas de complicar las cosas. Salimos a la terraza y nos escondemos en un pequeño y oscuro pasillo que lleva de allí a la salida, frente al hueco a través del cual el *bartender* le pasa cocteles recién servidos a los meseros y la clientela.

—Le dije que no —me dice Natalia sin sonreír, con culpa, con vergüenza, como si debiera apiadarme de ella, conmoverme por su decisión. En su frase se esconde esta otra, que jamás dice: No tienes idea de qué difícil fue, Matías.

—Ya sé. Me dijo Adrián.

—¿Y me odia?

—¿Quién?

—Adrián.

—Supongo que ahorita no eres su persona favorita —le digo. Su rostro no parece demacrado ni su vestimenta denota indicio alguno de tristeza. Cualquiera pensaría que para ella hoy fue un día como tantos, no aquel en que cortó a un hombre con el que tuvo diez años de relación ininterrumpida.

—Vine con mis amigas. No sabía que aquí iban a estar ustedes —me dice, curándose en salud.

—A festejar el cortón, ¿o qué?

—No veo que tú estés en tu casa acostado junto a una caja de klínex, Matías.

—Yo no te obligué a que cortaras con él.

—Entonces, ¿para qué me mandaste el mensaje de hoy? —me pregunta y después se acerca a mí, monta mi rodilla y aprieta sus muslos contra el mío. La erección es inmediata, trepidante, casi dolorosa. Me falta aire. Por un segundo pienso en empujarla hasta la salida, encontrar un rincón en esa antesala que lleva a la puerta, y cogérmela como nunca. Como siempre.

—Espérate —le digo.

Una voz familiar, de esas que alargan las vocales, pregunta por mí desde la entrada de la terraza, con la mirada fija en el pasillo:

—¿Matías?

El mesero que cubría el hueco que separa el pasillo de la barra se va y un rayo de luz me ilumina el cuerpo, dejándome al descubierto. Daniela está frente a mí.

—¿Qué haces, amor? —me pregunta con una ternura inusitada, como si no me hubiera gritado que la dejara en paz hace menos de dos horas.

—Nada. Platicando con una amiga —le digo y señalo a Natalia, quien no se presenta y únicamente se aparta de mí. Daniela me toma del brazo, me jala con fuerza hacia ella y me pide que la acompañe a la pista para bailar. Me quiere presentar con unos amigos, dice.

—Ahorita voy —le pido y me zafo de su brazo.

—Ven —me suplica, como una niña de cinco años le pediría a su papá.

—Ahorita.

Daniela se desespera, le arroja una mirada de odio a mi «amiga», da media vuelta y regresa al antro. Natalia sigue frente a mí. Entre sombras distingo su gesto. Me observa con los ojos entrecerrados; sus dientes muerden su labio inferior.

—¿«Amor»? —me pregunta, burlándose del tan inventivo apodo de cariño que Daniela usa conmigo una vez cada eclipse solar.

—La acabo de conocer.

—¿Por qué me dices mentiras? —pregunta Natalia, más desesperada que triste, y yo la tomo del brazo. Tengo ganas de besarla, aquí mismo, y mandar todo a la mierda, destapar la cloaca, abrir el telón, pase lo que pase. Detonar la bomba de una vez—. Suéltame —me pide mientras cede. Cuando estamos juntos, por el motivo que sea, dejamos de ser dueños de nuestros cuerpos e impulsos. Yo soy de ella y ella es mía, no en el sentido cursi de pertenencia sino en el de manipulación, como un títere y el titiritero.

Estamos jodidos.

—Ven —le digo, y mis dedos rodean su cuello y se pierden en el pelo que se desprende de su nuca. Entre el alcohol y el polvo, recuerdo la emoción de ese primer beso en un estacionamiento: el inicio de nuestro pequeño romance a escondidas. Siempre supe que acabaría y por eso siempre fue perfecto. Cada encontronazo fue animal y único. Semana con semana la llevé a explorar cosas que jamás había probado con Pablo. Quizá por eso él iba con putas, para tratarlas como tales y luego visitar a Natalia para cogérsela de misionero con los ojos bien cerrados, susurrándole secretos amorosos con voz de bebé. Solo eso explica que Natalia apenas supiera cómo mamar una verga, que me pidiera que apagáramos las luces y reaccionara al contacto con semen sobre su piel como si fuera veneno para ratas. Poco a poco derribé cada una de esas barreras mojigatas. Me la cogí de espaldas, de frente, de lado, por el culo, en la cama, frente a la ventana, en la alfombra, en los baños de bares, con el coche andando, en callejones de la Nápoles y atrás de un cine semivacío. Me vine en sus nalgas, sus tetas, su cara, su lengua y sus labios. Aprendió a mamármela con las dos manos, a chupar los güevos, a lamer esa tierra de nadie entre el escroto y el ano, a disfrutar mi lengua adentro; un dedo, dos, tres y hasta cuatro. Pasamos tardes enteras desnudos, dando vueltas en la cama del motel, ella sentada sobre mi boca. En menos de un mes, Natalia se convirtió en la mejor pareja de cama que he tenido en toda mi vida. Desplazó del primer peldaño a las gringas más puercas con las que estuve, a una francesa con el mejor cuerpo que una mujer debajo de uno sesenta de estatura puede tener y a una mexicana con la que salí brevemente en Nueva York, que en solo dos meses me limpió de todo vestigio de mesura, herencia directa de mi relación de cuatro años con Inés, a la que me cogía con cariño y respeto, preguntándole cada cinco minutos si le dolía, sin malas palabras, sin nalgadas, sin dedos adentro del ano, con manos que acarician más de lo que rasgan. Cómo quise que Pablo cogiera con Natalia una vez más. Solo una vez. Para que constatara el cambio y luego, solo en su recámara, tuviera que navegar esas horribles dudas: ¿quién le enseñó a hacer todo eso?

Me acerco a Natalia y mis dientes se prensan del lóbulo de su oreja. Ella suelta un quejido y su muslo avanza entre los míos hasta toparse con mis güevos y mi verga. Cómo me daba risa deducir la habilidad de Pablo en la cama por el modo de moverse de Natalia esas primeras veces. Me la cogía e imaginaba a mi amigo haciendo el amor de manera piadosa, con el cuerpo desnudo de su mujer oculto entre la penumbra de su cuartito de mierda dentro de esa privadita de mierda,

con sus papás —que a duras penas saben leer— viendo la tele a cinco metros de distancia, pensando que él y Nati estudiaban en su recámara. A través del cuerpo de Natalia reconocí a un amigo ñoño y santurrón. Y ni toda la coca del mundo ni todas sus aspiraciones pendejas de convertirse en músico podían borrar esa verdad que acababa de hallar cogiéndome a su noviecita de la prepa.

Natalia me pide que nos vayamos y estoy a punto de decirle que sí cuando otra figura, esta redonda, de cabello relamido y cara con cachetes amplios, me observa y me llama desde la entrada de la terraza. Natalia también lo ve e inmediatamente recula y pega la espalda contra la pared contraria. Es Felipe.

Ambos salimos frescos del pasillo, como si no tuviéramos nada que ocultar, y él nos ve a los dos sin decidir con cuál hablar primero. Se avecina una escena de telenovela o una de esas pláticas manchadas de silencios, sin rumbo y sin propósito. Me bastan cinco segundos para darme cuenta de que se tratará de la segunda. Felipe tartamudea. Su mente no arranca. No hila una cosa con la otra. Parece como si hubiera visto a un dinosaurio; algo imposible de discernir. Le faltan neuronas para indagar. Le faltan güevos para poner las cosas sobre la mesa. Intuitiva, Natalia es la primera en abrir la boca.

—¿Cómo está Pablo? —pregunta.

—Natalia me estaba platicando cómo estuvo, ya que ni tú ni Adrián me contestan el teléfono —le digo, fingiendo desilusión.

Silencio. Felipe nos barre con la mirada. Tal vez ya está pedo. No sé.

—¿Qué haces en un antro? —le pregunta Felipe a Natalia.

—Vine con unas amigas a distraerme. No quería estar sola.

No sé qué habrá escuchado Felipe durante su conversación con Pablo, pero por la manera en que observa a Natalia lo debe haber visto muy fregado. No hay odio, no hay rencor sino la más honda confusión. Así miré a los siete años a mi mamá cuando, en el jardín donde hoy enterré a *Horacio*, ella vio pasar a un ratón a lo largo del césped y, sin pensarlo dos veces, le dio un pisotón y lo reventó de forma instantánea, como si más que un animal hubiera sido una uva llena de sangre y diminutas vísceras.

Pensé, ¿qué le hizo el ratón para merecer eso?

En este momento Felipe parece meditar: ¿qué hizo el pobre de Pablo para merecer una patada en el culo de este calibre?

—Me voy con mis amigas. Platiquen —dice Natalia, y antes de irse comete el único error dentro de esta breve conversación: la palma de su mano me roza el hombro y lo acaricia, no como una amiga sino como una novia que va al baño y, con ese gesto, promete regresar lo

antes posible.

Nos quedamos solos. La gente pasa, nos empuja, se grita, yendo y viniendo en esas micromigraciones que propician los antros, los únicos lugares en el mundo donde la gente jamás se está quieta. Solo por este instante Felipe y yo somos la excepción. Me mantengo inmóvil a pesar del polvo y me observa con una mirada que si viniera de cualquier otra persona sería acusatoria, pero viniendo de él más bien parece vaga y medio inescrutable.

—¿Qué pedo contigo, güey?, ¿por qué no contestas mis mensajes? —le pregunto.

—Llegué y me dijo Daniela que te estabas casi agarrando a una vieja acá afuera.

—¿A Natalia?

—Yo los vi muy juntitos.

Me acerco a él, lo rodeo con mis brazos y casi al oído le digo:

—A ver, güey. Deja ver si entiendo. ¿Crees que, en el día en que la vieja de mi mejor amigo lo mandó a cagar, yo me la encontré en un antro y me la atasqué? —Me separo de él e inclino la cabeza hacia el hombro izquierdo—. ¿Neta crees eso, Pipe?

—Namás te digo lo que me dijo Daniela.

—Daniela es una pinche loca. Solo tú te crees las mamadas que inventa.

Felipe se acerca a mí y mueve su rotundo torso hacia el lugar que minutos antes ocupaba Natalia, entre la oscuridad de ese túnel que lleva a la salida. Lo veo recargarse contra la pared y rascarse la barba como si tuviera pulgas.

—Pablo está dado a la madre, güey. Nunca en mi puta vida lo había visto tan jodido.

—¿Dónde está?, ¿va a venir?

—No mames. Está en casa de sus papás, metido en su cama, pachequísimo.

—Te hubieras quedado con él.

—Me pidió que me fuera.

—¿Va a ir a la boda de Tania?

—Al principio dijo que no, pero después le dije que habías comprado todo tipo de madres y que le haría bien estar con sus cuates y ya después dijo que sí caía. Me voy contigo, ¿no?

Asiento con la cabeza y observo cómo Felipe voltea a ver a la multitud congregada en la terraza. Los años han opacado sus ojos. Su mirada se ha mimetizado con su cuerpo y sus pasos: todo es pasmoso; siempre ve y camina en cámara lenta, como si viviera sumergido en aguas estancadas.

—No puedo creer que esa perra haya salido de antro el día en que cortó a su novio. Pinches viejas, cabrón. Igualito que Luisa. Un día después de que me cortara, Adrián la vio en un antro atascándose con un pendejo de su despacho.

He escuchado esta historia dos mil veces desde que llegué de Nueva York. Intentando no sonar harto, le digo:

—Ya sé, Pipe.

—Están de la verga.

Voltea a verme y sin entusiasmo alguno me pregunta:

—¿Traes o le pido a Patricio?

—Traigo.

—Dame.

Saco la grapa de mi cajetilla de cigarros y la pongo en su mano, donde cada dedo mide la mitad de los míos a lo largo y el doble a lo ancho.

Felipe se va al baño y aprovecho para regresar adentro, no para buscar a Daniela o a Adrián y Mica sino para reencontrarme con Natalia. La busco alrededor de la barra de la entrada, la espero afuera del baño de mujeres y peino la pista, esquivando las miradas de Daniela. El lugar es tan pequeño que un par de vueltas me bastan para concluir que se fue (tampoco veo a ninguna de las amigas con las que dijo haber llegado). Saco mi celular y le mando un mensaje preguntándole dónde está. Esta vez no recibo respuesta.

Son las dos de la mañana y no tengo por qué regresar a mi departamento todavía. Me cuesta trabajo zafarme de la voz de mi mamá en mi cabeza. Mañana es la boda de tu hermana, mañana es la boda de tu hermana, mañana es la boda de tu hermana. Voy a llegar a tiempo, solo necesito dormir cinco horas, despertarme a las nueve, pasar por Felipe a la Condesa y llegar a las once al pueblo ese donde se casará Tania, a veinte minutos de Cuernavaca. Después de todo, soy yo el que tiene que entregarla. Y si no llego, probablemente sea Mario el encargado de llevarla al altar. Solo pensarlo me da náuseas.

Vuelvo a entrar al baño, me doy otro pase y con aquel delicioso amargor goteando por mi garganta, regreso a la pista con los puños bien cerrados, listo para divertirme un rato. No pienso en mi perro, muerto en la plancha del veterinario, ni en mi mamá ni en mi hermana, ni en Pablo ni en Inés. Por supuesto que no pienso en Inés.

La fiesta me lleva de la pista a la barra, a la pista de nuevo, a la terraza, al baño, a la pista otra vez, a la entrada, a la barra, a la terraza, al baño de vuelta y finalmente, una hora después de que Natalia desapareció, regreso a la terraza, al mismo rincón donde platiqué con Patricio y sus amigos, para hablar, precisamente, con

Patricio y sus amigos. Llegaron nuevas personas al grupo. Lalo Antoni; Alfonso, el primo de Daniela; cuatro chicas que no conozco, un güey que iba conmigo en la carrera y que quería ser cineasta, Gustavo y el mismo Vergara. Soy incapaz de seguir alguna de sus conversaciones, en menor medida porque nunca sé de quién hablan y principalmente porque no me importa lo que dicen. Felipe está conmigo; sostiene su mezcal con agua de jamaica entre sus dos manos como si se tratara de un cáliz. Se ve feliz, en su elemento. Basta verlo a la cara para saber que es ahorita cuando se le olvida que perdió el trabajo por mi culpa, que su novia lo dejó por otro, que no ha encontrado chamba y que vive en un muladar de colillas, vasos desechables y envolturas de productos Bimbo. Fui yo quien lo convenció de probar la coca unas semanas después de que Pablo se fuera a Londres, y honestamente me alegra. Prefiero verlo con perico encima que con diecisiete cubas y ningún atenuante para la peda que le ponen.

Daniela llega conmigo y me pide que hablemos. Vamos a la barra de la terraza, pido una cuba para mí y un mezcal para ella, y comenzamos.

—Sigo esperando una disculpa de tu parte —me dice con el ceño fruncido, y mido la situación. No sé si es la muerte de mi perro, el dictamen negativo de mi novela o el coche último modelo en que Inés se fue del Starbucks, pero el hecho es que me siento con espíritu combativo como nunca antes en mi vida. Y nada tiene que ver la coca, cuyos efectos han menguado desde mi última visita al baño hace más de cuarenta minutos. Me siento como una pistola cargada, con cartuchos de repuesto en las bolsas, listo para partir madres. ¿Exigirme una disculpa? A mí solo me puede exigir disculpas una persona, y se murió hace seis meses.

—¿Ya acabaste de hacer tu berrinche? —le digo con el tono más neutral que encuentro.

—¿Berrinche? O sea, salgo a buscarte y te encuentro escondido en un rincón con una vieja. Y aparte te largaste a quién sabe dónde. ¿Neta te parece normal irte sin avisar en el cumpleaños de tu novia?

—No eres mi novia, chata.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué soy? Tú dime, Matías —me pide con un tonito mamón, como si hablara con un retrasado mental.

Estoy a punto de explicarle cuando se voltea para saludar a un amigo suyo. Cuando me devuelve su atención, ni siquiera puedo empezar a hablar porque se da media vuelta y con todo su esfuerzo estira el brazo para tocar el hombro de una chica alta, de cabello rubio, que le da la espalda. Todo para saludarla; para decirle aquí estoy. Acabado el saludo, que tiene de efusivo lo que yo tengo de

negro, Daniela voltea a verme y saca su celular para contestar mensajes. Cuento hasta tres, tomo aire y le arrebato el teléfono, lo pongo sobre un charco de alcohol en la barra y me acerco a centímetros de su rostro.

—Te voy a decir lo que eres. ¿Está bien?

—Por favor —me responde, aún con el tonito altivo en su voz.

—Muy bien. Eres una miserable personita autista. Una niña que trae puesto un disfraz de adulto cosmopolita que le queda como cuatro tallas más grande. Un hoyo negro. La vieja más pinche aburrida que he conocido en toda mi puta vida. ¿Cómo ves?

Espero una cachetada instantánea, casi como un reflejo, pero Daniela se dilata en digerir completa la información. Al final, lo único que le sale es una pregunta:

—¿Por qué me acabas de decir todo esto?, ¿qué te hice?

—Trágatelo. No te lo pienso repetir. Y ni pienses en ir mañana. Pones un pie en la boda y te juro por mi madre que te saco a patadas.

Se le llenan los ojos de lágrimas y justo antes de darse la vuelta e irse, me grita:

—¡Pendejo!

Todos sus amigos voltean al unísono para confrontarme. Felipe ya no está en la terraza. Probablemente se fue adentro a platicar con Mica y Adrián, si es que no se han ido. Así que estoy solo cuando Patricio me empuja contra la barra. Todos, conocidos y desconocidos, me observan en espera de que le devuelva la agresión.

—¿Vas a defender a tu amiguita? —le pregunto a Patricio.

—Te voy a romper la madre —me dice.

—¿Por qué no mejor vas a vender tus pinches cuadritos piteros al mercado de San Ángel? Igual y así vendes uno, puto.

Patricio vuelve a empujarme y esta vez me encara. Mi espalda está doblada contra la barra, así que lo tengo encima de mí, sus manos prensadas de mi camisa, sus pies pisando los míos.

—¿Qué dijiste? —me pregunta.

Y yo le respondo con un generoso y espeso gargajo, mezcla de ron, saliva, mocos, azúcar y cocaína, que le cae directito en la punta de la nariz. En respuesta me suelta un puntapié en la espinilla, seguido por un golpe que me impacta en algún lugar del cráneo. Un elemento de seguridad me toma del hombro y me jala hacia la salida mientras Patricio me persigue. Apenas si me percato de que alguien más me suelta un golpe en el estómago y otro cerca de la sien. El guardia me arroja un tren de insultos en voz baja («órale, cabrón… órale, puto… te sacas a la verga…»), me arrastra entre la multitud y, cuando vuelvo a recuperar la noción del tiempo y el espacio, estoy en la banqueta del

antro junto a un puesto de *hot dogs*, sonriendo como no lo hacía en meses, casi temblando de la emoción. Saco mi grapita, la froto para separar las partículas de coca adheridas al plástico, rasco la última esquina y me doy un pase allí sentado frente al vendedor y una pareja que me observa anonadada, como si acabara de ver algo que no pasa nunca.

Son las tres y media de la mañana. Mi celular vibra. Lo saco: «T veo en tu depa en 20 va???»

Y le respondo a Natalia: «Te veo en 15»

Pido mi coche y me voy rumbo a la Nápoles.

Llego al departamento en menos de diez minutos, me estaciono y saludo al Koala, que apenas abre los ojos al oírme entrar al vestíbulo del edificio. Lo encuentro dormido sobre un cobertor a cuadros que tendió sobre el piso, detrás de su mostrador. Su televisión portátil sigue encendida y un periódico, en cuya portada aparece un joven con el estómago abierto de par en par bajo la leyenda «¡TASAJEADO!», descansa al lado del control remoto. No quiero despertarlo: yo mismo le quito el seguro a la puerta principal y la dejo entreabierta para cuando llegue Natalia. Subo al departamento y me siento a esperarla en la sala.

Entra cinco minutos después y ni siquiera tengo tiempo de preguntarle si cerró la puerta de abajo con seguro. Pasa a la sala, la levanto de las nalgas y la empujo contra la primera pared que encuentro. Desde el departamento de abajo se escucha, clarísima, la letra de una canción noventera de mierda: «…desde que me dejaste, la ventanita del amor se me cerró…»

La canción me impide concentrarme, así que nos vamos a la recámara de la esquina (nunca he cogido, ni con ella ni con Daniela, en el cuarto donde mi papá daba consulta). Aquí la música y las risas de las putas son casi imperceptibles; se escuchan tan distantes como los cláxones en las avenidas cercanas, las voces de los transeúntes y las sirenas de las ambulancias. Natalia trae falda y la prisa es tal que no le quito ni los calzones antes de metérsela. Cogemos vestidos, como adolescentes escondidos en un rincón de casa de sus padres con temor a ser descubiertos. ¿Cómo le digo adiós a un cuerpo?, ¿cómo coger a sabiendas de que esta es la última vez que estaré con ella? Natalia está de espaldas, con la frente recargada en los cojines del sofá, y yo atrás, embistiendo con prisa, pensando en Nueva York, en la última mañana que pasé allí antes de regresar a México. Mi vida como una ristra de despedidas, una tras otra; libros que se cierran sin llevar a otros que

jamás he abierto. La sonrisa con que pisé la banqueta afuera del antro se esfuma. Sé que nunca volveré a estar con ella. Sé que ya no la necesito. Sacude las nalgas, gime, me habla y yo me concentro en mantenerme firme. Por primera vez en toda nuestra «relación», me cuesta trabajo seguir adentro. Decido salir, sin responderle cuando me pregunta qué me pasa, y le doy la vuelta para despedirnos cara a cara. Dejo de moverme frenéticamente, me acerco a ella, la rodeo con mis brazos y la beso. Quiero pedirle perdón por cómo me huele la boca, a alcohol y cocaína, pero no hace falta porque parece no molestarle. Natalia me abraza y me aprieta a su pecho, sin separar sus labios de los míos. Así me vengo, nuestros cuerpos más cerca que nunca, y ella y yo, como personas, más lejos de lo que jamás hemos estado.

Aún podemos escuchar la música de las putas cuando acabamos de coger y nos acostamos, paralelos, sobre el sofá café que mi papá y yo compramos cuando era niño para decorar este, mi espacio dentro de su consultorio. Veo los estantes de los muebles vacíos de juguetes, el hueco donde alguna vez hubo una tele y las esquinas, antes llenas de tiliches, que ahora solo sirven para acumular polvo. Parece una recámara que abandonó un niño y que espera, yerma, a que llegue un adulto a habitarla. En seis meses no he acumulado objetos, no he comprado nada, ni siquiera un par de tenis nuevos. Mi vida no sabe sumar, me digo casi en voz alta cuando Natalia se levanta para ir al baño y regresa a acostarse a mi lado, en falda y brasier, con el pelo hecho bolas y el lápiz labial medio corrido. Quizás ella también presiente que esta es nuestra despedida: a diferencia de otras veces, no se acurruca en mi pecho ni me acaricia mientras descansamos. Ambos nos mantenemos estáticos, con la vista clavada en el techo. Soy yo el que desanuda el silencio:

—¿Cómo sabías que estaba en el Leonor? —le pregunto.

—Ya te dije. Ahí estaban mis amigas.

—No es cierto. Las conozco perfecto a todas y no había ni una adentro.

Natalia se queda callada mientras pondera una respuesta. Me confiesa que una amiga suya me vio entrar al antro, cuando regresé de la Roma, y le mandó un mensaje. Una amiga que, supongo, sabe lo que pasa entre nosotros. No le sigo dando vueltas ni intento atar un solo cabo suelto más. Me doy por bien servido y vuelvo a guardar silencio. Ahora es Natalia quien intenta platicar, y comienza con la confesión más extraña que me ha hecho desde que la conozco:

—Pablo me dijo que eres adoptado.

Mi pecho brinca. Él fue el único al que se lo dije, antes de irme a vivir a Nueva York, y le pedí que jamás lo compartiera con nadie. No

entiendo por qué Natalia trae el tema a cuento.

—No soy adoptado —replico.

—¿Entonces?

—Mi mamá es mi mamá… —le digo, incapaz de finalizar la frase; incapaz de decirle que mi papá no es mi papá.

—Pero eres hijo de otro.

Natalia nunca ha usado este tono conmigo: robótico, como si se tratara de un examen psicométrico, una ronda de preguntas y respuestas. Prendo un cigarrillo y los postes de luz de la avenida iluminan el humo que expulso por la boca, creando formas espectrales que aparecen y luego se ocultan al llegar cerca del techo, donde la luz de la calle no llega.

—También me dijo que te fuiste a Nueva York a buscarlo.

—¿A quién?

—A tu papá.

—No fue exactamente así. Estando allá intenté ponerme en contacto con él, pero no quiso verme.

—¿Sabes cómo se llama?

Jalo aire.

—Sé cómo se llama.

—¿Y lo quieres?

—¿Tú me quieres a mí? —le pregunto moviendo la espalda hacia atrás, de tal suerte que dejo de estar acostado y ahora la observo sentado. Natalia también se levanta y toma asiento al otro lado del sofá, frente a mí, con las piernas flexionadas tapando su pecho semidesnudo.

—Claro que te quiero.

—Entonces hay que hablar de otras cosas.

—Te pregunto para conocerte.

—¿Por qué?, ¿por qué quieres conocerme?

La música del departamento de abajo se apaga mientras Natalia busca una respuesta. Sé que no la tiene. Y si la tiene, no le gusta lo que la respuesta dice de ella. Aprovecho el silencio para seguir hablando:

—No necesito saber que Pablo te platicó de mí. No necesito saber que es una mierda de amigo. Ya le gané.

Natalia deja caer la frente sobre sus rodillas y cuando vuelve a alzar el rostro veo que su mentón tiembla. No sé si está triste o molesta. Lo único que sé es que no me incomoda lastimarla: no hay una sola parte de mí que se arrepienta de lo que le acabo de decir.

—No puedo creer que le dije que no —dice, seguramente en referencia a la propuesta matrimonial de Pablo.

—No mames, Natalia. Por supuesto que sabes por qué le dijiste que no. No lo quieres. ¿Cómo lo vas a querer? ¿Neta crees que el pendejo que hoy te propuso matrimonio se parece al güey que era mi amigo… al tipo con el que empezaste a andar?

—¿Y tú, Matías?, ¿tú qué me ofreces, güey?

—Nada. Pero aquí sigues.

Natalia se para del sillón y da vueltas alrededor de la recámara, la mitad de su cuerpo expuesto a la luz y la otra mitad oculto entre sombras, buscando su blusa, sus calcetines y sus botas. Yo no me muevo de donde estoy sentado, solo espero a que tenga que tomar asiento para vestirse y reanudo la conversación.

—¿Sabes por qué estás enamorada de mí?, ¿sabes por qué viniste hoy? —le pregunto.

Natalia mete el pie en la primera de sus botas y voltea a verme. Aunque sus ojos están húmedos, esta no es la misma tristeza que vi en el rostro de Daniela cuando estábamos en el antro. Esas lágrimas eran parte de un acto, algo que ella había propiciado para darle autenticidad a su rabia. El rostro compungido de Natalia parece estar ahí porque no puede esconderlo. Es evidente que preferiría no llorar frente a mí.

—A la gente le desquicia lo que no la ama de vuelta. Me quieres porque sabes que no siento nada por ti.

Con un pie descalzo y otro con una bota puesta, Natalia se levanta, sale de la recámara, abre la puerta del departamento y se va de mi vida. Yo no muevo un dedo. Van a dar las cinco de la mañana. Tengo que despertar en cuatro horas para llegar a tiempo a la boda de mi hermana. Me visto mientras bostezo, y después me voy a la sala. Las putas salieron a trabajar o se durmieron: nada se oye desde el piso de abajo.

¿Qué pensaría mi papá de lo que acaba de suceder?, ¿qué pensaría si estuviera vivo, sentado en el sillón de su recámara, conmigo frente a él como uno de sus tantos pacientes? Alguna vez le pregunté si él podía analizarme. Tenía diez u once años e íbamos de regreso al sur, sobre Insurgentes, a las seis de la tarde. Era un atardecer áureo. De vuelta a San Ángel, el sol se escondía detrás de los árboles en los camellones, disparando su luz a través de las ramas de forma estelar. Me daba la impresión de que no quería regresar a la casa: él y yo seguíamos siendo un binomio hasta que daban las siete. A la salida del consultorio me ofrecía llevarme por un helado (mi favorito era el *hot fudge*) o a Blockbuster por una película (él rentaba una y yo otra), o a caminar por Coyoacán (y comprar esquites y churros). Ese día en particular me invitó al cine y acepté sin entusiasmo. Llevaba semanas

batallando con pesadillas recurrentes. La más inquietante gravitaba en torno a nosotros dos, caminábamos por la colonia Nápoles y otro hombre llegaba, me abrazaba, me besaba la frente y me llevaba con él. Era el sueño más vívido que había tenido. Prácticamente podía oler y sentir al ladrón. Su aliento agrio, matinal, y sus labios secos sobre mi rostro, besándome con una familiaridad desagradable.

—¿Qué te pasa? —dijo mi papá al notarme desencajado—. No tenemos que ver esa película, güero. Si quieres entramos a la del tornado otra vez.

—¿Te puedo contar un sueño? —le pregunté justo cuando el sol golpeaba sus ojos, obligándolo a ver el tráfico de Insurgentes de soslayo.

—Claro que sí.

—Pero, ¿te lo puedo contar como te lo cuentan tus pacientes?, ¿como para que me digas qué significa?

Mi papá guardó silencio. Los rayos de luz sobre su rostro le habían provocado una mueca de disgusto, así que no pude discernir si mi pregunta lo molestó o si simplemente estaba harto de la refulgencia de ese atardecer.

—Eso sí no puedo, güero. Si quieres platicar te consigo a un terapeuta. Quizá te haría bien.

No me gustó esa última oración.

—¿Por qué no puedes? —le pregunté con los ojos entrecerrados y la boca fruncida, como si acabara de lamer la cáscara amarga de un limón.

—Porque no. Porque soy tu papá.

—¿Y eso qué? Ya me conoces. ¿Qué no es más fácil así?

El semáforo frente a nosotros se puso en rojo. Nos detuvimos y la fachada de un edificio de oficinas se apiadó de nosotros y escondió al sol. El resto de la calle seguía bañado en ese dorado luminoso: las ventanas de los negocios en la acera, las partículas cristalinas del asfalto, los portafolios de los oficinistas.

—Nunca es más fácil, Matías.

Dos niños vestidos de payasos, con las nalgas protuberantes gracias a un par de pelotas escondidas en sus pantalones, hacían lo posible por amenizar nuestra espera en ese, el más largo de todos los semáforos de Insurgentes.

—No entiendo —le dije a punto de frustrarme y pedirle que me llevara a la casa en vez de ir al cine.

—¿Te acuerdas cuando te llevé al museo? —Asentí y mi papá tragó grueso, sumido en los pormenores de su analogía—. ¿Te acuerdas que nos acercamos a los cuadros porque querías ver las pinceladas, para

ver cómo los habían pintado, y que de cerca no sabías qué es lo que formaban y lo que veías?

Me acordé, claro. Los cuadros de Orozco vistos hasta donde el policía nos permitía acercarnos. Las pequeñas cordilleras de los rojos, negros y blancos del óleo, mezclados unos con otros. Volví a asentir. Afuera, los payasos daban maromas sobre la línea de cebra de los peatones.

—Para poder ver el cuadro, distinguir las figuras, las personas, los caballos que tanto te gustaron, teníamos que echarnos para atrás. A mis pacientes puedo verlos desde esa distancia, pero tú eres mi hijo. Contigo solo veo colores, pinceladas. Estás demasiado cerca. ¿Me explico? —Esto último me lo preguntó viéndome a los ojos, con absoluta seriedad.

—¿Y te gustan esos colores que ves? —le pregunté.

Se puso el verde. Los payasos se acercaron a nuestra ventana, mi papá les dio un poco de cambio, el coche de atrás hizo sonar el claxon y arrancamos rumbo al cine.

—Mucho, güero. Mucho.

Ahora, ¿le seguirían gustando? ¿Qué vería de cerca? ¿Qué vería de lejos? El blanco de la coca, el blanco de la piel de Natalia. El negro del alcohol, el negro de este departamento. El marrón de la tierra en la que enterré a mi perro. La figura oronda de Felipe, los falsos colores tropicales de Adrián, y Pablo como una franja gris en el lugar más recóndito del cuadro, a punto de extinguirse para siempre. Las quejas verdes de mi mamá y mi hermana; el azul plomizo del mar que nos separa. Inés. Inés y el rojo de la sangre derramada.

No te gustaría lo que ves, pero lo que ves es lo que quedó cuando te fuiste.

Sábado

La boca me sabe a mierda, mi espalda desnuda se adhiere a la superficie sintética del sofá de la sala y ni mis manos ni mis muslos dejan de temblar. Veo el reloj: son las nueve de la mañana. Debería estar pasando por Felipe en este instante para llegar a tiempo a la boda de Tania, y apenas si puedo abrir los ojos. Tuve pesadillas. No las recuerdo. Siento como si me hubieran anestesiado y acuchillado mientras estaba inconsciente. Quedan sensaciones más que imágenes. Natalia. Pablo. Inés. Mi papá. Frío. Mucho frío.

Aunque mi primer impulso es darme un pase, reflexiono antes de pararme y abrir otra de las grapas que le compré a Octavio. Sé que es un paliativo insuficiente y que en unas horas, al llegar a Cuernavaca, voy a sentir que me muero de la cruda. Me doy un regaderazo en tiempo récord, me pongo el traje beige que mi mamá me escogió y compró, y salgo rumbo a la Condesa.

Felipe sale de su departamento vestido de lino de pies a cabeza, con zapatos recién boleados y un ridículo sombrerito que parece hecho de bejuco.

—Buenos días, señor Escobar —le digo luego que sube a mi coche.

—¿Escobar? —me pregunta Felipe, confundido.

—Como el narco.

—¿De qué hablas? Pura elegancia, güey —me dice mientras extiende los brazos para dejarme apreciar la sofisticación del atuendo.

—Pareces miembro del Buenavista Social Club.

Felipe se ríe, aunque sé que no tiene idea de quiénes son ni de cómo se vestían las personas a las que me refiero. Apenas si platicamos de ayer, cuando el silencio entre nosotros lo obliga a poner su iPod, con el que escoge una canción de antro fresa. Ya la he escuchado, en la radio, y jamás dejo que corra por más de diez segundos antes de cambiar de estación. Lo dejo poner lo que se le pegue la gana, a pesar de que a duras penas puedo escuchar lo que

pienso y Felipe no baja el volumen ni siquiera mientras esperamos a que avance la fila de la caseta que lleva hacia la carretera. Observo el reloj, ansioso. Son las diez y media de la mañana. Me falta una hora y cacho para llegar al pueblo que está pasando Cuernavaca, donde se llevará a cabo la ceremonia religiosa, y más adelante, en una hacienda, la fiesta. Le prometí a mi mamá que llegaría a las once para ayudarla con los preparativos y acompañar a mi hermana. Si bien me va, apenas estaré a tiempo para la boda.

Felipe decide bajarle a la música a la altura de Topilejo. Mis oídos, mi estado de ánimo y mi gusto musical lo agradecen de inmediato. Prendo un cigarro para celebrar, mientras me pregunta lo mismo que me ha preguntado desde hace semanas. «¿De veras ya hablaste con tu tío, Matías?, ¿sí crees que me pueda dar chamba?, ¿cómo cuánto crees que me pague al mes?» Le aseguro que ya hablé con mi tío, que el trabajo es algo casi seguro y que probablemente ganará mejor de lo que le pagaban en Televisa como reportero oficial de los equipos más culeros.

—¿Tú crees que le moleste si hoy me presento con él para platicar de la chamba? —me pregunta.

—Creo que es mejor no hablar de negocios durante bodas, bautizos y fiestas así.

—Namás para conocerlo, güey.

—Yo te lo presento —le digo, pensando en que lo primero que debo hacer después de que mi hermana se case es acercarme a mi tío, ofrecerle una disculpa por lo de *Kapital* y explicarle la situación de Felipe. De otra manera, mi amigo tal vez se percatará de que no he hecho nada de lo que me pidió.

Felipe decide reemplazar el sonido de su espantosa música con el de su propia voz. Me habla sin parar de lo harto que está de seguir soltero, lo mucho que odia a Luisa y lo cerca que estuvo de agarrarse a la que da el clima en Canal 4. No entiendo muy bien el concepto que Felipe tiene de la palabra «cerca», porque nunca estuvo ni remotamente próximo a tomar de la mano a la del clima, quien, en las tres veces que los vi juntos, lo trató como si fuera su mascota o su mayordomo. Me quedo callado y dejo que siga hablando hasta más de la mitad de la carretera y solo lo interrumpo cuando su conversación brinca de dolores del corazón a lamentos laborales, aún triste de que por culpa de una noche de tachas haya perdido la oportunidad de perseguir una carrera como la de su papá.

—Pipe —le digo, con toda serenidad—. Si me hubieran dado un centavo por cada vez que te quejaste del trabajo de tu papá cuando íbamos en la prepa, por cada vez que dijiste que ser comentarista

deportivo era el trabajo más pendejo sobre la faz de la Tierra, te juro que sería multimillonario.

—Cambié de opinión. Te juro que me gustaba la chamba.

—La odiabas, carnal. Te voy a enseñar los *mails* que me mandabas cuando vivía en Nueva York.

Pasamos el pueblo de Tres Marías y nos envuelve la bruma montañosa que antecede el descenso hacia Cuernavaca. Felipe sigue hablando; el siseo intermitente de los automóviles y camiones que van de vuelta hacia México acompaña su monólogo. Y yo me voy. No es una decisión voluntaria, no lo hago para no escucharlo, sino porque la noche de ayer, cuando me despedí de Natalia, me empuja a pensar en una de las últimas noches en que estuve con Inés. Siento la misma amargura, la misma añoranza difusa, como si me estuviera yendo de un lugar donde fui feliz y por última vez lo viera a través de la ventana de un avión. Quisiera salirme del andén de la memoria, pero algo —reciente, vivo, peligroso— me lo impide. Llevo veinticuatro horas en las que no puedo cerrar los ojos sin acordarme de mi vida antes de este fin de semana, de la muerte de mi papá, de mi regreso a México, de esos años en Nueva York.

Recuerdo haber aprovechado que mi papá salió a una convención y que mi mamá se fue a Houston por una semana, para invitar a Inés a pasar la noche en mi casa. Generalmente yo tendría que haber insistido para que fraguara el plan, pero Inés se unió al coro de preocupación de Pablo y Felipe, y tras confiarme que me sentía «distante», me aseguró que haría todo lo posible por dormir conmigo de viernes a sábado. Un par de horas después la escuché tocar el claxon afuera del garaje.

Teníamos veintidós años y no sabíamos muy bien qué hacer cuando no debíamos escabullirnos de los adultos para estar solos. La rutina habría sido clara si mis papás hubieran estado en la casa: sentarnos a ver una película, comer quesadillas y darle un pretexto a mi mamá para encerrarnos en mi cuarto. Ahora teníamos toda la casa para nosotros —mi hermana andaba de fiesta— y no sabíamos qué impulso atacar primero. ¿Aprovechábamos la ausencia de personas para coger como conejos, abríamos la alacena en busca de algún vino de mi papá para emborracharnos, o nos comportábamos como si mi familia estuviera con nosotros? Inés traía una maletita, ridícula a pesar de su pequeño tamaño. Iba a estar lejos de su regadera y su clóset por una sola noche, y se había preparado como si saliéramos por un fin de semana entero. Adentro traía dos mudas de ropa, todo su kit de maquillaje y un champú. La acompañé a mi recámara para que ordenara sus cosas y la abracé apenas cerré la puerta. Aunque todavía

no se me antojaba coger, quería agradecerle que viniera, con todo y su absurdo equipaje, para estar conmigo. Además de que hacía tiempo que no dormíamos juntos, nuestro plan de viernes me dio la coartada perfecta para rechazar la invitación de Adrián para salir al mismo antro de siempre, a cinco minutos de mi casa (la cercanía del lugar solo servía para obligarme a acudir cada que mis amigos iban).

—¿Qué quieres hacer? —le dije con el cuerpo encorvado para poder abrazar algo más que su cabeza.

Se separó de mí y dejó caer su maleta.

—No sé, güero. Podemos ver una peli o ir a rentar algo, o salir a cenar.

—No, no, no. Todo menos salir.

Nos acostamos en el helado sofá de la sala para ver lo primero que escogiera el control remoto. Nunca pudimos acomodarnos. Unos meses antes, con la mudanza, mi mamá se había deshecho de la gran mayoría de los muebles, y la más lamentable víctima de esa extinción masiva fue el sofá pachón y polvoso que durante años ocupó el centro de la sala.

Inés daba vueltas. Me abrazaba de frente y después se volteaba, incapaz de encontrar una posición satisfactoria mientras yo analizaba la nueva casa. Aún no me acostumbraba a su tamaño, a las superficies de piedra y mármol, a la falta de alfombras y tapetes, al estilo minimalista con que la decoradora de mi mamá decidió arreglar los pasillos, la cocina, el vestíbulo y la sala. El sofá no ayudaba, pero supuse que Inés no se sentía cómoda porque yo tampoco estaba a gusto. Imaginé cómo nos veíamos desde la puerta que llevaba al jardín, como dos niños que juegan a ser adultos, intentando calentar un espacio aferrado a su atmósfera impersonal. Sentí que no la había invitado a pasar la noche en mi hogar sino en la casa de una pareja de nuevos ricos, cuya amplia billetera no cancelaba su mal gusto. Tan extraño me sentí que estuve a punto de pedirle que tomara su maleta y nos fuéramos a un hotel de Polanco, a dejar las medias tintas y pasar la noche en un lugar que no pretendiera ser nuestro.

Vimos una película, un capítulo de *CSI* y parte de un programa de chismes. Solo nos separamos para ir al baño, para servirnos un vaso de agua y, en mi caso, para prender un cigarro. De ahí en fuera nos mantuvimos cerca, con los muslos entrelazados, cubiertos por una cobija que propiciaba el único rincón cálido de toda la sala. Cuando finalmente nos aburrimos, Inés me vio de frente, besó mi barbilla y se acurrucó en mi pecho.

No recuerdo muchos diálogos trascendentales entre nosotros. A duras penas puedo mencionar una conversación esclarecedora, un

momento de total honestidad, un breve vistazo a nuestras respectivas médulas. Inés y yo éramos una pareja táctil. No es que pasáramos el día entero cogiendo. Muchas veces me hubiera gustado que así fuera, pero rara vez ocurrió. Éramos, en cambio, una pareja muy cercana, que vivía de la mano, que se nutría de caricias. Jamás pude estar cerca de ella sin tocarla, como si mi cuerpo no confiara en esa proximidad a no ser que mis dedos la comprobaran. Así fue desde siempre. Adopté a su piel —o ella me adoptó a mí— desde el primer día, el primer abrazo, el primer beso. Una sensación difícil de replicar ya que, a pesar de todo lo que me gustaba, nunca pude dormir pegado a Natalia, ni toleré ver televisión adherido al cuerpo de mi primera novia en Nueva York. La piel es mezcla de sentidos. Es olfato, es tacto, es vista, es sabor y, en la cama, es sonido. Mientras que esa mezcla nunca fue precisa con otras mujeres, la piel de Inés parecía hecha a mi medida; la aglomeración exacta, la colección de grandes éxitos de todos mis sentidos. Y no tenía nada que ver con que, como dice la tan sobada expresión, habláramos sin hablar, porque nadie habla por medio del tacto cuando hay quietud. Todo lo contrario. Inés y yo habitábamos nuestros silencios a través de la piel, conciliábamos nuestros agravios por medio de esa oquedad. Nuestro contacto abría un valle mudo, el único lugar donde pueden encontrarse dos personas que no tienen las herramientas para conocerse el uno al otro.

No sé cuánto tiempo estuvimos ahí en el sofá, en silencio, con la tele apagada, sin caer dormidos pero con los ojos cerrados. Lo que sé es que en un momento dado, y sin ningún impulso externo, Inés rompió en llanto. Llevábamos años juntos, en los que la vi caer en ese estado de ánimo decenas de veces, y aún lloraba de manera pudorosa, como si su fragilidad la avergonzara. Aunque ella iniciaba casi todas las pláticas entre nosotros, bastaba con que estuviera triste para que se convirtiera en una niña pequeña a la que era imposible entender y, en muchos casos, consolar. Lloraba cuando le faltaban palabras, cuando era incapaz de nombrar sus dolores, ponerlos bajo la lupa y comprenderlos. No obstante, cada uno de esos llantos era un aviso inequívoco de que algo andaba muy mal, con ella o con nosotros como pareja; no hubo un solo ataque de súbita tristeza que no antecediera a un pleito, un breve cortón o un periodo de lejanía. Bastaba con que la viera con los ojos llenos de lágrimas para que comenzara a sentirme aprensivo; molesto incluso. Sabía que venían horas de preguntarle qué le pasaba sin recibir más que muecas y silencios llorosos a cambio, pero era su novio y no me quedaba de otra más que hacer el intento.

—¿Qué onda? —le pregunté alejándome y ella sacudió la cabeza, con los labios tiesos. Aunque era inútil buscar explicaciones, volví a

arrojar la misma pregunta y recibí el mismo silencio como respuesta. Me gustaría decir que fui compasivo, pero la realidad es que estaba a punto de perder la paciencia. La había invitado a mi casa para pasar una noche tranquila, resguardado de mi familia y mis amigos, y lo que menos se me antojaba era tener que apapacharla por dos horas sin poder dilucidar lo que le ocurría. ¿Admito que el prospecto de una noche sin sexo también me desagradó, que su llanto era inconveniente porque no encajaba con mis planes?

—Te quieres ir —me dijo y hundió el rostro en mi camiseta, que comenzaba a mojarse de tanto hacer las veces de gigantesco klínex. Me faltó cinismo para descartar su teoría y me faltaron güevos para mentirle a la cara, para asegurarle que no tenía idea de lo que hablaba y que no tenía ganas de irme a ningún lugar. Además, cualquier explicación de mi parte hubiera delatado mis planes a futuro. Inés no sabía si quería irme fuera del país o a provincia o simplemente cortar. Lo único que presentía es que yo necesitaba un cambio.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté, pretendiendo que mi comportamiento en los últimos meses no había sido errático, como si ella se hubiera inventado a ese novio inescrutable.

—Porque sí —me dijo entre sollozos, con la parquedad característica de todas sus conversaciones lacrimosas. No dije más. La rodeé con mis brazos y la acerqué a mí con fuerza en un gesto deliberadamente exagerado, como si un solo, breve, pinche abrazo pudiera transmitirle la seguridad que cuatro años de relación no le habían brindado. Así somos los hombres: los inventores del parche y la sutura, de gestos diminutos que pretenden curar lo que el día a día derruye; los que llevan flores y serenata y dan anillos de compromiso para asegurar lo que la vida desmiente a cada rato. Quizá debí llorar con ella o por lo menos haber sido honesto. Inés hubiera entendido, eso me queda claro. Me habría agradecido tras escuchar mi confesión: la búsqueda que quería emprender; esa empresa ineluctable, parte esencial de mi destino y de casi todos los que tienen una identidad fragmentada. Sin embargo, mientras que ella tenía el valor de desmoronarse frente a mí, yo nunca pude zafarme de mi cerrazón, y ese acto de aparente estoicismo era también un gesto, como las flores, las serenatas y los anillos, para que confiara en mi solidez, que siempre ha sido una máscara.

Fuimos a mi cuarto apenas dejó de llorar. La desnudé porque no tenía otra cosa que hacer. Era mejor pretender cogiendo que nada había pasado, que frente a la tele, con el control remoto en las manos, en busca de alguna película que nos distrajera hasta el margen del olvido. Seguimos la coreografía impuesta tras años y años de hacer la

misma cosa. Nos besamos de pie, me senté al borde de la cama, le quité los pantalones, se despojó de su blusa, le desabroché el sostén, apreté sus senos, la besé en la boca, la acosté en mi cama, abrí sus piernas, mordí sus muslos, dejó caer la nuca sobre mi almohada, deslicé mis labios por el borde de su coño y luego lo probé, sin vacilar. Limpié el humor salado que bañaba su clítoris y me supo igual que las lágrimas que minutos antes empapaban su rostro. Se prensó de mi cabello y me empujó hacia adentro con ayuda de sus diminutos dedos (redondos, e igual que los míos, con las uñas masticadas). Me quedé allá abajo por mucho más tiempo que de costumbre. Succioné, lamí y manipulé sin generosidad. Ese tenaz embrocado no era para ella, no buscaba satisfacerla. Sentí que era mi última noche en ese hogar que durante cuatro años habité. Esa piel desnuda: la única casa de la que jamás quise huir o esconderme. No quería agradecérselo sino llevármela, robármela, arrancar aquello que no se puede extirpar; pretender, por una sola noche, que uno puede apropiarse de terceros y no separarse nunca de ellos, sin importar qué tanto los hayamos lastimado. Sudando, con la quijada entumida y la lengua agotada, recosté mi mejilla sobre su coño, como si fuera un caracol de mar y esperara escuchar el sonido que emite. Sonido que es, por cierto, falso: la imitación de otro que aunque el caracol lo conoce, solo lo reproduce. ¿Y qué creí escuchar ahí, tan cerca del núcleo de Inés? El sonido imitado de un futuro juntos, tal vez. Y aunque no sé a qué suenan las promesas, quise creer que sonaban similar al galope de la sangre dentro de sus muslos, a los gemidos que escuchaba, a su petición de penetrarla, al silencio que privó en el instante en que comencé a cogérmela, libres y atados, sin poder vernos desde lejos y de frente y aceptar que eso que éramos —dos células dispares, una afortunada coincidencia— estaba a punto de desaparecer.

Ese día la embaracé.

Algo adentro de mí (¿esa voz reciente, viva y peligrosa?) me asegura: la melancolía que siento está atada a ese momento y no a Natalia. Felipe no se calla, pelea a manotazos con el aire dentro del coche mientras decido no entrometerme en estas especulaciones internas. Por primera vez en meses las dejo fluir. Y como ejercicio, hago lo posible por recordar la noche de ayer, cuando Natalia se fue de mi departamento. Me acuerdo de algunas cosas que dije y de algunas imágenes, casi estroboscópicas, de nosotros cogiendo sobre el sofá. Nada más. Lo que soy capaz de recrear con fidelidad es esa otra noche, con mi exnovia. Y es la misma voz, esa que viene desde adentro, la que me dice, claro como el agua: Algo anda muy mal cuando el pasado es más nítido que el presente.

—¿Güey?, ¿güey? —me habla Felipe y chasquea los dedos para llamar mi atención.

—¿Qué pasó? —le pregunto, expulsado de adentro, irritado.

—Ya se prendió el foquito. Casi no tenemos gasolina.

Solo eso me faltaba. Entre tanta prisa olvidé llenar el tanque. Le digo a Felipe que tiene razón y nos detenemos en la primera gasolinera que encontramos. Mi amigo sigue hable y hable hasta que le pido que guarde silencio por un segundo, saco mi cartera y le entrego un billete de doscientos pesos para que ponga gasolina mientras corro al baño a mear.

—No me tardo, güey. Porfa no te bajes a comprar mamadas —le pido.

—¿Qué mamadas? —me pregunta.

—Refrescos. Papas. Esas madres que tanto te gustan. Ahorita vengo.

Troto hacia el baño y escucho cómo Felipe me grita desde el asiento del copiloto:

—¡Gracias por decirme que estoy hecho un marrano!

Alzo mi brazo, le pinto pitos con el dedo medio y sigo mi camino hasta el baño de la gasolinera que, como buen baño de gasolinera, huele como si el universo entero hubiera meado allí hace una década y nadie jamás lo limpiara. Un niño de menos de diez años, con una camiseta que es azul salvo por una mancha café que podría ser de chocolate o de mierda, me observa desde la puerta mientras orino. Me sacudo la verga frente al mingitorio, cuidadoso de no manchar el traje y así ofender a mi mamá doblemente: llegando tarde y habiendo ensuciado el atuendo que me compró. Después me lavo las manos en un parpadeo, mientras el niño no deja de observarme.

—Una propina —me dice con autoridad, como si fuera un septuagenario que lleva la vida entera pidiendo una moneda de cinco pesos a la salida de un baño público.

—No traigo nada, mano —explico.

—Son cinco pesos —señala con tono exigente este pequeño capitalista de los mingitorios de carretera.

—A ver… —le digo exasperado y corro al coche. Allí encuentro a Felipe husmeando entre los espacios de las puertas donde la gente guarda recibos, encendedores, envolturas de dulces y licencias.

—Dame cinco pesos —le pido.

—¿Para?

—Cinco pesos, cabrón. Tenemos que llegar a la boda a tiempo.

Felipe obedece sin chistar, como durante años se sometió a Adrián, quien lo trataba cual subalterno. Le pregunto qué buscaba antes de

que me acercara a él.

—Cigarros —me explica mientras sus manos rascan el fondo de mis portavasos en busca de una moneda. El gerente infantil del baño público me observa diez pasos atrás, detrás de una de las bombas de la gasolinera, con los brazos cruzados, inconforme con mi lentitud a la vez que intento no explotar contra Felipe, que al parecer es incapaz de esperar un minuto a que yo vuelva para que le dé un cigarro. Y encima, seguro estaba dispuesto a prenderlo dentro de la gasolinera.

—Listo —exclama Felipe, y me da una moneda de diez pesos. Corro hacia el niño y coloco el dinero sobre su pequeña mano, al tiempo que le pido que se quede con el cambio. Ni siquiera me da las gracias. No me importa. Me doy la vuelta y corro hacia el coche, listo para arrancar de nuevo.

Giro la llave, acelero y entro a la carretera pegándome al carril de alta a toda velocidad. Noto que Felipe tiene la vista clavada en un *ticket*, cuenta o pedazo de papel que encontró entre los escondites de mi coche.

—¿Qué es eso? —pregunto mientras le paso un cigarro y prendo otro para mí.

—Nada —me responde escueto, y aparta el papel de su vista.

—¿Qué lees?

—Nada, güey. Un pinche boleto de estacionamiento.

—¿Y así de interesante está?

—Ya sabes. Tu amigo el pendejo.

—¿Qué te pasa, cabrón?, ¿estás enojado porque no dejé que te bajaras a comprar donas Bimbo? —le digo con una sonrisa en el rostro. Felipe no se ríe de vuelta. Baja la ventana y arroja el recibo hacia afuera. Después se pone el cigarrillo recién encendido entre los labios, vuelve a sacar su iPod y pone la misma *playlist* con que empezamos el viaje, pero esta vez a un volumen ensordecedor. No sé por qué, pero no me atrevo a pedirle que le baje ni que quite su música. Y así llegamos al pueblo, a las doce en punto, a estacionarnos frente a una plaza, junto a un puesto que vende cocos y mangos, a dos cuadras de la iglesia afuera de la cual los invitados esperan para entrar.

Entre ellos no se encuentra ningún amigo mío. Adrián y Mica llegarán para la fiesta al igual que Pablo, quien, imagino, vendrá por su cuenta. Los que sí están son todos mis tíos y mis primos, incluidos Mario y su esposa, una rubia a la que le faltaron diez segundos en el horno para ser guapa. Ella sostiene un abanico frente a su rostro; lo mueve con verdadero afán, como si estuviéramos en el desierto del Sahara y no en el estado de Morelos. Él revisa su iPhone. Gracias a

Dios no me ve.

Los que sí me ven, y se acercan a mí como si fuera más importante que el cura que va a oficiar la misa, son José Luis —el próximo esposo de mi hermana— y mi mamá, disfrazada de pavorreal, con un vestido azul cielo cuya falda tiene una circunferencia de cinco metros y una diadema de plumas en la cabeza que francamente me da vergüenza. No sé quién le dijo que su atuendo es *chic*. Sospecho que fue alguna de mis innovadoras tías y sus modistos.

—Ve nada más tu traje, todo arrugado —es lo primero que me dice mi mamá y yo, por instinto, volteo a ver mi saco y mis pantalones sin encontrar un solo pliegue. Felipe saluda de beso a mi mamá, con la familiaridad de viejos conocidos, y después felicita a José Luis, que a duras penas lo voltea a ver mientras estrecha su mano. Sus ojos están puestos en mí. Estoy seguro de que está a punto de decir algo insufrible.

Y, como siempre, mi cuñado no me decepciona:

—Deje usté las arrugas, suegra: el pelo. Tania me dijo que te lo ibas a cortar para la boda.

—No tuve tiempo —le digo mientras me paso las palmas de las manos por el cráneo y me acomodo el pelo detrás de las orejas, como si realmente tuviera que quedar bien con este imbécil.

—Es la boda de tu hermana, compadre. Hay que verse bien. ¿O no, señora? —pregunta José Luis, quien tiene los güevos de hablar de absurdos cuando está vestido como pingüino, con chaleco y moño, cuando estamos a treinta grados centígrados. Pero mi mamá no se percata de esto. Por supuesto que le da la razón.

—Sí, Matías. Qué facha —me dice y, como último recurso, volteo a ver a Felipe, en espera de que me defienda.

—A mí ni me veas, güey. Te he dicho mil veces que te cortes el pelo. Tú eres el único que cree que está *cool* traer pelo de Fabio.

Cualquier debate se acaba cuando te comparan con un cabrón que ha salido en portadas de noveluchas eróticas. Prendo un cigarrillo y, con la vista fija en la flama del encendedor, les espeto:

—Prometo cortármelo para la próxima boda de mi hermana.

Mi mamá escucha mi comentario, acto seguido da media vuelta y, en una imagen cómica, se va golpeteando el empedrado con sus tacones y moviendo las caderas de lado a lado (las plumas en su cabeza se sacuden, como estremecidas por el viento). José Luis se queda parado frente a mí. Hasta acá puedo oler su loción: huele a los vestidores de un club de golf, a madera, limón y talco. Qué tristeza. El

tipo tiene treinta y tres años y ya huele como su papá. Sé que huele a él porque de chicos nos lo topábamos en el club al que mi abuelo nos invitaba (ellos dos se conocían y se caían bien). Siempre lo veíamos regresando de jugar dieciocho hoyos, con las axilas y el cuello de su camiseta Lacoste húmedos de sudor. Nos llamó «niños» hasta que cumplimos dieciséis años, cuando se murió mi abuelo y dejamos de ir a comer al club. Aunque a mi papá no lo volteaba a ver, a mi mamá siempre la trató como la hija del señor Díaz: parte de la aristocracia mexicana, rica, guapa y de buena familia. Y dice mi mamá que fue él, el papá de José Luis, quien propició el encuentro entre la «niña» Lavalle y su primogénito. Le salió bien la jugada. Hoy, después de tres años de novios, mi hermana está a punto de casarse con su hijo.

José Luis no deja de verme. No sé si espera que me retracte o que le ofrezca una disculpa. Decido no hacer ninguna de las dos:

—Digo, si es que hay otra boda. Pero ojalá no haya. Ojalá mi hermana se quede contigo toda la vida —le digo, exagerando el tono sarcástico.

—Qué alegría que desde hoy vas a ser de mi familia —contesta él, llevando el sarcasmo al siguiente nivel. Tomo a Felipe del hombro y camino de vuelta a reunirme con mi mamá, para que me indique qué tengo que hacer durante la ceremonia religiosa, pero mi amigo prefiere rezagarse sin dar mayor explicación.

—¿Qué vas a hacer aquí solo, Pipe? Vente conmigo para burlarnos de toda esta bola de pendejos.

—No. Aquí te espero —me dice, sin siquiera poder verme a la cara.

—Ya. No me dejes solo con mi jefa.

—Que te vayas, cabrón. No quiero hablar contigo.

¿Se habrá dado cuenta de que no hablé con mi tío para que lo contrate? No entiendo por qué está tan enojado. Quiero averiguarlo, pero mi mamá me interrumpe y me pide que me acerque a ella. La ceremonia religiosa está por comenzar y los invitados ya entran a la iglesia para tomar sus lugares.

Como todas las ceremonias religiosas, la boda de mi hermana transcurre con una lentitud obscena. Siento que me lleva una hora caminar de la entrada de la iglesia al altar tomado de su brazo, más delgado que una manguera. Y así como ese pasillo, también me resulta interminable el proceso de las arras, los anillos y demás jaladas. Empiezo a bostezar antes de que el cura llegue a la mitad de su sermón, en el que habla de mi papá como si se tratara de Miguel Hidalgo: un caudillo que lleva doscientos años bajo tierra en vez de seis meses. Volteo a ver a mi mamá después de la primera mención, buscando un gesto de empatía o asco, y lo único que previsiblemente

encuentro es a una señora que asiente con gravedad y concuerda con cada palabra que sale de la boca del cura. Por el resto de la ceremonia me dedico a pensar en mi papá como solo yo puedo hacerlo. Tengo la impresión de que soy el único que verdaderamente lo conoció, que sabe cuánto hubiera detestado todo este exceso de flores, música clásica, fotógrafos y sacerdotes hablando del significado de la vida, el amor y la muerte. Sobre todo sé qué tan mal le caía José Luis, al que veía como la encarnación de todos los valores podridos que su mujer quiso inculcarle a su hija: la importancia, precisamente, de ser rico, guapo y de buena familia por encima de la sensibilidad, la inteligencia y la bondad. Tania nunca aprendió nada. Su curiosidad infantil, incitada por los viajes que emprendíamos con mi papá y por los libros que nos compraba y las fábulas y cuentos que nos leía, le abrió paso a una muy, pero muy aguda promiscuidad adolescente dedicada a las pedas, los antros y el desmadre, y, finalmente, sin el apoyo de su hermano, con un papá doblegado por la cada vez más opresiva figura materna, a la frivolidad más recalcitrante. Me fui a Nueva York y dejé a una chica de diecinueve años confundida, de caderas inquietas, pero ante todo simpática y ligera. Regresé y todas esas cualidades y defectos se habían esfumado, reemplazados por la obsesión con el matrimonio, los hijos y la luna de miel. Natalia era igual que Tania hasta que llegué yo a desanclar su mundo, a poner sus expectativas en tela de juicio. Tan estúpidas eran que me tomó menos de dos meses acabar con ellas. Desgraciadamente, Tania nunca tuvo un Matías Lavalle que le enseñara que todo esto es pura bisutería.

El cura los declara marido y mujer, ellos se besan, aguanto la náusea, le doy la paz a un montón de extraños, y mi familia y la de José Luis se reúnen afuera de la iglesia para tomarse fotos con la novia y el novio, sonriendo para fotógrafos como si todos nos lleváramos increíble. Después subimos a nuestros coches y manejamos rumbo a la hacienda para comer, bailar y chupar. Busco a Felipe por todos lados, pero no lo encuentro. Después recibo un mensaje de su celular, en el que me avisa que Adrián llegó y se fue con él a la fiesta.

Me dejo de sentir crudo cuando llego al jardín y entro a la carpa dentro de la cual se llevará a cabo el festejo. Observo la pista y el orden de las mesas como un general estudiaría un campo de batalla. La mesa de mis amigos está más o menos al centro, cerca de la tarima en la que tocará el DJ y donde, en este momento, un cuarteto toca un poco de jazz. La mesa de mis primos maternos está al lado; desde acá puedo ver a Mario y a su esposa, quienes platican con otro primo que vive en Texas. Hubiera pagado por que Mario se sentara un poco más lejos. Ni modo. Sigo calibrando y descubro que, afortunadamente, mi

tío Mario está sentado del otro lado de la pista, lo que reduce las posibilidades de que Felipe se pare y se acerque a él sin avisarme. Después de analizar el terreno le pido un whisky al primer mesero que veo pasar y pienso en lo que debo hacer para que la boda no sea un desastre. Felipe está enojado conmigo quién sabe por qué. Estoy seguro de que Adrián y Mica están sentidos porque ayer le prohibí a Daniela venir. Pablo va a llegar con el corazón roto por lo de Natalia. Mi primo me odia y espera una disculpa. Igual que mi tío. Y, además, tengo que cuidar que Felipe no vaya con él para preguntarle del trabajo.

Lo más fácil es arreglar lo de Felipe. Apago sobre el pasto mi cuarto cigarrillo en una hora y camino hacia la mesa de mi tío. Lo encuentro sentado junto a su mujer, más aburrido de lo que yo estaba en la iglesia. Aunque tiene más de setenta años, está muy bien conservado. Salvo por un pellejo de papada que se asoma desde su cuello, colgando arriba de su corbata amarilla, su piel y facciones son las de alguien veinte años más joven: los ojos castaños de mi mamá, la tez lozana y blanca, el cabello entrecano y la figura de mi abuelo (que yo no heredé): corpulenta, de hombros anchos y manos de *quarterback* de la NFL. Me ve y lo primero que hace es negar con la cabeza, sin perder el tiempo ni entrar en falsas cortesías. Me sonrojo mientras encorvo mi postura, con la vista clavada en la punta de mis mocasines. Saludo a mi tía, que no me devuelve el beso, y después le doy la mano a mi tío. Se para de inmediato; quizá busca intimidarme. No sé. Lo que sí sé es que no quiero que Mario me vea hablar con su papá, ni mucho menos Felipe, al que le bastaría con verme junto a él para saber que no le había mencionado nada del trabajo hasta hoy. Poco a poco viro hacia la izquierda, para que la espalda de refrigerador de mi tío me oculte del resto de la boda. Y así como él no tuvo reparos en mostrarme lo molesto que está conmigo, yo tampoco me tardo en darle una disculpa. Apuesto a que no sabe cómo funciona una revista y le invento que fue un error: esa versión era solo para divertirme, la metí en las galeras sin querer y estoy muy apenado por lo que esto pueda ocasionar. Parece prestarme atención, pero estoy seguro de que ya tiene preparado un contraataque sin importar lo que le diga. Por eso, y por pudor elemental, prefiero no traer la muerte de mi papá a cuento para justificar mis acciones. Al final, es él quien lo mete al tema:

—Todos sabemos que tú y tu hermanita pasaron por algo muy duro, Matías. Pero nosotros somos tu familia. Mario vive de esa revista. En la vida hay que aprender a distinguir quiénes son nuestros amigos y quiénes nuestros enemigos.

—Sí, yo sé, yo sé. Fue una tontería, tío. No sé con qué cara voy a saludar a tu hijo.

—Ser hombre significa afrontar nuestros errores y dar la cara —dice, y me pregunto si me va a aportar una sola cosa que no sea un aforismo o un consejo de Yoda.

—Claro. Por supuesto. Y ojalá él me entienda. Me siento muy mal con ustedes.

Mi tío guarda silencio, satisfecho con los cinco minutos de su tiempo que me ha regalado, y estoy a punto de irme cuando recuerdo que me acerqué a hablar con él no para ofrecerle una disculpa por algo de lo que no me arrepiento, sino para platicar de Felipe.

—¿Te puedo pedir un favor, tío? —le pregunto, y me responde cerrando los ojos y arqueando las cejas, como si este fuera el vigesimoquinto que le pido en una semana y no el primero en toda mi vida. La explico la situación laboral de Felipe sin mencionar que fue mi culpa que perdiera el trabajo en Televisa, y después le platico un poco de su currículum vitae, haciendo gala de los mejores eufemismos que se me han ocurrido: a la idiota temeridad con que decidió invertir su lana en negocios imposibles la llamo «espíritu emprendedor», a sus ambiciones vagas por ser tan rico y famoso como su papá les llamo «ganas de sobresalir», a la cantidad absurda de trabajos de los que ha entrado y salido sin pena ni gloria le llamo «curiosidad laboral». Mi tío parece convencido. Y harto. Al cuarto eufemismo que arrojo, levanta la palma de su mano y, cual emperador romano, me pide que me detenga.

—Ta bien —me dice—. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Quería ver si puede chambear contigo. No necesita un puestazo ni nada. Nada más trabajar.

—Okey —me dice, listo para volver a tomar asiento y aburrirse junto a su esposa botoxeada.

—Está en mi mesa. ¿Crees que te lo pueda presentar, para que lo conozcas?

—Okey.

—Pero, porfa, no le digas que no había hablado contigo de esto. Le prometí que te llamaría hace un mes, pero se me olvidó.

Mi tío vuelve a cerrar los ojos y arquear las cejas. ¿Por qué me siento como la puta oveja negra de la familia cuando lo único que estoy haciendo es pedirle un favor?

—¿No hay bronca? —le pregunto, y él asiente con un pucherito de aristócrata displicente en los labios. Le doy las gracias y palmeo su hombro: se siente como si trajera un yunque debajo del saco.

Voy hacia mi mesa. No quiero que Mario me vea, así que le doy la vuelta al jardín por atrás de la tarima del DJ y me salgo de la carpa que han colocado en caso de lluvia, hasta llegar adonde están sentados Felipe, Mica, Adrián y mis únicos dos primos del lado de mi papá, hijos de su hermano —que regresó a vivir a Veracruz cuando era joven— y muy parecidos a mi hermana: piel morena, ojos y cabello negro; altos y delgados como una espiga. Ambos traen a sus novias, quienes vienen vestidas como si esta fuera una fiesta de quince años: una trae un vestido anaranjado y la otra uno color violeta, largos, barrocos y llenos de holanes. No quiero ni ver la cara que va a poner mi mamá cuando las vea. Oh vergüenza.

Los saludo con afecto, intercambiamos una serie de preguntas bobas (¿cuándo llegaron?, ¿cuándo se van?, ¿dónde se están quedando?), y después me dirijo a Adrián y a Mica. Él viste un traje de lino azul, una corbata de moño rosa y unos Ray-Ban ochenteros, y ella trae un vestido cortísimo y embarrado, del mismo color que el traje de su novio. Adrián me saluda con su característica efusividad mientras que Mica, por primera vez desde que la conozco, no me deja un rastro de saliva en el cachete. Ni siquiera me sonríe cuando le digo lo contento que estoy de que haya venido. Entre tanto, Felipe observa sentado el otro lado de la pista con los codos sobre la mesa y el mentón recargado entre las palmas de las manos.

Me siento junto a él e intento empezar una conversación.

—Acabamos de comer y vamos del otro lado para que te presente a mi tío —le digo.

—Gracias.

—¿Y Pablo?, ¿no se supone que iba a llegar para la fiesta?

—Que luego cae.

No se me ocurre qué otra cosa decirle. Ni siquiera han llegado todos los invitados y los arreglos florales al centro de las mesas ya empiezan a desbaratarse. Pétalos de rosas blancas y rojas cubren el mantel y nadan adentro de nuestros vasos de agua y copas de vino. La voz vuelve a hablarme. No entabla diálogo conmigo. Sé que solo está ahí para advertirme. Tienes miedo, me dice. Sé que tiene razón. No sé a qué se debe, pero tengo miedo de hoy.

—Traigo de todo, eh. El *dealer* me regaló unas capsulitas que al parecer son una mamada.

—Órale.

—¿Qué serán, güey? ¿Como MDMA puro, o qué?

—Quién sabe.

Pierdo la paciencia:

—¿Qué chingados te pasa, Pipe? Desde que salimos de la

gasolinera estás como niño chiquito al que le quitaron su regalo de cumpleaños.

El cuerpo de Felipe ve a la pista y su cuello gira hacia mí. A pesar de que está alejado de la mesa, su gorda barriga casi choca con el mantel.

—No seas cínico, cabrón —me espeta.

—¿Cómo que no sea cínico?

—Vi el recibo, Matías.

—¿Cuál recibo?

—El recibo del motel.

—¿De qué hablas? —le pregunto, y arrojo un vistazo a Mica y Adrián para cerciorarme de que no están escuchando esta conversación. Los veo darse un beso y devuelvo mi atención a Felipe.

—No te hagas pendejo. Sabes perfectamente de qué estoy hablando. En tu coche había un recibo, del jueves, del motel ese del que vi salir a Natalia.

—¿A poco la viste salir del Palace? No mames. Qué coincidencia.

Felipe no se inmuta. No sonríe. No parpadea. Y yo invento la mentira mientras continúo:

—Fui con la de la revista ese día, saliendo de tu casa —le digo.

—Estabas en un Starbucks, güey. Yo te hablé.

—Antes del Starbucks fui con esa vieja. Neta.

—¿Al mismo motel que Natalia?, ¿a la misma hora?

—Te lo juro.

Felipe se para de la mesa, camina hacia afuera de la carpa y me levanto detrás de él para seguirlo. Lo detengo antes de llegar al camino de adoquín que lleva al estacionamiento y los baños.

—Cabrón. Es neta —le aseguro.

—No digas mamadas, Matías. ¿Qué tan pendejo crees que soy? Por eso no querías que le dijera nada a Pablo. Tenías miedo de que fuera a averiguar al motel.

—Claro que no.

—¿Por eso fue Natalia al antro ayer? No mames, güey. No mames. Estás de la verga.

Felipe amenaza con volverse a ir. Lo tomo del brazo y, ya que pesa cincuenta kilos más, se zafa como si yo tuviera la fuerza de un bebé de cinco meses. Troto detrás de él, rogándole al cielo que nadie nos esté viendo, y decido confesarme.

—Okey, güey. Sí. Sí fui con Natalia.

Felipe se detiene. El pasto debajo de nosotros está húmedo; puedo sentir el lodo que rodea la suela de mis zapatos.

—Cogimos dos, tres veces. Una en mi depa y el resto en el motel.

La cagué. Estaba enojado con Pablo por cómo se portó conmigo en su despedida y un día se me aventó Natalia y la cagué. Ayer saliendo del antro hablé con ella y le dije que ya no nos viéramos.

—Cabrón —me dice viéndome a los ojos, furioso—. Por tu culpa le dijeron que no a Pablo. Por tu culpa lo cortaron.

—Eso no es cierto. Natalia nunca me hubiera puesto un dedo encima si Pablo la tratara bien.

—Y, según tú, cogérsela en ese pinche motelito es tratarla bien.

—Hay peores moteles que el Palace, no mames.

Por un segundo pienso que me va a pegar. Él, quien nunca nos ha alzado la voz, que nos quiere como a los hermanos que jamás tuvo, a punto de darme un madrazo. Doy dos pasos hacia atrás, por instinto, y junto las palmas de las manos a la altura del pecho como si rezara, apelando a la bondad de Felipe:

—Lo único que digo es que, con o sin mí, ella lo hubiera mandado a la verga —le explico. Felipe saca un cigarrillo de una cajetilla nueva y lo enciende, nervioso—. Pipe, ya no se querían. No estoy diciendo que les hice un favor. Claro que no. Pero sí estoy seguro de que los dos van a estar mejor separados.

—Si hubieras visto a Pablo ayer… —me dice con el cigarro entre los dientes.

—Hoy lo voy a ver.

—¿Y le vas a decir?

—¿Para qué? ¿Tú le quieres decir? ¿Quieres que, además de estar jodido por haber cortado con su vieja de toda la vida, tenga que enterarse de que su mejor amigo se la anduvo cogiendo?

—Eso lo hubieras pensado tú antes de cogértela.

—*Too late*.

—Sí. *Too late* —me dice y se va al baño dejándome solo a la mitad del jardín, con mis mocasines y mis pantalones enlodados, y esas últimas palabras haciendo eco adentro de mí. *Too late. Too late. Too late*.

Solo vi a mi papá llorar una vez. No sé si hoy lo hubiera hecho al ver a su hija bailando con su marido al ritmo de una canción de Celine Dion. Tampoco sé si habría llorado al tener que levantarse para bailar con Tania, su única hija, a la que siempre adoró (yo no lo hice cuando hoy tuve que pararme en su lugar; mi hermana me sonrió para que los fotógrafos captaran su alegría aunque apenas si sentí sus manos en mi espalda mientras nos desplazábamos por la pista). Probablemente no hubiera llorado; presiento que vería estos rituales como una concesión

frente a la novia, algo que solo estaba dispuesto a hacer para darle gusto.

Después de bailar con Tania regresé con mis amigos y dejé de pensar en lo que Felipe acababa de descubrir. Recordé ese día en que, regresando de un partido, mi papá y yo tomamos la lateral del Periférico y vimos cómo una ambulancia se impactó a toda velocidad con dos automóviles llenos de aficionados del América. Siendo doctor, mi papá se detuvo y, en lo que llegaba otro equipo de paramédicos, ayudó a sacar a la gente de los coches. El joven que iba adentro de la ambulancia y el conductor de uno de los autos murieron. Decenas de peatones se agolparon en el camellón y alrededor de un Kentucky Fried Chicken para ver la escena mientras yo esperaba afuera del carro a que mi papá regresara a mi lado. Aunque tenía dieciocho años, todavía recuerdo el olor de las balatas, el hule quemado de las llantas sobre el pavimento y la gasolina derramada de los automóviles, mezclado con el aroma químico del pollo y las papas del restaurante.

Al cabo de un rato mi papá apareció entre la multitud, se subió al carro y me pidió que hiciera lo mismo. Nos tomó cinco minutos alejarnos del accidente; lo esquivamos y en un santiamén avanzábamos libremente por la lateral rumbo a la casa. Mi papá exhaló, dejó que un escalofrío le sacudiera el cuerpo y me pidió que lo acompañara a tomar algo, adonde fuera. Rara vez bebía, ni siquiera en fiestas o bodas. En toda mi vida lo había visto borracho una sola vez, a mis nueve años, un mes después de que muriera su mamá (mi abuela, a la que apenas si recuerdo). Me pareció raro que quisiera compartir una copa conmigo. Crecí acompañándolo a todos lados, pero casi nunca bebimos juntos. Le dije que sí y me llevó a un restaurante de comida francesa afuera de San Ángel, cerca de la privada en la que unos años después dejaríamos de vivir para mudarnos al Pedregal.

Nos asignaron la mesa y pasamos al baño para lavarnos las manos. Tomamos asiento y mi papá pidió una jarra de clericot, un cenicero y una crepa, en ese orden. Yo no tenía hambre ni sed. Todavía podía oler el pollo de Kentucky Fried Chicken y los coches destrozados; todavía veía al paciente que iba dentro de la ambulancia desangrándose sobre el camellón, al joven con el uniforme del América empapado de sangre y al otro hombre moribundo acostado afuera de su Tsuru. Mi papá puso su mano sobre la mía y me dio palmadas torpes, de simio. Después prendió un cigarro y musitó, en voz baja:

—Chingada madre.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Yo estoy bien. ¿Tú?

Tragué grueso, incapaz de mentirle. No, no estaba bien. Presentía que jamás podría olvidar la escena que habíamos visto en la lateral. Esas imágenes me acompañarían para siempre. Además, me costaba trabajo darle coherencia al accidente: entender el diseño, la lógica detrás de él. No fue culpa de un borracho, de un conductor negligente o de alguien que, en busca de atravesar el tráfico, decidiera perseguir a la ambulancia. La culpa la tuvo el vehículo de la Cruz Roja; el chofer que, en teoría, estaba cerca de salvar una vida, no de acabar con otra. La información era casi contradictoria a través del cristal de mi temprana educación católica. Había algo perverso en la narrativa del choque…

—Cuéntame de la escuela —pidió mi papá, para alejarme de toda conjetura.

—¿De la escuela? —reviré distraído.

Llegó la jarra de clericot. Mi papá se sirvió un vaso, derramó la mitad del contenido sobre el mantel, y después me sirvió a mí con el mismo resultado.

—Sí. Platícame de tus amigos. De tus clases. De tu nueva novia.

—Okey… —le dije, buscando palabras para dar por iniciada esta conversación necesaria para olvidar, aunque fuera por un instante, el accidente, la muerte y los alaridos. Mi papá se acabó su primer clericot de un trago, y cuando levantó el brazo para llevar el vaso a su boca, noté que las mangas de su camisa estaban manchadas de sangre seca color marrón. Prendí un cigarro, que me supo salado, y continué —: Mis amigos están bien. Pablo consiguió un nuevo baterista para su banda, un güey de cuarto de prepa que nos cae muy mal pero toca muy bien. Y este… Adrián ahí anda, ya sabes; igual que siempre. Lleva dos meses sin agarrarse a madrazos con nadie, que para él es como un récord. A Felipe no lo hemos visto en semanas porque está tomando clases particulares para pasar los dieciocho extraordinarios a los que se fue.

—¿E Inés?

Me sorprendió que supiera su nombre. Llevábamos solo tres meses de salir, y no recordé haberla mencionado en casa salvo cuando anuncié, con la menor cantidad de detalle posible, que ya andaba con ella. Tania, que la había visto en un par de fiestas, le dijo a mi mamá que estaba fea. Mi mamá dijo que le daba gusto. Mi papá guardó silencio.

—¿Inés? Inés… Bien, pa' —le dije—. Raro, pero bien.

—¿Por qué raro? —me preguntó, y se sirvió más clericot.

—Pues es raro que la conozco desde secundaria, pero no la

conozco nada. No sabía cómo era su casa ni su familia. Nada.

—¿Te llevas bien con sus papás?

—Sí, me llevo bien. Equis. Son chidos. Su papá es de esas personas que trabajan en el mismo lugar desde hace treinta años. Callado. Su jefa es ama de casa. Está todo el día allí encerrada, con Inés y sus hermanos.

—Como tu mamá —dijo mi papá, sarcástico.

—Ándale. Igualita.

—Y, ¿estás contento?

Asentí y apagué mi cigarrillo sobre el cenicero que nos acababan de traer. Mi papá sonrió, y por los siguientes minutos nos quedamos callados. Dejé que me envolvieran las conversaciones de las mesas de junto: la cena romántica entre un par de novios de mi edad, la cena familiar de una pareja de jóvenes con sus hijos pequeños, la cena de negocios entre dos tipos trajeados y canosos. ¿Qué sabían ellos de nosotros?, ¿intuían lo que habíamos visto en el Periférico? ¿Qué imágenes ocultaban sus ojos y sus conversaciones? ¿Cómo habrán visto a este señor con sangre en la camisa, bebiendo clericot como alcohólico, y a este adolescente que le platica con pudor de su incipiente vida amorosa? ¿Habrán pensado que estábamos lejos uno del otro, que no nos teníamos confianza, que no nos queríamos?

—¿Sabes por qué estás con ella? —me preguntó mi papá con una fuerza inusitada, probablemente envalentonado por el vino.

—¿Que si sé…? Sí, creo que sí. Me gusta. Me cae bien. Pienso que también le gusto.

—A veces, güero… —dijo y después clavó su mirada sobre el mantel, manchado de clericot y trozos de fruta.

—¿A veces qué, pa'?

Se le llenaron los ojos de lágrimas. A mi papá, que nunca lloraba.

—A veces se me olvida por qué me casé con tu mamá.

Volteó a verme, recostó la cabeza sobre su hombro y me arrojó una sonrisa difícil de descifrar. ¿Me pedía que lo entendiera?, ¿me pedía que le perdonara esta confesión, tan atípica en él? La sonrisa le arrugó la cara y lo obligó a entrecerrar los ojos. Por un breve momento las lágrimas amenazaron con escurrir por su rostro, pero apenas si mojaron sus pestañas. Me pareció que era un descuido hablarme de sus problemas maritales a una hora de ver lo que habíamos visto. Ahora fui yo el que volteó hacia el mantel, para rehuir el espectáculo vergonzoso que representaba este hombre —mi menhir— llorando al otro lado de la mesa.

La mesera le trajo su crepa y mi papá se limpió los ojos con la servilleta.

—Ta bueno —dijo, librándose del último vestigio de melancolía. Hace diez años de eso. Si viviera, ¿ya habría olvidado por qué se casó con mi mamá? Quizá yo debí darle la respuesta. Te casaste con ella porque te gustaba, porque era el tipo de chica de la capital que siempre quisiste que te hiciera caso cuando te mudaste a la Ciudad de México y porque te parecía un salto en la escala social, una manera de rebelarte frente a tu padre y sus raíces más bien humildes. Te casaste con ella por frívolo, igual que Tania con José Luis, y José Luis con Tania. Me equivoqué cuando, durante la ceremonia religiosa, pensé que tu hija no había aprendido nada de ti. Claro que aprendió. Hizo exactamente lo mismo que tú.

Felipe no ha cruzado palabra con nadie por más de una hora. Revisa su celular, bebe copa tras copa de vino blanco, pero no me platica nada ni tampoco habla con Adrián y Mica, quienes no han dejado de conversar desde que llegaron a la boda, tomados de las manos, llenándose el rostro de besos. Mis primos lucen aburridos, fuera de lugar. Platican entre sí, bostezan y apenas si picotean la comida que nos sirven los meseros. Yo no dejo de voltear a ver la entrada del jardín en espera de que Pablo aparezca, Felipe le confiese lo que sabe y todo esto se vaya a la basura.

—¿Va a venir Pablo o no? —le pregunto a Felipe con mi tono habitual, como si no supiera nada de Natalia y yo.

—Me acaba de mandar un mensaje. Dice que llega en media hora.

Los invitados inundan la pista. Los jóvenes se concentran cerca de la tarima mientras los adultos hacen el ridículo en la periferia, intentando encontrarle el ritmo a las canciones que pone el DJ. Las flores arriba de nosotros están a medio deshojar; los vasos de los invitados que no llegaron a sentarse están ahora llenos de pétalos y polen. Los meseros los recogen, los reemplazan y en media hora se vuelven a tapiar con pedazos de flor.

—Necesito que me digas si vas a hablar con él, Pipe. Es la boda de mi hermana.

—O sea, ¿ahora te tengo que proteger a ti o cómo está la cosa?

—Sabes a lo que me refiero. No es por mí. Es por Tania. Si se arma una putiza entre Pablo y yo, la boda vale madres. ¿Estás de acuerdo?

Felipe se acaba de un trago una copa de vino blanco que estaba casi llena y después aplasta con su tenedor una de las bolas de helado que tiene enfrente. En ningún momento me ve a la cara.

—Le voy a decir. Pero hoy no. ¿Okey? —me dice.

—Gracias, carnal.

—No me tienes que dar las gracias.

Zanjado este problema, decido que es hora de distraerme y bailar.

Le extiendo la mano a Mica para separarla por cinco minutos de Adrián pero me dice que no, sin esbozar ni la mitad de una sonrisa. Me doy media vuelta, le ofrezco una disculpa a mi primo, saco a bailar a su novia y me la llevo a la pista. Mario baila con su esposa cerca de mí. Aunque arreglar las cosas con él me permitiría relajarme por el resto de la boda, prefiero no acercarme. Apenas son las cinco pero siento que es mucho más tarde, como si al día se le hubiera olvidado anochecer. Quiero que la fiesta acabe pronto, que se desate un aguacero tal que derribe la carpa, estropee el equipo de sonido, haga volar las bocinas y regrese a todos rumbo a sus coches. La novia de mi primo baila bien —mucho mejor que yo— y eso me ayuda a entretenerme por un rato hasta que, después de una cumbia, doy una vuelta y encuentro a Pablo sentado en la mesa, entre Felipe y Adrián. Todavía trae el saco puesto. Claramente acaba de llegar.

Me siento como un animal en el claro de un valle, rodeado de francotiradores. Mi primo me releva en la pista y se pone a bailar con su novia mientras yo camino de vuelta a la mesa de mis amigos para saludar a Pablo. Todavía puedo rescatar mi relación con él. Todavía puedo convencer a Felipe de que no le diga nada. Puedo enmendar todos mis errores.

Pablo no me ve llegar. Me pongo atrás de él, le toco el hombro y se levanta para abrazarme.

—Carnal, siento mucho lo de tu vieja —le digo al oído al tiempo que nos palmeamos nuestras respectivas espaldas.

—Ni me digas, cabrón. Así se las gastan.

Me separo de él, prendo un cigarro y tomo la primera copa de vino que encuentro en la mesa.

—¿Y has hablado con ella?

—Nada —dice. Veo que trae uno de los tres trajes que permutaba para ir a la Secretaría de Economía: gris, con muy delgadas rayas blancas, y una corbata más ancha que un babero. Parece como si hubiera salido de la oficina directo a Cuernavaca. Adrián se levanta y, con la caballerosidad que ahora lo caracteriza, jala su silla hacia atrás y trae otra al círculo para incluirme en la conversación. Aprovecho este paréntesis para barrer a Pablo de pies a cabeza. Sus zapatos no están boleados, sus ojos se ven irritados, repletos de venas, y en una mano, la derecha, sus nudillos lucen raspones frescos y rojizos. Supongo que ayer le pegó a una pared o a una puerta.

Mica regresa del baño y toma asiento entre Adrián y yo mientras Pablo nos platica cómo estuvo ayer, qué le dijo Natalia y qué hizo llegando a su casa. Habla del incidente con un dolor que me remite a los días después de que mi papá murió, solo que estoy seguro de que

nunca fui así de soporífero. No lloré en el velorio ni en el entierro, ni en ninguna de las misas. Si lloré, lloré con él, cuando lo visité en terapia intensiva, pero prefiero no pensar en eso ahorita. Llega el mesero, y en lo que Pablo y Felipe piden unas cubas, Mica me voltea a ver y me dice:

—Te la mamaste ayer, güey.

—¿Con quién? —le pregunto, fingiendo demencia por enésima vez en el fin de semana.

—Güey, con Daniela. ¿Qué pedo con que le gritaste enfrente de todos?, ¿que te agarraste a madrazos con Patricio?

—Él me pegó.

—Porque insultaste a su amiga, güey.

—Porque su amiga me armó un pancho de güeva.

Mica niega con la cabeza, con un gesto muy similar al que hizo mi tío antes de que lo saludara, y después volvemos a concentrarnos en Pablo para escuchar su versión de los hechos. Incapaz para la sutileza, Felipe me voltea a ver cada vez que relata algo triste de ayer, como si yo tuviera la culpa de todo, pero no hago acuse de recibo. La conversación dura hasta que empieza a llover, suave al principio y después con rabia estival. Así nunca llovió en Nueva York: sin viento, con las gotas cayendo con furia, entremezcladas con trozos de granizo que parecen ametrallar el pavimento, el pasto y las ramas de los árboles. La música sigue, pero la letra de las canciones resulta imperceptible entre el ruido del hielo y el agua que golpetean la carpa que resguarda a los invitados. Los cinco nos echamos un *shot* de tequila. Adrián y Mica se paran a bailar. Pablo, Felipe y yo nos quedamos solos.

—Hablando de exnovias —les digo—. Antier vi a Inés.

No sé exactamente por qué les digo esto o qué espero recibir de vuelta. Quizá solo quiero que quede claro que mi exnovia no es Natalia sino Inés, y que también pasé por algo muy difícil antes de irme a Nueva York. Después de todo, Pablo sabe del aborto. Siento que hablar de esto es como comparar historias de guerra entre tres veteranos. Ninguno de los dos dice nada al respecto, así que continúo:

—No la había visto desde que regresé de Nueva York.

—¿Y qué sentiste? —me pregunta Pablo.

—Nada. No se veía tan bien, la neta. Venía vestida como mamá. Hasta me tardé en reconocerla.

—Yo también vi a Luisa el otro día y te juro que fue como si nunca hubiéramos sido novios. Me valió madres —dice Felipe, mintiendo en ambos frentes: «el otro día» fue hace dos meses y «me valió madres» fue le hablé a Matías para despertarlo a las tres de la madrugada y

después le caí en su departamento, pedísimo, a hablar sobre Luisa hasta las siete de la mañana en lo que nos empinábamos un pomo de ron y nos acabábamos unas grapas que sobraron de la última boda. Pero no lo desmiento. Me ayuda cualquier cosa que sirva para que Pablo se dé cuenta de que los dolores femeninos son pasajeros.

Vuelvo a intervenir:

—¿Ya ves, carnal? —le digo a Pablo—. Va a llegar el día en que Natalia ni te pase por la cabeza.

—Lo tuyo es diferente, Matías —me responde.

Recojo mi cuba del mantel y me acerco a ellos, para poder escucharlos entre el estruendo de la tormenta.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque ya no querías a Inés. Te fuiste a Nueva York. Tú la mandaste a la verga. A Felipe y a mí nos cortaron.

Ahora sí tengo ganas de corregirlo. De recordarle lo doloroso que fue separarme de Inés e irme a vivir a otro país. De hablarle del año en que no toqué a ninguna vieja, en el que pasé tardes y noches encerrado en el cuarto de ese primer departamento donde viví, en la Cincuenta y tres y la Novena, jalándomela dos, tres, cuatro veces al día, sin dejar de pensar en ella, casi palpando cómo se me esfumaban los recuerdos táctiles, el timbre de su voz, la cronología de nuestra rutina, reemplazados por una especie de ineluctable ungimiento del que Inés salió como una diosa y yo como el pendejo que no quiso tener un hijo con ella y que la dejó para irse a Nueva York a trabajar de mesero, a conectar droga en *karaoke bars* sobre Bleecker y a rumiar por una ciudad que creí mía, pero que me es tan ajena como Tokio. Pablo no tiene por qué saber nada de esto. No, claro que no. Nada más se lo platiqué ¡dos millones de veces a través de Skype! Mi único confidente olvidó todo lo que le dije en confidencia. Chingón.

—Fue más complicado que eso, Pablo —le digo, y él, molesto, me responde:

—No fue más complicado que eso, cabrón. No tuvo nada de complicado. Andabas con ella, te daba güeva, querías irte a Nueva York, la mandaste a la verga, te fuiste, ella se casó con un pendejo y adiós. Fin de tu historia.

Estoy a dos milésimas de segundo de ser yo el que le diga lo de Natalia. Pero me contengo, como siempre, en aras de una convivencia agradable.

—Si te sirve verlo así, pues velo así.

Pablo emite un sonido de trompetilla con los labios y después vuelve a hablar de Natalia. Así pasan un par de horas. Anochece, deja de llover, los meseros usan palos de escoba para picar los vados de la

carpa donde se acumuló el agua, mi hermana arroja el ramo, José Luis la liga, y yo deambulo por la boda evitando a Mario, poniéndome pedo, mientras Felipe y Pablo hacen lo mismo sin moverse de la mesa. Antes de ponerme borracho, voy a la mesa de mis tías e intento sacar a bailar a mi mamá, quien se niega con el pretexto de que tiene una ampolla en el pie. Entonces saco a bailar a una de mis tías, de las que no viven en México, y vamos a la pista a dar vueltas cerca de donde Tania brinca con sus amigas, y por un instante —siempre solo por un instante— olvido todo y pienso que Tania y yo seguimos estando cerca, que nunca me fui, que permanecí junto a ella todos estos años, que todo sigue igual. Mi tía se ríe después de que hago el único truco de baile que me sé: una especie de movimiento de *break dance* en el que, tras girar sobre mi cadera, acostado en el piso, termino posando como para una foto, con el cachete recargado sobre la palma de mi mano. Pero la diversión me dura poco. Felipe se acerca a mí y tan pedo como estaba en la fiesta de Daniela, me pide que le presente a mi tío.

—Estás borracho, Pipe. La vas a cagar —le digo.

—Preséntamelo. Así estoy mejor. Me da menos pena.

—¿Neta quieres que te lo presente?

—Creo que después de hoy estás en deuda, güey. Ándale. Antes de que se vaya.

A sabiendas de que nada malo puede pasar, y de que mi tío sabe lo que tiene que decirle, obedezco a Felipe y lo llevo a la mesa. Allí, mi tío sigue sentado en el mismo lugar junto a su esposa, sin dirigirse la palabra, como si hubiera pasado un minuto desde que nos despedimos hace cinco horas.

—Este es mi amigo del que te platiqué —le digo mientras Felipe extiende su brazo y sacude la mano de mi tío, musitando, repitiendo, «mucho gusto, señor, mucho gusto, señor, mucho gusto…»

Los dejo y regreso a la pista. Adrián y Mica siguen bailando. Pablo está sentado a la mesa, con su iPhone en las manos; cabecea de borracho. Tania baila con sus amigas, mientras José Luis bebe un trago de una cuba que sus amigos prepararon adentro de uno de los floreros gigantes que decoran el centro de las mesas. En toda la fiesta no los he visto juntos en más de dos ocasiones; cualquiera pensaría que esta fue una boda doble, y que el verdadero novio de Tania y la verdadera mujer de José Luis están escondidos en algún lugar, listos para aparecer en cualquier instante.

Bailo con una amiga de mi hermana, y entonces veo a Felipe atravesar la pista. Aunque lo noto molesto, ya no confío en mi sentido común: en este momento no me atrevería a cargar a un cachorro por

miedo a que me arrancara un dedo de una mordida. Presiento que algo pasó con mi tío, pero me convenzo de que estoy siendo paranoico y que todo está bien.

Todo no está bien. Y me basta una canción para darme cuenta.

Salí de la boda a toda velocidad, corriendo hacia mi coche como si alguien me persiguiera, y después arranqué rumbo a la carretera que lleva a la Ciudad de México. El reloj marca las doce de la noche. Mi celular vibra una y otra vez. Recibo mensaje tras mensaje de números que no conozco, aunque sé que es Tania la que me marca. El interior del coche, oscuro salvo por las luces de los automóviles que vienen detrás de mí, se ilumina con la pantalla del iPhone cada vez que entra una llamada. Me distrae, así que lo pongo en mi mano derecha, aprieto el botón superior y después tengo que dejar de ver la carretera para apagarlo. Cuando alzo la vista tengo un coche a cinco metros de mí; estoy a punto de chocar. Volanteo hacia la izquierda. Piso el freno. Invado el carril de alta. Las llantas se derrapan, mi automóvil colea. Y por último, como una aguja que rasga un disco de vinilo hasta que vuelve a tocar la melodía, logro apoderarme del volante y enderezo el rumbo. Me río cuando esto sucede. No lo hago por incredulidad sino por locura. Me siento como un personaje de acción en una película hollywoodense. Mi vida se ha convertido en un deporte extremo, o así la quiero ver; no sé.

¿Adónde vas, cabrón?, ¿adónde vas? Al DF. A seguir la peda. Mis pupilas, dilatadas por el éxtasis, tardan en acoplarse a las luces que arrojan los pocos automóviles que vienen del otro lado de la carretera. Sin embargo, el viento frío que se cuela por la ventana se siente magnífico. Vuelvo a distraerme, esta vez por mucho más tiempo, para escoger una canción que poner en mi estéreo, y solo corrijo el rumbo cuando siento una turbulencia que indica que las llantas del coche andan encima de la grava del acotamiento. Después de lo que pasó en la boda no me importa si me detiene la policía. Quiero creer, aunque no estoy seguro, que tampoco me importa estamparme contra un árbol o contra otro automóvil. Doy con la canción correcta, pico *play* y subo el volumen a todo lo que da. Grito, aúllo, canto y cabeceo como si estuviera en un concierto de Metallica y no en mi auto a las doce de la noche, después de arruinar la boda de mi hermana, rumbo a la Ciudad de México. ¿Para hacer qué? No tengo idea. Y no saber me aterra tanto como me entusiasma.

Después de dos canciones, decido bajarle a la música y disfrutar la carretera. Nunca antes había manejado en tachas y me sorprende lo

relativamente bien que lo hago. Incluso pasa una patrulla a mi lado y el policía ni siquiera me voltea a ver ni prende la sirena. Tengo la impresión de que hoy he pagado toda mi mala suerte. Después de todo lo que me acaba de pasar, puedo tirarme de un edificio de doscientos metros y sobrevivir el impacto de la caída, rebotar en el asfalto y salir volando. «Dios no es un seguro de vida contra las idioteces», decía mi papá, pero él qué chingados iba a saber. Nunca hizo nada idiota, y aun así acabó bocabajo, en su recámara, con un derrame cerebral a los setenta y un años. Mi corazón no para de palpitar, mis manos empapan el cuero del volante con sudor y mis pies tiemblan frente al freno, el acelerador y el *clutch*.

Lo que pasó en la boda después de que Felipe habló con mi tío me llega de vuelta en episodios, como parte de una historia que no se decide entre la comedia y el melodrama:

Pablo me empuja en la pista. No me caigo; solo retrocedo. Casi tropiezo, pero jamás me derrumbo. No sé si llora. Escucho un gemido lastimero que me parece impropio viniendo de un tipo de su edad. No, no es un lamento. Es un gruñido. Está encabronado. Sé que quiere atacarme, sé que a eso viene, y no se necesita ser un genio para saber que Felipe soltó la sopa. Pablo sabe lo de Natalia. Esa es la razón por la que me empujó. Toda la pista nos voltea a ver, en espera de una bronca. Yo estoy extrañamente puesto. Si esto va a acabar en una pelea, pues que sea una pelea atómica. Vamos a tirar más de quince años de amistad a la mierda, pero vamos a tirarlos bien: haciéndonos pedazos. Y que gane el mejor.

Pablo claramente no piensa lo mismo. Después de darse cuenta de que la mitad de la pista lo observa, deshace el puño en el que tenía ceñida su mano izquierda y se la lleva a la boca. Sé lo que le pasa por la cabeza. Nunca, jamás pensó que yo le haría algo similar. Y ahí algo lo detiene. Piedad, respeto a los amigos que hemos sido; no sé. El hecho es que se va, y Felipe trota detrás de él.

Debería quedarme en la pista, pretender que no pasó nada, pero no puedo. He pasado demasiado tiempo de mi vida tras bambalinas, sin enfrentar nada. Esta vez tiene que ser distinto.

Lo alcanzo en el jardín. No le pido perdón. Creo que lo llamo por su nombre, y no tengo que llegar a la segunda sílaba antes de que voltee, rápido como una bala, dirigiéndose a mí.

—Hijo de tu puta madre. No puedo creer lo que hiciste —me dice, y me sorprende que sea eso lo primero que sale de su boca. No sé por qué, pero esperaba que dijera el nombre de Natalia, que recalcara que fue con ella con quien me acosté: ese tótem femenino, intocable de intocables, la mujer de mi supuesto hermano. Para no ser el ofendido,

me sorprende lo exaltado que estoy.

—¿Neta no puedes creerlo?, ¿después de que no fuiste para hablarme el día que se murió mi papá porque estabas tramitando tu visa?, ¿después de que en tu despedida me dijiste que «dejara de estar chingando con lo de mi papá»?, ¿de veras te sorprende, cabrón? —le pregunto.

Cae el veinte, como una bomba, y lo veo en el rostro de Pablo. Mis pies se hunden en el lodo. Felipe nos observa a ambos como un réferi que no entiende las reglas del juego.

—No me vengas con la mamada de que fue venganza, güey. Lo hiciste por envidioso. Porque te fuiste seis años a no hacer ni madre cuando yo estoy haciendo una maestría en Londres. Porque en tu pinche vida has ganado más de cinco centavos, y yo te compro a ti y al puto departamento que te dejó tu papá. Porque siempre has envidiado la relación que tengo con Natalia —me dice, sin tomar aire.

—Que tenías, carnal. La relación que tenías. Y si neta quieres hablar de envidias, ahí te voy. ¿Tú crees que envidio tu pinche familia, con un papá que nunca ha leído un libro en su vida, y una mamá que guarda taparroscas para que le den descuentos en el súper?, ¿tú crees que envidio tu relación, que era tan, pero tan aburrida en la pinche cama, que tenías que ir a un putero cada tercer día para no morirte de güeva?, ¿crees que envidio tu puto trabajo de oficinista, detrás de un escritorio, lamiéndole los güevos a tu supervisor? No mames, Pablo. Mínimo atrévete a ver las cosas como son —le lanzo, y por primera vez en mi vida soy capaz de quejarme de un amigo sin quitarle la vista de encima—. Acepta que me trataste como mierda. Acepta que a ella la tratabas de la chingada también. Y acepta que por eso pasó lo que pasó.

—Para ti todo es muy fácil. Nunca te he escuchado reconocer un solo error. Obligaste a Inés a abortar, cabrón. ¡La obligaste a abortar y ni siquiera tuviste los güevos para mantenerte en contacto con ella! Te fuiste a Nueva York, y ahora estás encabronado porque sabes que le fallaste a tu jefe. Sabes que lo dejaste aquí solo, igual que a tu hermana, igual que a nosotros. Y la vida te enseñó, igualito que en tu pinche novelita de mierda, que fui el único que la leyó, por cierto, que a veces sí es demasiado tarde para dar disculpas y aceptar que la cagaste —me dice igual de rápido que la vez anterior, señalando al cielo, como si alguien allá arriba tuviera la culpa de lo que nos ha pasado—. Y en vez de aprender, de hacer algo de provecho, vienes y nos chingas a todos. ¡A todos, cabrón!

Este último grito me obliga a voltear a ver a Felipe. Ya no me importa que se haya enterado de lo de Inés, un secreto que pensé que

Pablo jamás compartiría. Lo que quiero saber es por qué lo incluyó en la lista de personas a las que supuestamente les hice daño. Durante esta pausa, mi primo de Veracruz y su novia pasan al lado de nosotros de vuelta hacia la pista, regresando del baño. Les arrojo una sonrisa cortés, como si mis amigos y yo estuviéramos aquí amarrándonos las agujetas y no peleándonos a muerte, como nunca lo hemos hecho.

—Güey, tu tío me dijo que nunca le hablaste de mí —me explica Felipe con calma—. Me dijo que te acercaste antes de que empezara la comida para pedirle que me dijera mentiras. Y sabes que por tu culpa perdí mi trabajo. Sabes que si no hubiera sido por ti, no habría salido ese día.

Me encabrona tanto lo que me acaba de decir que decido contarle la verdad:

—Y lo que no sabes es que llegando a tu depa te disolví un rivotril en un vaso de agua, para que no te despertaras.

—Verga —exclama Pablo, otra vez tapándose la boca con la mano, sin dejar de mover las rodillas—. Verga, verga, verga. ¿En qué momento te convertiste en esta cagada de persona?

—Me cansé de ser el bueno del cuento, Pablo.

—Nunca fuiste el bueno del cuento, cabrón.

—¿No, carnal? Y antes de irme a Nueva York, ¿qué era? Cuando tenía que defender a Adrián y echarle la culpa al policía al que le sacó un ojo porque sí… cuando me reventaron una botella en la cabeza sin deberla ni temerla… cuando intentaba hablar contigo, Felipe, para que hiciéramos cosas diferentes, para que nos alejáramos de ese güey, para que volviéramos a ser los amigos que éramos en secundaria… cuando llegué a México y se murió mi papá, y me pasé semanas buscándolos para que me hicieran compañía y les valió dos kilos de reata, ¿ahí tampoco era el bueno?

Pablo ya no parece molesto. Lo noto más bien agotado, más allá del límite de la desilusión. Lo último que me dice es:

—¿No te cansa estar tan enojado, Matías?

Y ambos se dan la vuelta, listos para regresar a México y desaparecer para siempre. Antes de perderlos de vista pienso, con absoluta certeza: Ninguno tiene ni la menor idea de lo que significa estar verdaderamente encabronado.

Charcos de agua y lodo rodean la carpa como los lagos que circundaban y protegían a los castillos de la Edad Media, y cuando los brinco para volver a entrar a la fiesta me siento como un invasor. Por lo tanto, no me sorprende cuando Mario, mi primo, el principito de la familia, me recibe con las mangas recogidas hasta los codos y el nudo de la corbata flojo, colgando a la altura del tercer botón de su camisa,

listo para pelear, envalentonado gracias a quién sabe cuántas copas de vino y champaña.

—No me digas que te peleaste con tus cuates —me dice, burlón.

—Tuviste que ir a rajar con tu papi —le contesto.

—Namás le dije que no tenía por qué ayudar a un malagradecido como tú.

—Ya relájate. Acepta que estuvo cagado mi artículo.

—Me pareció naco. Muy tú.

Me acerco a él y recargo mis dedos en su hombro, como si fuéramos viejos amigos y no dos parientes que jamás se han tolerado. Le confieso:

—Carnal, aquí lo único naco es tu revista.

Mario hace el mismo puchero displicente que su papá; señal, me imagino, de que no sabe qué responder. Y yo me voy, con las manos adentro de las bolsas del pantalón.

Me viene una imagen. Yo, de niño, en Acapulco, después de haber nadado más lejos de lo que mi papá me permitía, y una ola me revuelca, y luego otra y otra, y no puedo respirar. Lo llamo: papá, papá, ¡papá!, pero no me oye, no me salva, y no dejo de hundirme, ya sin aire en los pulmones, hasta que el mar se harta de mí y me escupe en la arena.

¿Se habrá hartado este fin de semana, también?, ¿estará por escupirme a la proverbial arena?

No, claro que no. Ahí viene lo peor.

Me voy directo a la barra, pido un tequila, me lo tomo derecho y me quema el esófago. Recuerdo a mi papá y sus múltiples quejas gastrointestinales; siempre hipocondriaco, siempre muriéndose de algo. Le hubiéramos hecho caso. Quizá su cuerpo nos advirtió lo que él no podía saber. Mis primos hermanos me alcanzan, junto con sus novias, y se echan otro tequila conmigo. Uno más y vomito. Uno más y tengo que ir al baño por perico. Les pregunto si se la están pasando bien. «Sí», me responden.

—Vente con nosotros a la pista.

—Ahorita voy —les miento.

Adrián me alcanza en la barra. No me acostumbro a su bigote, a su disfraz de *hipster*. Siempre siento que hablo con su hermano gemelo: bondadoso, cordial, a años luz del orate de la prepa y la universidad. Salvo por la naturaleza truculenta de su chamba, no queda nada de ese otro Adrián. Antes su rostro tenía una expresión amorfa: los labios anchos de un payaso, la nariz chueca de un boxeador, los ojos translúcidos de un felino agazapado: la cara inasible de alguien en quien no se puede confiar. Los años han decantado los rasgos

característicos de sus facciones. La agresividad en sus ojos le ha abierto paso a una mirada lánguida, como la de un veterano de guerra. Hasta su nariz torcida parece el recuerdo de una vieja batalla. Cuando habla, su voz ya no ataca, no hiere, no intimida. Pretende haberse convertido en una oveja. Y lo único que quiero es quitarle la máscara. Arrancársela de una vez.

—¿Qué pedo con Felipe y Pablo? No me digas que se fueron —me dice.

—Se fueron —le aseguro.

Mica viene hacia nosotros. Camina con toda propiedad, como si fueran las tres de la tarde y no las ocho y media; como si no hubiera bebido ni una cerveza.

—¿Qué onda? —pregunta—. ¿Y los demás?

Adrián recibe una llamada. Saca el celular de la bolsa del pantalón y logro ver quién le llama. Es Felipe.

Llueve en la Ciudad de México. Las gotas convierten mi parabrisas en un caleidoscopio de luces rojas y blancas. No me reconozco cuando veo mis ojos en el retrovisor. Deberías estar feliz, me digo con las piernas trémulas, buscando cómo reactivar el químico de la tacha que lentamente deja mi cuerpo. Tengo ganas de mear. Pienso en detenerme a la mitad del Periférico, caminar hacia el camellón y orinar ahí , muy cerca de donde vimos a la ambulancia chocar. Aquí estuve mientras mi papá hacía lo posible por salvar las vidas de un par de personas, atoradas adentro de un Tsuru y una ambulancia.

Llego al edificio, camino hacia una esquina del estacionamiento subterráneo, me bajo los pantalones, sostengo mi verga, encogida por las tachas, entre mi dedo pulgar y el índice, y orino litros sobre una montaña de periódicos. Entro al vestíbulo, donde el Koala sigue dormido, y subo al departamento. Las luces del elevador me deslumbran, me aturden, y solo vuelvo a sentirme en paz cuando entro al que era el consultorio de mi papá. Me quito la camisa, que huele a sudor viejo, a alcohol, a tabaco. Tengo una mancha de mi propia sangre que zigzaguea entre los botones. Aún me duele la boca, aún me sangra cuando reviso la herida. Tengo el pómulo izquierdo hinchado y las costillas me duelen al jalar aire.

Entro a la recámara donde mi papá atendía a sus pacientes. Las dos incomodísimas sillas de madera en que se sentaban esas señoras con el rímel corrido y el pelo despeinado a las que yo espiaba desde la puerta de mi cuarto antes de que entraran a consulta. El diván que nadie nunca usó, que solo estaba ahí para darle seriedad al lugar. La silla

ergonómica de mi papá, disonante con el resto del lugar: más propia de un burócrata que pasa el día entero frente a su computadora. Y en el librero, todavía, esos recuerdos que mi papá guardaba de sus pacientes. Una postal desde Australia, de una chica que tenía miedo a volar; un pequeño móvil de metal, con dos niños columpiándose sobre la barra, se mece con el viento que se filtra por la ventana que dejé abierta; una acuarela, de un duraznero que pintó un chico de apenas diez años al que su mamá traía a terapia, para luego esperarlo en la sala mientras leía las revistas que mi papá dejaba sobre la mesa: *Vanidades* para los frívolos, el suplemento de *El País* para los cultos. Y ese cuadro de una parvada de cuervos flotando en un miasma ambarino que cuelga de la pared contraria al ventanal. Qué desperdicio. Salvar a tantos y morir solo, en un hospital, con el cerebro apagado.

Abro un cajón y de un sobre saco la mitad de mi último sueldo de *Kapital*. En bóxers y calcetines, con ocho mil pesos en la bolsa de una chamarra que le pertenecía a mi papá, bajo un piso, al departamento de las putas, y les toco el timbre. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces, hasta que me abre la puerta una chica morena, de hombros angostos y pelo rizado, vestida igual que yo: bóxers azules, decorados con nubes blancas, y un *top* blanco que deja poco a la imaginación: sus tetas, relativamente pequeñas para estar operadas, yerguen la tela, imposiblemente firmes.

—Hola —le digo y toso un par de veces—. Hola, soy tu vecino del piso de arriba.

Otra chica, de pelo castaño, con *pants* rojos y sudadera del mismo color, se asoma desde la cocina para ver quién tocó. La saludo con la mano. Ninguna de las dos dice una sola palabra.

—¿Quieres venir arriba conmigo? —pregunto. La chica morena me observa contrariada. ¿Creerá que le quiero invitar un trago o un café? Para que no quede duda saco el fajo de billetes de mi chamarra.

—Te doy dos mil pesos.

—Buenas noches —me dice, y amaga con cerrar la puerta.

—Cuatro mil —replico, pero la chica no se detiene y cierra la puerta. Parado afuera de su departamento, con el timbre en la cara, grito una última cifra—: Cinco. Cinco por una hora. En efectivo.

Espero a que reaccionen, a que vuelvan a aparecer y me digan que aceptaron la oferta. No ocurre. Tengo frío en los pies y en las pantorrillas. Me doy la vuelta rumbo a la escalera y regreso al departamento. Desde el tragaluz que colinda con la cocina escucho hablar a las putas. Empieza una canción y alguna de las dos la quita de manera abrupta. Dejo de prestarles atención y camino hacia el

clóset del consultorio, listo para ponerme unos *jeans* y salir rumbo a la Condesa o la Roma, en busca de alguien con quien seguir la fiesta. Patricio, Daniela, Pablo, Felipe, Natalia, todos me detestan o me desprecian. ¿Quiénes me quedan? Algunas personas de la prepa y la universidad, gente que no he visto en más de seis años. Mi celular no deja de vibrar con mensajes de mi hermana. Para el resto de mi mundo estoy aparentemente muerto. No recibo una sola llamada de mis amigos o del resto de mi familia.

Suena el timbre justo cuando introduzco la segunda pierna dentro de mis *jeans*. Abro la puerta. Ahí está la otra chica, la de pelo castaño, con unos *shorts* de mezclilla, tenis para correr y una camiseta amarilla y entallada. No parece prostituta. Ni siquiera puedo oler su característico perfume. Fuera de molestarme, disfruto esta identidad difusa. Puedo pretender que es cualquiera, que no recibe los cinco mil pesos de antemano, los mete en una bolsita Louis Vuitton pirata y se desnuda en la puerta del consultorio para luego dirigirnos hacia el diván de mi papá, donde jamás me he acostado ni solo ni acompañado, y me quita los *jeans* y los bóxers, me pone un condón y me la mama con una mano acariciando mis güevos y la otra sujetando el plástico. Me observa mientras me engulle, y mi mano se prensa de su cola de caballo y la obligo a bajar más, a que su boca se ensanche para abrirme paso a su garganta. Tiene tetas muy pequeñas, que ni siquiera rozan mis muslos cuando traga toda mi verga. Me ve mientras sube y baja, mientras su lengua lametea mi glande cubierto en plástico. No sé si son las tachas o es otra cosa, pero no logro mantener una erección. Venga, carajo. Venga. Venga. Le pido que no me deje de ver. Le pido que lo haga más rápido. Me aferro a su cabellera, pellizco sus nalgas entre mis nudillos, le clavo las uñas en la piel y agito toda la grasa en un intento por activar algún mecanismo de emergencia para clientes insatisfechos.

—Dime que me quieres —le pido, y ella se saca la verga de la boca y me observa, con un chorro de saliva escurriéndole de los labios.

—¿Qué? —me pregunta, como si querer fuera un concepto ajeno, algo que inventé.

—Dime que me quieres y te pago mil pesos más.

La puta me ve con conmiseración, como un papá vería a su hijo pequeño que le pide quedarse cinco minutos más en casa de su mejor amigo. Después asiente y baja a lamerme los güevos.

—Te quiero —me dice—. Te quiero. Te amo.

Mi verga se vuelve a parar.

—Ven. Ven, rápido —le pido, y la chica se trepa conmigo al diván para montarme. Me deslizo hacia adentro sin mayor problema. Ella se

mueve bien. Sube y después azota sus nalgas contra mis muslos. Sube, se deja caer y después sacude las caderas. Lo poco que me queda de la tacha vuelve a encenderse. Me siento cálido, querido y necesitado, allí, rodeado por las sillas donde se sentaban los pacientes de mi papá, por esa acuarela de un duraznero como el de mi viejo jardín, por esa postal enviada desde Australia, por el pequeño móvil que no para de moverse. Feliz con mi puta y su cariño alquilado.

—Te quiero. Te quiero. Te amo —me dice la puta con los ojos abiertos y le pido que se dé vuelta, para dejar de verla a la cara, la recuesto en el diván y me pongo atrás de ella. Estoy tan tembloroso que necesito su ayuda para encontrar su coño y metérsela. Por fin lo logro. Embisto una vez, hasta adentro, y vuelve a decirme que me quiere. Lo vuelvo a hacer, y otra vez repite su mantra. Sus nalgas rebotan al sentir mis golpes. Me tardo tanto tiempo en venirme que se ve obligada a salir de su papel de novia amorosa para pedirme que me apure. Tiene que salir a trabajar.

—Dime que me quieres —le repito, convertido en un limosnero; alguien que exige lo que nadie, nunca, jamás debe exigir.

—Te quiero.

—Otra vez.

—Te quiero —exclama, y apuro el paso, moviéndome tan rápido como puedo, sin parar de sudar.

—Déjame quitarme el condón —le pido.

—Mmm-mmm —me dice con los ojos cerrados, apretando los labios. A pesar de que ella también ha empezado a sudar por el esfuerzo, noto que su piel está fría. Sus nalgas se sienten gélidas contra mi pubis.

—Te pago mil pesos más.

—No. Apúrate —me dice, firme.

—Mámamela sin condón y te pago mil pesos más.

—Que no. Ya vente.

Es sudamericana. No argentina. Quizá venezolana.

—Dos mil pesos.

—¡Que no! —me grita, y yo obedezco y sigo, sintiéndome extrañamente derrotado, atacando su coño con todas mis fuerzas hasta que me vengo, y el orgasmo me duele mucho más de lo que me gusta.

La puta desaparece en un parpadeo. Apenas si me he quitado el condón y ya va de regreso a su departamento, entera, bajando las escaleras con gallardía tras darme un beso en el cachete que se sintió menos íntimo que la cogida que le acabo de meter. Saco más de mis

ahorros, y con cinco mil pesos en la bolsa me preparo para irme. Vámonos, me digo en voz alta, como si yo fuera yo y otras personas.

Antes de salir, saco una de las grapas, esparzo su contenido sobre un libro de pasta gruesa de las grandes maravillas naturales mexicanas, enrollo un billete de veinte pesos y jalo dos líneas gordas, grumosas, que me lastiman la nariz y me prenden de manera inmediata. Es buena coca la de Octavio: dura, duradera y potente. Guardo otra grapa adentro de mi cajetilla de cigarros y, como cereza del pastel, saco una de las tachas azules y la trago con saliva. Sabe amargo y me dan náuseas. Pero aguanto vara. Vámonos, repito. Y dejo el departamento.

Son las dos de la mañana. Muevo mi coche, saco el Mustang de mi papá, que nunca he manejado, y salgo de la colonia Nápoles rumbo a Insurgentes, listo para meterme al primer lugar que me llame la atención. Paso puteros, lugares de salsa, farmacias abiertas las veinticuatro horas. Acaba de dejar de llover y el asfalto refleja con somnolencia las luces de la calle. Podría ir a la Condesa o a la Roma, a alguno de los lugares que he conocido en estos meses, pero la voz me pide anonimato. Como en Nueva York, cabrón. Así. Igualito. Vámonos adonde no conozcas a nadie, piérdete entre rostros sin nombre, baila con gente nueva, saluda a personas por primera vez. Estaciono el coche de mi papá en una calle oscura de un barrio desconocido y entro a un antro sobre la avenida Insurgentes con cinco mil pesos en la bolsa, listo para perderme, porque eso es lo que sí sé hacer. Nadie escapa como tú, carnal. Nadie desaparece mejor. Nadie dice adiós así, sin ver para atrás. Nadie olvida de manera más verga. Entro por un garaje, desciendo unas escaleras y me formo para pagar el *cover*. Mis pies no paran de moverse al ritmo de los bajos de la música que se escucha a través de la cortina de la entrada. Los escucha mi corazón y sus oídos amplificados por las tachas. Desaparece el dolor en mi pómulo, en mi boca y en mis costillas. ¿Quién me pegó?

Mientras espero para pagar, recuerdo a Adrián y a Mica parados frente a mí en la barra, preguntándome qué pasó con Felipe y Pablo. Adrián recibe una llamada de Felipe y yo me quedo con Mica que me observa con frialdad, cruzada de brazos.

—¿Sabes algo? —le digo con una mano recargada en la barra, como si me la estuviera ligando en un antro.

—¿Qué? —me pregunta.

—¿Te acuerdas cuando antier querías saber de dónde había sacado todo lo de mi libro, la historia del tipo que se grababa quitándole la virginidad a una chavita de quince años, el güey que le destrozaba la cara a un policía?, ¿te acuerdas?

—Obvio me acuerdo. Te lo dije hace dos días, no hace dos años.

—¿Sabes en quién me basé?

Mica duda antes de continuar con la conversación. La veo que prepara la pregunta necesaria para detonar mi respuesta y después se calla, como quien contiene un eructo. Ya sabe qué le voy a decir y aun así no puede evitar preguntarme. El morbo siempre, siempre gana.

—¿En quién te basaste?

—En tu novio. Tú tenías como catorce años; por eso no lo conocías ni te lo topabas en antros. Pero lo hubieras visto, Mica. Lo vi patear la cara de güeyes a los que había dejado inconscientes sobre una banqueta. También cuando le sacó el ojo al policía con una llave de tuercas. Yo vi el video donde se cogía a la tal Mafer.

Siento cosquillas en los dedos y las piernas. Sé lo que viene y no puedo evitar ponerme nervioso. Adrián todavía habla con Felipe; una mano sujeta su celular y otra su frente en señal de incredulidad. Claro que Felipe le está diciendo todo: que me cogí a Natalia, que por mi culpa mandaron a volar a Pablo, que por eso se fueron de la boda. Y no sabe la sorpresa que le espera aquí en la barra. Continúo:

—¿Qué no has visto las cicatrices que tiene en la rodilla? Después de lo del video, unos pinches guarros lo bajaron de su coche y lo mandaron al hospital un mes. Por eso no puede correr.

—Me dijo que había chocado —comenta Mica, y veo que su cara no sabe qué expresión poner. Nunca en toda su vida de niña rica de Polanco, con papás galeristas y cosmopolitas, recibió una noticia así. Y esa mirada, cuando un ser humano por primera vez conoce el pantano, es inconfundible. Yo la vi en mi propio rostro cuando me observé en el espejo después de que Adrián me enseñó ese video, luego de que los primos de Mafer me quebraron una botella en la cabeza. La vi en Inés cuando el doctor que le practicó el aborto salió del pequeño quirófano y me quedé solo con ella. La vi en Pablo hoy cuando me enfrentó a la salida, cuando se enteró de lo de Natalia y yo.

—Que no mame. Que te diga la verdad.

Adrián regresa exaltado. No veo afán en él de golpearme sino de entenderme. Quizá por eso se acerca a nosotros con los brazos abiertos y las palmas de las manos hacia el cielo, con su iPhone en una de ellas.

—¿Qué onda contigo? —me pregunta sin alzar la voz—. ¿Es neta lo que me acaba de contar Pipe?

Mica voltea a ver a su novio.

—¿Qué te dijo?

—Es neta —les respondo con el gesto más cínico que encuentro—.

Me estuve dando a Natalia como por tres meses seguidos. O más.

—No mames, güey. ¿Qué te pasa? —me pregunta Adrián sin acercar los brazos al cuerpo, aún con tono conciliador.

—No es pa tanto, carnal —respondo, y después volteo a ver a Mica —. Ni que estuviera lavando dinero con mi chamba.

—¿De qué hablas?

—Es que se me olvidó decirle algo a tu vieja…

Adrián se cruza de brazos y, por primera vez desde que regresé a México, obtengo atisbos de la persona que fue y que yo sé que sigue siendo. Le hierve la sangre. No puede evitarlo. Así fue desde adolescente: se agarraba a madrazos con tipos de sexto de prepa cuando iba en segundo de secundaria, amenazaba a profesores, golpeaba paredes, se divertía arrojándole huevos a los peatones desde la ventana de su coche. Era un aliado extraordinario para un enclenque rubio, sin amigos, de catorce años de edad. Ahora no necesito que me defienda. No solo eso: no hay nada que Adrián me pueda dar que me haga falta.

—Tu novio lava lana con su negocito de armar fiestas. Me lo dijo su papi, que es el que le pasa la feria. Así se pagó su depa, que tanto te gusta y que le ayudaste a decorar.

—No le hagas caso, *baby* —le pide Adrián.

—No, no. Hazme caso. Neta.

—¿Qué más le inventaste, pendejo?

—Si hubieras leído mi libro sabrías, carnal. Ahí están todas tus anécdotas.

Mica voltea a ver a su novio y, como si hablara de algo inconcebible, le dice:

—Que le sacaste un ojo a un policía. Que te grabaste estando con una niña de quince años.

Ahora resulta que «estar» es el eufemismo de moda para «coger». Decido corregirla, nada más para dar énfasis a lo que hizo Adrián. Nada más por joder.

—No, no se grabó *estando* con una niña de quince años. Se grabó *cogiendo* con ella, en el cuarto de su casa. Por ahí debo tener una copia del video. Si quieres luego te lo paso.

La mirada de Adrián viaja entre mis ojos y los de Mica, en busca de un pretexto verosímil. Si tuviera más neuronas que músculos quizá podría defenderse, tirarme a loco, inventar, como Pablo, que le tengo envidia y que por eso intento herir su relación. Es hora de dar la estocada final:

—Y da gracias de que no grabé al pedote de tu jefe cuando me confesaba lo de tu negocio, güey. Me hubiera encantado mandarlos a

los dos a la verga, donde merecen estar.

Tan rápido como un zarpazo, Adrián me empuja y me arroja contra la barra. Mi nuca golpea el metal y después azoto contra el pasto, acompañado de los alaridos de Mica. No meto las manos, no pataleo, no intento defenderme. Dejo que el disfraz de Adrián se disuelva en una sola, exquisita madriza.

—Eso es todo, cabrón. ¡Eso es todo! —le grito mientras sus puños me destrozan la cara. Adrián es un molino averiado: me golpea por todos lados, con todas las extremidades. Su espalda es tan ancha que oculta la luz de la fiesta y son tantos sus impactos que mi cuerpo no logra siquiera registrar dónde me duele. Lo único que distingo es su ridículo moñito de *hipster*, agitado por el movimiento de la percha. Siento presión en las costillas, la cara, las piernas y el estómago, hasta que mis primos lo detienen y lo levantan, separándonos.

Me quedo en el suelo, bocarriba, con la vista clavada en el toldo blanco y las luces de la boda. Mi espalda se humedece con los estambres de agua que se colaron desde afuera de la carpa hasta la barra y que ahora bañan el pasto. Dejo caer la nuca y siento cómo mi oído se inunda de líquido, como cuando me zambullía en la alberca del club sin taparme la nariz con el índice y el pulgar. Lo palpo y después observo mis dedos: la sangre que me escurre de la boca se coló hasta mi oreja.

Mis primos me ayudan a ponerme en pie. Mis piernas salieron ilesas de la golpiza, así que no tengo problema al pararme ni al caminar. Mica ya no está frente a mí cuando me levanto; la veo del otro lado de la pista, a punto de salir de la carpa. Solo está Adrián, quien no deja de sacudir las manos para librarse del dolor de sus nudillos lastimados. Me señala y me dice:

—Te mato si vuelves a abrir la boca.

—Me alegra, carnal.

—No te quiero volver a ver en mi puta vida.

—Sí, hombre. Ya entendí. Alcanza a tu novia. ¿O ya es tu ex?

Adrián inclina el torso hacia adelante sin dejar de verme a los ojos, como un hombre asomándose al vacío, y me espeta:

—Eres una mierda, güey.

—Muérdete la lengua —le digo guiñándole el único ojo con el que todavía puedo guiñar.

Adrián se va trotando, o intentando trotar con lo que le queda de rodillas, y yo me quedo rodeado de mis primos y otros tantos curiosos. Me voy al baño solo, a limpiarme la sangre de la cara, y me tomo dos aspirinas que encuentro en un canasto junto a los lavabos. Cuando salgo, encuentro a mi mamá afuera fumando un cigarrillo, dando

pequeños pasos sin rumbo en el jardín.

—¿Ahora qué pasó? —me pregunta sin acercar sus manos a mi rostro para revisar mis heridas, como cualquier otra madre haría.

—Adrián se volvió loco.

—¿Cuántas veces te dijo tu papá que dejaras de ser su amigo?

—Dame —le digo y extiendo la mano para que me preste su cigarro. Le doy una fumada con mis labios cortados y después se lo regreso, pero ella, al ver la colilla manchada de sangre, me pide que lo tire en una maceta que está al lado.

—¿Quieres que el chofer te lleve al hospital? —me pregunta.

—No. Estoy bien. No estuvo tan fuerte.

—Estás borracho.

—Estoy cansado, ma'.

—Todos estamos cansados, Matías —me dice, y siento que se refiere a mí. Llevo años de escuchar este argumento, como si a partir de que cumplí dieciocho años todos los problemas de mi familia fueran mi culpa y no la de ella que siguió casada con un hombre al que tal vez nunca quiso, que siempre me trató con distancia, que convirtió a Tania en una encarnación de todos sus putos valores frívolos.

—Te vas a quedar a dormir en la hacienda, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí.

—Por favor compórtate hasta que acabe la boda. Deja que te vean tus tías así. A ver qué les invento.

—Diles que me caí de borracho.

Paso la siguiente media hora de la boda sentado a la mesa, limpiándome la herida del labio con una servilleta hasta que deja de sangrar, tolerando que Mario hijo se pasee por donde estoy con una sonrisita cagante, como si la madriza que me acomodó Adrián fuera obra del karma o de alguna fuerza divina y no algo que yo propicié, que yo busqué, que yo necesitaba. Me podría ir a dormir pero algo me retiene aquí, entre las parejas que bailan salsa, los gritos de las amigas de mi hermana, las hileras de personas que, con las manos en las caderas del de enfrente, bailan por la pista como una víbora humana. Es hora de que yo también empiece a divertirme.

Me levanto del asiento, voy a la barra, pido dos copas de champaña y me voy rumbo al baño. Me meto a uno de los apartados, pongo las dos copas sobre la tapa del escusado y saco mi cajetilla de cigarros. Hasta abajo encuentro la bolsita Ziploc. La abro, la volteo y vierto su contenido sobre la tapa. Separo las pastillas y escojo las dos cápsulas, las que abro por la mitad. Vacío el contenido de ambas

dentro de las copas de champaña y después revuelvo el líquido agitándolo. Pruebo el coctel. La tacha no es efervescente, así que la champaña sabe ligeramente amarga y la mayoría del polvo yace en el fondo de la copa: un grumo de éxtasis.

Salgo del baño y entro a la carpa con las copas en mis manos. Sé adónde me dirijo. Cruzo la pista; le sonrío a mi tío, que sigue sentado junto a su mujer.

No sé si he venido antes a este antro. Cruzo la cortina y la música me ataca, como una patada. La entrada está tan cerca de una de las bocinas principales que puedo sentir cómo el estruendo y las ondas de los bajos entiesan los vellos de mis brazos. Ya había entrado aquí. O a algún lugar similar: otra cueva de Insurgentes o la Zona Rosa llena de güeritos entachados, de meseros vendiendo cocaína por debajo del agua, de gente a la que nunca he encontrado de día, que jamás he visto caminar por una plaza, rumbo al cine: fisicoculturistas con camisas entalladas y sus siliconadas acompañantes, modelos brasileños y argentinos, otros parias, otros extraviados. Quizá formo parte de ese grupo de personas que migran de baño en baño, espolvoreándose las narices, y que solo se van cuando los corren a empujones, cuando el DJ ha dejado de tocar, cuando los meseros, esos pobres cabrones a merced de nuestros horarios volteados, te esperan en una esquina del lugar, desde la cual te observan sin asombro ni tristeza porque tu falta de vida es lo que les pone pan sobre la mesa. En todo caso ya he estado aquí, y si no es en este sitio en particular entonces fue en otro antro como este.

Voy a la barra y pido un *shot* de Jaggermeister adentro de un vaso de *boost*. Me zumbo la perla negra en menos de lo que canta un gallo y siento el galope de mi corazón, la quijada tensa y los pulmones llenos de hielo seco, recién expulsado por un par de máquinas al lado de la cabina del DJ. No me acuerdo cómo imaginaba que sería mi vida al llegar a los veintiocho, pero sé que nunca pensé que estaría aquí, a esa edad, tapiado de drogas que hace mucho perdieron la capacidad de sorprenderme; aquí, rodeado de desconocidos, sin nada que hacer. La tacha que me tragué en mi departamento tarda mucho menos en reventar que la primera que me tomé en la boda de mi hermana. Para el segundo ritmo del DJ ya estoy en la pista con una cerveza en la mano, agachando la cabeza, moviendo el puño arriba y abajo como si hubiera metido un gol.

—Salud, ma'.

—¿Qué es eso, Matías?

—Champaña. Lo que quedaba de la última botella.

—Creo que ya tomaste suficiente.

—Es champaña, ma'. Ni que me estuviera echando un caballito de tequila.

Mi mamá no parece convencida y observa su copa con aprensión, como si le hubiera servido un *smoothie* de veneno para ratas.

—Ándale, ándale. Nunca has brindado conmigo —le digo.

—Bueno, está bien.

Dejo la copa frente a ella y me tomo la mía hasta acabármela. Después, sin que nadie se dé cuenta, me lamo el dedo índice, lo resbalo por el fondo de la copa para recoger lo que sobró de la tacha y lo chupo. Me siento al lado de mi mamá y pongo una mano sobre su rodilla.

—Órale, ma'.

Mi mamá le da un trago a su copa. Un buen trago. No sé si eso sea suficiente para entacharla.

Una tía me pregunta qué me pasó en la cara.

—Un amigo, tía. Ya sabes cómo se pone la gente cuando toma.

—Mañana vas a amanecer con la cabeza del tamaño de una sandía.

—Nah. Ni me duele.

Mi mamá me sonríe, le da otro buen trago a su copa y yo la recojo por miedo a que vea lo que hay hasta el fondo. No sobró tanto: un cuarto de píldora, si acaso. En media hora va a estar rebotando de alegría.

Mi tía me revisa el pómulo y dejo que me toque, mientras mis otras dos tías hablan de sus hijas, de cómo están felices de que sus nietos van a nacer en Houston y no en la Ciudad de México, en este clima de violencia, qué horror, con todo lo que está pasando en el país y el desgarriate de las elecciones y la falta de esperanza. No les importa que yo, que nací fuera de México, escuche su conversación. No me hacen partícipes de su plática ni hago el menor intento por incluirme. Solo me acerco a mi mamá y la preparo para lo que está a punto de sentir. Me levanto y hago algo inédito entre nosotros: rodeo su cabeza con mis manos, la aprieto contra mi pecho, húmedo de sangre y sudor, y después le beso la frente.

—Te quiero, ma' —le digo.

—Yo… yo también, hijito.

No me ha dicho así en años. Fuera de ofuscarme, la madriza parece haber esclarecido mis sentimientos. Me siento puro, recién bautizado, libre de cargas. Y es con esa claridad con la que acepto que quiero a mi mamá, la única de mis dos padres biológicos que me acepta, porque el otro cabrón jamás contestó mis llamadas ni me habló

después de que le dejé un recado, al mes de haberme mudado a Nueva York. Ni siquiera pude oír su voz: cuando hablé a su oficina me contestó un mensaje pregrabado de una compañía telefónica.

Voy a la pista a bailar con amigas de mi hermana, y la tacha me pega en menos de treinta minutos. Una delicia. Coqueteo con una chica que se llama Claudia, amiga de Tania desde los diez años, y más que hacerme caso, parece genuinamente preocupada.

—¿Te sientes bien? —me pregunta.

—Estoy perfecto —le digo—. Perfecto —y después volteo y le pido al DJ que le trepe a una canción que ni siquiera me gusta. Me pongo a brincar como desaforado. Brinco tanto y tan alto que al cabo de un minuto me duelen las plantas de los pies. Claudia se rasca el cráneo con sus uñas color violeta y me avisa:

—Me voy a ir a sentar tantito.

—No, no, no. Pérate, pérate. Una canción más y nos vamos a sentar.

—Okey —me responde como si tratara con un loco, como esos con los que creció mi papá en La Castañeda.

—Dame un beso —le pido.

—Ahorita vengo. Voy al baño.

Claudia se va y me quedo solo, dando vueltas por la pista sin nadie que me haga caso. Mi hermana llega y me barre con desprecio, desde la punta de los zapatos hasta el pelo. Me vale madre y me le arrojo a los brazos y la beso: un beso mojado, torpe, en el que aprieto todo mi rostro contra su cachete, desde la barbilla hasta la punta de la nariz.

—No solo te madreas en mi boda sino que también te metes una tacha —me dice al oído, desilusionada.

—Y está que te cagas. ¿Quieres una? —le pregunto mientras la suelto.

—Te pasas , Matías.

—Ya, no seas fresa, Tania. Mándate a la verga con tu hermano.

—Me acabo de casar, güey.

—¿Y dónde está el novio?

—Por ahí anda.

Por ahí anda, en efecto, platique y platique con sus amigos, sin bailar con su nueva esposa ni un minuto, más borracho que cualquier otra persona de su fiesta, tomando *shot* tras *shot* de tequila y vodka y ron. Hace diez minutos fui al baño y lo escuché vomitar en uno de los escusados.

Es hora de ir a ver cómo va mi mamá. La encuentro sentada en el mismo lugar, calladita mientras mis tías no paran de hablar de viajes por el extranjero, de un *outlet* increíble a las afueras de Houston y de

lo deteriorada que ven a la esposa de mi tío Mario, a la que siempre han odiado. Hago caso omiso de su conversación y le extiendo la mano a mi mamá.

—Vente. Vamos a bailar.

Mi mamá tiene los ojos ligeramente desorbitados. Sus manos no dejan de rozar el borde de su vestido. Y cuando exhala, lo hace con fuerza, como la gente cuando se marea.

—No sé, Matías. No me siento bien.

—Párate a bailar y se te quita. Te lo juro.

—Creo que me estoy enfermando. Siento que me va a dar fiebre.

—No es nada. Es que has estado sentada mucho tiempo. Ven. Párate.

Mi mamá me obedece a regañadientes. La tomo de la mano, zigzagueamos entre las mesas que llevan a la pista y después bailo mientras ella no deja de palparse la frente y de frotar las manos, como si quisiera entrar en calor. Se ve extrañamente bonita, aquí, tan indefensa. Me da pena su ingenuidad, su relativa inmadurez frente a mi experiencia; me da vergüenza la brecha entre esta mujer adulta, de sesenta y tres años, y su hijo que ni siquiera llega a los treinta. Sé que he visto muchas cosas que ella jamás verá. Sé que no tiene las herramientas para entenderme. Nunca una generación de padres ha estado peor equipada para comprender a sus hijos. Y con esa frase revoloteándome en el corazón, así la abrazo, con todas mis fuerzas, y me pide que me haga a un lado.

—Pérate, pérate, Matías. Me siento muy rara.

—¿Qué es?, ¿la música? ¿Quieres otra canción?, ¿algo más tranquilito?

Mi mamá asiente con la cabeza como si tuviera cinco años, con los ojos bien cerrados, y corro con la adrenalina a tope hasta arriba de la tarima para convencer al DJ de que le baje al ritmo y ponga algo salsero, más movido, menos moderno, porque lo pide la mamá de la novia, que también es mi mamá. El DJ, un tipo de mi edad que me dice «compa» y que masca un chicle como si este fuera su peor enemigo, me asegura que después de esta rola va a poner algo «sabroso». Le doy las gracias y bajo con mi mamá. En lo que esperamos a que empiece otra canción, le digo:

—Perdón por lo de *Horacio*, ma'. También era tu perro, debiste despedirte de él.

—No te preocupes. Ya estaba muy viejito. Quizás está bien que lo hayas enterrado allí, en ese jardín que tanto le gustaba. ¿Sabes una cosa, hijito? Pienso que *Horacio* nunca fue feliz en la nueva casa.

—Yo creo que nadie más que tú ha sido feliz ahí —le confieso, y

aunque en otras circunstancias este comentario me habría valido un insulto, la tacha suaviza el carácter de mi mamá. Su respuesta lo dice todo:

—Tal vez hice mal en obligar a tu papá a vender la otra casa, pero es que era muy chiquita, ya no cabíamos ahí.

—Cupimos por veintitantos años, ma'.

Mi mamá digiere mi comentario.

—¿Me perdonas por sacarte de ahí, hijito?

—¡Te perdono, ma'!

Nos abrazamos, justo cuando empieza una cumbia movida. Mi mamá me da un beso en la mejilla, el primero en años y años; después grita, emocionada por la canción y yo bailo encantado con ella, tomándola de las manos y dándole vueltas.

—¿No te sientes increíble? —le pregunto sin dejar de sonreír, con la mandíbula trabadísima.

—¡Me siento muy rara! —exclama.

—Te quiero, ma'.

—Yo a ti, hijito.

Bailamos esa canción, y la siguiente y la siguiente frente a las miradas anonadadas del resto de los invitados, sobre todo los más cercanos a nosotros, quienes saben que mi mamá y yo jamás nos hemos llevado bien. Me fascina la escena: el hijo madreado, la mamá entachada, dando brincos por la pista como un par de adolescentes en su primera fiesta de quince años. Después retomamos la conversación, sentados a la mesa donde estuve con mis amigos durante la comida. Hablamos sin silencios, como si tuviéramos los diálogos escritos en una hoja de papel frente a nosotros:

—Te quiero mucho, ma' —le digo.

—Yo a ti, yo a ti —me contesta sudando, con una botella de agua en las manos de la que no para de beber.

—¿De veras, ma'?, ¿de veras?

—Muchísimo. Eres mi hijo, ¿cómo no te voy a querer?

—Es que siento, no sé, siento, siento como si nunca estuviéramos cerca, ¿sabes? Cerca, cerca, cerca… como si mi papá me hubiera querido por los dos.

—¿Sabías que no pasó ni un día, desde que te fuiste hasta que se enfermó, en que tu papá no hablara de ti, que no me preguntara si habías contestado mis *mails*, si sabía algo? Yo siempre le decía que tú no te comunicabas conmigo, que si alguien sabía de ti era él. Y es cierto.

Me levanto y arrastro la silla hasta acercarme más a mi mamá. La tomo de las manos.

—¿Tú me extrañabas? —le pregunto.

—A veces. Es que chocábamos demasiado… —me responde distraída.

—Namás quiero que sepas que yo a ti te extrañé mucho, mucho más de lo que te dije.

—Me encanta esta canción, ¿no quieres bailar?

—A todos los extrañé todos los días que estuve fuera…

—Vente. Vamos a la pista.

—Dame un abrazo.

—Claro que sí, claro que sí.

Abrazo a mi mamá como una boa. La abrazo hasta sentir que le crujen los huesos de la espalda. La abrazo hasta que me pide que me separe porque la sofoco. Me siento aún más limpio que antes. Le digo que ese que nos acabamos de dar es el mejor abrazo de mi vida. Y ella me devuelve el halago:

—Casi me ahorcas —me dice riendo, y río con ella.

—Te quiero, ma'.

La diversión dura poco. Después de un par de canciones mi mamá se detiene, pone las manos en su vientre y corre al baño a vomitar. Una vez más me quedo solo en la pista. Sacudo los pies de forma involuntaria y me siento como —imagino— se sienten los delincuentes a los que están a punto de cachar con las manos en la masa. Mi hermana ve a mi mamá salir de la carpa y corre atrás de ella, pero no tarda en volver trotando hacia mí como un pavorreal albino y encabronado. Sé que sabe lo que acabo de hacer. Y me echo a correr hacia el lado opuesto, rumbo al estacionamiento, listo para huir de la fiesta a toda velocidad.

Y aquí llegué, brincando de la pista de una boda a la pista de un antro, de la música comercial de un DJ al *beat* electrónico de otro, de la cápsula de MDMA a la tacha azul, de estar entre conocidos desconocidos a desconocidos de verdad. El ritmo de este DJ agarra tracción, como las llantas de un coche de juguete. El volumen sube y sube y sube de forma ensordecedora, y después baja, solo por un segundo, antes de explotar. Vuelve a salir el hielo seco, se apagan las luces, se enciende un láser verde y la canción revienta. Todos alzamos los brazos, brincamos y aullamos como lobos de cara a la cabina, hipnotizados por la música. Me quedo en la pista un buen rato hasta que me acabo mi cerveza, otra vez empapado en sudor, con el pelo tan mojado que cualquiera pensaría que me metí a nadar. Acabo bailando con dos chicas tan delgadas y morenas como Tania, que apenas si me prestan atención mientras doy de brincos por la duela. Cada vez que volteo a verlas en un intento por cruzar miradas, caigo en la cuenta de

que sus ojos están fijos en otro punto del antro. Se secretean entre ellas, y cuando les pregunto su nombre, me responden en voz demasiado baja como para ser discernible. Les digo el mío aunque no me lo piden, y cuando se cansan de bailar y salen rumbo al garaje del primer piso las acompaño, a pesar de que no me extienden invitación alguna. Cruzo la cortina de la entrada, subo las escaleras y el viento de la madrugada enfría el sudor en mi espalda y mis axilas. Mis pulmones agradecen el aire fresco, pero mi piel se siente incómoda. Otro recuerdo de la playa: mi papá me obliga a ponerme una camiseta en el instante en que salgo de la alberca o del mar, para que mi piel blanca no se queme, y detesto la sensación de la tela seca sobre mi espalda mojada. Otro: mi papá me envuelve en una toalla como si yo fuera un taco humano, y me abraza, acostado en un camastro, mientras lee una revista. Otro más: cada vez que voy a la tienda o me acerco a la barra de la alberca para pedir un coco, la gente que atiende me habla en inglés, asumiendo que no soy mexicano. Y me gusta. Sí, claro que me gusta. La incomodidad vendría más adelante, pero a mis siete años disfruto poder mentir y aparentar que no soy mexicano, que no tengo nada que ver con esos dos papás que a duras penas se dirigen la palabra. Lástima que no hablo suficientemente bien inglés como para fingir con mayor eficacia.

Les pregunto a las chicas si quieren un cigarro. No me responden nada, así que saco mi cajetilla y les ofrezco uno. Ambas lo toman sin voltear a verme. Y cuando les ofrezco una de mis tachas azules, se alejan de mí y vuelven a entrar al antro. Decido quedarme en el garaje hasta dejar de sudar. No sé cómo acabo platicando con un tipo, vestido con una camisa con mancuernillas abierta hasta el ombligo, que no deja de decirme que es de Monterrey y que ahorita me puede conseguir lo que yo quiera. Sigue diciéndome eso a pesar de que le aseguro que traigo todo lo que me ofrece dentro de una cajetilla de cigarros.

—Carnal —le digo—, si quieres te doy una traka. Me sobran como cuatro.

—No, gracias, güey —me responde, como si le acabara de ofrecer una jeringa con heroína—. Ya casi me voy. Mañana me tengo que parar temprano para regresar a Monterrey.

Estoy seguro de que jamás ha probado ni visto una tacha en su puta vida.

—Ya voy para adentro —le digo, y después lo abrazo. El supuesto regiomontano me devuelve el gesto sin mayor efusividad y regreso a la pista a buscar con quién bailar. Antes me observo en el espejo del baño: mi pupila está tan dilatada que no encuentro el azul de mis ojos;

la sonrisa del hombre en el reflejo no concuerda con cómo me siento en realidad.

Les pido un abrazo a las primeras personas que encuentro sobre la duela: una pareja rubia, vestidos igual que yo (*jeans* y camiseta blanca), quienes acceden con total alegría. Los dos me abrazan al mismo tiempo y recargo mi barbilla en la cuna que forman sus hombros mientras disfruto la mezcla de sus perfumes: cítrico el de él y dulce el de ella.

—Huelen a pay de limón —les digo y, fuera de molestarse, los dos rubios agradecen mi comentario. Me dan una señal de aprobación con el pulgar y después vuelven a bailar.

Sigo bailando, en busca de alguien más a quién abrazar. Encuentro a una tachuela humana, cabezón y enano, y le ofrezco una de mis pastillas.

—Órale, chido —me dice, y saco una de las tachas azules y la deposito en su mano, cuidando que no me vea ningún elemento de seguridad—. Gracias, *brother*.

—Abrázame —le pido, y él accede y rodea mi cintura con sus brazos.

Voy a la barra por una cuba. Al lado de mí, un mesero entrega una comanda a la cajera. Le pico el hombro con mi dedo índice y me voltea a ver, listo para tomarme la orden, impaciente. Le extiendo los brazos y le pido que se acerque.

—¿Un abracito? —sugiero, y él se aleja y extiende el brazo con la palma de su mano hacia el frente, como un policía detiene el tránsito. No parece haber asombro en su gesto. Me da la impresión de que otros clientes le han pedido abrazos antes.

—Ándele. Un buen abrazo —insisto y el mesero se va sin volver a contestarme, mientras la cajera me pide que le pague mi cuba.

Me la acabo de dos tragos, dejo el vaso vacío en una mesa junto a la barra y voy al baño para darme un pase. Mientras espero a que se desocupen los apartados, le pido un abrazo al hombre calvo de rostro desencajado que atiende a los clientes afuera del baño, ofreciéndoles Pepto Bismol, papel para secarse las manos, aspirinas, coca y tachas. A diferencia del mesero, él sí me abraza, aunque con tanta reticencia que nuestros pechos a duras penas se tocan. Le doy las gracias con un billete de doscientos pesos sobre su charola y después entro a uno de los apartados.

Mi cabeza ya no distingue mi estado físico. No tengo idea de si estoy más pedo que puesto. Ni siquiera me preocupo en ver la hora. Así sean las diez de la mañana, no pienso irme de este lugar. De regreso, vuelvo a abrazar al *pay* de limón y esta vez les pido que me

den un beso, cada uno en una mejilla, apretándome el rostro. Acceden y me hacen la noche.

—Gracias, gracias, gracias —les digo. Envalentonado por mi éxito, me alejo de ellos y me acerco a una señora con minifalda de estampado felino, quien baila frente a la cabina del DJ, para pedirle un abrazo. Me dice que no, pero insisto. O insisto hasta que su novio se levanta y me enfrenta en la pista: un tipo cuyos bíceps miden más que mi tórax, más alto que Adrián, coco hasta la última neurona.

—¿Quieres que te parta tu madre? —me pregunta bufando. Y yo dudo por un segundo. En una de esas no me caería mal otra madriza.

—Perdón, carnal. Nada más quería un abrazo.

—Te doy dos pa que te largues, pendejo.

—Sí, sí. Perdón —le pido, haciendo reverencias como si fuera japonés y me alejo de ellos. El tipo me sigue con la mirada hasta que salgo del antro, de vuelta hacia el garaje, para echarme un cigarro. Ahí encuentro a tres chicas de no más de veinte años, quienes fuman recargadas contra la pared. Me acerco a ellas, con las manos detrás de la espalda.

—¿Les puedo pedir un favor?

Las tres me voltean a ver como la gente en México mira a los limosneros: dispuestas a darme una milésima de segundo de su tiempo, y nada más.

—¿Me pueden dar un abrazo?

Una de ellas se ríe. La otra saca su celular, aparentemente rebasada de pena ajena. La última me espeta:

—Quítate.

No reculo. Ahora, en vez de un abrazo les pido un beso:

—En el cachete. Chiquito.

—¡Que te quites! —me dice la misma chica, desesperada, como si llevara horas molestándolas.

—Okey, okey, okey.

Apago mi cigarrillo, no sin antes darme cuenta de que los de seguridad han comenzado a observarme con especial ahínco. Tengo la solución perfecta para aliviar la tensión. Me acerco a uno de ellos, el que cuida la espalda del cadenero, y le ofrezco un cigarro.

—Ve entrando, de favor —me dice sin verme a la cara.

—¿Tienes frío? —le pregunto.

—Despeja esta zona, ¿sí?

—Te doy un abrazo.

—Una más y te saco.

Guardo mi cajetilla de cigarros, levanto las manos y voy de vuelta al antro. Tengo tanta adrenalina que bajo la escalera, de más de veinte

escalones, en menos de cuatro brincos. No paro de sudar. Mis puños no dejan de golpear el aire. En la barra me topo con un hombre un poco mayor que yo, de cabello negro y engominado, y facciones finas, casi cinceladas. Cuando me habla no logro distinguir su acento. Lo único que sé es que no es mexicano. Le pido que me abrace y acepta. Mis manos aprietan su espalda, que es más músculo que hueso o grasa, y me siento seguro, ingrávido, al mismo tiempo compacto y amplio, como si el pecho de este desconocido fuera mi casa y su cuerpo una extensión del mío. No estoy seguro, pero creo que hasta ronroneo de placer. Me separo de él, mareado porque su abrazo no me permitía respirar y desconcertado por tantas sensaciones, y cuando se acerca para besarme en la boca no lo alejo. Lo vuelvo a rodear con mis brazos y no me molesta que su boca huela a cocaína y a ron, ni que la textura de su rostro me parezca ajena o que su lengua, que investiga mi paladar con diligencia, me resulte agresiva e invasora. Mis manos suben hasta su nuca y empujo su cabeza hacia mí, más adentro, hasta que él me aparta con una mano en mi cuello y la otra entre mi verga y mis güevos, a los que frota con una fuerza a la que no estoy acostumbrado.

—Ahorita vengo —le digo. Mi cabeza da vueltas. Tengo náuseas. Necesito otro pase. Otro abrazo. Otro beso. Otra cuba. Otra tacha.

Voy al baño. No sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que vine, pero el hombre que daba toallas, Pepto Bismol y aspirinas ya no está. Me asomo por la escotilla y veo que los dos mingitorios están desocupados y no parece haber nadie adentro de los apartados. Entro y pienso en sacar la grapa aquí mismo, pero sé que alguien de seguridad podría verme. Entre la música, que hasta aquí se oye, escucho gemidos masculinos que provienen de algún lugar cercano. ¿El baño de mujeres, quizás? Opto por abrir la puerta de uno de los apartados para darme un pase, pero resulta que el cubículo está ocupado por un hombre con los pantalones hasta las rodillas, y una mujer, sentada sobre la tapa del escusado, que le mama la verga con una enjundia francamente admirable.

—Disculpen —les digo, cierro la puerta y me meto a otro de los apartados para darme mi último pase mientras escucho cómo los gemidos del tipo se intensifican seguidos por los lamentos de ella, como si la estuvieran lastimando. Después oigo el golpeteo de él, cogiéndosela contra la puerta del apartado. Cuando salgo y me observo en el espejo caigo en la cuenta de que me estoy riendo.

Regreso a la barra en busca de quien sea: el hombre que me besó, el mesero, el *pay* de limón, las chicas que no me pelaron, el enano al que le regalé una tacha y hasta la *cougar* esa a la que su novio

defendió en la pista. Me acerco a la primera chica que encuentro, de tez blanquísima, ojos verdes y pelo pintado de negro, probablemente modelo sudamericana, y le pido un beso, solo uno, por favor.

—No, gracias —me dice (¿quizás es brasileña?) con una sonrisa en el rostro que delata la razón por la cual los modelos rara vez sonríen cuando les toman fotos: su belleza desaparece en el momento en que veo sus dientes, pequeños y extrañamente afilados, como el hocico de una piraña.

—¿A que nunca has besado a un gringo mexicano? —le pregunto.

—No, gracias.

—Dame un pinche beso, carajo.

—Que no —me repite, ya sin sonrisa en los labios.

Dos tipos que parecen modelos de Abercrombie and Fitch, con camisetas de licra y brazos venosos, se levantan de sus sillas y se acercan a la chica a la que quiero besar.

—Te ha dicho que no —me dice uno.

—¿No escuchaste? —me pregunta el otro.

—Nada más quiero un beso. De ustedes o de ella. Me da lo mismo.

—Vete —me dice uno de ellos y me pide que me aleje con un económico ademán, como si yo fuera una imaginaria migaja que él estuviera quitando de la mesa. En vez de retirarme doy un paso hacia adelante, seguro de que con mi siguiente propuesta los convenzo:

—¿Por qué no nos vamos de aquí los cuatro? Tengo un departamento cerquita, en la Nápoles. Se podría poner chingón.

Mientras el joven que me pidió que me largara se acerca a su novia y la abraza, el otro me encara.

—¿Eres puto? —le pregunto—. No hay pedo, güey. A mí me gustan las viejas, pero si quieres dejo que me la metas.

Algo me voltea la cara. Me tardo en entender, pero lentamente me percato de que el tipo este me acaba de cachetear. No me empujó. No me pegó. Me cacheteó. Vuelvo a echarme a reír, de forma incontrolable.

—¡No mames que me acabas de cachetear, carnal!

Y me da otra, mucho más fuerte, que vuelve a abrir mi cortada en el labio. De inmediato siento cómo mi boca se llena de sangre. Al verme sangrar, el tipo no se detiene. Esta vez me empuja y me voy de espaldas contra un sillón hasta caer en una mesa donde están sentados cuatro tipos, incluido mi amigo de Monterrey, que claramente me mintió porque sigue en el antro. Lo siguiente pasa en un auténtico abrir y cerrar de ojos: los cuatro tipos se me echan encima, me patean, me pisan, y un guardia de seguridad me toma del pelo, me saca por la cortina, me empuja hacia arriba de la escalera y luego me arroja fuera

del antro. Nunca me había pasado esto, y en un solo fin de semana van dos guardias que me expulsan de algún lugar.

Afuera, en la banqueta, vuelvo a acercarme a la cadena.

—¿No quieren un abrazo? —les pregunto a los cadeneros.

Sin voltear a verme, uno de ellos me amenaza:

—Vete o la cosa se va a poner muy pinche fea.

Sin más, con sangre escurriendo de los labios hasta los tenis, camino hacia mi coche. Me tambaleo por la banqueta y tropiezo al dar vuelta en la esquina, a punto del desmayo, cayendo de bruces contra el concreto. Decido quedarme allí sentado, con la nuca recargada contra el ventanal de una pastelería, en lo que vuelvo a sentirme lo suficientemente bien como para manejar. Reviso mi celular y veo veinte mensajes de mi hermana, que prefiero no leer. Son las cinco de la mañana. Todavía me siento en tachas. Un poco pedo, también. Pero nada demasiado grave. En veinte minutos puedo ir a otro lugar. ¿Qué estará abierto? Conozco poco de la Ciudad de México. Tal vez lo mejor sería irme a la Zona Rosa y preguntar por ahí, a ver si hay un putero abierto o algún *after*. Nada más necesito a alguien que me haga compañía. Le mando un mensaje a Patricio, quien no me contesta. Le mando un mensaje a Felipe, y corro con la misma suerte. Llego a la conclusión de que lo más seguro es hablarle a Natalia. Si no quiere venir conmigo, pues paso por ella y nos vamos a mi depa a dormir juntos.

Encuentro su nombre dentro de mis contactos y le marco.

—¿Qué quieres? —me contesta adormilada.

—No vas a creer dónde estoy…

La escucho suspirar y después guardar silencio. Me pregunto si se habrá quedado dormida con el teléfono en el oído.

—¿Natalia? —la llamo.

—¿Dónde estás? —me pregunta, y su tono me recuerda al de mi mamá cuando recibía un telefonazo mío en la madrugada, avisándole que iba a llegar tarde porque teníamos que llevar a Adrián a urgencias.

—Estoy… no me vas a creer… —se me extravían los diálogos. No quiero decirle que estoy sentado en una esquina de una calle que no conozco, afuera de un antro, con dos tachas encima.

—¿Dónde, Matías?

—Nada, nada. Caminando por el Parque México. Vengo saliendo del Leonor.

—No me digas mentiras. Ahí estaba yo hasta hace una hora y no te vi.

—Es que llegué hace treinta minutos.

—Adiós, Matías.

—No, no, pérate, Natalia. ¿No quieres que pase por ti? Me siento súper mal de lo de ayer.

—Me da gusto. Que tengas una buena vida.

Me cuelga. Y cuando vuelvo a marcarle, su teléfono parece estar apagado. No me doy por vencido: le mando uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete mensajes de texto en los que le pido perdón, le sugiero que nos veamos mañana, que platiquemos de todo lo que ha pasado. Pero no recibo respuesta. Me pongo de pie y prendo un cigarrillo. Me duele la quijada por las tachas y el resto de la cara por todo lo demás. Creo que es hora de irme.

Quizá debería regresar a Nueva York. ¿Qué chingados hago aquí?, ¿quién queda?, ¿quién vale la pena en este puto país de mierda, culo del mundo, pinche infierno de mediocres y jodidos hijos de puta? Que se los lleve la chingada a todos: a Adrián, a Felipe, a Pablo, a Natalia, a Daniela, a Mica, a mi hermana, a mi mamá, a mi perro y hasta a Inés y a mi papá. Bien por los que ya se están pudriendo, y el resto que se joda y que se quede aquí para siempre, a hacerse viejos en este puto muladar de cagada y polvo y sangre y lodo. Arranco mi coche. Los efectos de la tacha descienden, pero ya no me quiero drogar. Tiro el resto de las pastillas a la calle y vuelvo a tomar Insurgentes, rumbo a casa de mi mamá en el Pedregal. O no sé si voy allí. No sé. Igual y me regreso a Cuernavaca, a ver si la boda sigue, o me voy a Acapulco o ya de plano me doy la vuelta hacia Querétaro y de ahí me enfilo hacia el norte. Total, soy gringo: en una de esas me dejan pasar la frontera si encuentran mi nombre en el sistema. Y no le vuelvo a hablar a nadie de los que viven aquí, en esta puta ciudad en la que solo fui feliz con un cabrón que se murió sin siquiera avisarme, que me trajo aquí cuando yo no se lo pedí, que me crio como su hijo cuando nadie le dijo que lo hiciera. Me subo al segundo piso y acelero rumbo al sur. Afuera llovizna y las llantas del Mustang de mi papá se atoran o derrapan sobre los charcos de agua, mientras sus limpiavidrios se esmeran por deshacerse de las gotas que chocan contra el cristal, aunque solo logran embarrar el agua y manchar el vidrio. Frente a mí está la bandera de México, azotada por la lluvia, casi deprimida, como un trapo mojado, descollando desde la glorieta de Magdalena Contreras. Está a punto de amanecer, pero no encuentro los volcanes en el este: solo gris, apenas teñido de púrpura, y el sol extraviado entre la bruma. Giro a la izquierda y me vuelvo a enfilar hacia el norte de la ciudad, sin ningún rumbo fijo, listo para dar vueltas por siempre.

Cuatro meses después de que muriera mi papá, Tania me dijo:

—La muerte nunca cumple sus promesas.

—¿Qué? —le respondí molesto. La muerte siempre cumple su única promesa. Ella y el tiempo nunca fallan. Prometen poner el punto final, arrasar con todo, apagar la luz, y eso hacen. Siempre. Sin falta.

Entro al Periférico y aprieto el pedal hasta el fondo. Mi corazón no deja de latir; tengo las manos tan adormiladas de miedo que ni siquiera siento el volante entre mis dedos. Nada se odia con más fuerza que aquello que llegamos a amar profundamente. En el proyector de la memoria aparece Inés. Inés y las aburridísimas películas que veíamos en el cine; Inés y la casita donde vivía con sus padres; Inés y el sofá donde nos sentábamos a ver series gringas; Inés y los restaurantes a los que íbamos a cenar en Coyoacán y San Ángel. Inés y sus fotos de niña. Estoy en su casa. Tengo diecinueve años y me está enseñando los álbumes de su infancia. «Mira —me dice—, esta fue mi primera comunión. Me veía horrible. ¿Qué onda con ese peinado?» La de la foto sonríe: está chimuela y sostiene un cirio. Pobrecita, vestida como merengue humano, peinada con más espray que una corista de los ochenta. «Mira, aquí estoy», con un traje de baño de una pieza, rosa, casi fosforescente, de espaldas a un mar violento flanqueado por un cielo plomizo, sin nubes ni sol. Allí está, también, junto a su papá y su hermano menor, parada al lado de un estrafalario árbol de Navidad que parece a una esfera de derrumbarse. Allí aparece con su cachorro de labrador, al que no conocí, en brazos. Trae frenos de caballo y el pelo atado en una cola que parece despuntar desde lo más alto de su cabeza. Tiene los ojos más verdes que ahora, como el verde que usan los niños pequeños para dibujar el pasto. Allí aparece, aparte, junto a sus primos en algún cumpleaños, todos hincados en sus sillas para poder asomarse al centro de la mesa y soplarle al pastel. Ahí está, a los quince o catorce, sentada al borde de un camastro con un traje de baño cuyas dos piezas son tan grandes que apenas si puede ser considerado un bikini, viendo a la cámara con su copete castaño y húmedo que le tapa la mitad del rostro. Se ve incómoda. Aún no habita con confianza la piel, los senos y la cintura que se le han adelantado en el camino hacia la madurez. «Mira —me dice—, esta era la casa en que crecí.» Dos recámaras arriba. Una sala abajo. Un portón de madera verde. Un solo espacio en la cochera. No tenían mucho dinero, pienso. Creció en una privada, igual que yo. Salía a jugar escondidillas con sus vecinos en las tardes, como yo. Pedían *trick or treat* a finales de octubre, igual que yo. ¿En qué más nos pareceremos?, ¿su papá la habrá llevado a andar en bici al Parque México, a dar vueltas entre viejos judíos y parejas que alimentaban con un bolillo a las palomas?, ¿habrá hecho sus fiestas en los mismos

jardines en los que mi mamá invitaba a medio mundo para festejar a su Tania? ¿En qué habrá soñado esa niña que me observa de vuelta, congelada en ese paréntesis fotográfico, como si siempre hubiera estado esperando a que la hallara? ¿Habremos tenido los mismos miedos? Acelero por el Periférico a toda velocidad, y las llantas del Mustang de mi papá a duras penas pueden tomar las curvas. Veo fotos y más fotos: los álbumes vistos y los que aún no abrimos se apilan en la mesa que está frente a nosotros, y brevemente quiero creer que existe lo predeterminado, que hay parejas que se encuentran porque así tuvo que ser y nunca jamás se sueltan. Qué cursi eres, cabrón. Son fotos, chingada madre. Fotos. Vete a dormir a tu departamento y olvida este fin de semana, estos meses, estos años. Y olvida las fotos de Inés: esos instantes de un pasado que no fue tuyo y que no deberías ni conocer. ¿Para qué?, ¿qué hay ahí que sirva? Es la historia de ella, la que ahora está junto a mí en su casita de dos pisos, con dos cuartos un poco más grandes que los pasados, con dos espacios para coches, con un portón de madera blanca en vez de verde. Se me cierra la garganta. La ocluyen las dudas, la sofocan inquietudes. Las fotos que veo no esclarecen nada. No hay luz que venga de ellas. Son, todas, entradas a un laberinto que es insondable porque no es mío (y aunque fuera propio). ¿Cómo marcaré yo esta narración?, ¿cómo esperaré yo entre los pliegues de este álbum cuando me tomen fotos con Inés, cuando me incluyan en este repertorio? Estudio a Inés afuera y adentro de las imágenes. La que abre el telón de los álbumes y la que espera en ese teatro nebuloso. Una sonríe, me besa y me agradece que tenga la paciencia de visitar el pasado. La otra es feliz en una imagen y después llora. La otra observa a su hermano en la cuna y quién sabe qué denota su rostro, quién sabe qué hay detrás, qué ocurrió antes de que se disparara el *flash*. La otra es siempre un enigma, una palabra sin dueño: triste, niña, fiesta, viaje, cuna, cuerda, escuela, salón, dientes, regalos, siesta. Rebaso a un camión que estorba en el carril de alta, le pinto pitos con la mano después de que escucho cómo me mienta la madre cuando le toco el claxon, e Inés me enseña la última foto. Ella, en la cuarteada banqueta afuera de su casa, con un conejo de peluche en una mano, ve a la cámara y fuerza una sonrisa claramente exigida por el fotógrafo en turno. Grietas, juguetes, postales. Y antes de que cierre el álbum, pongo mis dedos sobre la imagen y los deslizo hacia abajo, acariciando fantasmas melancólicos. Nos despedimos cinco minutos después. Aquí y en el recuerdo es tarde. Mañana tengo clase de siete en la universidad, y ella también tiene que despertar temprano. Sus papás deben estar por llegar del cine (hoy es miércoles y los miércoles son los días para ver películas).

Nos abrazamos bajo el portón de su casa para darle pelea al frío que se cuela presuroso por la ranura de su puerta. Me separo y camino hacia mi coche, pero antes de llegar al camino adoquinado que lleva a la salida volteo a verla. Ahí vuelve a aparecer Inés. Es otra fotografía, pero esta vez me pertenece. No es un objeto y no hay álbum que la albergue. Es un suspiro adentro de una botella que, desde esa noche, arrojo a la inexorable marea del olvido.

—¿Qué tienes? —me pregunta cruzada de brazos, aterida por el frío decembrino.

—Tengo miedo de algún día extrañar todo esto —le respondo, y mis ojos recorren toda su casa en un círculo que acaba en ella, parada frente a su puerta.

Inés se acerca a mí y me abraza. No sé qué sentimientos me revuelcan, ni sé por qué no puedo soltarla. Quiero volver a su casa y besar todas esas fotografías que no comprendo para agradecerles que estén ahí, como piedras sobre las cuales Inés atravesó el más amplio de los ríos para encontrarme en la orilla opuesta. Qué milagro es que esté junto a mí esa niña del vestido de merengue, del bikini de abuelita, del conejo de peluche. Aunque no le digo nada, porque no sé traducirle lo que siento, quiero rescatar su pasado y el mío, protegerlo de la tempestad del tiempo. Quiero darle una vida mejor, con una casa más grande, con horizontes vastos. Por primera vez siento que quiero a una mujer, y entiendo por qué estoy enamorado de ella.

No digo nada.

Pero lo que quiero decirle es:

Me enamoré de ti para salvarte.

Me enamoré de ti para salvarme.

Quiero acabar con todo eso: con todo lo que vive adentro porque afuera está muerto o le pertenece a alguien más. Quiero apagar la luz de estas velas internas. Hacer daño. Hacerle daño a alguien. Estoy cerca de donde unas vallas de plástico exigen que los automóviles se desvíen hacia la lateral, porque hay una obra inmensa allá adelante. Me pego al carril de la derecha, avisto un automóvil rojo repleto de gente —uno de esos coches tan viejos que sus escapes emiten trompetillas al acelerar— y decido que es hora de darme en la madre. Como el negativo de esa ambulancia a la que vi chocar, así me aferro al volante y así viro hacia la izquierda, a casi cien kilómetros por hora, listo para estrellarme contra ellos y contra todos los automóviles que vengan atrás. Las llantas del Mustang rechinan sobre el pavimento y ni siquiera he terminado de dar el volantazo cuando el automóvil ya está sobre dos ruedas, casi dando una maroma, a punto de impactar el costado del coche rojo. Siento el golpe, acompañado de un crujir de

metal estentóreo, casi insoportable, mientras mi frente golpea el volante y me percato de que estoy dando vueltas y vueltas y vueltas sobre el pavimento. Escucho cómo el hule de las llantas revienta y el sonido de las chispas, de fierros chocando contra fierros, de cristales quebrados, se ahoga entre mis propios alaridos.

Abro los ojos. Sigo frente al volante. Por el parabrisas descuartizado observo el cofre del Mustang, mezcla de acordeón y bola arrugada de papel aluminio. El asiento del copiloto se separó del resto del automóvil y ahora descansa contra los diminutos asientos traseros. Escucho gritos afuera. Aún traigo puesto el cinturón de seguridad. Lo desabrocho y giro hacia mi izquierda: la puerta está abierta. Salgo de lo que queda del Mustang de mi papá. Estoy a la mitad del Periférico, súbitamente sobrio, sin nada más grave que un leve mareo. Cien metros atrás de mí está el automóvil rojo, ileso, con sus cuatro tripulantes afuera, quienes lentamente caminan hacia mí. El muro de contención que separa los dos lados de la avenida está resquebrajado, y de donde estoy hasta donde descansa el coche rojo hay una serie de impactos sobre el pavimento: todos los lugares en los que mi coche rebotó, como una pelota, hasta llegar aquí. Dos trabajadores con cascos anaranjados me observan, incrédulos, al lado de una grúa. No pueden creer que estoy vivo.

No lo pienso dos veces y me echo a correr, lejos del Periférico. Nadie intenta detenerme. Corro hasta cansarme, sin voltear hacia arriba, por callejuelas angostas, mientras poco a poco comienza a salir el sol. Escucho el ruido de los pájaros que trinan desde los árboles, apenas despiertos, acompañado por el jadeo convulso de mi propia respiración.

No me detengo hasta topar con una avenida de varios carriles que no reconozco. Camino al lado de bardas con grafiti que anuncian conciertos de la Sonora Santanera, la Sonora Dinamita, Yuri y Moderatto. Paso zapaterías cerradas, estéticas unisex y un par de *sex shops*. Sobre la avenida, un microbús acelera y su motor gruñe como una bestia senil y lastimada. La calle huele a gasolina, a balatas y a ese olor punzante, nauseabundo, de grasa friéndose sobre las planchas de los puestos de comida que invaden las banquetas. Camino sobre carteles de propaganda política que la lluvia de anoche derribó de los postes de luz: paso encima de uno con la leyenda «El cambio verdadero está en tus manos», otro que exige que el gobierno pague vales de medicina y otro más que dice «Bienvenido el voto de los libres». Dando pasos cortos, cruza una señora con un bebé en los brazos, arropado en un sarape, y de su mano otro niño que no para de llorar. La gente me observa con una mezcla de lástima y asombro. En

sus rostros veo que no pueden dar con una historia que explique al personaje con el que comparten banqueta: un rubio hecho pedazos, con la ropa rasgada y el rostro ensangrentado, que a duras penas puede caminar en línea recta.

Lo único que quiero es llegar a mi departamento y dormir. Dormir. Hibernar. Hibernar.

Domingo

En el libro que publiqué había un capítulo donde uno de los personajes principales regresaba de estudiar una maestría en el extranjero, se establecía en un departamento del DF y un día, tras soñar con su exnovia, decidía visitarla. Aún vivía con sus papás y él iba a buscarla con un fajo de cartas bajo el brazo; cartas que le había escrito pero nunca enviado. Ella le abría el portón de su casa y en menos de dos páginas lo mandaba de vuelta a su departamento. Lo escribí estando con Inés, antes de enterarme de su embarazo, cuando íbamos bien. Quise que fuera una especie de análisis de las consecuencias de nuestros errores. Nada se puede rearmar después de una destrucción total, y el personaje de mi episodio aprendía eso durante aquel encuentro. Después de ciertas heridas, no hay marcha atrás.

Como buena parte del libro, ese relato resultó profético. Al igual que el personaje de las cartas, también yo dejé a mi novia para irme fuera de México, y cuando regresé, ella ya no estaba disponible. Sin embargo, la realidad supera a la ficción. En la historia, el tipo la había cortado sin motivo alguno. Esa era la afrenta, por demás adolescente, que ella no le perdonaba. En mi caso, los agravios entre Inés y yo eran más profundos. Tuvimos una relación estable, sin contar una o dos infidelidades de mi parte y de la suya, y en el transcurso de un mes no solo decidí dejarla sino que le pedí que abortara. Dos semanas después me fui a Nueva York y no la volví a ver hasta el jueves pasado, en un Starbucks, con su hijo en una carriola frente a ella. Y si a mi personaje le cerraron la puerta en las narices y le devolvieron todas sus cartas porque cortó a su chica ficticia sin dar mayores explicaciones, ¿qué me esperaba a mí al buscar a mi exnovia a la que dejé, con el vientre apenas yermo, para irme a Nueva York por seis años?

Son las once de la mañana y voy rumbo a Polanco, al departamento de Inés. Le tuve que hablar a un par de viejos conocidos de la prepa —tal y como hizo el personaje de mi libro— para obtener la dirección. Rodrigo Ávila, uno de sus mejores amigos a lo largo de la prepa y la universidad, me dio la dirección, no sin antes preguntarme

para qué la quería. Le inventé una mentira verosímil: regresé por la muerte de mi papá, apenas estaba en el proceso de ordenar mi antiguo cuarto, había encontrado cosas de Inés y quería mandárselas de vuelta.

—Órale, buenísimo —me dijo, tan amable como siempre—. Oye, ¿y ya conoces a Sebastián?

—¿Quién es Sebastián? —le pregunté.

—El hijo de Inés. Está genial el pinche escuincle.

—No, no lo conozco. Namás he visto algunas fotos de Facebook.

—¿Estás bien, Lavalle? Te oyes medio ronco, güey.

No estoy tan bien, Rodrigo. Fíjate que ayer me metí un coctel de drogas, acompañado por dos botellas de vino y una de ron, me agarraron a madrazos como cinco personas distintas en una noche y, además, choqué el Mustang de mi papá en el Periférico, lo dejé ahí y probablemente tenga que reportarlo como robado para que no me metan a la cárcel. Así que sí, he tenido mañanas más frescas que esta.

—Sí, todo chido, carnal. Ayer me desvelé un poquillo, pero todo bien.

—A toda madre. Me da gusto oírte, güey. A ver cuándo nos vemos.

—Ya vas.

Colgué, me bañé, me vestí y salí del departamento rumbo a casa de mi exnovia. Antes le mandé un mensaje a Tania, para darle una disculpa y asegurarle que llegué a México y que estoy bien. No me sorprendió que no me contestara.

Por primera vez en semanas, desperté sin haber tenido pesadillas. Más allá de la cruda moral y de un dolor de cabeza marca diablo, abrí los ojos y me sentí sucio pero en paz, como quien comienza a observar los escombros que dejó un incendio en casa y acepta el daño. Había algo liberador en poder pisar las cenizas, caminar alrededor de los rescoldos, reconocer ese punto y aparte. Pero más que eso, hay algo reconfortante en saber que ninguna noche, de aquí en adelante, será peor que la que pasé ayer. Y con esa certeza, esa extraña calma, estaciono el coche sobre una calle de Polanco y observo mi rostro en el retrovisor. Mi labio y mi pómulo siguen hinchados, me cuesta trabajo respirar, me duelen las rodillas, pero aun así estoy a años luz del desmadre de ser humano que me miraba en ese mismo espejo cuando regresé de Cuernavaca ayer a las doce de la noche. El champú, el gel, la loción y un poco de ropa limpia tampoco afectan. Lo que menos quiero es que Inés me vea con lástima. Solo espero que esté sola y que su marido haya salido a jugar golf o algo. Si está con él, o si él me contesta el timbre, pues regresaré mañana, o el martes o el miércoles. No tengo prisa. Lo que tengo son nervios. Hace casi siete

años desde la última vez que hablé con ella, que nos vimos frente a frente, y no tengo ni la menor idea de cómo me recuerda. No sé si me odia o si hay alguna parte de Inés que aún piensa en aquella relación con cierto cariño. Quizá nada me da más miedo que darme cuenta de que soy el único de los dos que ungió nuestro pasado compartido, convirtiéndolo en una suerte de leyenda; un faro de luz en el túnel de los años. Nada me dolería más que ser recibido con desparpajo, como quien saluda a un viejo e inconsecuente conocido. Prefiero que me saque a patadas a que me sirva una taza de té y me pregunte por la boda de mi hermana.

Cruzo un parque, acompañado de las risas de niños que brincan hacia afuera y hacia adentro de las jardineras. Un vendedor de globos cuenta su dinero, sentado al borde de una fuente sin agua al centro del parque, mientras un hombre de cabello entrecano y pantalones que le quedan cortos lee el más reciente ejemplar de una revista en una de las bancas verdes situadas alrededor. Paso por el puesto de un bolero de zapatos que me ofrece una limpiadita, y después cruzo la calle rumbo al edificio de Inés: una estructura de varios pisos con ventanales marrones y superficie del color del barro. Apuesto a que la renta de su departamento es relativamente cara, pero que por dentro el lugar no es lindo. Saco el papel donde apunté los datos de Inés que me dio Rodrigo, leo el número de departamento y después toco el timbre. Nadie responde, así que vuelvo a tocarlo y esta vez dejo mi dedo sobre el botón. Cuento hasta diez, vuelvo a tocar y después desisto. Quizás están dormidos, pienso, pero después veo el reloj en mi celular. Son casi las doce. Ninguna familia, y mucho menos una con un hijo tan pequeño, estaría dormida a esta hora.

Concluyo que se fueron de viaje. Antes de darme la vuelta y regresar a mi departamento, toco el timbre una vez más. No recibo respuesta, así que decido irme. Justo en ese momento, una carriola que he visto antes aparece en la banqueta. La empuja una chica de cabello castaño y corto, lentes oscuros, zapatillas azules, como de bailarina de ballet, y *shorts* cortos verde olivo. Me ve y se sonroja de inmediato, con el manubrio de la carriola aún en las manos. Yo también me sonrojo. Me siento, súbitamente, como un intruso y como un idiota. ¿Para qué diablos quise venir a verla?, ¿qué voy a ganar con platicar con ella frente a su hijo?

—¿Y ahora, tú? —es lo primero que me dice.

—Hola —le digo, porque no se me ocurre nada más elocuente ni mucho menos nada simpático.

—Hola.

—Vine a visitarte.

—Ya veo.

Pienso en el personaje de mi cuento. Me va a ir peor que a él. La exnovia de mi libro lo trataba con molestia apenas soterrada; su rabia era palpable. A mí me espera algo mucho más jodido: el desprecio.

—¿Me ayudas? —me pregunta, y abre la palma de su mano para señalar la carriola de su hijo.

—Claro —le respondo mientras bajo con la lentitud de un caracol los escalones que separan la calle de la puerta del edificio. Solo espero que el hijo no se parezca a él.

Tomo la carriola desde el frente y subo los escalones en reversa. El hijo de Inés tiene la cara cubierta por una sábana azul cielo: solo veo su cabello, ralo, castaño y enmarañado, asomándose desde debajo de la tela. Llegamos a la puerta e Inés me da las gracias. Nos quedamos allí por lo que parece una eternidad, en lo que someto su rostro a un escrutinio casi científico. Más que cualquier otra cosa en el mundo, esa cara es una puerta al pasado. La veo y simultáneamente veo todos los instantes que pasamos juntos, no como una serie de diapositivas sino como un enorme lienzo: ahí está ella, a la que besé por primera vez, ella, la que me tomaba de la mano saliendo de un antro si me veía muy borracho, ella, la que me despidió afuera de mi casa antes de que me fuera a Estados Unidos, ella, la que me abrazó en ese quirófano cuando nos quedamos solos, con la semilla de nuestro hijo perdida en un algodón con sangre. Lo primero que pienso, y me parece tan mundano que me dan ganas de darme un zape, es que cada vez se parece más a su mamá. Pienso en comentárselo, pero cualquier persona que haya cursado primero de primaria en la escuela de conocer a las mujeres sabe que eso es algo que nunca debemos decir. Así que opto por un todavía más trivial:

—Te ves bien.

—Gracias. Tú te ves como si te hubieran atropellado —me dice sin dejar de ruborizarse.

—Nada más eso me faltó.

—¿Así de mal estuvo?

—Peor.

Me doy cuenta de una de las razones por las que vine a visitarla. Quiero contarle todo. Sé que no puedo hacerlo (¿cómo decirle a Inés que me acosté con Natalia —su compañera de la prepa— durante meses?), pero quiero que me escuche. Siento que llevo años sin hablar, realmente hablar, con alguien.

—¿Quieres echarte un café en algún lado? —le pregunto con un tono mucho más grave del normal, como si pretendiera ser otra persona.

—No puedo.

Silencio. Creo que es mejor dar la vuelta e irme.

—Pero, ¿quieres subir un rato? Tengo Gerber de pollo para desayunar —me dice, sin dejar de sonreír.

—¿No tienes de carne molida? Esos son los buenos.

—Ahorita veo qué te doy.

Entramos a su compacto elevador: una caja que huele a madera, donde hay que apretar cada botón cinco veces antes de que se encienda, igual que el que lleva al departamento de Felipe.

—El edificio es viejito, pero los depas están bastante bien —me dice viendo al frente, con una mano moviendo la carriola de atrás para adelante.

—Sí, yo también vivo en un edificio viejo. Pero mi depa no está tan chido, la neta.

—¿Dónde vives?

Titubeo antes de decirle, pero finalmente se lo confieso:

—Donde mi papá daba consulta. ¿Nunca fuiste?

—Creo que un día lo fuimos a recoger, pero nunca subí.

El elevador llega a su piso, el onceavo, y se abre, dándonos la bienvenida a su departamento.

—No está mal, ¿o sí? —me pregunta.

—No, yo lo veo bien. ¿Tienes vista al parque?

—No, burro, me refiero al consultorio de tu papá.

Entro al departamento. Un ventanal recorre toda la sala y el comedor. La vista es francamente linda: se ve todo Polanco y hasta un cacho de Chapultepec. La duela del piso rechina al marcar mis pasos sobre ella. Inés deja la carriola junto a la mesa redonda del comedor y después desaparece rumbo a la cocina. Respondo su pregunta:

—Pues es un poquito oscuro, pero la zona está bien. O más o menos bien. Hay menos tráfico que en Polanco.

Inés sale de la cocina con una botella de agua en la mano, de la que bebe como si hubiera corrido un maratón. Todavía trae los lentes de sol puestos.

—Perdón —me dice, y exhala y vuelve a tapar la botella—, es que llevo dando vueltas con Sebastián toda la mañana.

Cada vez que le dice «Sebastián» pienso que habla de otra persona, de alguien a quien conocimos hace tiempo, juntos, y no del bebé que está a dos pasos de mí.

—¿Qué fueron a hacer? —le pregunto, y caigo en la cuenta de que no solo me siento nervioso sino que no sé dónde situarme en su departamento: estoy parado entre el comedor y la sala, con ganas de sentarme pero sin la confianza necesaria para jalar una silla y tomar

asiento ahí. Tengo miedo de que llegue su marido y quizá por eso prefiero permanecer de pie, por si debo echarme a correr hacia la escalera de servicio.

—Nada, nada. Es que estoy buscando una… —Inés chasquea los dedos, en busca de la palabra correcta—. Una como mesita para mi lado de la cama. Llevamos dos años viviendo aquí y no tengo ni dónde poner mis lentes antes de dormirme.

—¿Y no encontraste nada?

—Sí. Vi un par, pero una está muy cara y la otra no combina con nada de la casa.

Su departamento parece diseñado por alguien obsesionado con combinar patrones cromáticos: los sillones son beige, la mesa del comedor es blanca, el mueble donde está la televisión es beige y todos los floreros son blancos. Hasta los cuadros combinan: hay uno blanco y beige, con retazos rojos, al lado de la cocina, y otro muy similar, probablemente del mismo pintor, junto al mueble de la tele. La casa de los papás de Inés era lo opuesto. Todos los objetos y muebles que la decoraban parecían heredados o escogidos al azar, con una venda en los ojos. Supongo que eso iba con su personalidad: nunca salimos de su casa sin que hubiera olvidado el celular, sus llaves o su cartera. Se vestía bien, pero hasta ahí llegaba su interés por lo exterior. Jamás la vi retocarse el maquillaje. Jamás me pidió que me cambiara de ropa antes de salir a algún lugar. Y jamás la escuché criticar algo por su apariencia.

—¿Desde cuándo te importa que las cosas combinen? —le pregunto áspero.

—El burro hablando de orejas. Me acuerdo que tenías separados tus calcetines y tus camisas por colores.

—Si vieras mi clóset ahorita. Creo que en un mismo cajón tengo todos mis calzones y mis zapatos.

Inés se quita los lentes y los arroja sobre la mesa del comedor.

—Te hace falta una novia —dice y me da la espalda de vuelta a la cocina para dejar la botella de agua en su lugar, mientras yo disfruto las cosquillas que me ocasionó su comentario. Sabe que estoy soltero, pienso. Ha preguntado por mí.

—Lo que me hace falta es alguien que limpie mi departamento —le digo, e Inés sale de la cocina y camina hacia la carriola.

—Ven, acompáñame a llevarlo a su cuna. No lo quiero despertar.

Llevamos a Sebastián a su recámara y por fin lo conozco. Soy malísimo para encontrar parecidos, así que más bien veo lo que quiero ver: la boca y la nariz son las mismas que las de su mamá y el color del pelo es también idéntico al de ella. Inés coloca una mano detrás de

la espalda del bebé, otra detrás de su nuca, y después lo saca de la carriola con todo cuidado, emitiendo una especie de siseo rítmico, muy de mamá, para que el niño no se despierte.

—¿Cuántos meses tiene? —le pregunto mientras lo recuesta en su cuna.

—Ocho —me dice en voz baja.

—¿Y quieres tener otro?

—Me gustaría tener uno más. Carlos quiere tres, pero le dije que está loco.

La recámara de Sebastián parece decorada por la misma persona que escogió los muebles de la sala y el comedor. Todo es azul cielo, beige y blanco, y no hay un solo juguete sobre el piso ni fuera de un cajón. En un librero, junto a la cuna, encuentro dos fotografías arriba de un espacio reservado para peluches. En ambas está la familia que ocupa este departamento: Inés, Carlos y Sebastián. Carlos, al que ya he visto en algunas fotos de Facebook, se ve de casi cuarenta años. Tiene el pelo negro, con canas arriba de los oídos, y la frente amplia de alguien que pronto se quedará calvo. Si él no estuviera casado con mi exnovia, probablemente yo admitiría que esas personas que aparecen en las fotos hacen un bonito trío.

—Antier se murió el *Horacio* —le digo a Inés, con la vista fija en sus fotografías de familia.

—Vente, vamos a dejarlo dormir —me dice con una mano en la perilla de la puerta.

Salimos de la recámara y caminamos rumbo al comedor.

—No me digas —exclama Inés al tiempo que toma asiento en la silla que está en la cabecera—. ¿Cuántos años tenía?

—Creo que dieciséis. Casi dieciséis.

—¿Y cómo se murió?

—Yo lo llevé a que lo durmieran. Ya no reconocía a nadie. Daba vueltas y vueltas por el jardín, aullando, ladrándole a las paredes.

Por la ventana veo a un avión atravesar el cielo y después ocultarse detrás de un edificio. ¿Adónde va?, ¿viene de regreso o acaba de salir del aeropuerto? ¿Alguien habrá visto, desde la comodidad de su sala, el avión en el que regresé hace seis meses, ese día cuando me enteré del derrame cerebral de mi papá?

—¿Quieres un café? —me pregunta.

—Sí, por favor. Con leche.

Inés no se levanta de su asiento y se tapa la boca con la mano, como si hubiera dicho algo indecente.

—No sé por qué te acabo de preguntar eso. No tenemos cafetera y no tengo idea de cómo preparar café.

—No te preocupes.

Inés se quita la mano de la boca, pone los codos sobre su mesa beige, recarga la barbilla entre sus manos y meneando la cabeza se ríe con discreción.

—¿De qué te ríes? —le pregunto sin afán de queja.

—Qué mal olía tu perro.

—Oye, estás hablando de un difunto.

—Es que olía horrible. No podíamos comer si se acostaba debajo de la mesa, ¿te acuerdas? Tu papá siempre me preguntaba si yo traía unos Trident para dárselos a *Horacio*.

No sé si siempre se lo preguntó. Recuerdo una vez, durante una comida familiar con mis tías y mi tío Mario, y nada más. No sé por qué Inés prefiere creer que mi papá le decía eso siempre, pero decido dejarle el recuerdo intacto.

—Eran sus encías —le digo sonriendo—. Tenía una infección horrible.

—¿Por qué no lo llevaban al veterinario?

—Por ojetes. A mi papá le daba miedo que lo fuera a morder otro perro mientras esperaba en la veterinaria, y a mi mamá y a Tania siempre les dio una güeva inmunda atender al pobre de *Horacio*.

—¿Y a ti?

—Yo era el único que lo llevaba. Hasta le intenté lavar los dientes un día. Pinche perro, me acabó soltando una mordida.

—Sí. A mí nunca me quiso. Me gruñía.

—Yo le hablaba mal de ti cuando no estabas.

—Típico.

Otro silencio: el segundo desde que nos encontramos afuera de su edificio. Sin embargo, a diferencia del pasado, este es cómodo y comunicativo. Siento que hay más palabras en este momento que en todo lo que nos hemos dicho desde que nos subimos al elevador. Y es quizá por eso que Inés lo rompe, preguntándome por los moretones en mi cara. Sé que quiere llegar al grano; al motivo detrás de mi visita.

—Me pegaron ayer —le digo, reacio a hablar más del tema.

—No, bueno, eso me queda clarísimo. ¿Dónde?

Agacho la cabeza y me rasco la parte anterior del cráneo, avergonzado.

—En la boda de mi hermana.

—¿Ya se casó Tania?

—Ayer.

—¡Ayer!

—Sí, ayer. Nos pusimos pedos y me acabé agarrando a madrazos con Adrián.

—Solo a ti se te ocurre seguir llevándote con ese tipo.

—Ya sé.

Aunque tengo ganas de prender un cigarrillo, presiento que este departamento es zona de no fumar y prefiero no romper las reglas. Inés vuelve a ponerse en pie y camina de nuevo rumbo a la cocina. Antes de desaparecer por la puerta que colinda con el refrigerador, me dice:

—Siempre fuiste buenísimo para reconocer tus errores, pero nunca has sabido cómo arreglarlos.

—¿O sea que siempre sé por qué la cago, pero no tengo los güevos para dejar de cagarla?

—Algo así —contesta desde la cocina.

Inés regresa con un cenicero y una cajetilla de cigarros mentolados. Me ofrece uno, lo acepto y le doy una fumada. Me sabe a estiércol, pero no lo apago.

—¿Y tú desde cuándo fumas? —le pregunto.

—Desde que me casé. Carlos fuma más que tú —me dice mientras abre la ventana para ventilar la habitación.

—Tu depa no huele a cigarro.

—Es que está de viaje. Regresa pasado mañana.

—¿Adónde fue?

Inés le da una fumada a su cigarro mentolado y después lo deja en el cenicero de cobre, similar al que mi papá tenía en su estudio. Después vuelve a sentarse.

—A encontrar un lugar donde vivir. Nos mudamos a Miami en agosto.

Siento que el corazón se me desploma, como si de un segundo a otro se hubiera convertido en una bola de metal, y no tardo en reprimirme por mi idiota tristeza. ¿Qué más da que Inés se vaya a vivir fuera de México? No es como si la vieras todos los días. No es como si fuera tu novia. Cabrón, está casada y tiene un hijo con otro güey. ¿Qué chingados es lo que te preocupa?

—Creo que yo también me voy a regresar a Nueva York —le digo.

—Pero llevas menos de un año en México, ¿no?

—Bueno, no sé si me voy a regresar. Igual y sí. No tengo nada que hacer aquí.

—Pues si tienes ganas, hazlo. No es como que tengas responsabilidades con nadie más, ¿o sí?

No sé qué, pero algo de lo que me acaba de decir me molesta. Quizás es la facilidad con que está dispuesta a devolverme a Nueva York, tan diferente a como fue hace seis años, cuando le rompió el corazón verme huir. O tal vez es el hecho de que llevo media hora en

su departamento y sigue sin preguntarme por la muerte de mi papá. ¿A ella tampoco le importa que haya muerto?, ¿será igual que Pablo y el resto de mis examigos?

—Oí por ahí que trabajas en una revista de sociales —me dice Inés, apagando el cigarrillo sobre el cenicero.

—Lo dejé esta semana.

—¿Esta semana?, ¿pues cuántas cosas te pasaron en estos días?

—Todo.

—Pero me imagino que estás contento de haberte ido. Debes haber odiado trabajar ahí.

—Sí. No era lo mío.

—¿Y no escribiste otro libro allá?

—Sí —le digo, y toso adentro de mi puño—. Sí, sí. Me lo publican este año.

—Felicidades.

Apago el cigarrillo, a medio fumar, y volteo a ver la ventana. El avión que había desaparecido detrás de un edificio reaparece y después se pierde en una nube. No viene de regreso. Sube, listo para dejar esta ciudad.

—No es cierto. Escribí otro libro aquí, pero me lo acaban de rechazar.

—Qué lástima —me dice sin burla.

—Gajes del oficio.

—¿Y de qué trataba?

—Ya sabes. Igual que el otro. Como dijo mi papá: «Una bola de historias desagradables de gente desagradable contado de manera desagradable».

Inés guarda el encendedor adentro de la cajetilla de cigarros y después la empuja hacia el florero, blanco y beige, que decora el centro de la mesa.

—Ay, Matías. Tú y tus historias deprimentes.

—Escribo las cosas como son.

—Escribes las cosas como las quieres ver.

¿El matrimonio la dotó de elocuencia? La niña que antes no podía hilar más de tres frases, que a duras penas se comunicaba conmigo cuando había que hablar con seriedad, la que me hacía reír pero jamás reflexionar, ahora se expresa como si fuera otro ser humano. Prefiero creer que sus nuevas dotes de conversadora no son obra de la maternidad.

—Siempre te ha encantado ver la vida negra —me dice.

—Está difícil escribir algo alegre cuando se acaba de morir tu papá —le espeto.

—Es al revés, ¿no? Ahí es cuando tienes que acordarte de lo bueno.

—Eso lo dices porque tú no tienes pedos. Tus papás están vivos, te llevas a toda madre con tu hermano, estás casada, tienes un hijo. Así yo también escribiría novelas color de rosa.

—No te enojes.

—Es la neta.

—No, Matías. Te encanta complicarte la existencia. No me puedo ni imaginar lo que sentiste con lo de tu papá, pero fuiste tú el que quiso irse seis años a vivir a Nueva York, a no hacer nada.

—¿Cuál era la otra opción? ¿Quedarme aquí, a trabajar en una editorial de quinta, casarme contigo, romperme la madre veinte años para conseguir una acción del club de golf y pasar todos mis domingos, de aquí a que me muera, comiendo con Felipe, Pablo y Adrián?

Inés resuella como si tuviera cólico y después hace una mueca de disgusto. No le gusta hacia dónde se dirige esta conversación.

—Me suena mejor que regresar, después de no haber hecho nada, a vivir en el consultorio de tu papá, trabajar en una revista de sociales y empedarte con los mismos de siempre por seis meses seguidos.

—Discúlpame si me da güeva vivir una vida como la tuya.

—Si te doy tanta güeva, ¿qué haces aquí?

El llanto de Sebastián nos interrumpe antes de que pueda responderle. Inés se pone en pie, se limpia las manos sobre sus muslos descubiertos, como si acabara de bajar de un caballo, y camina rumbo al cuarto de su hijo. Me quedo solo frente a la mesa del comedor, esperándola. ¿Así se habrán sentido los pacientes de mi papá antes de entrar a terapia? En una casa ajena, sin nada que hacer más que pensar, ver la ciudad a través de la ventana y, en su caso, hojear una revista.

Como yo, ¿ellos también habrán usado ese tiempo para meditar en lo que iban a decir cuando los atendiera su analista? Me imagino que muchas veces iban a consulta sin siquiera saber de qué querían hablar, y exactamente así me siento ahora. Sé que quiero platicar, pero no tengo idea de qué decirle a Inés. Pasan los minutos y ni ella regresa ni Sebastián deja de llorar. No se me antoja verla en plenas labores maternales, así que me paro y voy a la cocina por un vaso de agua o algo de comer. Abro el refrigerador y encuentro varios contenedores llenos de comida preparada: sopa, carne, frijoles, arroz y lo que parecen ser milanesas de pollo. Hay huevos, leche, jamón, queso y una botella de vino blanco, a la mitad, con el corcho apenas adentro. Pienso en las tardes y las noches de Inés, preparando comida, atendiendo al bebé, llevándolo a la cama y después sirviéndose una

copa de vino para ver alguna serie de televisión. Me gustaría envidiarla. Me gustaría desear con todas mis ganas lo que tiene: eso, por lo menos, sería una señal inequívoca de hacia dónde dirigir mis propios esfuerzos. Con eso bastaría para saber que lo que me hace falta es formar una familia. Pero la realidad es que no la envidio. Tampoco la compadezco. Simplemente la entiendo. Este refrigerador tapizado de su trabajo y sus idas al súper, esa sala que no refleja su personalidad en absoluto y este departamento inmenso y frío, hacen sentido con la familia que siempre quiso tener, y si me hubiera quedado en México, quizá nuestra vida sería igual que esta. ¿Qué otra cosa podía ofrecerle yo? Hablábamos de viajar por el mundo, de vivir en Estados Unidos, en Inglaterra y en España, como los adolescentes hablan de viajar: cuando el dinero no es tuyo, y abunda, entonces todo el planeta parece asequible. Creces, te independizas, y tu mundo paradójicamente se estrecha. Hasta este fin de semana, mi vida era una isla en la que habitaban Natalia, Adrián, Mica, Felipe, las oficinas de *Kapital*, mi departamento y unos cuantos bares. La isla de Inés es otra, nada más. Un lugarcito que probablemente incluye el súper, algunos restaurantes de Polanco, este departamento y la casa de sus papás. ¿Cómo pudimos estar tan cerca por tanto tiempo y acabar tan lejos?

—¿Qué buscas? —me dice desde la puerta de la cocina.

—Un vaso de agua.

—La jarra está junto a la estufa. Ahorita te doy un vaso.

Inés abre la puerta de un gabinete que le queda muy alto, y extiende los brazos para alcanzar un vaso de cristal. Veo sus nalgas cuando se estira, la franja de piel entre sus *shorts* y su blusa, los músculos de sus pantorrillas mientras se para de puntitas, y por primera vez desde que la vi en ese Starbucks siento que la quiero abrazar. Si me acerco a ella, si la tomo de espaldas, si le beso el cuello, ¿me dejará o me correrá a patadas de su departamento?

—Toma —me dice después de servirme agua.

Tomo el vaso y lo acerco a mi nariz antes de beberlo. No tengo idea de por qué lo hago, pero lo olisqueo.

—No es de la llave, eh. Tenemos filtro —me explica preocupada.

Le doy un buen trago y salgo de la cocina, en dirección a la sala.

—¿Qué le pasaba a tu hijo? —le pregunto, y tomo asiento en un sillón donde caben por lo menos tres personas.

—Nada. La verdad es que debería despertarlo. Todo mundo dice que es malísimo que tome siestas a esta hora, pero la neta yo lo dejo que haga lo que quiera. Si se despierta en la noche, pues me despierto con él y ya.

—¿No trabajas? —le pregunto, aunque sé la respuesta.

—No, no. Dejé de trabajar durante el primer trimestre de mi embarazo.

Me acabo el vaso de agua y lo dejo sobre una mesa de cristal frente a mí. Inés se sienta en el mismo sillón que yo pero del lado opuesto, alejándose tanto como puede sin caer al piso.

—¿A qué te vas a Miami?

—Le ofrecieron un buen puesto a Carlos. Los dos queremos vivir fuera, así que ya es un hecho.

—Dicen que Miami es aburridísimo.

—Ya veré —me contesta sin perder la compostura ni dejar de ser cordial, mientras yo imagino su vida allá: la misma isla, pero en diferente país. Un supermercado, un kínder, un cine, un restaurante, un gimnasio y un departamento.

—Me siento perdido —le confieso sin verla a la cara, y en el momento en que lo digo se me cierra la garganta, como apretada por una llave de tuercas. Nunca he llorado frente a Inés y no pienso hacerlo hoy, en su departamento, cuando ya no somos nada.

—¿Qué quieres que te diga? —me pregunta, pero siento que hay algo atrás de lo que dice: «No soy tu brújula, Matías». Ese parece ser el mensaje. Y sé que es así, que nadie es brújula de nadie, que todos nos perdemos solos.

—Mi papá me regañó horrible cuando le dije lo que nos pasó —le digo en referencia al aborto, porque así siempre lo mencionamos. Nunca fue «aquello que hicimos» sino «aquello que nos pasó», como si ella hubiera perdido a nuestro hijo de manera espontánea, por gracia divina, y no porque fuimos con un ginecólogo al que le pagamos diez mil pesos adentro de un sobre sin que nadie más lo viera.

Supongo que Inés no quiere hablar del tema, porque se tarda una eternidad en continuar con la conversación. No sé con qué gesto me observa: sigo sin verla a la cara, con mis ojos clavados en el vaso sobre la mesa.

—¿Y qué te dijo? —me pregunta, y en su tono de voz percibo que a ella también le duele.

—No es que estuviera en contra de hacer eso, ni que pensara que era un crimen. Pero creo que quería ver un hijo mío y tuyo. Verlo, cargarlo, criarlo. Supongo que me regañó por egoísta.

—Yo lo quería mucho.

—Y él a ti.

Volteo a ver a Inés. Aunque ambos tenemos los ojos llenos de lágrimas, nos mantenemos lejos. No quiero besarla en la boca ni desnudarla, ni hacer el amor con ella. Lo único que quiero es darle un

abrazo y pedirle perdón al oído.

—Hice mal en irme —le digo.

—Estábamos chiquitos, Matías. Quién sabe si hubiéramos funcionado.

—No lo digo por eso. No es que quiera que te divorcies para casarme contigo. Nada más sé que no debí haberte dejado. No debí haber escapado.

—Creo que por eso te dije que pasaras cuando te vi allá afuera. Quería que me dijeras eso. Solo eso. Y no me preguntes por qué, pero sabía que un día me ibas a buscar.

—Te vi el jueves, de hecho.

Inés se limpia las lágrimas con el costado de la mano y después la coloca sobre su vientre.

—¿Y por qué no me saludaste?

—Por maricón.

Estoy a punto de decirle otra cosa, pero Sebastián vuelve a llorar e Inés se levanta del sillón, lista para atenderlo de nueva cuenta. A pesar de que le confesé todo, el nudo en la garganta sigue apretándome con la misma fuerza. A duras penas puedo tragar saliva. Quiero creer que Inés está equivocada y que, de quedarnos juntos, hubiéramos sido muy felices. Siempre fuimos una pareja más estable que Pablo y Natalia, por ejemplo. Yo la quise mucho. No con un enamoramiento desmedido sino con el cariño que nace de la tranquilidad. Éramos buenos compañeros. Fue ella la que me introdujo al hermoso y torpe mundo del sexo, con la que pasé horas y horas tirados en mi cama, desnudos, sin siquiera abrir la boca. Me gustaban su casa y su familia y sus gustos musicales. Nos peleábamos poco. Y quizá con eso hubiera sido suficiente.

Inés regresa con Sebastián en brazos. Está despierto y desconcertado, con los ojos bien abiertos y las pestañas húmedas de llanto. Su mamá le besa la frente. El niño tiene los ojos color almendra. Esta vez no hay pierde: son idénticos a los de Inés.

—Mira, Sebastián —le dice—. Este es Matías. Es un…

Inés no puede completar la frase. Pienso en decirle al niño que soy amigo de su mamá, o exnovio o primo, pero no siento la necesidad. Nunca lo volveré a ver, ni a ella tampoco. Y jamás seré algo en su vida: solo un rostro, perdido entre las fotos que su mamá guarda de su adolescencia y paso por la universidad. Alguien que no tiene nombre. Mucho menos que un fantasma. Una pieza del pasado ajeno. Pero mientras me acerco a Sebastián y a su mamá para despedirme, pienso que, aunque ciertamente no es mi hijo, este niño es consecuencia de mis actos. Está aquí porque, a los veintidós años, decidí no formar una

familia con su madre. Está aquí porque me fui y no regresé. Y estoy en paz con que él sea el único fruto de mi huida.

Inés no baja conmigo a decirme adiós. Se queda allí, en su sala de colores coordinados con Sebastián en brazos mientras las puertas del elevador se cierran, y yo me aprieto el cuello, con ambas manos, para no echarme a llorar como si tuviera cinco años.

Salgo del edificio y atravieso el parque corriendo hacia mi coche. Ya sé cuál es la siguiente parada.

Llego a mi departamento y vierto el contenido de la caja que me envió David sobre el piso de mármol de la sala. Veo todas las cartas que me escribió mi papá, todos los sobres que me mandó a Nueva York, y finalmente entiendo por qué me escribía tan pocos *mails*. Quería una prueba física de qué tanto me extrañaba, algo tangible, que no fuera un código o un archivo extraviado en una bandeja de correo virtual. Quería que sintiera que sus cartas no llegaban de un instante a otro, fincadas sobre la mentira que urde internet: que todo queda a tiro de piedra, a un clic de distancia, y no a kilómetros y kilómetros de por medio. Por eso me avisaba cuando las llevaba al correo, para que yo contara los días que tardaban en llegar. Así de lejos estamos, hijo: a tres, cuatro, cinco días de distancia.

Primero leo sus cartas, avergonzado de cómo le mentí durante años cuando le decía que las había leído y le daba las gracias por escribirlas. En varias de ellas me pedía que le hablara a colegas suyos en Nueva York, para ir a terapia y platicar sobre mis problemas. «Aquí te pongo el teléfono de mi amigo Malcolm. Es buena persona y extraordinario terapeuta. Te pido que le hables, por favor.» Dedicaba párrafo tras párrafo a mi falta de dirección laboral: «Hablé con Susan, la esposa de Ian, y dice que te pueden conseguir un *internship* en su revista. Aquí te dejo su número», «Volví a ver a Javier. Dice que la editorial está muy contenta con tu novela. Está vendiendo bien. Y que estaría encantado de enseñarle otro de tus trabajos a otra editorial. Es un buen amigo y un buen escritor. Por favor comunícate con él para ver qué pueden hacer juntos», «Javier dice que si regresas puede conseguirte un trabajo en Editorial Expansión. ¿No te gustaría aprender el oficio de editor? Creo que es un camino interesante para un joven escritor como tú. Claro que sería en México. Llevas ya tres años en Nueva York, Matías, y no veo que empieces a planear tu futuro. ¿No será hora de que vayas pensando en regresar?» Muchas tenían consejos de padre a hijo para ser una mejor persona, como pequeños retazos de libro de autoayuda: «Sé un hombre bueno,

Matías. Eso es lo único que importa. Ser bueno y ser feliz. Sé que ya eres lo primero. ¿Y lo segundo? Dime por favor que estás contento y bien», «Haz algo que te apasione, hijo. No puede ser que estés satisfecho trabajando de mesero en Brooklyn. ¿Estás buscando un trabajo interesante?, ¿cuáles son tus opciones?, ¿por qué no volver a intentar en una universidad? Una maestría siempre puede resultar enriquecedora. Para mí ciertamente lo fue». Me preguntaba muchas cosas, queriendo iniciar una conversación epistolar: «¿Qué libro estás leyendo?, ¿alguna nueva novela que te llame la atención? Yo leí un libro de un chico estadounidense, un poco más grande que tú, que me dejó boquiabierto. Hay más cosas allá de lo que tú escribiste, Matías. Tu novela tiene mérito, pero debes buscar nuevos horizontes», «Te estoy mandando un libro con la poesía completa de Salinas y otro con la de Paz. Leer poesía siempre alimenta la prosa del narrador. ¿Cuándo puedo visitarte? Hace más de cinco meses que no te veo».

Me decía que me quería, una y otra vez: al principio, a la mitad y al final de todas sus cartas. «Cuídate, hijo. Aquí pensamos mucho en ti. Tu hermana te extraña horrores y tu ma' también (*Horacio* no sé; sigue sin hablar el güey). ¿Cuándo vienes a México?», «Te quiero mucho, hijo. Eres y serás mi orgullo siempre».

Y la última carta:

> Me platicó tu mamá que se pelearon por teléfono antier. Dice que te enojaste con ella porque te pidió que reconsideraras quedarte otro año en Nueva York. Tú sabes que rara vez estamos de acuerdo, pero no puedo evitar ponerme de su lado. Son seis años, Matías. Seis años de no vivir en tu país, rodeado de la gente que te quiere. Durante mucho tiempo he intentado ponerme en tus zapatos, impulsar tu futuro allá si eso es lo que realmente quieres, pero sigues sin hacer nada de provecho con tu vida. Aquí tienes una familia. Está tu perro, viejo y medio loco, pero aquí anda. Está tu hermana, que se casa el próximo año y con la que no volverás a vivir bajo un mismo techo nunca. Está tu ma', que te da una lata horrible pero que te quiere mucho. Y estoy yo, hijo. Tu papá, siempre medio enfermo, *pero todavía aquí*. Sé que te he molestado de más con eso de ser escritor, pero te juro que ha sido buscando tu felicidad y no la mía. Si no quieres escribir, si quieres ser ingeniero o doctor, estás a tiempo. Tienes veintiocho años, Matías. No puedes saber qué tan joven estás (ese es el problema, precisamente, de ser joven). Pero tu edad no te da licencia para desperdiciar, si no tu talento, al menos tu esfuerzo. Te pido que pienses seriamente en regresar. Que vengas a tu casa. Hay tantas cosas que puedes hacer,

tanta gente a la que no conoces. Ven y armemos tu futuro juntos, como siempre hicimos, desde que eras niño y platicábamos encerrados en tu cuartito dentro de mi consultorio.

Te quiere mucho, mucho,
Tu papá.

«Todavía».

Esa puta palabra.

«Pero todavía aquí.»

Cuando regresé, ese «todavía» había desaparecido. Esa misma noche, cuando volví de Nueva York, lo visité en terapia intensiva y entré a su cuarto. Allí estaba mi papá. Aunque tenía los párpados cerrados, no dormía tranquilo. Las cuencas de sus ojos parecían sumergidas en su rostro. Sus labios hinchados sostenían un tubo que respiraba por él, conectado a un aparato que jalaba y expulsaba aire hacia sus pulmones. De su cráneo, rapado con prisa, salía un catéter intermitentemente rojo que drenaba sangre a una bolsa de plástico sobre su cama. Su rostro se veía seco, sin vida. Tenía un brazo debajo de las sábanas, el otro descansaba a un costado de la cama. La palma de su mano veía hacia el techo y se contraía en espasmos inconscientes, sacudida por una falla en el sistema, una chispa en la corriente eléctrica de su cerebro inundado. A pesar de estar dormido, mi padre parecía pedirme que me acercara. Y eso hice. Jalé una silla y tomé asiento junto a él. Las camas de hospital son tan altas que mi barbilla estaba al mismo nivel que su pecho. Me había prometido no hablar con él si no lo encontraba despierto. Sentía que llamarlo por su nombre, decirle que aquí estaba, sería pretender que nada de esto había pasado. Pero no pude quedarme callado.

—Aquí estoy, pa' —le dije, y puse mi mano sobre la suya. Su piel se sentía gélida. Imaginé que sus venas habían dejado de llevar sangre de su corazón a su cuerpo y ahora cargaban agua fría, como la de una alberca abandonada—. Aquí estoy, pa' —volví a asegurarle apretando la quijada, con los ojos húmedos. ¿Qué se le dice a un cascarón? Hablar con quien no puede escucharnos es hablar con nosotros mismos, y yo no quería hablar conmigo. No tenía nada que decirme. Sentí que debía hacer algo más (besarlo, tocarle la frente), pero me pareció inútil. ¿Besar a mi papá sin que se diera cuenta?, ¿abrazarlo sin que pudiera sentirlo? ¿Para qué? Ahí estaba yo, pero él ya no estaba. Debió morir para que yo cumpliera su último deseo, igual al primero que tuvo para mí después de que mi mamá me dio a luz en un

hospital de Nueva York: venir a México, vivir en México, estar aquí.

Desempolvo la vieja VHS y la enchufo detrás de la pequeña tele que mi papá tenía en la sala de espera. Estoy a punto de llevar a cabo una tortura innecesaria: ver los videos que me mandó a Nueva York. Pinche manipulador, pienso mientras aparecen las primeras imágenes. Pinche manipulador que me quería convencer de regresar a México recordándome lo mejor de mi infancia y adolescencia, grabadas, ambas, con una cámara barata, con la imagen tiritando por culpa de su pulso de maraquero, incapaz de grabar sin inducir al vómito al futuro espectador. En el primer casete aparece lo que cualquiera esperaría que un padre hubiera registrado durante la infancia de sus hijos: un cumpleaños de Tania (lleno de invitados), un cumpleaños mío (en el que no conté más de diez personas), una visita a la feria, otra al lugar de carros chocones, un viaje a Taxco y otro a Tepoztlán. Volví a escuchar la voz de mi papá: grave sin ser melodiosa, como la de un cantante de ópera acatarrado. Le pide a Tania que se baje de un árbol, adentro de un convento en Tepoztlán.

—Quién sabe cuántos años lleva ahí, mija —le dice, y Tania se baja de un brinco, vestida con unas mallas color rosa mexicano y un suéter de flores. Estamos estacionados antes de entrar a la carretera y él me da a probar de su cerveza.

—¿Qué tal?, ¿te gustó? —me pregunta con la cámara dirigida a mi rostro, y yo, como cualquier otro niño haría frente a la lente, exagero mi respuesta: le digo que sí con voz agudísima y asiento una y otra vez, con un entusiasmo casi histriónico—. Namás no le digas a tu ma' que te ando emborrachando.

El segundo VHS tiene más de lo mismo. Otro cumpleaños de Tania, otra visita a provincia, un video de Tania comiendo helado y un pequeño segmento que captura el día en que nos regaló a *Horacio*. Yo correteo al pequeño cachorro por la sala de nuestra vieja casa, le acaricio el cráneo con torpeza infantil, lo abrazo hasta que el perro chilla y mi papá me pide que me detenga.

—Es un bebé, Matías. Trátalo con cuidado.

—Sí, pa'.

Tania dice que el perro parece una rata y mi mamá se echa a reír fuera de cámara. Siempre fuera de cámara.

—Gracias, pa' —le digo y vuelvo a acariciar el cráneo del perro. De repente, por primera vez en todos los videos, la cámara en la mano de mi papá se queda fija y me observa sin que yo me dé cuenta. Acaricio a *Horacio*, que agacha la cabeza cada vez que siente mi tacto, y murmuro cosas inaudibles hasta que la imagen se va a negros.

Mi papá nunca aparece en los videos. Caigo en la cuenta de qué

tanto quiero verlo. Pongo el tercer casete y paso la mitad de su duración pidiéndole en silencio a la tele que Tania o yo tomemos la cámara y la volteemos para verlo a él. Está su voz, pero jamás su rostro.

De un viaje a la playa, la imagen se corta de manera abrupta y, cuando vuelve, el video da un salto en el tiempo y el espacio. Ya no soy un niño de seis años, acostado sobre la arena de Acapulco mientras mi papá me ayuda a cavar un hoyo en la playa. Tengo nueve años, quizá diez, y estoy vestido como esquimal de pies a cabeza. Mi papá me pide que me ponga la bufanda. Tania no está. Tiene gripa y está en cama. Mi mamá se quedó para cuidarla.

Ya sé dónde estamos.

—Mira, Mat. Mira —me dice mi papá, y yo volteo hacia arriba junto con la cámara—. ¿Qué opinas?

Mi voz se escucha lejana, ahogada por el vendaval montañoso:

—Guau —le digo de cara al Popocatépetl completamente nevado, desnudo de nubes, frente a nosotros—. ¿Esto es nieve, pa'?

Mi papá camina junto a mí cámara en mano y por un breve momento, cuando apunta hacia abajo, veo la punta de sus botas.

—Claro que es nieve.

—Guau —repito.

Se escucha el viento, acompañado del crujir de nuestros pasos sobre la escarcha.

Corte. Estoy sentado sobre un montículo de zacatones cuyas hojas apenas si despuntan del hielo. Mi papá me observa a través de la cámara mientras yo tomo puñados de nieve y después los aplasto entre mis dedos. El lugar entero está bañado de luz del día y atrás de mí aparece el costado del volcán. Qué cerca estamos de sus faldas. ¿Cómo llegamos hasta ahí? No recuerdo haber caminado tanto.

—¿Me la puedo llevar? —le pregunto a mi papá, señalando la nieve debajo de mis nalgas.

—Si quieres. Pero se va a derretir.

Mi papá se levanta y la toma me graba en picada: soy una isla rubia en medio del hielo. Mis manos no dejan de acariciar la escarcha.

—Ven, Matías. Vamos por una quesadilla.

—No. Ahorita.

—¿No tienes frío?, ¿no quieres un atole?

—Quiero llevarme la nieve.

Mi papá me pide que me levante. Estira su brazo; sus dedos se extienden y después golpetean la palma de su mano. Quiere que vaya con él, pero no le hago caso. Sigo sentado sobre la nieve, fascinado por ella. Y la imagen se va, reemplazada por una pantalla a negros, y

el ruido chillante de la estática.

Todos traicionamos la promesa de nuestro mejor destino.

Me lo dijo ahí, después de apagar la cámara.

Son las tres de la tarde y tengo miedo de no llegar a tiempo, así que aprovecho que es domingo de poco tráfico, acelero a cien kilómetros por hora al tomar Viaducto y zigzagueo para rebasar al resto de los automóviles. Aunque me atacan imágenes del choque de ayer y siento que en cualquier momento podría perder, de nuevo, el control del coche, no piso el freno. Tengo que llegar antes de que se haga de noche. Tengo que llegar para verlo de día.

La mancha urbana desaparece poco a poco y las casas opacas le abren paso a restaurantes a la mitad de la nada que con orgullo se jactan de vender barbacoa, lechón y conejo, y a delgadas parcelas de trigo color ocre tatemadas por el sol. Mi parabrisas es una lente que traduce todos los colores, convirtiéndolos en grises y sepias. A lo lejos, entre las nubes, el sol se asoma, velado por el plomo monocromático de la contaminación. Parece que también busca una salida, una manera de iluminarme. Vuelvo a girar hacia la derecha, pago una caseta y por fin comienzo a ver verde. Sobre las cordilleras podadas y los montículos salpicados de ovejas y ganado aparecen árboles frondosos cuyas ramas, que se podrían confundir con los brazos rotos de un espantapájaros, apuntan hacia todas las direcciones. Y ahí aparecen, despejados, los volcanes. Apenas cubiertos de nieve, así me observan, dos centinelas suspendidos en el tiempo: el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl. Son un faro: el hombre despierto y humeante, y la mujer dormida y nevada. Sentí miedo cuando los vi por primera vez. Mi papá y yo subimos hasta el Paso de Cortés y allí los encontramos. Ambos parecían estar a una lejanía equidistante de nosotros. A nuestra izquierda, los tres picos del Izta dominaban su cordillera cubiertos con nieve de manera irregular, como si un gigante hubiera pretendido encalarlos y se le acabara el material antes de terminar el trabajo. Aunque durante el trayecto la inusual silueta de su compañera domina el paisaje, de cerca el Popocatépetl gana la batalla. Salvo por el costado vertical del Ventorrillo, todo él está cubierto de nieve, desde la punta hasta Tlamacas, el lugar desde el cual, me explicó mi papá, salían los alpinistas. Caminamos lentamente, sin quitarle la vista de encima a la montaña, hacia la barda que delimita el Paso de Cortés. Mi papá respetó mi contemplación y mantuvo su distancia. «Extraña», fue la primera palabra que me vino a la mente. Qué extraña y solitaria criatura tenía frente a mí. Imaginé la violencia de su nacimiento en

cámara rápida, como las tomas que documentan la manera en que se abre un capullo. Vi al ovillo de su cráter abrirse paso entre la vegetación, rasgar el suelo, desajustar la superficie a su alrededor, herir la tierra como una fractura expuesta. Imaginé el fuego escurrir desde su boca, el gruñido titánico de su parto, impelido por algún designio profundísimo pero sin sentido alguno. No pensé en el volcán como una calamidad, ni siquiera como producto de fricciones azarosas e insondables. Pensé en él como un ser vivo, que nació sin pedir haber nacido, arraigado a este lugar, fijo en su puesto: un centinela colmado de tristeza. Quise correr hacia él, perderme entre su nieve, subir hasta oler el azufre de su cima, verlo todo desde esa distancia infinita: a mi padre y a mi madre, atados a su pugna silenciosa; a mi hermana, y su piel y ojos y labios tan distintos a los míos; a la ciudad en la que había crecido, que ahora parecía estar en otra galaxia. Quise pararme en la punta del volcán e intentar encontrar esa ventana, en el consultorio de mi padre, desde la cual observaba este sitio y estas montañas. Se veían desde mi recámara. Me sentaba sobre el sofá que mi papá y yo compramos, y mientras él daba consulta yo veía a esos dos gigantes en el horizonte. A la distancia, las nubes que los rodeaban parecían emerger de sus respectivos cráteres, e imaginaba que ambos eran personajes y que esas nubes eran burbujas de diálogo como las de los cómics. No tenía idea de qué hablaban, pero estaba seguro de que era una conversación peculiar. ¿Qué le dices a una mujer que ha dormido a tu lado durante miles y miles y miles de años?, ¿qué le dices a un hombre que lleva una eternidad sentado junto a ti? Por eso quería conocerlos. Sí, era por eso. Para ver la nieve y escuchar a las montañas. Oír lo que tenían que decirse.

Cruzo el pequeño poblado de Amecameca, con su placita llena de desvencijados juegos mecánicos, su iglesia coronada por el volcán y sus puestos de fruta y discos piratas, y después doy la vuelta hacia la izquierda cuando un letrero anuncia la desviación hacia el Paso de Cortés, la cuna entre ambas montañas, donde mi papá me contó que cruzó Hernán Cortés rumbo a la ciudad azteca que pronto habría de conquistar y destruir.

El cielo se nubla cuando tomo la desviación. Por fortuna escampa antes de que la carretera entre al bosque. Las nubes parecen bostezar y ahí, dentro del hueco de cielo expuesto entre sus labios grises, aparece la mitad del Popo. La piedra marrón del Ventorrillo contrasta con el blanco prístino de la nieve que llega hasta antes de la cintura del volcán. No llevo más de una hora y media en el coche, pero la montaña se ve dramáticamente más cerca. En un abrir y cerrar de ojos la pierdo de vista, y me rodean árboles altísimos, arbustos rastreros y

puestos hechizos que venden quesadillas, atole y café de olla. La carretera que lleva al Paso de Cortés es sinuosa y diagonal, de dos carriles, siempre en ascenso. A pesar de que es junio, la temperatura desciende de manera precipitada, y en menos de veinte minutos tengo que ponerme la chamarra para resguardarme del frío. Prendo un cigarrillo, y el humo que expulso por la boca se mezcla con el vapor de mi propio aliento para crear una nube espesa cada vez que exhalo. No veo ni un solo coche que suba o baje de la montaña. Estoy solo.

Llego al Paso de Cortés al filo de las cinco de la tarde. Una placa de piedra me da la bienvenida a un estacionamiento de cascajo, flanqueado por una casona cuyo techo forma un ángulo obtuso. Ni siquiera me tomo la molestia de estacionarme de forma correcta: freno apenas puedo y salgo del coche. Veo la silueta negra de una persona que camina adentro de la casa, pero no se percata de mi presencia. El resto del lugar está abandonado. Avisto una *pickup* a lo lejos, seguida por una estela de polvo, en dirección al Iztaccíhuatl, cuyas tres cumbres están sumergidas dentro de nubarrones cargados de lluvia. Giro hacia el otro lado. El techo de la casona me impide ver el Popocatépetl, así que troto y le doy la vuelta a la propiedad, en busca de un lugar desde el cual poder mirar el volcán sin obstrucción alguna, hasta que me topo con él. Qué cerca estamos. Se ve inmenso y salvaje, tan o más extraño de lo que me pareció la primera vez que lo vi a esta distancia. Mi mirada de niño me impedía apreciarlo en su justa dimensión; mi mente, proclive a la fantasía, dotó a la montaña de características humanas. Hoy, por fin, puedo verlo con ojos adultos: una creación hermosa, la obra de cientos de miles de años; una criatura hecha para contemplarse, que destruye sin querer. El primer, solitario inquilino de esta tierra.

Más por inercia que por curiosidad, sigo caminando hasta que doy con dos tubos de metal, colocados en ambos extremos de un camino de terracería, de los que pende una cadena herrumbrosa que cierra el paso hacia Tlamacas, el lugar desde el cual salían los alpinistas que escalaban el Popocatépetl y que ahora está cerrado por la actividad del volcán. Súbitamente recuerdo: mi papá y yo tomamos este camino. El lugar donde me grabó, donde me senté sobre la nieve y los zacatones, está hacia allá, pasando este obstáculo. Reviso el primer tubo, en un intento por encontrar el gancho del que cuelga la cadena, pero no doy con él. Camino hasta el otro lado y lo veo. No hay cerrojo ni nudo que me detenga. Y, sin pensarlo dos veces, la zafo y la dejo caer sobre el suelo polvoso.

Corro de vuelta hacia mi coche. Antes de entrar y encenderlo, le arrojo un vistazo a la casona que cuida la entrada al parque de los

volcanes. La silueta ha desaparecido. Y antes de que vuelva a aparecer, enciendo mi coche, doy la vuelta en «u» y manejo hacia Tlamacas.

Recorrer el camino me toma poco menos de veinte minutos. Otra vez me rodea el bosque y pierdo de vista el volcán. Durante la carretera y el trayecto de Amecameca al Paso de Cortés tuve la impresión de que el día moriría aferrado al gris, a la amenaza de tormenta y al sol, pálido, oculto entre la niebla. Me equivoqué. Justo antes de llegar al refugio de Tlamacas me deslumbra una ristra de rayos de luz disparados entre las hojas de los árboles. Sé que es tarde, que pronto será de noche, pero aun así manejo lento, disfrutando el olor de madera húmeda que se cuela por la ventana.

Me estaciono, salgo del coche y me asomo entre el bosque, en dirección al camino que acabo de tomar, para ver si nadie me ha seguido. No veo ni escucho ningún automóvil. Satisfecho, junto las palmas de las manos, cubiertas con dos delgados guantes de poliéster, y las froto para entrar en calor. Oigo el viento, como un rugido muy hondo, acompañado de algo más; algo que, creo, es el gorgoteo del volcán, sus entrañas trémulas, el suelo que se sacude a su alrededor. No logro verlo desde donde estoy parado. Lo único que distingo es el refugio de Tlamacas: una casa, de techo rojizo y ventanas rotas, que supongo deshabitaron después de que el volcán entrara en actividad a mediados de los noventa. Camino hacia allá, cruzando un patio de adoquines espolvoreados de ceniza oscura. Aquí y allá veo vegetación que nace de las grietas: pequeños capullos morados, hiedras delgadas, arbustos de flores amarillas y tallos gruesos de cuyas puntas emergen girasoles miniatura. Entro al refugio por la puerta principal y caigo en la cuenta de que no lo recuerdo. Quizás estoy en un error. Quizá nunca vine aquí con mi papá. Quizá me grabó en otro lugar. Lo que veo no corresponde con las imágenes del video. El refugio es un lugar fantasmal que huele a encierro, a madera enmohecida, y basta con respirar una sola vez para saber que acá adentro el aire es tóxico. Hay una chimenea inservible en la sala principal y todo el piso está salpicado de cristales rotos. Las puertas que llevan a los cuartos donde dormían los montañistas están tapizadas de calcomanías de clubes alpinos de todo el mundo: venezolanos, italianos, alemanes y mexicanos. Me asomo a un par de recámaras y lo único que hallo son literas estrechas, sostenidas por planchas de cal. Salgo del refugio y sobre el camino adoquinado empiezo a encontrar objetos peculiares. Piso una lata de refresco de 1990, una envoltura de leche en polvo cuya marca ni siquiera reconozco y lo que supongo, porque el óxido ha carcomido su envoltura, son dos baterías. Un viaje al pasado a

través de la basura.

Doy con unas escaleras que llevan hacia arriba, en dirección al Popocatépetl. El ruido del viento, y ese gruñido que atribuyo al volcán, se intensifican conforme me acerco. Mis pies dejan de andar sobre la superficie sólida de los adoquines. Siento como si caminara sobre arena. Volteo hacia abajo y veo que mis tenis están enterrados en ceniza volcánica. Antes de dar un solo paso más, me agacho y hundo mi mano dentro de ella. Se siente cálida como pan recién salido del horno y tersa como harina. Sonrío.

El sol baña el suelo de luz anaranjada y las partículas de ceniza refractan la refulgencia. Desaparecen las flores y empiezan a brotar las espigas y los zacatones, cuyas hojas color miel contrastan con el paisaje lunar alrededor. También desaparecen los árboles. Lo único que queda de ellos son algunos troncos muertos que descansan sobre la ceniza, durmiendo con placidez, con lo que queda de sus ramas derruidas por termitas. El volcán está frente a mí. Es más grande de lo que recuerdo, pero el resto de mis metáforas infantiles le siguen quedando como anillo al dedo. Sí, la nieve sobre su manto da la impresión de que un gigante quiso encalarlo y se le acabó el material a media chamba. Tal vez estoy equivocado. Tal vez sigo viendo las cosas como antes. Nunca cambié. Un cascarón distinto cubre la misma semilla.

Por más que camino no logro hallar el sitio exacto donde mi papá me grabó. Quiero hablar con él justo en ese lugar, como si aquí, donde el tiempo se detuvo, también pudiera encontrarlo, cámara en mano, aún grabando a su hijo de diez años mientras el niño recoge puñados de escarcha con sus dedos ateridos.

Comienzo a desesperarme. Siento que mi papá hizo una cita conmigo, que prometió que aquí me vería, y me dejó plantado. Anochece cada vez más rápido y sigo sin dar con las coordenadas del video. Soy un idiota. Un idiota que viajó casi tres horas, solo para enfrentar a un volcán y hablar con un muerto.

Agotado, pero sobre todo triste, me dejo caer sobre el suelo, que expide una nube de polvo y ceniza al recibir el contacto de mis nalgas. Observo al Popocatépetl en absoluto silencio, sin preguntarle nada. Solo está la frase que mi papá me dijo aquí, quién sabe por qué, hace casi veinte años. Todos traicionamos la promesa de nuestro mejor destino. Hoy desperté pensando que lo hizo a sabiendas de que me dejaría huérfano, para que viniera a buscarlo aquí. Ahora no sé qué pensar. Me siento inútil, confuso, como un objeto en caída libre, arrojado desde el más alto de los edificios.

La fumarola del volcán se mueve más rápido que las nubes que lo

enmarcan, empujada por alguna fuerza interna que no comprendo ni quiero comprender. Me habré ido y aquí seguirá él, apenas cubierto de nieve, cada vez más difícil de avistar desde la Ciudad de México. Y estoy seguro de que lo mismo ocurrirá con el recuerdo de mi papá. Permanecerá fijo en su puesto, cada día más borroso, más difícil de invocar, hasta que un día no exista nada que me haga recordarlo.

Algo adentro de mí —esa voz, que es mía y es nueva, que es extraña y fresca— me dice que no. Es el «no» más rotundo que he escuchado. Ocupa cada entresijo de mi cuerpo, cada recoveco de mi piel, como una explosión interna. No. Volteo alrededor y lentamente caigo en la cuenta. Aquí, sentado, a la misma altura que tiene un niño, me percato de que estoy en el sitio exacto donde mi papá me grabó. Recargo los codos en las rodillas, hundo los pies en la tierra y me llevo las manos al rostro, con los ojos inundados de lágrimas. Poco a poco dejo que esa voz me venza y me llene. Es mi vida, de la mano de mi papá, como un respiro interminable. Es todo lo que no puse en ninguno de mis libros, el primero, donde él no estaba presente, y el segundo, donde lo reviví de refilón, sin el valor de verlo a los ojos y escribirlo tal y como era. Es él quien me recoge en la escuela, él quien me saluda detrás de la reja de la salida, él quien me espera. Es él quien se pone mi mochila al hombro, esa mochila que me compró en el centro y que olía a anciano, y me pregunta por mi día. Se sienta conmigo a la mesa y me pide que me acabe la sopa, mientras mi hermana quiere que mi mamá le sirva otra cosa. Mi papá. Mi único y verdadero papá me lleva por México y me regala un cachorrito y me hace una fiesta de cumpleaños en el jardín. Mi papá me aprieta el hombro y me jala hacia él cada vez que alguien le pregunta si soy su hijo. Mi papá conoce a Inés, y la abraza y le da la bienvenida a la familia. Mi papá se despide de mí una mañana soleada de 2006, y me pide que vuelva pronto. Entro a la sala de abordaje y cuando volteo sigue ahí con una mano arriba, diciéndome adiós. Mi papá me escribe una carta, me pide que sea un hombre bueno, me dice que soy su orgullo. Mi papá me abraza y me besa la frente mientras lee un libro, echado en su cama, antes de dormir. Mi papá huele a cigarro. Mi papá me ve nacer, me pone un nombre y me quiere, desde ese día hasta el día de su muerte. Mi papá me extraña, solo en su estudio de muros endebles, mientras yo me pierdo en un país ajeno. Mi papá se despide de mí por última vez en agosto de 2011, en la puerta de mi departamento en Nueva York, y me pide que regrese. Regresa, Matías. Ven conmigo. Mi papá me graba mientras yo me siento sobre un montículo de nieve, frente a un volcán. Me extiende la mano. Ven, Matías. Ven.

Y con ese impulso, con el pasado estrechando la mano del presente, me levanto de la ceniza y regreso a la ciudad.

© 2012, Daniel Krauze

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial BOOKET M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Fotografía de portada: Nadav Kander
Diseño de la colección: José Luis Maldonado López

Primera edición impresa en México en Booket: agosto de 2019
ISBN: 978-607-07-6073-0

Primera edición en formato epub: agosto de 2019
ISBN: 978-607-07-6211-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV